DE LA AUTORA DEL ÉXITO DE VENTAS
A LAS CHICAS LES GUSTAN LAS CHICAS

UN LUGAR PARA NOSOTRAS



HAYLEY KIYOKO

GRANTRAVESÍA

UN LUGAR PARA NOSOTRAS

HAYLEY KIYOKO

GRANTRAVESÍA

Este libro está dedicado a Becca.
Enamorarme de ti ha sido la aventura más gratificante de mi vida.
Gracias por permitirme ser una pequeña brasa en ella.





Freya

Noviembre de 1879

—¡Ya está aquí! —el grito de Dani casi perfora el tímpano de Freya.

Se estremece cuando Angelica lanza a su hermana pequeña una mirada tan penetrante como la vocecita misma. Esta tarde están en el salón de té de su casa en Londres, disfrutando de un raro rayo de sol que con timidez se asoma entre las nubes invernales y se cuela por la ventana. Y ahora Dani entra corriendo a la habitación a toda velocidad, agitando algo en su mano.

—¿De qué estás hablando, Dani? —pregunta Marigold, sin levantar la vista de su cuaderno, donde está garabateando notas sobre algún tipo de invento o algo así.

Dani se detiene frente a ellas y se lanza al extremo de la tumbona de Freya con tanto dramatismo que casi vuelca el mueble.

—Ten cuidado, querida —le advierte Freya con gentileza, tomando su taza de té antes de que se derrame sobre su vestido. Mamá no pararía de regañarla por algo así. Y Dani nunca es la culpable porque es la pequeña.

—¡Ya está aquí! —Dani sostiene un libro delgado, encuadernado en lino rosado y repujado con un derroche de doradas hojas de

hiedra. Cuando Dani inclina el libro hacia Freya, ella alcanza a ver el título: *Los secretos de seda*.

—¿Qué es? —pregunta Freya—. ¿Una novela? —parece un poco delgado para tratarse de eso.

—Un libro de poesía —responde Dani.

—Poesía escandalosa —añade Marigold con una sonrisa irónica—. Al menos, según todos los que intentaron prohibirlo en Gran Bretaña.

—¿No leíste el editorial del primer ministro al respecto en el periódico del mes pasado? —la interroga Dani.

—Sabes que prefiero los libros a las noticias —contesta Freya, pero su interés se ha despertado—. ¿Qué tienen de peligroso unas palabras en un papel?

—Te juro que el primer ministro parece estar tan en contra de la poesía como de que las mujeres monten en bicicleta —murmura Dani.

—Creo que dijo, y cito textualmente, porque lo recuerdo por lo absurdo que es: "Las mujeres sin decoro se verán inspiradas a retozar juntas por las calles si se considera que poesía tal tiene mérito literario" —dice Marigold poniendo los ojos en blanco—. No sé a él, pero a mí eso me suena bastante divertido.

Freya baja la cabeza para ocultar su sonrisa, pero la esposa de Marigold, Ros, no se molesta en hacerlo. Ella suelta una carcajada.

—Me sentiría contrariada si salieras a retozar sin mí, mi amor.

Marigold toma la mano de su esposa y la besa.

—Nunca haría algo así, cariño —dice Marigold—. Te prometo que sólo retozaré contigo a mi lado.

—Vosotras dos —comenta Angelica con un afectuoso pero reprobatorio movimiento de cabeza. Nunca ha aprobado las muestras de afecto entre parejas, ni siquiera entre la familia. Pero a Freya le parece tierno lo cómoda que se siente Ros entre las hermanas. Ros es tan formal con el resto de la familia, aunque Freya no puede culparla. Su padre, lord Tallon, es un formidable hombre de tradiciones que intimidaría hasta al más fuerte de los pretendientes. Su imponente presencia haría que cualquiera que se

casara con un miembro de su unida familia se comportara de la mejor manera posible.

Angelica le arrebata el libro a Dani y lo examina con creciente preocupación.

—¡Dani! ¿En verdad compraste algo así? ¿Y con la mesada que te da papá? —Angelica parece estar a dos segundos de golpear el suelo con el pie en señal de desaprobación.

—Papá siempre nos ha dicho que podemos usar nuestro dinero para lo que queramos —afirma Dani con obstinación, recuperando su libro.

—Sabes que él no aprobaría algo como esto —la regaña Angelica, intentando volver a arrebatarle el libro. Dani se lo lanza a Freya, quien lo atrapa con calma y lo guarda bajo el brazo con la esperanza de evitar la inminente pelea. Angelica es de las que dan tirones de cabello y esta noche deben asistir a un baile.

—Vamos, Angelica —intercede Marigold—. La poesía es un mapa del alma y el corazón. Sin duda, eso no puede ser perjudicial.

—Sólo lo dices porque *tú* también quieres leerlo —dice Angelica.

—Se ha escrito mucho sobre la autora —admite Marigold—. La señorita Ivy Yada-Lovell ha adquirido bastante fama en ciertos círculos.

—Y con cierto comportamiento —añade Dani con una sonrisa burlona—. ¡Dicen que *ella* es la razón por la que la señorita Astoria Parker canceló su boda el año pasado!

—¿Fue ella? —pregunta Freya con repentino interés. Mira el libro de poesía. El escándalo de la boda de la señorita Astoria Parker fue tan grande que los rumores llegaron a Inglaterra desde Nueva York.

—Ojalá una poeta famosa viniese a rescatarme a *mí* de mi anciano novio—suspira Dani—. Qué romántico.

Freya mira el libro y recorre con el dedo las hojas de hiedra.

—¿Así que los poemas tratan sobre su gran historia de amor? —eso le parece más romántico que interrumpir una boda. Alguien que escribe verso tras verso sobre el amor que siente… *eso* es lo que constituye un gran romance.

—Verás, justo eso es lo más escandaloso —dice Dani—. Según mis amigas que ya lo han leído, es evidente que los poemas de Ivy

tratan sobre *muchas* mujeres diferentes. ¡Montones de mujeres! Se dice que *cada* poema versa sobre una distinta.

—¿Cuántos poemas hay aquí? —pregunta Freya.

—¡Y hay rumores de que la señorita Parker se casó en secreto con *otro hombre* tan sólo unas semanas después de haber huido de su propia boda! —continúa Dani, ajena a la pregunta de Freya—. Tal parece que Ivy Yada-Lovell es una libertina y no le importa que se entere todo el mundo —Dani suspira con envidia—. ¡Qué mundo debe ser Manhattan! ¿Por qué yo nací en Inglaterra? ¡Somos siempre tan aburridos!

—Estás diciendo tonterías, Dani, las mujeres no pueden ser libertinas —argumenta Angelica.

—Es obvio que nunca has estado en The Bridge —añade Dani con una risita.

—Bueno, por supuesto que no —dice Angelica—. Ése no es mi sitio y tampoco es mi comunidad. Ése es tu sitio y el de Marigold.

—Todo el mundo es bienvenido en The Bridge —explica Marigold, mientras Ros y Dani asienten—. Pero estoy de acuerdo con Dani. Las mujeres pueden ser tan displicentes con los sentimientos de otras mujeres como los hombres.

—Muy cierto —afirma Ros.

—¿Creemos que Ivy le hizo daño a la señorita Astoria Parker? —pregunta Freya, abriendo el libro de poesía, curiosa a pesar de sí misma. La fina vitela habla de lujo, la dedicatoria es sencilla: *Para ella*.

Pero *¿quién* es "ella" si los poemas tratan sobre varias mujeres? Dani dijo "muchas". ¿Cuántas exactamente?

—Supongo que tendremos que leerlo para averiguarlo —dice Dani mientras su madre las llama desde la otra habitación.

La hermana pequeña de Freya le arrebata el libro de las manos y sale corriendo. Freya suspira, recoge su mantón y sus agujas de coser, y se levanta para seguirla.

Cuando la nieve del invierno comience a desaparecer, en los próximos meses se dirigirán a Berkshire, su mansión rural, para dar comienzo a la temporada social. Tras dos temporadas fallidas, esta tercera ronda será crucial para Freya. Es difícil no sentir la presión de

tomar una decisión, algo por lo que ella intenta no preocuparse. Le aterran los sofocantes salones de baile y prefiere pensar en nadar en el lago y jugar al *rounders* en el jardín.

Pronto, piensa, *estaré en casa*.



Para cuando Freya vuelve a encontrar el libro de poesía de color rosa pálido, han pasado varios meses desde aquel día en Londres. El gris del otoño y las vacaciones llegaron y se fueron, y ella se encuentra vagando un sábado lluvioso en la biblioteca de la Mansión Tallon. Ese tonto libro, *Los secretos de seda,* atrae su mirada, escondido al azar entre los sonetos de Shakespeare.

Sacude la cabeza y sonríe. Sólo a Dani se le ocurriría dejar abandonado su libro de poesía amorosa ilícita en la biblioteca *familiar*. Angelica nunca la perdonaría si descubriese semejante volumen durante sus frecuentes visitas a la mansión. Al principio, Freya tan sólo lo toma para llevárselo a su hermana… y tal vez reñirla un poco. Sin embargo, al sacarlo de la estantería, recuerda la discusión que sostuvieron Angelica y Dani meses atrás.

¿*Puede* una mujer ser libertina?

Acomodándose en el sillón más cercano a la chimenea, abre el libro con curiosidad y comienza a leer el primer verso del primer poema.

Tu piel contra la mía, caricias secretas…

Freya cierra el libro de golpe.

—Santo cielo —dice. Si su padre supiese que Dani está leyendo tales cosas, estaría más que disgustado. *Tales cosas* no son propias de una dama soltera.

Sabiendo que su madre la llamará para cenar en cualquier momento, esconde el delgado volumen de poesía detrás de una gruesa colección de las obras completas de Shakespeare y sale apresuradamente de la biblioteca. Al reunirse con su familia en la mesa, Freya se deja envolver en el ritmo de la conversación y el tintineo de la plata sobre la fina porcelana.

—¿… no lo crees, Freya querida?

—Lo siento, ¿qué dijiste, papá? —pregunta ella.

—Que Jonathan es un buen nombre para un niño —repite papá.

Freya sonríe a Angelica, que acaba de descubrir que ella y su marido están esperando su segundo hijo y está entusiasmada con la elección del nombre.

—Vamos, papá, ¡sabes que si Angelica tiene un niño le pondrá tu nombre! —afirma Freya.

—¡Exacto! —coincide Angelica—. No hay duda, papá.

—Sois muy dulces, chicas —dice papá.

—Creo que deberías ponerle *mi* nombre al bebé —sugiere Dani con grandilocuencia, y Freya ríe tan fuerte que tiene que ocultar su rostro detrás de una servilleta.

—¿Qué? —protesta la hermana pequeña—. ¡Es un nombre que sirve para niño *o* para niña!

—Tienes toda la razón —dice papá.

—Por eso lo elegimos en su momento —dice mamá, y ambos intercambian una mirada agridulce y nostálgica.

—¿Vais a visitar la aldea después de la iglesia, chicas? —pregunta papá, con la clara intención de cambiar de tema.

—Yo sí —dice Freya—. El reverendo quiere que vaya a ver a los Holling. Y tengo caramelos para los niños.

—No puedes atestarlos de azúcar, Freya —advierte papá—. Necesitan comida sustanciosa para que tengan energía a fin de trabajar en la granja.

—Los niños merecen divertirse un poco, papá —insiste Freya con delicadeza—. Sobre todo, después de un invierno tan duro. Al fin y al cabo, no todos trabajan en las granjas. Algunos van a la escuela.

—Tienes un corazón bondadoso, querida —le dice mamá.

—Sólo intento seguir tu ejemplo —responde Freya.

Su madre es una de las mujeres más hermosas y benévolas que ella conoce. Todos la admiran. Freya sólo puede aspirar a convertirse algún día en alguien tan respetable como su madre.

—Te complaceré, querida —dice papá—. Pero ellos deben recordar cuál es su lugar y tú el tuyo. No quiero que te distraigas de tus obligaciones sociales.

—Por supuesto —contesta Freya—. Como tú digas, papá.

1

Ivy

Cinco meses después

El traqueteo de las ruedas del carruaje contra los bien cuidados caminos es casi como una canción de cuna para Ivy, después de dos días de viaje. Sus ojos se cerraron en algún momento después de pasar por el tercer o cuarto condado con algún nombre que, invariablemente, terminaba en shire. Tendrá que preguntar qué es exactamente un "shire" cuando lleguen a la mansión. De seguro, alguien lo sabrá.

Su mente divaga y el vaivén del carruaje la arrulla hasta casi quedar dormida, con la cabeza apoyada en su pelliza arrugada y el costado del carruaje… pero algo la golpea en la rodilla.

Ivy abre los ojos cuando Prescott le da otro golpecito en la rodilla con su sombrero de copa.

—¿Dime, hermano querido? —pregunta con sarcasmo.

—¿En serio vas a estar dormida todo el tiempo?

—Al menos, yo no ronco como tú —dice Ivy.

—Mentiras —insiste Prescott—. Soy tan silencioso como un ratón cuando duermo.

Ivy resopla. Su único hermano es muchas cosas: sarcástico, pero dulce cuando es necesario, leal hasta extremos sorprendentes y, cuando ella se siente generosa, guapo, con ese aire de *dandy* que vuelve locas a algunas mujeres. Pero ronca como una locomotora de vapor rugiendo por las vías a cien kilómetros por hora.

—Más te vale que la esposa que encontremos para ti en Inglaterra tenga el sueño profundo si piensas compartir su cama, es todo lo que te diré —afirma Ivy—. Y ahora, déjame dormir la siesta en paz. Necesito estar descansada para cuando lleguemos.

—Ivy —la llama Prescott, con un tono suplicante en la voz.

Ivy suspira.

—¿Qué?

—¿Vas a comerte tu pastel de carne? —él señala la cesta que les preparó la esposa del dueño de la posada. Es comida inglesa sencilla: pasteles de carne, embutidos de pollo y pan de centeno con gruesas lonjas de queso. Prescott devoró su pastel horas atrás; ella tendría que haber sabido que también le echaría el ojo al suyo.

—*Sí*, me lo voy a comer —dice ella—. Ni se te ocurra.

Él deja escapar un suspiro de total resignación que la hace poner los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que en verdad te está molestando? —pregunta ella, renunciando a su siesta. Se prometió que apoyaría a Prescott en todo lo que pudiera. Al fin y al cabo, necesitarán unir esfuerzos para lograrlo.

—Me pone nervioso llegar hoy a la finca —responde Prescott—. No sé cómo ser un vizconde.

—No estoy segura de que ser un vizconde sea algo que se *aprenda* —argumenta Ivy—. Creo que tan sólo… es algo que alguien *es*. Y de acuerdo con todas esas cartas que nos han enviado los abogados de la finca (perdón, el "bufete"), tú *eres* el vizconde Yada-Lovell.

—Esta herencia todavía me parece falsa —dice Prescott—. Casi como una broma. Siempre pensé que mi padre y mi abuelo eran estadounidenses. Nunca imaginé que visitaría Inglaterra, y mucho menos que viviría aquí.

—Yo siempre hice planes para visitar Japón y a mamá —admite Ivy—. Ir a Inglaterra nunca había pasado por mi cabeza.

—Y ahora… —dice él, dejando la frase en el aire, con el duro peso de la responsabilidad sobre ellos—. Supongo que ahora es mi hogar.

—*Nuestro* hogar —enfatiza Ivy—. Mientras me necesites, estaré a tu lado —hace una pausa—. Bueno, hasta que mis editores me exijan hacer otra gira para mi próximo libro de poesía… o hasta que tu esposa me eche de tu mansión palaciega, por supuesto, porque soy muy molesta —añade con una sonrisa.

—Sólo eres un poco molesta —recalca Prescott—. Y sólo para mí. Todos los demás se hallan o escandalizados o extasiados por tu talento.

—Las hermanas deben ser molestas —afirma Ivy—. Todo irá bien, Prescott —intenta sonar tranquilizadora, aunque está tan insegura como él.

Crear un nuevo hogar siempre es un viaje incierto, pero lo que enfrentarán es más que eso.

Están entrando en un mundo por completo nuevo, uno colmado de responsabilidades y condiciones, en una sociedad totalmente diferente a la de su vida en Estados Unidos. Ivy siempre ha disfrutado de una gran libertad e independencia en Manhattan, no sólo porque sus obras poéticas le dan notoriedad y una buena vida, sino también por la herencia de su padre, que se repartió entre ella y Prescott. Ésa es una libertad que muchas de sus compañeras poetisas no tienen.

Y vaya nombre se ha labrado con esa libertad. Sonríe al pensarlo. No todos los días un *primer ministro* te acusa de ser una precursora de la perdición sáfica. Eso la hizo soltar una carcajada el mes pasado, cuando su editor británico le informó de la advertencia del primer ministro en *The Times.* Pero ahora Prescott ocupará un lugar entre todos los lores y duques que quizás estén de acuerdo con los hombres que refunfuñan y escriben editoriales sobre ella. *Eso* la pone un poco nerviosa. No quiere que su trabajo sea la razón por la que Prescott pudiese ser despreciado socialmente.

La sociedad inglesa es tan diferente: tiene duques y duquesas, y debutantes desesperadas por casarse con esos duques y duquesas.

En una época de cambios modernos, en la que florecen los ferrocarriles, el comercio se expande y se construyen grandiosas máquinas, al tiempo que día a día se alcanzan nuevas cumbres científicas para resolver los problemas del mundo, cosas como la realeza y los duques parecen casi reliquias pintorescas. Inglaterra, sin duda, encabeza el progreso en algunos ámbitos, pero en otros se halla lamentablemente rezagada.

—Me siento muy inseguro —confiesa Prescott—. Son aguas desconocidas.

—Y las atravesaremos juntos.

Ivy y Prescott han formado un dúo infame desde hace ya varios años. No están exentos de cierta reputación, aunque Ivy siempre considera injusto que a Prescott se le perdone su actitud coqueta mientras que a ella, ciertamente, no.

Un nuevo comienzo, después de todo aquel desastre del año pasado, resulta tentador para Ivy. No era su *intención* convertirse en parte de la historia del siglo al interrumpir la *boda* del siglo, pero tampoco podía permitir que su amada Astoria Parker se casara con un hombre *cincuenta años* mayor que ella. Sin embargo, aunque Ivy logró salvar a Astoria, no se libró del desamor. Astoria contrajo matrimonio con el hombre que en verdad amaba pocas semanas después del rescate de Ivy. Y ella intentó no sentirse utilizada ni desconsolada mientras sus editores se apresuraban a aprovechar el interés por su obra tras la boda interrumpida. Sus dos poemarios son ahora una sensación mundial… algo con lo que antes sólo había soñado. Pero con el alcance mundial, llegan también ese tipo de fama y de comentarios a los que no está acostumbrada.

Esta escapada a Inglaterra es justo lo que necesita… sobre todo porque está sufriendo un terrible bloqueo creativo. Ayudar a Prescott es una distracción bienvenida que le permite dejar de mirar fijamente el tintero y el papel en blanco, sin que broten ni palabras ni inspiración.

Cuando eran niños, ella y Prescott siempre fueron muy unidos. La muerte de su padre a causa de una fiebre, cuando todavía eran jóvenes, estrechó más sus lazos. Y cuando su madre regresó a Japón, hace ya algunos años, se encontraron a la deriva en su casa

de Manhattan, tratando de encontrar una nueva normalidad sin el centro palpitante de una familia que es el corazón de unos padres.

Ivy se esfuerza por no guardar rencor a su madre por haber regresado a su país natal, aunque su decisión de irse tan lejos sigue punzando como una espina. Siente que es una hipocresía de su parte cada vez que aflora ese resentimiento, dado que ella y su madre son muy parecidas en muchos aspectos: ambas dan prioridad a sus carreras profesionales, y el hecho de que su madre haya trasladado su taller textil a Japón le ha permitido colaborar con artesanos de todo tipo. Los últimos bocetos y las sedas teñidas que le ha enviado son de una belleza incomparable. Pero Ivy a veces desearía que sus cartas, de ida y vuelta, no hablasen sólo de trabajo, trabajo y más trabajo. Ella y su madre siempre congenian en cuanto a su ambición y ética laboral… pero poco más. Tener una madre confidente no ha sido su suerte en la vida. Se dice a sí misma que no importa, pero a veces duele.

—Todavía luces preocupado —le dice a su hermano, porque centrarse en los problemas de él es mucho más fácil que lidiar con los propios. Además, necesita distraerlo para que no le robe el pastel de carne.

—Los hombres que heredan estos títulos… han sido instruidos desde la cuna en lo que deben hacer. Cómo comportarse, cómo administrar una finca y, lo más importante, cómo hacerla rentable —afirma Prescott—. Yo estoy comenzando con una gran desventaja.

—Es demasiada presión —confirma Ivy—. Y eso sin considerar las condiciones que esto conlleva —hace una pausa, porque no hay una forma delicada de decirlo—, ¿te preocupa el asunto del matrimonio?

El testamento del anterior vizconde estipula que Prescott deberá casarse con una dama inglesa en el plazo de un año a fin de recibir toda su herencia. El título y las tierras ya le pertenecen por ley, pero heredar el *dinero* necesario para cuidar de esas tierras y de sus habitantes está sujeto a esa condición particular.

—Siempre pensé que me casaría por amor, como mamá y papá —se lamenta Prescott—. Y ahora…

—Te sientes forzado a hacerlo —termina Ivy la frase.

Él asiente.

—Supongo que *eso* me convierte en vizconde —continúa Prescott —. ¿No se supone que todos los aristócratas son desgraciados en sus matrimonios, concertados más por los títulos y el dinero que por amor?

—Las condiciones del testamento no establecen que tu esposa deba ser noble o aristócrata —señala Ivy.

—Vamos a precisar de ayuda, Ivy. Necesito casarme con alguien que conozca este mundo *y* este país.

Ivy guarda silencio durante un momento.

—Has pensado mucho en esto —le dice a su hermano.

—Una finca inglesa como ésta… es como si debiera dirigir una pequeña ciudad y yo fuese el alcalde… pero no uno elegido en las urnas. Tengo el deber de hacerlo bien. Eso significa casarme con una mujer que pueda ser mi compañera, no sólo alguien con una cara bonita o un espíritu encantador.

—Bueno, parece que la suerte está de nuestro lado, ya que mi amiga Giovanna también se ha instalado en Berkshire —dice Ivy, rebuscando en su maleta hasta sacar una carta. Giovanna cerró el grueso pergamino con un ostentoso sello de cera negra que Ivy sabe que tuvo que mandar hacer especialmente sólo para destacar. Así es su vanguardista amiga. Lo hace todo con un toque deslumbrante.

—¿Es una leona? —pregunta Prescott, inclinándose sobre el asiento del carruaje para inspeccionar el sello.

—Una pantera —responde Ivy—. Giovanna dice que dentro de cada mujer hay una pantera esperando a ser despertada.

Prescott suelta una risita.

—Parece ser alguien bastante original.

—Lo es —responde Ivy—. Le escribí antes de zarpar y esta carta me estaba esperando en el muelle. Giovanna tuvo la gentileza de contarme algunas cosas más sobre la región y nuestros vecinos. ¿Quieres que la lea en voz alta?

Prescott asiente, sin apartar la vista del pastel de carne. Ella coloca la cesta del almuerzo a su costado mientras despliega la carta. Prescott estira las piernas, acomodándose para escuchar lo que dice la misiva, pero sube los pies al regazo de Ivy. Ella los aparta de un manotazo, con el ceño fruncido.

—Presta atención, hermano querido.

Querida Ivy:
¡Me alegró tanto recibir una carta tuya, amiga mía! ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nuestros caminos se cruzaron? Dos, por lo menos.

He pensado muchas veces en aquella fiesta en el Panorama Theatre, donde nos conocimos, ¿la recuerdas? ¡Qué noche! El ponche se nos subió a la cabeza. ¿Y aquella mujer con la toga romana? ¡Por no hablar de tu oda a Safo al final de la velada! Fue, sin duda, una reunión digna de una novela por entregas. ¡Quizá deberías pasar de la poesía a la prosa! ¡Devoraría una novela escrita por ti!

—Una mujer con toga romana, ¿eh? —interrumpe Prescott.

Ivy pone los ojos en blanco.

—Siempre hay mujeres con togas romanas, Prescott. Como si tus actividades en Manhattan fueran menos escandalosas. ¿O debería mencionar a la heredera de Park Avenue y la fuente en la que los encontraron bañándose "por motivos de salud"?

Prescott frunce el ceño.

—Continúa, por favor.

—Gracias —dice Ivy con una sonrisa altiva, volviendo a la carta.

La noticia sobre la herencia de tu hermano es otra historia que parece propia de una novela. ¡Qué curioso que ahora sea un estadounidense quien ostente el preciado título de vizconde! Pero no creo que encontrar una joven inglesa con quien casarse sea un problema, a menos que tu hermano sea algún tipo de gorgona.

—¿Una qué? —pregunta Prescott.

—Una criatura mitológica con serpientes en lugar de cabello —aclara Ivy—. ¿Me vas a dejar terminar?

—Tengo un hermoso cabello —replica Prescott, acariciándolo como si intentara asegurarse de que no se ha convertido en serpientes.

—Sin duda, es tu mejor atributo —dice Ivy, alargando las palabras—. ¡Y ahora, déjame terminar! Porque, al parecer, la belleza

no lo es todo.

Y aun si fuese una gorgona, cuenta con un título y una fortuna si se casa. Quizá debas tomar una espada de las paredes de la Mansión Silverthorne y luchar para mantener alejadas a las damas y las honorables señoritas.

Aquí, los títulos lo son todo, y sé que es algo a lo que una estadounidense debe acostumbrarse, ¡pero no temas, mi dulce amiga! ¡Giovanna está aquí para ayudaros a ti y a tu hermano!

Tal y como solicitaste, he hecho las delicadas preguntas sobre las damas más codiciadas de nuestro condado.

Los vecinos inmediatos, al norte de la Mansión Silverthorne, son la familia Tallon. Lord Tallon es un miembro muy respetado de la sociedad y os he conseguido una invitación para su baile anual de pretemporada. Será una excelente oportunidad para que conozcan a vuestros vecinos cercanos y de lugares más lejanos.

Lord Tallon y su esposa han sido bendecidos con cuatro hijas, dos de las cuales siguen solteras. Lady Dani es una pícara y se siente atraída tanto por hombres como por mujeres, pero lo suyo es, sobre todo, el arte del coqueteo. Quizá sea un poco joven para sentar cabeza, dado que es bastante más joven que sus hermanas. Se rumorea, incluso, que fue una incorporación inesperada a la familia.

Lady Freya Tallon es la segunda hija mayor de la familia, una joven de naturaleza dulce, entregada a su familia y a la caridad. Con frecuencia la veo visitando a los campesinos de la finca Tallon durante mis caminatas espirituales por el bosque. Es tan beneficioso estar en contacto con la naturaleza con regularidad, mi querida amiga. ¡Tendrás que acompañarme cuando llegues!

Lady Freya es una belleza reconocida —muchos se sorprendieron de que no hubiera contraído matrimonio tras el final de su segunda temporada el año pasado—, pero abundan los rumores de que ha llamado la atención del hijo de un duque, por lo que quizás ése sea el motivo por el que su padre se muestra tan exigente. Sin embargo, también he escuchado que, cuando está a solas con sus hermanas, es una bromista de primera. ¡Esta dulce rosa inglesa tiene espinas pícaras!

Vuestros vecinos al este son los Babcock. La señorita Claire Babcock ha heredado la inteligencia de su padre, aunque no su ingenio. Otras damas casaderas del condado son lady Honoria Marchbank, una jardinera de corazón, y la señorita Portia Lowe, una reconocida amazona.

—La señorita Portia parece más adecuada para ti que para mí —dice Prescott—. Tú eres la que siempre está galopando por cualquier parque que sea lo suficientemente grande.

Ivy siente una punzada en el pecho al pensar en su amada yegua, Briar. La dejó en las manos expertas de una amiga, pero eso no alivia el dolor de haber tenido que abandonarla. Briar fue el último regalo que le hizo su padre, una potranca de patas larguiruchas con una franja blanca en el hocico. Cuando su padre falleció, Briar se convirtió en su mayor consuelo, no sólo al montarla, sino al pasar tiempo con ella. Prescott suele bromear diciendo que ella se preocupa más por su caballo que por la mayoría de las personas… y tal vez tenga algo de cierto, sobre todo tras su duelo.

—Estoy seguro de que en la Mansión Silverthorne habrá buenos caballos —comenta Prescott, como si pudiera leer su mente.

Ella necesitará hacer ejercicio para reactivar su mente creativa. Tiene que encontrar alguna forma de librarse de este maldito bloqueo del escritor. Decirse a sí misma que un cambio de aires es justo lo que necesita le ayuda *un poco* a calmar sus temores ante la inminente fecha límite de entrega.

—¿Hay más damas y actividades que quieran compartir conmigo? —pregunta Prescott.

Ivy revisa la carta. Después de describir a la señorita Portia, Giovanna le desea a Ivy mucha suerte en su viaje y la insta a escribirle en cuanto llegue a Berkshire.

—Son todas. Ésas son las rosas inglesas del condado, por así decirlo.

—Casi media docena —dice Prescott.

—Es prácticamente un ramillete —bromea Ivy.

—¿Supongo que conoceremos a algunas en el baile?

—A las hermanas Tallon, por lo menos —responde Ivy, mientras repasa la carta—. Fue un gesto muy amable de Giovanna conseguirnos la invitación.

—Me temo que voy a necesitar toda la ayuda posible para estar a la altura de todos y de este título —dice Prescott.

—¿No eres afortunado por estar rodeado de mujeres tan serviciales?

—Mucho mejor que de un grupo de hombres serviciales —añade Prescott—. ¿Qué? —pregunta cuando ella lo fulmina con la mirada—. Lo digo en serio. Los abogados del vizconde son un dolor de…

Un golpe en el techo del carruaje hace que Prescott se calle de golpe.

—Mi lord, hemos llegado a la mansión Silverthorne —grita el cochero—. ¡Bienvenido a su nuevo hogar!

2

Ivy

El primer atisbo de la Mansión Silverthorne deja a Ivy sin aliento. Su hermano, a su lado, parece estar igual de atónito y se mantiene en silencio mientras el carruaje avanza por el largo camino de grava bordeado de árboles cuyos gruesos troncos hablan de tiempos y personajes antiguos.

La casa —alrededor de cincuenta habitaciones, según las notas proporcionadas por los asesores legales de la finca— se extiende sobre un paisaje primaveral que apenas comienza a despertar y tiene una arquitectura deslumbrante, diferente a todo lo que Ivy ha visto en Estados Unidos. Ella había intentado imaginarse la Mansión Silverthorne a partir del análisis detallado que los abogados le dieron sobre la finca, sus propiedades e ingresos, y la casa misma, pero hasta ese momento no había comprendido del todo lo que significaban todos esos números.

—Prescott, eso es un *castillo* —dice Ivy.

La piedra blanca casi brilla bajo el sol de la mañana. Es un lugar donde el tiempo no ha transcurrido, como si una princesa estuviera

a punto de soltar su larga cabellera desde la torre más cercana, porque hay torres *de verdad*, coronadas por feroces leones de piedra.

Todo en Manhattan es nuevo y moderno. El bullicio y el ir y venir de la ciudad no se parecen a nada en el mundo. Todas las familias de renombre compiten entre sí: quién posee los edificios más altos, las comodidades más modernas, las más refinadas obras de arte. Pero estar en un lugar donde las cosas tienen el tiempo y el privilegio de envejecer, como el buen vino, es una experiencia por completo distinta.

Es como caminar entre recuerdos que no te pertenecen. Vestigios de quienes estuvieron antes aquí.

—Deberás tener al menos una docena de hijos para llenar tantas habitaciones —le dice Ivy a Prescott mientras se acercan. El camino de grava en sí debe tener varios kilómetros.

—No crees que ellos esperan que lo llene de hijos, ¿cierto? —pregunta Prescott, alarmado.

—Estaba bromeando —añade Ivy—. Claramente, no es el momento.

—Lo siento —se disculpa Prescott, con la mirada todavía fija en el enorme castillo—. Es sólo que… verlo…

—Lo hizo real —termina Ivy la frase al darse cuenta de que su hermano no puede hacerlo. Le da una palmada en la espalda con delicadeza—. Nos las arreglaremos.

A medida que se acercan a la casa, Ivy divisa a dos mujeres de pie junto a la escalera de la entrada, en el camino de grava, ambas vestidas con trajes gris oscuro, de medio luto. Prescott señala a la que está a la izquierda.

—¿Crees que sea el ama de llaves? —pregunta Prescott justo cuando el carruaje comienza a reducir la velocidad hasta detenerse.

—Debe ser —responde Ivy—. Me muero por darme un baño.

—Lo necesitas —dice Prescott, y ella le da un puntapié.

—Tú también —afirma Ivy, y se baja del carruaje en cuanto éste se detiene, obligando a Prescott a apresurarse para ir detrás de ella.

—Hola —exclama Ivy, acercándose con paso decidido a las mujeres.

La más alta parece demasiado joven para ser el ama de llaves de una casa tan grande como ésta. Su madre siempre tenía mujeres mayores a cargo de su hogar en Manhattan —con la edad viene la sabiduría, la mano dura y el corazón frugal, solía decir su madre—, pero quizás esto también sea algo que en Inglaterra se hace de manera diferente.

—Soy Ivy —se presenta—. Éste es mi hermano, Prescott. Quiero decir, mmm… el lord. El vizconde. Ya saben a qué me refiero —hace un gesto con la mano hacia Prescott—. Ése de ahí.

Los ojos marrones de la mujer pasan de cautelosos a cálidos.

—Ivy —dice—. Soy vuestra prima June —se presenta y enseguida señala a la mujer de cabello castaño rojizo que está a su lado—. Mi esposa, Deepti, y yo os damos la bienvenida a la Mansión Silverthorne. Y nuestro hijo, Kai, también os recibe. ¿No es así, Kai?

Un niño pelirrojo se asoma por detrás de las voluminosas faldas de June y les ofrece a sus primos una sonrisa vacilante.

—Es un poco tímido —explica Deepti con una sonrisa afectuosa, revolviéndole el cabello al niño.

—*¿Prima* June? —repite Prescott desde detrás de Ivy, con evidente conmoción en su voz.

—Lord Yada-Lovell —June hace una reverencia—. Es un placer conocerlo.

—No lo entiendo —dice Prescott—. Los abogados que se pusieron en contacto conmigo por la herencia no me dijeron nada de ti. No estaba enterado de que el vizconde hubiera tenido hijos —añade, con gesto avergonzado—. Mis más sinceras disculpas. Si hubiéramos sabido de tu presencia aquí, te habríamos escrito para expresar nuestras condolencias y ayudarte con los preparativos. Estoy consternado. Los abogados dijeron que el vizconde no tenía herederos. Está claro que eso no es verdad —señala al niño.

June frunce el ceño.

—Soy una mujer, mi lord.

—Pero tienes un hijo —dice Ivy, comprendiendo al instante lo que Prescott quiere decir. ¿En verdad cruzaron todo un océano para que Prescott obtenga un título que no le pertenece?

—Kai no puede heredar, mi lord —asegura June.

—¿Por qué no? —pregunta Prescott.

—Por culpa de su madre —responde Deepti.

Dado que Prescott e Ivy siguen mostrando su desconcierto, June les explica con más detalle.

—Las mujeres no pueden heredar esos títulos… y tampoco pueden transmitirlos a sus hijos cuando se casan con otra mujer. Ésta es una de las muchas formas en que se discrimina a las mujeres en nuestro país… ya que los hombres que se casan con hombres siguen teniendo ese privilegio. Es evidente que nuestro país ha progresado, pero aún queda mucho por hacer, sobre todo en lo que respecta a los derechos de las mujeres. Nosotras todavía no podemos votar, por ejemplo.

—Eso es ridículo —afirma Ivy acaloradamente.

June y Deepti la miran sorprendidas. Incluso el pequeño Kai parece desconcertado por su arrebato.

—¡Lo siento! —dice Ivy, con las mejillas encendidas—. Es sólo que… en mi país la gente lucha contra la opresión. Los movimientos por los derechos de las mujeres están por todas partes y ganan fuerza con rapidez. ¿Por qué aquí no está ocurriendo lo mismo?

—Aquí las cosas son diferentes —explica June, ignorando con tacto el arrebato de Ivy, un gesto amable de su parte.

—Prima June, sostengo mis más sentidas disculpas —se excusa Prescott.

—Las de los dos —añade Ivy.

—No se preocupe, mi lord —dice June—. La Mansión Silverthorne es *su* derecho. Somos *nosotras* las que estamos sobrepasando los límites. Teníamos la intención de instalarnos en alguna cabaña o casa pequeña antes de vuestra llegada. Pero… —baja la mirada— debo admitir que ha sido difícil encontrar una en alquiler.

A Ivy se le revuelve el estómago. No puede imaginar lo difícil que debe ser para una mujer abrirse camino en este mundo si son tan retrógrados con respecto a la herencia. ¿Acaso June y Deepti tienen dinero para alquilar una casa de campo? ¿Para cuidar a su familia?

¿Acaso el antiguo vizconde no se aseguró de que su hija estuviera protegida? La furia arde en el pecho de Ivy con sólo pensar en ello.

—¿No creerás que les pediremos que se vayan? —pregunta Ivy horrorizada—. Éste es su hogar. Además, ¡es enorme! ¿Y eso que veo ahí atrás es una casa de huéspedes? —señala al fondo.

—Lo es, de hecho —contesta June, intercambiando una mirada de desconcierto con su esposa.

—¿Lo ves? Hay espacio de sobra para todos —dice Ivy con naturalidad—. Sólo tienes que alojarnos en la casa de huéspedes.

—Una excelente idea —coincide Prescott—. De esa manera, no estorbaremos en la casa principal.

—Pero… mi lord… usted es el vizconde. Usted es el designado.

Bien dicho. Ivy apenas puede asimilarlo: la cantidad de poder que Prescott posee ahora por un simple capricho de su nacimiento y sus circunstancias.

—Bueno, si mi palabra tiene algún peso aquí, entonces no debería ser un problema que ustedes se queden aquí y nosotros residamos en la casa de huéspedes —argumenta Prescott.

Sus dos primas lo miran fijamente, como si le hubiese crecido una segunda cabeza.

—Lo que se espera es que nosotras abandonemos la Mansión Silverthorne —explica Deepti con cautela—. Para que el vizconde Yada-Lovell pueda establecer su propio hogar.

—No sé muy bien cómo hacer todo esto —dice Prescott—. Ustedes me harían un gran favor si tuvieran la amabilidad de quedarse y aconsejarme. Yo soy, al fin y al cabo, un estadounidense sin modales.

Muy pocas personas pueden resistirse al brillo en los ojos de Prescott cuando se burla de sí mismo. La prima June no es una de ellas. Una lenta sonrisa florece en su rostro.

—Es usted muy amable… Prescott —dice—. Acepto su oferta.

—Le estamos muy agradecidas —añade Deepti.

—Y yo estoy agradecido de saber que tengo más familia de la que pensaba —afirma Prescott—. Me ilusiona conocerlos mejor a los tres.

—Pero debéis estar fatigados tras el viaje —comenta June—. Me temo que las habitaciones del vizconde están descuidadas. Cuando mi padre cayó enfermo, hice trasladar su cama a uno de los salones

para facilitar el trabajo de las enfermeras y el mío, y para su propio bienestar.

—Lo dije en serio: la casa de huéspedes será perfecta para mi hermana y para mí —asegura Prescott—. No nos gustaría alterar su rutina.

June aprieta los labios y sus ojos brillan de emoción.

—Me conmueve vuestra amabilidad. La pérdida ha sido muy dura para nosotras.

—¿Por qué no conduces a nuestros primos a la casa de huéspedes y yo me encargo de llevar a Kai para tomar el té? —propone Deepti—. Así podréis hablar de los asuntos de la finca que los abogados quizás hayan pasado por alto —añade con cierto énfasis.

—Lo agradecería —dice Prescott—. Te sigo.

—Por aquí, entonces —le indica June, todavía con cierto aire de desconcierto ante el rumbo que tomó la conversación.

Ivy observa a su prima mientras cruzan el camino de grava hacia la casa de huéspedes, situada entre los árboles que se esparcen a lo largo de la finca y, de pronto, deja escapar un grito ahogado cuando ve los jardines que se extienden detrás de la Mansión Silverthorne. June sonríe con orgullo al ver su reacción.

—Mi madre, cuando vivía, fue una dedicada jardinera —explica—. Ahora todo esto es mi mayor alegría.

—¡Esas rosas! —exclama Ivy cuando se detienen frente a la encantadora casa de huéspedes, donde trepan rosas teñidas de lavanda por la fachada—. Qué color tan inusual —comenta, extendiendo la mano para acariciar los pétalos de una de las flores.

—Las rosas se llaman Violet's Pride —dice June—. Son una creación de la gran cultivadora de flores lady Violet Ridings, que residió en Berkshire muchos años atrás.

—Sin duda, las rosas inglesas aman sus jardines —comenta Ivy —. Dime, ¿hay caballerizas por aquí?

—Se encuentran al otro lado del jardín —responde June—. Pero con certeza prefiere descansar después del viaje, en lugar de montar a caballo.

Prescott ríe.

—Mi hermana lleva dos días encerrada en un carruaje y, antes de eso, mucho más tiempo en un barco. Me sorprende que no se haya marchitado como una flor arrancada.

—Entonces, me dirigiré ahora a las caballerizas —afirma Ivy—. Estoy segura de que ustedes dos querrán hablar de… bueno, de todo esto —señala con la mano la finca que la rodea.

—Sólo dígale a Thomas, el mozo de cuadra, que ensille a Citrine para usted —dice June.

—Gracias —expresa Ivy antes de dejarlos solos para que se encarguen de sus asuntos. Sus músculos cantan de alivio al estirarse tras el largo viaje en carruaje.

El mozo de cuadra, Thomas, resulta ser de lo más servicial y le trae un hermoso purasangre con una franja blanca en la frente. Una vez ensillado el caballo, ella cabalga en la dirección que el mozo le sugirió para disfrutar de las mejores vistas de las tierras.

La libertad de remontar el interminable paisaje rural no se compara con nada más. Su mente, por fin, se despeja cuando está a lomos de un caballo: la carga y la presión, los rumores y el bloqueo creativo, la máscara que lleva puesta para mostrarse como esa coqueta arrogante y despreocupada, siempre lista para otro devaneo… todo se desvanece.

Puede simplemente ser ella misma, perdida en el gozoso movimiento, con todas sus preocupaciones, inseguridades y delicadeza expuestas.

Ojalá pudieras ser así con alguien más.

El pensamiento flota, inesperado, en su mente, y entonces descubre que está presionando sus rodillas contra los flancos del caballo, lo que hace que éste reduzca el paso. ¿De dónde salió *eso*? Se sacude esa idea, pasando una mano por su cabello revuelto.

Ser vulnerable es difícil. Prefiere hacerlo en el papel, donde hay distancia —tanto física como emocional— entre ella y el lector. Hay una intimidad insoportable en la poesía, en desnudar el alma, pero ¿hacerlo con alguien a quien amas? ¿Con alguien que representa un riesgo, una recompensa y todas esas cosas contradictorias que trae consigo el amor?

El pensamiento es abrumador, aplastante. La obliga a colocarse otra vez la máscara.

Dios mío, las vistas son preciosas. Todo es tan verde *aquí*.

Al trotar por la pendiente, pasa junto a varias cabañas cuyos techos de paja están demasiado deteriorados. No ve a ningún campesino fuera, así que sigue adelante.

¿Qué dijo June? Que más de doscientas familias viven o dependen de la finca. ¿Hay problemas económicos si sus campesinos no pueden pagar la reparación del techo de sus casas? Tendrá que hablar con Prescott de esto. Nadie debería dormir bajo un techo con goteras.

Al llegar a lo alto de otra colina, vislumbra a lo lejos una enorme mansión señorial, incluso más imponente que Silverthorne, algo que ella no creía que fuera posible hasta ese mismo instante.

—La casa Tallon —murmura para sí, espoleando a su caballo para subir un poco más y tener una mejor vista.

Los jardines serpentean detrás de la Mansión Tallon, al igual que en Silverthorne. Pero más allá hay una extensa zona verde con césped y un lago que parece el lugar perfecto para pasar un caluroso día de verano.

Hay unas chicas jugando a algo en el césped… ¿llevan uniformes? Casi puede distinguir los números prendidos en la espalda de sus blusas. Una de las chicas lanza una pelota hacia otra que sostiene un bate, y ésta golpea la pelota con una fuerza impresionante, haciéndola volar mientras otras dos corren tras ella.

¿*Éstas* son las hermanas Tallon? A Ivy le cuesta pensar en refinadas damas inglesas jugando *rounders* en el césped. Debe tratarse de las criadas, que salieron a divertirse antes de que la vorágine del baile se apodere de la casa. Envidia su libertad, ahora que una jaula dorada se cierne sobre ella en su ingreso a la sociedad inglesa.

Y hablando de sociedad… Ivy consulta su reloj de bolsillo, un regalo de su madre que cuelga de una delicada cadena de oro y tiene una garza entre bambúes grabada en la cubierta. Debe volver y prepararse para el baile. Recorre con el dedo el grabado de la garza antes de guardar su reloj otra vez. Su madre le dijo que las

garzas representan la paz y el equilibrio, con la esperanza de que le sirviera a Ivy como recordatorio para aspirar a tales cosas. Un mensaje no tan velado. Así es su madre, sin duda. Una mujer a la que no le gusta andarse con rodeos.

Últimamente, no me siento muy equilibrada, piensa Ivy.

Echa otro vistazo a las chicas que están allá abajo —parece que su juego se ha convertido en una pelea en toda regla, lo que la hace reír— y emprende su camino de regreso a la mansión.

Tiene que prepararse para el baile.



Freya

—¡Concéntrate en el juego, Tallon! —grita Angelica—. ¡Es tu última oportunidad!

Freya ignora a su hermana e intenta enfocarse en la extensa superficie verde del césped que tiene delante y en la pelota que sostiene Angelica. Eso es todo. En cualquier momento, Madre las llamará para que regresen a casa y el partido habrá terminado. *Necesita* acertar este golpe.

Freya entrecierra los ojos y tensa el cuerpo.

Crac. El sonido del bate golpeando la pelota. Dani *grita* triunfante al ver cómo la pelota se eleva, directo a los arbustos.

Freya corre hacia la segunda base y la golpea con firmeza antes de dirigirse a la tercera. Dani la anima, y Marigold y Angelica corren tras la pelota.

—¡Marigold ya la tiene! —grita Dani—. ¡Corre!

Freya se lanza hacia la tercera base, una vieja funda de almohada que Marigold rellenó con pétalos de lavanda secos que le dio lady Honoria. *Si vamos a tener bases oficiales para el* rounders*, al menos que huelan bien,* dijo.

—¡Cuida tu maldita espalda! —grita Dani detrás de ella. A ella siempre la domina el espíritu competitivo cuando juegan *rounders*… o a cualquier otro juego.

—¡Modera tu lenguaje! —la regaña Angelica.

La advertencia de Dani llega un segundo tarde. Justo cuando Freya se desliza hacia la base, Marigold la embiste contra el césped, levantando terrones de tierra por todas partes con el impacto. Justo una fracción de segundo después de que los dedos de Freya tocan la funda de almohada… Marigold la golpea con la pelota.

—¡FUERA! —grita Angelica.

—¡No es así! —exclama Dani—. ¡Freya ya estaba a salvo!

—¡Ni por asomo! —dice Marigold—. ¡Yo la toqué!

—¡Yo llegué a la base! —insiste Freya, levantando la funda de almohada—. ¡Mis dedos tocaron la seda antes de que tú me golpearas con la pelota!

—¡Tonterías, yo te toqué primero! —asegura Marigold.

Freya agita la funda de almohada frente a ella.

—¡Está *en mis manos*!

—¡Maldita sea, tramposas! —explota Dani, poniéndose roja como un tomate.

—Te lavaré la boca con jabón —la amenaza Angelica.

—Tú no eres Madre ni la niñera Dubois —afirma Dani—. ¡No me asustas! ¡Lucharé por mi honor y el de Freya! ¡Y ya estaba a salvo!

Angelica pone los ojos en blanco.

—Vaya, hacía siglos que no pensaba en la niñera Dubois —comenta Marigold poniéndose en pie y ofreciéndole la mano a su hermana menor, a pesar de su desacuerdo. Freya se rehúsa a aceptarla. Es cuestión de principios—. Me pregunto cómo estará.

—¡Eso no importa! —dice Dani, sabiendo cómo le gusta a su hermana desviarse del tema—. ¡Esto es sobre nuestro honor! ¡Exijo una revancha!

—La niñera Dubois se retiró a París —afirma Angelica, porque se dedica a saberlo *todo*—. Cada Navidad le envío una cesta llena de delicias inglesas que podría echar de menos.

—Qué detalle tan dulce —Marigold se sacude la hierba de su blusa de *rounders* y de las caléndulas cuidadosamente bordadas que

adornan el cuello, y luego pasa a sus largas faldas, cuyo dobladillo había metido en su cinturón—. Entonces, ¿otro partido?

—¡Yo ya estaba a salvo! —Freya no grita, pero acompaña la afirmación con una mirada fulminante. ¡Cómo se atreven Angelica y Marigold a intentar esto! Es sumamente antideportivo. Su padre las educó para comportarse mejor… y para ganar siempre. Y justo eso es lo que Freya pretende hacer.

—Amor mío, ¿tú qué opinas? ¿Viste la jugada? —pregunta Marigold, volviéndose hacia Rosaline, que está sentada en una silla de jardín a la sombra, bebiendo limonada y observando sus excentricidades con irónica diversión.

—Querida, sé muy bien que no debo interponerme entre tú, tus hermanas y un partido de *rounders* —responde su esposa—. Vosotras cuatro sois las criaturas más competitivas que he conocido en mi vida. Además, yo estaba leyendo, así que no vi quién llegó primero.

—¡Y ésa es la razón por la que necesitamos un árbitro oficial! —exige Dani—. ¡He estado diciéndolo desde siempre!

—No somos suficientes —señala Freya—. Y Rosaline es parcial. No te ofendas, Rosaline —añade, dirigiéndose a su cuñada.

—No me ofendo —responde Rosaline, porque es el tipo de mujer que nunca se altera por nada—. Soy completamente parcial a favor de mi único y verdadero amor —levanta su vaso de limonada hacia Marigold, que se sonroja cuando Rosaline le lanza un beso para enseguida volver a su libro.

—Vosotras dos sois insoportablemente afectuosas —declara Dani.

—Más te vale encontrar a alguien tan digno o digna como mi Ros —la reprende Marigold—. Sobre todo, porque Madre y Padre querrán que dejes de dilapidar el tiempo y que empieces a pensar en el matrimonio una vez que seas presentada oficialmente en sociedad y Freya se case, y con certeza *eso* ocurrirá antes de que termine esta temporada.

Las manos de Freya se cierran con fuerza en torno a la funda de almohada, y una fragante ráfaga de lavanda invade sus sentidos.

—No sabemos *con seguridad* si me casaré esta temporada —discrepa Freya.

La temporada comienza en mayo, lo que parece demasiado pronto.

—Tonterías —dice Angelica—. ¡El mismo lord Montgomery ya prácticamente se declaró!

—Eso no es cierto —replica Freya con firmeza—. ¡Y no permitiré que me distraigáis de esta injusticia en el campo de juego! Yo ya estaba a salvo cuando Marigold me tocó. Estoy de acuerdo con Dani: debemos repetir el partido. De lo contrario, tendréis que aceptar la derrota.

—Como perdedoras —añade Dani con énfasis.

—¡Retira tus palabras! —se exalta Marigold, señalando a Dani con la mano que aún sostiene la pelota—. Desde luego que no somos ni remotamente *perdedoras*.

Dani se inclina hacia delante, con los ojos iluminados por esa mirada pícara de hermana menor.

—P-E-R-D-E-D-O-R-A-S —dice, deletreando con cuidado.

—Traeré el jabón —declara Angelica, avanzando hacia su hermana.

Dani grita y retrocede, y Freya se interpone entre ellas, lanzando en su defensa la funda de almohada convertida en base. Para su horrorizada diversión, la tela se rasga y una lluvia de capullos de lavanda sale disparada con una fuerza en verdad impresionante directo al rostro de Angelica.

Dani ríe a carcajadas y escapa rápidamente.

—¡Parece que ahora eres tú la maloliente, Angelica!

—¡No cuenta si huelo a flores! —protesta Angelica, justo cuando una voz llama desde el otro lado del jardín, interrumpiendo su discusión… y cualquier posibilidad de que puedan jugar otra ronda que demuestre que Dani y Freya son las verdaderas ganadoras.

Freya distingue a su madre acercándose por el sendero del jardín hacia el césped que se extiende frente al lago, donde están jugando. Su madre es una mujer elegante que ha envejecido como un buen vino, como su padre suele decir. Su cabello comienza a mostrar mechas plateadas que brillan bajo cierta luz, y sus ojos azules —tan parecidos a los de Freya— relucen aún más por el contraste. Cuando Freya era pequeña, solía sentarse en el tocador de su madre

mientras ésta se preparaba para el baile o la fiesta a la que ella y Padre asistirían esa noche, fascinada por sus frascos de perfume, las intrincadas flores de seda y las peinetas enjoyadas que la doncella colocaba en su tocado. Freya soñaba con el día en que ella misma se prepararía para esas fiestas, pero ahora que esos días han llegado no puede evitar sentir mariposas en el estómago por los nervios cada vez que se prepara para un baile.

El cierre de sus dos primeras temporadas se sintió más como un alivio de lo que hubiese imaginado. Pero con sus dos hermanas casadas, la tradición y la sociedad esperan que ella sea la siguiente. *Lady Freya es la niña de los ojos de su padre… ¿a quién considerará él digno de su hija?*

—Quizá mamá podría ser nuestra árbitra —bromea Dani.

—Estoy demasiado ocupada con los preparativos de último minuto para el baile —responde su madre con una sonrisa indulgente—. Y ya sabéis que nunca he entendido las reglas de vuestros juegos tontos. ¡Vuestro padre os ha consentido demasiado, permitiéndoos correr por el césped y jugar como si fuerais chicos!

—¡El *rounders* es un juego para todos, mamá! —señala Marigold con una encantadora sonrisa.

—Al menos, vuestros uniformes son adorables —dice su madre chasqueando la lengua. Se acerca a Freya y le sacude la tierra de la manga.

—Angelica hizo un trabajo precioso, ¿no lo crees, mamá? —comenta Freya.

—De todas mis niñas, siempre ha tenido la mejor mano con la costura —responde mamá con una sonrisa hacia la penúltima de sus hijas.

—Sí, claro, Jelly es perfecta en *todo* —dice Dani con sarcasmo, utilizando ese tonto apodo infantil que *sabe* que Angelica detesta.

Cuando Angelica estaba esperando a su primer hijo, se sintió un poco inquieta durante el confinamiento. Al dar a luz a la primera nieta de los Tallon, una niña llamada Julia, también había confeccionado las blusas de *rounders* para todas sus hermanas, con sus números de la suerte y una garra de ave bordada en la espalda en sus colores favoritos.

Quizá fue el mejor regalo que Angelica les hubiese hecho jamás a sus hermanas. Con frecuencia, sus regalos van acompañados de sermones sobre moral, etiqueta y obediencia a su padre. No es que Freya desobedezca a papá. Jamás lo haría. Dani, por su parte… ¡en ocasiones parece que se esfuerza por escandalizar a sus padres! A Freya se le hace un nudo en el estómago con sólo pensar en tomar tales decisiones, aunque no puede juzgar a Dani por ellas, ya que parecen hacerla muy feliz. Su hermana menor es un espíritu libre y salvaje, que se conoce a sí misma a la perfección.

—¿Habéis terminado vuestro juego? —pregunta mamá—. Incluso si no es así, debo insistir en que entréis y os deis prisa. ¡Sólo nos quedan tres horas antes de que lleguen los invitados! ¡Y he recibido noticias de que tendremos invitados imprevistos! Oh, no tendría que haberos dejado salir hoy. ¡Mirad lo sucias que estáis ahora! —sacude más tierra de los hombros de Freya—. Lord Montgomery se horrorizaría si te viera tan desaliñada. Un hombre no quiere que su esposa luzca descuidada, Freya. Es casi como ser *fea*.

—¡Freya jamás podría ser fea! —protesta Marigold.

—Si un hombre es tan débil como para no soportar a una mujer sin un peinado impecable y un corsé tan apretado que le impida hasta respirar, entonces yo no querría casarme con él —declara Dani —. Y Freya tiene mucho que ofrecer además de esa cara tan hermosa —extiende las manos y sujeta el rostro de Freya, apretando sus mejillas como si fuera una niña.

Freya ríe.

—No temas, mamá. Contamos con *cuatro* doncellas entre nosotras, ¿no es así? —Freya intenta tranquilizarla—. Estaremos deslumbrantes cuando lleguen los invitados.

—Lord Monty no sabrá qué lo golpeó —añade Dani—. Quiero decir, si eso es lo que tú deseas, Freya —dice con tono escéptico—. Él es agradable, supongo. Pero luce como alguien que se preocupa demasiado.

—¡Dani! —la reprende Angelica.

—¡Sus corbatas siempre están demasiado apretadas! —replica Dani—. ¡Como si temiera dejar de lucir como un caballero si se le desataran por un instante!

—Vamos ya, Dani querida —dice mamá con firmeza—. Debemos prepararnos antes de que lleguen los invitados.

—Al menos no llegarán a tiempo si quieren ir a la moda —comenta Marigold, acercándose a Rosaline y entrelazando su brazo con el de su esposa—. Todo el mundo sabe que no se debe llegar al baile hasta al menos una hora después de haber comenzado.

—No *todo* el mundo lo sabe —replica Dani mientras comienzan a caminar hacia los jardines y la casa solariega—. ¿Qué dijiste sobre invitados inesperados, mamá?

—Me han informado que nuestros nuevos vecinos llegaron justo a tiempo para asistir a nuestro baile y conocer a algunas de las familias del condado —dice mamá.

—¿El vizconde estadounidense? —pregunta Marigold con interés.

Ha sido el tema de conversación en Berkshire durante meses: el estadounidense que heredó el título del vizconde. Pero nadie sabe su nombre o algo más sobre él. Es un gran misterio.

—Así es —confirma mamá—. Niñas, debéis recordar ser corteses con los estadounidenses. Ellos no son como nosotros. Sus modales, su forma directa de hablar y de hacer las cosas… bueno, tendremos que soportar.

—¿Estadounidenses? —Angelica consigue que su pregunta suene como una maldición, aunque ella jamás diría una—. ¿Hay más de uno?

—La hermana del vizconde lo acompañó a Inglaterra —dice mamá—. Una tal señorita Ivy Yada-Lovell.

—¡¿Qué?! —el grito de Dani es tan fuerte que espanta a los estorninos y salen volando del seto.

—Mis oídos —Marigold se tapa las orejas de forma dramática.

—¿No es la poeta? —pregunta Freya, prestando de repente toda su atención.

—¿Poeta? —repite mamá, desconcertada.

—¡Ivy Yada-Lovell es una poeta, mamá! ¿Estás segura de que ése es el nombre que te dieron? —pregunta Dani, dando saltitos de emoción.

—Una dama poeta, imaginaos —comenta mamá—. ¿Qué clase de poesía escribe?

—Poesía *escandalosa* —responde Angelica antes de que nadie más pueda hablar.

Ros carraspea un poco.

—¿Recuerdas, mamá, que el primer ministro escribió un editorial en *The Times* sobre la publicación de *Los secretos de seda*? —prosigue Angelica.

—No lo creo —dice mamá—. Pero nunca me ha gustado mucho leer el periódico, querida. Eso es cosa de tu padre.

—Papá sin duda sabe quién es Ivy Yada-Lovell —afirma Angelica —. ¿Ya sabe él que es la hermana del vizconde?

—Tu padre deja en mis manos los detalles de nuestra vida social —responde mamá—. Y mencionó que está ansioso por conocer al nuevo vizconde.

—Eso es un no, entonces —confirma Marigold.

—Papá no rechazaría al vizconde sólo por su hermana —protesta Dani—. ¡Jamás sería tan grosero!

—Papá también detesta los escándalos —comenta Angelica—. Ya tiene bastante en qué pensar ahora mismo —añade con aire preocupado, llevando una mano al prominente contorno de su vientre.

—Bueno, esperemos que papá no relacione el nombre con la poeta entonces —dice Dani—. ¡Esto es tan emocionante! Tengo tantas preguntas para ella. ¿Creéis que nos hable de la novia fugitiva si se lo pedimos amablemente?

—¿La *qué*? —pregunta mamá. Suena alarmada.

—No es nada, mamá —replica Marigold, con tono tranquilizador —. Vayamos adentro, debemos prepararnos.

—Te lo juro, mamá, deberías casar a Dani cuanto antes —la apremia Angelica con delicadeza mientras atraviesan el jardín. La grava cruje bajo sus pies y el aroma de las rosas y los jacintos inunda el aire.

—Me encantaría ver cómo lo intentáis —dice Dani—. Lo siento, mamá —añade apresuradamente, como si hubiera olvidado que su madre está guiando a su pequeño grupo de regreso a casa.

Freya baja la cabeza para ocultar la sonrisa que le provocan las irreverencias de su hermana pequeña. A Dani le fascina molestar a

Angelica, que es la que más se parece a su madre. De hecho, Angelica a menudo actúa como si *fuese* su propia madre. O como si deseara que la escucharan de la misma manera.

—Me conformaré con que superes este baile sin ningún percance mayor, Dani querida—dice mamá—. No debes atosigar a la señorita Ivy con preguntas sobre su peculiar ocupación durante la noche, ¿me escuchaste? Comportémonos de la mejor manera posible, ¿de acuerdo? Podemos mostrar a los estadounidenses cómo es una verdadera bienvenida británica. Dios sabe que necesitarán orientación, o la Mansión Silverthorne caerá en un estado de deterioro aún mayor que el actual. No sé en qué ha estado pensando June al confiar en la caridad de sus vecinos para cuidar de sus campesinos. Pero June siempre ha sido una criatura extraña. Con tantas ideas raras y tan obstinada, incluso desde que era pequeña.

Una punzada de preocupación atraviesa a Freya. Los campesinos que viven en la frontera entre sus tierras y las de la Mansión Silverthorne han pasado por muchas dificultades este invierno. Desde hace meses, ella ha llevado cestas con víveres a las familias cuando visita a sus propios campesinos. Es lo menos que puede hacer para asegurarse de que nadie pase hambre y de que todos puedan encender un fuego… aunque mantenerse caliente es difícil cuando los techos tienen goteras y no hay suficiente paja para repararlos.

—Me pregunto cómo se las arreglarán June y Deepti ahora que ha llegado el nuevo vizconde —dice Dani.

—Dependerán de la caridad de su familia —responde mamá con paciencia—. Como todas las mujeres de buena cuna que se encuentran en esa situación. Así como Angelica o Freya se ocuparán de todas vosotras cuando papá y yo ya no estemos, y uno de sus futuros hijos herede la mansión Tallon y el título de vuestro padre —sonríe con indulgencia a Angelica y Freya—. Con el favor de Dios, no tendremos que esperar demasiado.

—Mamá, no sabemos si este bebé será un niño —le recuerda Angelica.

Su primer hijo fue una niña, por lo que su padre todavía no cuenta con un heredero varón que continúe con el linaje Tallon.

—Tonterías —afirma mamá—. Tengo un buen presentimiento. Y mi instinto nunca se equivoca.

—Espero que tengas razón —dice Angelica con cautela, pero Freya puede sentir la tensión que emana de ella, lo cual no puede ser bueno en su delicado estado.

Todas sienten el peso de esa nube de incertidumbre que se cierne sobre la sucesión familiar, que debe asegurarse para la próxima generación. Freya solía sentir que ella y Angelica compartían la misma ansiedad: una de las dos tendría que proporcionar al heredero, dado que ambas se inclinan por los hombres. Dani todavía es muy joven y no hay garantía de que encuentre un marido en lugar de una esposa. Siempre ha sido la impredecible dentro de la familia, y su padre necesita la estabilidad que le proporcionan las decisiones de Angelica y Freya.

A pesar de que Freya es mayor que su hermana, siempre ha sentido que Angelica ha tenido un plan para su vida desde el principio. Le encanta cuidar de todos, y ahora ya es madre. Conoce a su marido, Rupert, desde que eran niños. Anunciaron su compromiso a la mitad de su primera temporada y se casaron al final. Angelica hace todo como debe hacerse, y su matrimonio no es una excepción. No sólo es una unión por amor, sino una alianza entre dos familias nobles, para gran deleite de sus padres. Es lo que ellos quieren para todas sus hijas… y Freya siente esa presión.

Va detrás de su hermana menor en todos los aspectos… y la presión es aún mayor porque su padre le ha dejado claro que él también lo considera así.

—Estoy segura de que June se las arreglará de alguna manera —dice mamá—. Pero, bueno, la verdad es que, si *en verdad* le hubiera preocupado su futuro, podría haber tenido un matrimonio diferente.

—¡Mamá! —exclama Dani—. ¡Es horrible que digas algo así!

—Es la verdad —insiste mamá con aire práctico—. Si June se hubiera casado con un hombre, esa unión habría consolidado su posición de una manera que no puede conseguir tras haberse

casado con una mujer. Y si hubiera dado a luz a un hijo de su propia sangre en lugar de adoptar…

—Mamá —exclama Freya, sin apartar la mirada de Marigold y Ros, que parecen ligeramente consternadas.

—Oh, querida, sabes que en *nuestra* familia es muy diferente —comenta mamá rápidamente—. June siempre ha mostrado muy poco interés por la sociedad. Es una buena vecina, por supuesto. Pero ¡cuánta independencia! En cambio, tu Rosaline es una mujer de negocios con iniciativa que se ha hecho un nombre por sí misma —añade con una sonrisa afectuosa hacia Ros—. Papá no te habría permitido contraer matrimonio con alguien que no pudiera proveer para ti lo mismo que un hombre. Y tus hermanas siempre estarán ahí para ti. June es hija única, y el matrimonio define el futuro de una mujer.

—Se supone que el amor lo conquista todo, mamá —argumenta Freya en voz baja.

—Ay, mi cielo —los ojos de mamá se iluminan—. Ojalá fuera así. Ahora, vamos. Es hora de prepararse para esta noche tan especial. Lord Montgomery estará deseando verte y reclamar un vals.



4

Ivy

En la bañera, Ivy hace rodar el jabón entre sus palmas, tratando de no sentir que todos siguen adelante sin ella. *Prescott te necesita*, se recuerda. *Y tú necesitas terminar tu libro*.

Mira fijamente la pila de hojas que descansa sobre el pequeño escritorio que colocó junto a la bañera. Sus intentos se reducen a meros garabatos a medio terminar. ¡Tiene que concentrarse! Tanto en la poesía como en el juego de la búsqueda de esposa.

Pero ¿por cuánto tiempo? Una vez que él se case —y eso tendrá que ocurrir pronto—, empezará a construir su nueva familia. Ella se quedará sola. Siempre se dice que puede soportarlo, pero en ocasiones siente que todos la abandonan. Su madre ansiaba dedicarse por completo a su trabajo en Japón y ahora Prescott tendrá que ocuparse de la administración de la Mansión Silverthorne.

Al menos tú también tienes tu trabajo, se dice. Aunque no es sino un pequeño consuelo, ahora que está batallando contra el bloqueo creativo. Si tan sólo pudiera encontrar la inspiración adecuada.

Creyó que ya había dejado atrás los sufrimientos de crecer. Pero parece que hay nuevos duelos, pérdidas y ganancias que afrontar cuando tus hermanos y tus padres se establecen y siguen adelante con sus vidas sin ti.

No es que se sienta paralizada. O tal vez sí. Quizá justo de eso se trata su bloqueo. Lo único que sabe es que necesita que la inspiración regrese tan rápido como Prescott necesita casarse, o sus editores estarán bastante molestos.

Con un suspiro, lanza el jabón al agua y las salpicaduras manchan los poemas a medio terminar. La tinta se corre.

Ni siquiera le importa. No son obras maestras. Todavía no, por lo menos.

Sale de la bañera, se ajusta la máscara que la protege y se prepara para el baile, decidida a ser la hermana perfecta al evaluar a cada joven que conozca.

Concéntrate en la vida amorosa de Prescott, no en el fracaso de la tuya. Es una especie de mantra. Uno que la liberará de todas las distracciones.

Está segura.



Freya

—¡Eso es mío! —Dani intenta quitarle la pluma de avestruz a Marigold.

Marigold esquiva a Dani, girando para apartarse.

—Dani, deja que la tenga —interviene Angelica desde su sitio frente al espejo, mientras examina su reflejo y arregla los rizos que enmarcan su rostro.

Dani lleva un vestido de color rosa intenso, con detalles de pedrería que tintinean y se agitan con cada movimiento. Está armando un gran alboroto.

—¡Pero es mía! ¡Le pedí a papá que trajera las plumas en su último viaje a París! —exclama Dani haciendo un puchero y cruzando los brazos sobre su vestido, cuya seda se arruga con el movimiento.

—No pasa nada, querida, estás preciosa sin ella —le asegura Freya mientras Marigold sonríe y se sienta en uno de los sillones frente a la chimenea para colocarse la pluma en el cabello. Sus voluminosas faldas se extienden con gracia a su alrededor. Marigold ha elegido un color tan alegre como su nombre: el amarillo pálido resalta su cabello rojizo y sus ojos verde musgo.

Por dondequiera que Freya mire, hay vestidos tirados. Sobre la cama, sobre las puertas del armario, colgados de las sillas. Dani es famosa por no poder elegir un vestido hasta el último momento… y luego cambiar de opinión al menos tres veces más después de eso. Parece como si todo el contenido de los cuatro armarios hubiera acabado en el vestidor mientras se preparan para un baile, pero a Freya no le importa. Le encanta arreglarse en compañía de sus hermanas y ahora que Angelica y Marigold están casadas y tienen sus propias casas, se siente aún más especial que las cuatro estén juntas.

—No olvides tu tarjeta de baile, Freya —dice Angelica, tomando la tarjeta del tocador y tendiéndosela.

Freya toma la tarjeta, de la que cuelga un cordón azul. Se lo ata a la muñeca, el cordón combina perfectamente con su vestido. Para su madre, ningún detalle es demasiado insignificante cuando se trata de un baile. Freya sólo puede esperar ser la mitad de buena señora de la casa que es su mamá cuando llegue el momento de casarse y dirigir su propio hogar.

—Me pregunto si lord Montgomery te robará todos los valses esta vez —dice Marigold con picardía—. Si vuelve a ser el primero en tomar tu tarjeta de baile, sospecho que lo hará.

Freya se sonroja. La temporada pasada, en la fiesta de la finca de los Babcock, lord Monty fue el primer hombre en tomar su tarjeta de baile. Se adjudicó sus *tres* valses antes de que ningún otro pretendiente pudiera hacerlo. Todo el mundo sabe que el vals es el baile más íntimo: hay que abrazar a la pareja y sostenerla cerca mientras dan vueltas alrededor del salón. Que un hombre reserve no uno, sino los *tres,* es poco menos que una declaración… y una advertencia descarada a los otros interesados en Freya.

Su madre se escandalizó un poco, pero su padre se alegró y calmó sus protestas. Es buen amigo del duque de Welles, padre de lord Montgomery. Ambos participan activamente en la política de la Cámara de los Lores, aunque el duque, por supuesto, tiene mucho más poder e influencia.

Los Tallon son una familia antigua, pero su padre es un lord, no un duque como el padre de Monty. Freya será duquesa algún día si

se casa con Monty, que es el mayor de una familia de sólo hijos varones. Ella no puede imaginar cómo serán las vacaciones de la familia Welles… bulliciosas, sin duda. Si se convierte en la duquesa de Welles será un pilar de la sociedad inglesa. Su padre estará muy orgulloso.

—¿Quieres que lord Montgomery llene tu tarjeta de baile? —pregunta Dani con curiosidad.

—Por supuesto que sí quiere —responde Angelica antes de que Freya pueda siquiera considerar la pregunta.

—Es apuesto —replica Dani—. Pero yo lo encuentro terriblemente aburrido. Una vez le pregunté cuál era su novela favorita y ¿sabes qué me respondió?

—¿Qué? —interroga Freya.

—¡Que no le gusta la ficción! —contesta Dani.

—Bueno, obviamente, eso lo convierte en un villano —dice Marigold con sarcasmo—. En serio, Dani. No a todo el mundo le gusta perderse en las historias. Estoy segura de que lord Montgomery es un hombre culto. Tal vez sólo prefiera los libros sobre el mundo natural o la historia o cosas que realmente han sucedido.

—Pero a Freya le encanta leer. Y cuidar de los demás. Lord Montgomery pasa todo su tiempo en Londres cuando no está aquí intentando cortejar a Freya. Se la llevaría lejos.

—En Londres también hay personas a quienes ayudar —comenta Freya en voz baja—. Y no me está llevando a ningún lado, Dani. Es muy amable, pero ni siquiera ha dejado claras sus intenciones…

—Yo no diría eso —interviene Angelica.

—No hemos cruzado una sola palabra sobre tales asuntos —dice Freya con firmeza—. Y él no ha hablado con Padre.

—¿Estás segura de eso? —pregunta Marigold.

—Padre me lo habría comentado —replica Freya, aunque la idea de no estar del todo segura de que quizá Padre sí haya hecho planes ya… le produce un cosquilleo en el estómago. Lord Monty es encantador. Se sintió halagada cuando él la buscó durante el último baile de la temporada, el pasado agosto. Pero a medida que su relación se fue estrechando, ella siguió esperando a que algo se

activara en su interior, como una llave en una cerradura. Si llega a conocerlo mejor, está segura de que sucederá ese momento que la hará sentirse *segura*.

—No debes hacer nada que le cause problemas a Freya, Dani —advierte Angelica—. Dar a lord Monty una mala impresión de nuestra familia sería de lo más inapropiado en un momento tan delicado.

—¡Cómo te atreves a pensar que haría algo así! —replica Dani.

—Tú y tus bromas… —comienza a decir Angelica.

—*Todas* hacemos bromas —interrumpe Dani—. ¡La mañana de Pascua, tú y Freya metisteis en mi habitación veinte conejos de angora que estaban justo mudando el pelo!

Freya suelta una risita. Tiene un don verdaderamente diabólico para las bromas… como todas ellas.

—Nunca entenderé cómo lograsteis meter todos esos conejos en su habitación sin despertar a Dani, que tiene el sueño tan ligero —comenta Marigold.

Angelica esboza una sonrisa misteriosa.

—Se aprenden muchas cosas cuando te conviertes en madre —es lo único que dice.

—Es como si pudiera atravesar las paredes —susurra Dani—. Tuve pelo de conejo en mis vestidos durante *semanas*.

—Me gustaría que tomaras esto con seriedad, Dani —suspira Angelica.

—¿Qué cosa? ¿Las bromas? —pregunta Dani con aire inocente.

—El asunto de encontrar un esposo —responde Angelica—. Mamá lo ha intentado una y otra vez contigo, y me temo que ya se ha rendido.

—La agoté —dice Dani, con aire satisfecho—. Ya no lo intenta tanto.

—Por eso lo hago yo —dice Angelica—. Sé que sientes que tienes todo el tiempo del mundo, pero no es así. Muy pronto llegará tu momento, sobre todo si Freya se casa en poco tiempo. Entonces, todas las miradas de la alta sociedad estarán sobre ti, Dani. No debes avergonzarnos.

Freya se sorprende de lo segura que parece su hermana. ¿Ella se casará pronto?

¿Es suficiente con que su padre lo apruebe? Papá quiere lo mejor para ella y Freya siempre ha confiado en él en todos los asuntos, como haría cualquier hija obediente.

Sin embargo, a veces hay una vocecita en su interior, cuando lord Monty hace cosas como reclamar todos sus valses sin siquiera pedirlo antes. Que es atrevido por su parte. Que ni siquiera le preguntó a ella. Que tal vez *ella* debió haber dicho algo, pero no lo hizo. ¿Por qué no dijo nada?

Freya lo ha escuchado toda su vida: Angelica es la responsable, Dani es la rebelde, Marigold es la inteligente y ella es la generosa. Nunca antes lo había considerado como algo malo, pero esa voz en su interior le dice: *¿Y si encontraras a alguien que se entregara a ti de la misma manera que tú te entregas a los demás?*

Eso, verdaderamente, sería como si el mundo volviera a nacer.

El amor debería ser certero, un sentimiento inquebrantable, uno del que no se puede huir, ¿no es así?

—¿Por qué pones esa cara pensativa? —pregunta Marigold con delicadeza, tomando la mano de Freya.

Freya esboza una sonrisa forzada.

—No es nada —responde—. Sólo estaba… pensando en lo diferente que sería la vida.

—Es emocionante encontrar a tu compañero de vida —dice Marigold—. Eso es lo que todos queremos para ti, porque estamos muy felices con los nuestros.

Freya sonríe, porque sabe que Marigold y Angelica están felizmente casadas, y eso le produce una gran alegría.

—Pero no pasa nada si lord Monty no es esa persona —continúa Marigold, como si pudiera sentir la incertidumbre de Freya.

—Quizás él lo sea —dice Freya, deseando *saberlo.*

—Y quizá no lo sea —prosigue Marigold—. Pase lo que pase, la decisión es tuya, querida.

Pero ¿eso es verdad? Freya descarta la idea casi tan pronto como se le ocurre.

—Por supuesto —responde Freya, girando su tarjeta de baile en la mano.

Se asegurará de que sólo quede un vals cuando lord Monty se acerque a ella. Una forma muy elegante de manejar la situación. Nadie se dará cuenta y nadie saldrá herido.



6

Ivy

—El muy honorable vizconde Yada-Lovell, acompañado por la señorita Ivy Yada-Lovell —anuncia el lacayo en el gran salón, y la mano de Ivy se aferra con más fuerza al brazo de Prescott.

Un murmullo recorre la multitud que se extiende por el salón de baile, acompañado por el tintineo de los candelabros de cristal y las copas de champán.

Prescott la conduce con aplomo, pero Ivy conoce lo suficiente a su hermano para saber que está tan nervioso como ella. Las fiestas de Manhattan son una cosa, pero esto es otro mundo: riqueza antigua que se remonta a antes de que se fundara su país, incluso. Caminan hacia la fila de recepción, donde los están esperando un hombre, de cabello gris y rostro solemne, y su esposa, una mujer con mechones plateados en su elegante peinado y rubíes alrededor del cuello.

—Mi lord —el caballero hace una breve reverencia a Prescott—. Soy lord Tallon, su nuevo vecino.

—Mi lord —saluda Prescott, inclinándose a su vez y sin tambalearse como lo hacía cuando practicaban en el barco, para gran alivio de Ivy—. Nos sentimos profundamente honrados por su invitación. ¿Me permite presentarle a mi hermana? La señorita Ivy Yada-Lovell.

Ivy hace una genuflexión, aunque sus piernas tiemblan ligeramente bajo su falda. Reza para que no se note.

—Mi lord —murmura.

—Encantado de conocerla —dice lord Tallon, pero no parece nada complacido. Hay una mirada escrutadora en sus ojos que le indica a Ivy que conoce su nombre… y, por lo tanto, su trabajo. Y que no lo aprueba. Ella conoce bien esa mirada. La ha visto reflejada en muchos rostros. Pero nunca hasta ahora le había preocupado que la desaprobación de los demás pudiera costarle algo a su hermano. Se traga un nudo de ansiedad cuando lord Tallon esboza una sonrisa seca y dice—: Y ella es mi esposa, lady Imogen Tallon.

—Mi lord, señorita Ivy —lady Tallon se acerca con una sonrisa elegante—. Es un placer conoceros. Giovanna ha hablado maravillas de vosotros dos… ella es una persona bastante original, ¿no es así? ¡Su salón de té y sus delicias brasileñas han sido el centro de todas las conversaciones en Berkshire desde que llegó! Ella va de aquí para allá conociendo a las personalidades más insólitas de todo el mundo.

—*Ella* es una personalidad insólita —dice lord Tallon en voz baja, con un tono de evidente desaprobación.

Prescott suelta una risita y lord Tallon le dedica una sonrisa.

—Venga conmigo —añade lord Tallon—. Le presentaré a algunos de los jefes de las familias más prominentes de nuestro pequeño rincón de Inglaterra. ¡Están ansiosos por conocer a nuestra nueva sangre! Al fin y al cabo, usted es el segundo mayor propietario de tierras del condado, después de mí.

—¿Lo soy? —cuestiona Prescott—. Quiero decir, sí, claro. Lo soy. Me encantaría conocer el terreno, por así decirlo.

—Damas, ¿nos disculpan? —añade lord Tallon.

Prescott le lanza una mirada a Ivy, y ella asiente rápidamente.

—Estaré bien —le dice a su hermano.

—Mi esposa cuidará de su hermana —le asegura lord Tallon a Prescott—. Deje que las damas se entreguen a sus pequeñas travesuras y su ponche. A nosotros nos esperan el brandy y los puros.

Mientras lord Tallon y Prescott se pierden entre la multitud, lady Tallon le sonríe a Ivy.

—Y usted debe venir conmigo —dice lady Tallon, tomando a Ivy del brazo con la gracia de una mujer nacida para ser anfitriona—. Quisiera presentarle a algunos de los jóvenes del condado. Los amigos son muy importantes cuando alguien se instala en un nuevo lugar, y queremos que se sienta bienvenida.

—Es muy amable de su parte —agradece Ivy.

—He escuchado que es poetisa —comenta lady Tallon—. Debo admitir que aún no he tenido la oportunidad de leer su obra. Pero mi hija Dani dice que es usted muy talentosa.

—Oh, yo no estaría tan segura —responde Ivy, tratando de no ponerse nerviosa por el hecho de que los Tallon hayan oído hablar de su obra. ¿Conoce lady Tallon lo que ha escrito? No debe de haber visto el histriónico editorial del primer ministro si ha permitido que su hija menor lea sus poemas.

—Escribir es una ocupación inusual para una mujer —dice lady Tallon—. ¿La disfruta?

—Escribir es tanto un amor como una maldición —explica Ivy—. A veces, ser honesta en el papel significa ser más honesta con una misma.

—Qué forma tan interesante de expresarlo —dice lady Tallon—. Bueno, espero que nuestro país le resulte inspirador.

—Ciertamente, necesito algo así en estos días —afirma Ivy—. Así que yo también lo espero.

—¿Cómo ha encontrado sus viajes? —pregunta lady Tallon mientras se abren paso entre la multitud de coloridos vestidos de baile y refinados trajes.

Por dondequiera que Ivy mira, la gente charla o danza en medio de la pista, mientras los músicos tocan detrás de biombos pintados, de modo que casi parece que la música surge de la nada, por arte de magia.

—Fue un viaje encantador desde Manhattan —dice Ivy—. Las colinas ondulantes, los árboles, algunos robles son tan gruesos… No tenemos árboles como ésos en Manhattan. Y la Mansión Silverthorne… es casi como un castillo de cuento de hadas, ¿no lo cree?

—Es una casa preciosa —coincide lady Tallon.

—Lo mismo que ésta —afirma Ivy—. Hoy, durante mi paseo, esta casa llamó mi atención una y otra vez —no menciona a las chicas que jugaban *rounders* en el césped… no quiere meter en problemas a las criadas de lady Tallon por sus juegos.

—Esta finca es muy querida por todos nosotros —menciona lady Tallon—. Siempre he preferido la vida en el campo a la ciudad y, con cuatro hijas, parece que tengo la suerte de poder disfrutarla durante toda la primavera… al menos hasta que ellas… se casen. Todas. Venga, veo a lady Honoria junto a la mesa de refrigerios. Es un honor poco común verla en un baile. ¡Cuidado! ¡Hay mucha gente!

Ivy comienza a seguirla, abriéndose paso entre los grupos de invitados, pero pierde de vista a la anfitriona entre la multitud por un momento. La suave luz de los candelabros proyecta un cálido resplandor alrededor del inmenso salón, haciéndolo parecer más acogedor y pequeño de lo que es en realidad.

—… *mi* pluma —Ivy escucha murmurar a alguien detrás de ella.

Antes de que pueda volverse para mirar, una hermosa chica con rizos color miel pasa dando pequeños saltos a su lado, rozándole el hombro mientras mantiene fija su atención en una mujer mayor vestida de amarillo que está delante de ella, con una pluma de avestruz adornando sus rizos que es, claramente, la pluma de la que hablaba la chica.

La joven se acerca sigilosamente por detrás a la mujer vestida de amarillo, que parece distraída coqueteando con la que debe ser su esposa. Ni siquiera mira por encima del hombro. La pluma en cuestión engalana el cabello de la mujer, y la atención de la joven está clavada en ella. Ivy observa divertida cómo la chica se estira para arrebatarle la pluma, pero al dar un paso, su tacón se engancha en el dobladillo de su vestido, profusamente adornado con abalorios.

La chica tropieza y agita los brazos como un molino de viento cuando empieza a caer hacia atrás.

Ivy se abalanza al frente, sostiene a la joven por la cintura y la estabiliza. La joven deja escapar un pequeño *uf* de sorpresa cuando Ivy la ayuda con cuidado a mantenerse en pie.

—Dios mío —exclama la joven, apartándose los rizos de su rostro sonrojado—. Gracias. Estaba a punto de estrellarme contra el suelo del salón de baile. Mamá se habría disgustado muchísimo si hubiese manchado de sangre el suelo *y* mi vestido.

—Desastre evitado —comenta Ivy con una sonrisa.

—Señorita Ivy, casi la pierdo entre esta multitud —dice lady Tallon—. Oh, Dani, querida. Veo que usted ya conoció a la menor de mis hijas.

Los ojos de Dani se abren como platos al escuchar el nombre de Ivy.

Justo a quien quería conocer. Esto es perfecto.

—Lady Dani —Ivy hace una genuflexión impecable, que Dani responde de igual manera—. Es un placer conocerla.

—¡Dios mío! No puedo creer que usted esté aquí —dice Dani—. "Un tierno amanecer" fue una de las pocas cosas que cobraron sentido para mí cuando una chica, como la del poema, me rompió el corazón. Creo que lo leí una docena de veces.

—Es muy amable de su parte mencionarlo —Ivy estuvo a punto de dejar fuera de la colección el poema "Un tierno amanecer". Al final, sin embargo, se alegró de haberlo incluido. Parece conmover a mucha gente.

—Que su hermano haya heredado el título es como algo salido de un poema —dice Dani—. ¡Sobre todo teniendo en cuenta que el antiguo vizconde *detestaba* a los estadounidenses! ¡Qué historia tan irónica de venganza!

—Dani —dice lady Tallon en tono de advertencia.

—Oh, mamá —los ojos de Dani brillan al mirar a su madre—. Estoy segura de que Ivy no se ha ofendido. Yo no comparto las opiniones del viejo vizconde.

—Tengo que reconocer que es un poco irónico —afirma Ivy, y Dani sonríe al ver que concuerdan—. Pero espero que el viejo

vizconde haya encontrado la paz, esté donde esté. Mi hermano está perfectamente capacitado para llevar adelante la finca en el futuro.

—Si usted necesita alguna ayuda… —dice Dani.

—¿Me la está ofreciendo? —pregunta Ivy, inclinándose apenas ligeramente hacia delante. Es importante ser encantadora. Ser vista como alguien que no sólo encaja, sino a quien la gente *quiere* tener cerca. Por el bien de Prescott y, quizás, un poco por el suyo también.

—Bueno, puede que no esté a la altura de semejante empresa —dice Dani alegremente—. Lo más probable es que tan sólo la bombardee con preguntas sobre poesía. No soy tan útil como algunas de mis hermanas. Freya, por ejemplo, conoce muy bien a *todos* los campesinos de Silverthorne.

—Nuestra Freya tiene un corazón bondadoso —interviene lady Tallon con tono indulgente—. Tiene debilidad por los desfavorecidos y los necesitados de nuestra sociedad —frunce el ceño—. Quizá *demasiada* debilidad —añade.

—Mi hermano y yo agradeceríamos cualquier ayuda para conocer nuestro nuevo hogar y a nuestros vecinos.

—¿Así que usted también se quedará? Quiero decir, no sólo su hermano —pregunta Dani—. ¿Usted no volverá a Estados Unidos?

—Mientras mi hermano me necesite, me quedaré aquí —contesta Ivy, y parece ser una respuesta que cuenta con la aprobación tanto de lady Tallon como de su hija.

—Es maravilloso ver el vínculo que existe entre usted y su hermano —dice lady Tallon—. Mis hijas comparten una cercanía similar. Los hermanos son muy importantes.

—Así es —coincide Ivy, justo cuando la música llega a su fin y las parejas se separan en la pista de baile—. Lady Dani, ¿le apetecería bailar?

—Me encantaría —desliza su mano enguantada dentro de la que Ivy le ofrece—. ¡Nos vemos más tarde, mamá! Yo les presentaré a Ivy a todos.

—La dejaré en manos de mi hija menor —dice lady Tallon, desapareciendo entre la multitud mientras Ivy conduce a Dani hacia la pista de baile.

Las parejas comienzan a reunirse para el vals, y los músicos detrás de los biombos se preparan para interpretar la nueva pieza.

—Me muero por saberlo todo sobre su vida en Manhattan —agrega Dani—. He oído hablar tanto de vuestros salones literarios y recitales de poesía.

—Yo también estoy muerta de curiosidad, lady Dani —dice Ivy—. ¿Qué hará para conseguir su premio?

Dani frunce el ceño, confundida… hasta que Ivy señala con la cabeza a la mujer del vestido amarillo, con la pluma adornando todavía su peinado. Una sonrisa pícara se extiende por su rostro.

—Aún no lo sé —admite Dani cuando comienza la música e Ivy toma su mano y coloca la otra en su cintura—. Mi hermana, Marigold, me la robó mientras nos arreglábamos para el baile. Siento que es una cuestión de honor recuperarla.

—Por supuesto —menciona Ivy, divertida por las travesuras de Dani—. ¿Me permite conducirla en este baile?

—No suelo ser de las que siguen a los demás —confiesa Dani con una sonrisa burlona—. Pero lo permitiré. Sólo por esta vez.

—Qué generosa —bromea Ivy.

Ivy descubre que le agrada la hija menor de los Tallon. Dani tiene un ingenio rápido.

—Dígaselo a mis hermanas —responde Dani.

Comienzan a bailar, girando en círculos perfectos por la pista. Ivy puede ver que Dani es tan ágil con los pies como con las palabras.

—Debe ser maravilloso formar parte de una familia tan grande —comenta Ivy.

Ella siempre ha anhelado el bullicio y la energía de tener muchos hermanos. Quizá porque siente tanto afecto por Prescott habría querido tener más hermanos y hermanas con quienes compartir. Pero su madre siempre dijo que dos es el número perfecto de hijos.

—Nunca hay un momento de quietud —afirma Dani—. Ni siquiera ahora que Marigold y Angelica están casadas.

—Entonces, la que le robó la pluma es Marigold —dice Ivy mientras dan vueltas por la pista de baile—. ¿Y Angelica?

—Por allá, con su marido —Dani señala con la cabeza a una mujer con un vestido color caoba, cuya redondeada silueta revela su

maternidad—. Marigold es la mayor. Angelica es más cercana a mí en edad, ¡pero se cree que es la que está al mando sólo porque se casó joven! ¿Lo puede creer?

—¿Y usted es la más pequeña? —pregunta Ivy, aunque ya lo sabe.

—Sí, soy la bebé —responde Dani con la decepción propia de ser la más pequeña de una familia numerosa—. Freya, mi otra hermana, debe estar por aquí, en algún sitio… —mira por encima del hombro de Ivy—. Pero no la veo. ¿Usted puede señalarme a su hermano?

Ivy hace girar a Dani con destreza y encuentra a Prescott parado cerca de la mesa de refrigerios, entre un grupo de hombres que charlan y ríen.

—Es el alto que lleva la chaqueta verde, por allí.

—Oh, un niño bonito —menciona Dani, haciendo que Ivy estalle en carcajadas.

—Le comentaré lo que usted dijo —bromea Ivy.

—¡Oh, yo misma se lo diré a la cara! —dice Dani con descaro, haciendo que Ivy ría todavía más mientras giran por la pista.

Ella sigue riendo, disfrutando de sí misma y de la cordial camaradería burbujeante que Dani parece despertar en ella, cuando ocurre.

Sus ojos se fijan en un color aguamarina entre una multitud de vestidos de sosos colores pastel. Los ojos de Ivy se fijan en *ella*, y no es como si todo se detuviera.

Es como si se acelerara. Como si se precipitara por las vías del tren a más de cien kilómetros por hora, como si el mundo entero tuviera que alcanzar este instante en que la ve, en este descubrimiento de *ella*.

La risa se le apaga en su garganta, porque de pronto su corazón está allí ahora, latiendo demasiado rápido, tratando de alcanzar algo.

La mujer de aguamarina… su vestido resalta el intenso azul de sus ojos, el cabello castaño rojizo cae en rizos sobre un hombro. Está hablando con una mujer menuda con un vestido plateado y suelta una risita ante algo que ha dicho su amiga, mueve con elegancia el abanico para ocultar sus labios cuando las risitas se

convierten en carcajadas, como si reservara sus sonrisas más despreocupadas para sus seres más cercanos.

"Oh, Fleur, eres incorregible", Ivy escucha que la mujer con el vestido plateado le dice a la otra cuando ella y Dani pasan a su lado, en la pista de baile.

Fleur. El nombre de la mujer atraviesa a Ivy como una flecha, perforándola con la certeza de que ya no volverá a ser la misma.

Ivy siente que está a punto de desmoronarse. Como si los cordones de su corsé estuvieran demasiado apretados *y* demasiado sueltos al mismo tiempo. ¿Qué significa este sentimiento?

¿Quién es esa mujer?

—… ¿no lo cree? —pregunta Dani.

—Por supuesto —responde Ivy, aunque no está segura de lo que Dani le acaba de preguntar. Toda su atención se centra en la misteriosa Fleur.

Es como si ella irradiara luz. Su sonrisa escondida. La forma en que su abanico se inclina para ocultar sus labios, pero sus ojos brillan tanto que también sonríen.

La música se ralentiza, al igual que las parejas que les rodean, cuando el vals llega a su fin. Dani hace una genuflexión e Ivy devuelve el gesto, pero al incorporarse, su mirada se posa por encima del hombro de Dani, incapaz de resistirse a buscar a Fleur una vez más.

Sus miradas se cruzan. Un instante fugaz que se convierte en algo mucho más duradero.

Fleur baja su abanico apenas un poco, sus labios se entreabren, sorprendidos. Un escalofrío recorre a Ivy. Una sensación de calor la invade, seguida de una rápida punzada de temor. *No otra vez*.

Ivy camina hacia el frente, hacia la visión en color aguamarina, antes incluso de darse cuenta. Casi pisa el pie de Dani en el proceso, pero recupera el equilibrio en el último segundo al tomar el brazo de Dani.

Cuando vuelve a mirar, la mujer ya ha desaparecido. El recuerdo de su brillante sonrisa retumba en Ivy como un nuevo latido.



1

Freya

Freya mira fijamente a la joven vestida audazmente en tonos cobrizos, quien parece haber captado la atención de su hermana… y la suya. Nunca la ha visto, pero cuando la mirada de Freya se cruza con la suya hay un destello en sus ojos, como si supiera algo. Freya no puede siquiera imaginar *qué* podría saber. Y eso sólo aviva todavía más su curiosidad.

¿Será ésta la escandalosa señorita Ivy Yada-Lovell?

—¿Quién es la mujer que está hablando con Dani? —pregunta Claire.

—No estoy segura —responde Freya, intrigada al ver cómo su hermana arrastra juguetonamente a la desconocida por el salón de baile hacia donde Marigold y Angelica esperan con las otras mujeres casadas—. Lo siento, Claire, no quería distraerme. ¿Dijiste que querías contarme algo?

Claire asiente.

—Ven —dice, tirando de Freya hacia las puertas francesas que se abren hacia el balcón, lejos del elegante caos de la pista de baile—. Parece que esta temporada será la definitiva, tendré que casarme.

No parece muy entusiasmada con la idea.

—¿Tienes a alguna dama en mente? —pregunta Freya.

Claire baja la mirada y Freya siente un nudo en el estómago.

—Oh, Claire —exclama, alarmada—. Por favor, dime que no estás…

—Mi padre ha recibido noticias de que la reina lo nombrará barón este año —comenta Claire—. Lo que significa que debo casarme con un hombre cuyos hijos puedan heredar el título por el que mi padre ha trabajado tan arduamente. Un acuerdo práctico por encima del amor.

Freya posa una mano reconfortante sobre el hombro de Claire.

—Seguro que tu padre querría que fueses feliz.

—Soy su única hija, Fleur —explica Claire, utilizando el apodo de la infancia de Freya—. Ha trabajado toda su vida para conseguir este título… Debo asegurarme de que se pueda heredar.

Freya sabe que no tiene sentido discutir. Además de sus hermanas, Claire ha sido su mejor amiga desde que era niña. Y Claire es sumamente obstinada cuando se propone algo.

—Te ayudaré en todo lo que pueda —dice Freya. Mira por encima del hombro, asegurándose de que nadie pueda escucharlas—. Dicen que el nuevo vizconde Yada-Lovell es bastante joven. Quizá sería un buen partido… alguien práctico.

—¿Crees que es su hermana la mujer que estaba bailando con Dani? —pregunta Claire—. ¿La poeta? Me sorprende que tus padres la hayan invitado, teniendo en cuenta su notoria reputación.

—Papá jamás querría ofender al vizconde y siempre ha sido un vecino amable, sin importar quién sea ese vecino —afirma Freya, tratando de no estirar el cuello para mirar a la mujer vestida en color cobre.

—Es una mujer llamativa —comenta Claire.

—Supongo que lo es —dice Freya, aunque está de acuerdo—. Dani parecía encantada con ella, así que supongo que debería ser una buena hermana mayor y averiguar quién es… antes de que mi hermana sufra una decepción amorosa.

—Todos hemos oído hablar de la novia fugitiva a la que ayudó —menciona Claire—. Aunque tu hermana quizá sepa defenderse sola.

Ella es la definición de "veleidosa".

—Sólo es joven y le gusta divertirse —argumenta Freya.

—Porque nosotras somos tan viejas —ríe Claire—. ¡Sólo nos separan unos pocos años!

—Unos años importantes, así sean pocos —insiste Freya al ver una familiar cabellera rubia abriéndose paso entre la multitud.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Claire—. Tu expresión se ensombreció de pronto.

—No es nada —dice Freya—. Es sólo que… es lord Monty —susurra.

—Lady Freya, señorita Babcock, es un placer veros —saluda lord Monty, inclinando la cabeza y besando la mano enguantada de Claire y luego la de Freya. Se detiene un momento sobre ella, sus ojos cálidos recorren su rostro, antes de soltarla.

Freya sonríe, buscando esa sensación que debería encenderse cuando sus miradas se cruzan. Esconde detrás de ella la otra mano, la que lleva la tarjeta de baile colgada de la muñeca.

—Lord Montgomery, me alegro de verlo —interviene Claire, avanzando con elegancia para que Freya pueda dar un paso atrás.

Freya da las gracias al cielo por su mejor amiga.

—Me preguntaba si tendría usted un vals libre, lady Freya —dice lord Montgomery.

—Oh —Freya mueve discretamente la muñeca, y el cordón de seda de la tarjeta de baile se desliza por su mano y cae al suelo, queda oculto entre sus faldas—. Me temo que he perdido mi tarjeta de baile en el balcón. ¿Por qué no baila usted primero con Claire y yo bailaré con usted el último vals?

—Puedo acompañarla mientras la busca —se ofrece lord Montgomery.

—Sabe que eso sería sumamente inapropiado sin una acompañante, lord Montgomery —argumenta Claire—. Tú ve, Fleur. Yo le haré compañía a Monty hasta que regreses.

Aliviada por tener unos momentos a solas, Freya se abre paso entre la animada multitud; el aire fresco será un respiro del calor y el vertiginoso zumbido del salón de baile. Está a punto de llegar a las puertas dobles que dan al balcón cuando una voz la llama.

—¡Fleur!

Dani se acerca corriendo, con las mejillas encendidas por la emoción.

—¡Conocí a Ivy Yada-Lovell! —exclama, tomando las dos manos de Freya y dando una pequeña vuelta.

Freya ríe, contagiada por la alegría de su hermana.

—Es muy accesible —continúa Dani—. ¡Y muy divertida! Aunque no he tenido oportunidad de preguntarle cómo interrumpió la boda.

—Dani, no te atrevas a preguntar tal cosa —dice Freya.

—Y el nuevo vizconde es tan apuesto —sigue hablando Dani, ignorando la advertencia de Freya—. Es el que está allí, con el abrigo verde —asiente con la cabeza hacia la izquierda, donde un apuesto joven con un abrigo de brocado está conversando con su padre.

—¿Estabas bailando con su hermana? —pregunta Freya, buscando con la mirada a la mujer vestida en color cobre, pero no logra verla por ninguna parte—. Parecía estar encantada contigo.

—Ella es encantadora. Me fascina conocer gente interesante —comenta Dani—. Me dio el valor para ir tras lo que quería.

—¿Lo que querías…? —Freya sigue la dirección de la mirada de su hermana y estalla en una carcajada—. Oh, Dani, no seguirás pensando en la pluma que te robó Marigold, ¿verdad? —pregunta.

La pluma se balancea entre la multitud mientras Marigold baila con Ros.

—¡Voy a recuperarla! —insiste Dani—. ¡Y tú deberías ayudarme!

—Sabes que mamá no aprobaría ese comportamiento con tantos vecinos presentes —le advierte Freya—. Y yo estaba por salir unos minutos. Necesito aire fresco —agita su abanico de papel, pero la brisa viciada no logra brindarle alivio alguno.

—¡Ayúdame primero! —insiste Dani.

Sabiendo que su hermana pequeña no parará hasta salirse con la suya, Freya pone los ojos en blanco.

—Muy bien, pero luego tendrás que dejarme ir. Tengo cosas que hacer.

La pieza de baile llega a su fin y Ros escolta a Marigold hacia la mesa de refrigerios.

—Tú serás la distracción —le susurra Freya a su hermana.

Dani se abalanza hacia delante mientras Freya se esconde, desapareciendo entre la multitud.

—¡Ahí estáis vosotras dos! —grita Dani, bloqueando el paso de Marigold y Ros hacia el ponche—. Lucisteis de maravilla en la pista.

—Gracias, Dani —dice Marigold—. Y ahora, apártate, querida. Estoy sedienta.

Freya se desliza detrás de Marigold, sostiene la pluma con suavidad, pero con firmeza, mientras ésta empuja a Dani fuera del camino. El toque de Freya es tan ligero que Marigold no se percata de que le han robado la pluma, pues ya está acariciando el brazo de Ros, distraída, con las cabezas juntas.

—¡Triunfo! —exclama Dani en voz baja, tomando la pluma que le ofrece Freya.

—Ve a regodearte a algún lugar donde Goldie no pueda verte —le advierte Freya cuando Dani sale corriendo con su plumoso premio. Riendo ante las travesuras de su hermana, por fin es libre para dirigirse al balcón. Empuja las puertas y suspira aliviada cuando se cierran tras ella, aislándola del ruido y el bullicio del salón de baile.

Le encantan las fiestas, pero le resulta más fácil pensar aquí afuera, en el silencio. Sin embargo, pronto se da cuenta de que no está sola.

—Oh, lo siento, no me di cuenta de que había alguien aquí —dice Freya cuando un movimiento llama su atención. Una figura se aparta, esquivando la maceta con jacintos que rodea la barandilla del balcón.

Es ella. Ivy. Su nombre parece encajar con ella. Fuerte, pero hermoso. Su vestido color cobre reluce a la luz de la luna. Todo pensamiento de retirarse del balcón se ha disipado de la mente de Freya. No puede evitar pensar en ese libro de poesía, escondido en la biblioteca, aunque se prometió a sí misma que no volvería a abrirlo después de esa escandalosa primera línea.

—Vaya, hola —dice Ivy, con una inclinación de los labios que no puede ser otra cosa que coqueteo. El estómago de Freya da una especie de vuelco, como si se hubiera topado con algo nuevo y diferente—. Fleur, ¿no es así? La vi entre la multitud mientras bailaba. ¿Es lady Fleur? ¿Cond… esa?

Una pequeña chispa de emoción se enciende en Freya. Ivy no sabe que es ella. Escuchó a Claire llamarla por su sobrenombre y creyó que era su nombre real.

Freya puede divertirse un poco aquí *y* evaluar si es genuino el interés de Ivy por Dani, quien está tan cautivada por la poetisa como por su poesía. Freya tiene la ocasión perfecta para descubrir si ella sigue siendo igual de encantadora cuando deja de cuidar sus palabras.

—La manera adecuada de dirigirse a una mujer casada con un conde es "condesa" —explica Freya con exagerada formalidad.

—Cada día se aprende algo nuevo —menciona Ivy—. Entonces… ¿cuál es usted?

—Lady Fleur —responde Freya.

—Yo soy Ivy —se presenta tendiéndole la mano.

Freya frunce el ceño, sin saber qué hacer con ella. Ivy baja la mirada.

—Mis disculpas —dice, quitándose el guante y murmurando algo sobre "diminutos botones", antes de volver a tender la mano, esta vez desnuda, como si el guante hubiese sido el problema.

Freya no puede evitar sonreír ante este malentendido de etiqueta —similar a su ignorancia sobre los títulos nobiliarios— y descubre que no desea señalar el error, así que, en lugar de corregirla, se une a ella. Se quita el guante de seda y coloca su mano en la de Ivy.

Ivy roza con los labios el dorso de su mano, y a Freya se le corta la respiración, al tiempo que su corazón golpea con fuerza bajo su piel. No cree que ninguna dama la haya tocado jamás así, con una intención que nunca antes había experimentado con otra mujer. En sus círculos sociales siempre se ha entendido que ella prefiere a los hombres, por lo que ninguna dama se ha acercado a ella de ese modo… ninguna mujer la ha mirado como ella lo está haciendo ahora mismo. Como si fuese hermosa.

Freya no sabe qué hacer con este sentimiento de extraña posibilidad. Hay una atracción magnética en los cálidos ojos marrones de Ivy contra la seda cobriza de su vestido. La visión atrae a Freya.

—He oído hablar de usted —afirma Freya.

—¿Y de mi hermano, supongo?

—Su nombre se mencionó mucho el año pasado —responde Freya.

—Oh —Ivy se encoge de hombros y su sonrisa se vuelve un poco maliciosa—. Se refiere a la publicación de *Los secretos de seda.* A la gente le gusta hablar. Todos se sienten críticos. Y muchos son chismosos.

—Hablando de murmuraciones, la vi bailando con lady Dani —dice Freya, con el tono inquisitivo de toda buena hermana.

—Sí, una de las ilustres hermanas Tallon —responde Ivy—. Todas ellas son modelos ejemplares de la feminidad británica, según me han dicho.

Hay un tono sarcástico en su voz que irrita a Freya. ¿Está diciendo que Dani no es agradable? ¡Cómo se atreve!

—¿Le desagradó lady Dani? —pregunta, tratando de mantener la voz tranquila.

—Por supuesto que no —responde Ivy—. Ella es adorable. No he conocido a ninguna mujer aquí que *no* sea encantadora. Pero estoy aprendiendo rápidamente que, en este país, ésa es la función de una dama, ¿no es así? ¿Ser encantadora para poder encontrar pareja?

Freya adopta una expresión plácida, porque Ivy parece más desconcertada que desdeñosa.

—¿Le parece mal?

—Es sólo que me resulta algo nuevo —comenta Ivy—. Lady Dani parece un poco joven para estar buscando pareja.

—Muchas chicas de la edad de lady Dani ya se presentan en sociedad, sobre todo en la campiña —explica Freya—. Y con tantas hermanas, sería cruel excluirla.

—Mmmm —dice Ivy. Se inclina un poco hacia delante—. No lo había pensado así. Verá, yo no tengo hermanas. Quedarse encerrada en la habitación mientras todos los demás se divierten debe de ser espantoso.

—Exacto —dice Freya. No añade: "Y Dani encontraría la manera de asistir al baile de todos modos", aunque es cierto.

—Conoce usted bien a las Tallon —observa Ivy.

—Todo aquel que sea *alguien* conoce a las Tallon —menciona Freya, pero lejos de sentirse impresionada, Ivy *ríe*.

—Oh, qué importantes —suelta otra risita—. Realmente se habla de ellas como si fueran ángeles entre nosotros. Y las hermanas que vi sin duda son hermosas, pero ¿qué hay de sus mentes? ¿De sus sueños? ¿Hacen algo más que aspirar al matrimonio?

—Eso es lo que se supone que deben hacer —afirma Freya, tratando de ignorar la punzada de irritación que siente ante el tono de perplejidad en la voz de Ivy.

—Una situación lamentable, si me lo pregunta —argumenta Ivy —. Pero supongo que eso me convierte en una hipócrita.

—Ah, ¿sí? —pregunta Freya.

—No es nada —dice Ivy, dejando su bolso de mano en el borde del balcón. El pequeño bolso se engancha en el borde y se abre, dejando caer su contenido al suelo.

—Oh, permítame… —Freya se agacha antes que Ivy; recoge un trozo de papel y sus ojos se detienen en las palabras "Lady Freya Tallon".

Es terriblemente grosero leer el correo de otra persona, pero ella no puede evitarlo cuando es su nombre el que aparece ahí. Sus ojos recorren rápidamente la primera línea en la que ve su nombre: "Lady Freya Tallon es la segunda hija mayor de la familia, una joven de naturaleza dulce, entregada a su familia y a la caridad".

—¿Es esto…? —Freya hace una pausa, se pone de pie, con el papel aún en la mano, mientras sigue leyendo, ante la expresión horrorizada de Ivy—. ¿Es esto un *dossier* sobre las jóvenes del condado?

—Mire… —empieza a decir Ivy, y luego aprieta los labios—. De acuerdo. Sí. Eso es lo que es —mira al cielo como si lo reprendiera por este momento incómodo.

—¿Usted está buscando esposa? —pregunta Freya, tratando de no parecer demasiado sorprendida. Ivy parece ser un espíritu libre.

—No para mí —dice Ivy—. Yo… Dios mío, esto es incómodo —murmura—. Mire: estoy aquí para ver si alguna de las hermanas Tallon solteras podría ser la adecuada para mi hermano —explica—.

El… *dossier*, como usted lo llama, fue mi investigación. La forma en que ustedes hacen las cosas aquí es tan diferente a la de mi país.

—Su hermano —Freya se siente un poco como un eco—. ¿Está buscando esposa para el vizconde? ¡Dios mío, qué hipócrita es usted!

—Culpable —admite Ivy con una sonrisa descarada—. ¿Sabe? De pronto me pregunto por qué no está usted en esa lista. ¿Está casada?

Como si buscara algún indicio de un anillo, Ivy baja la mirada hacia la mano de Freya.

—No lo estoy —responde Freya.

—¿Quizá no vive en el condado? Mi lista sólo incluye a las damas del condado —explica Ivy.

—Quizá no conozco al informante social que le hizo esa lista —dice Freya.

—O… tal vez… ¿no le gustan los hombres? —pregunta Ivy.

Freya siente cómo el calor le quema las mejillas al sonrojarse.

—Está equivocada. Me gustan los hombres.

Una lenta sonrisa se dibuja en el rostro de Ivy.

—Qué pena —dice.

A Freya le cuesta creer lo libre y atrevida que es Ivy, aunque se siente intrigada por ello.

—¿Por qué está buscando esposa para su hermano?

—Prescott debe casarse. Como ya le dije, su país parece estar obsesionado con el estatus social.

—¿Y usted quiere que lady Dani se case con él? —pregunta Freya.

—En realidad, estaba pensando en la otra hermana —contesta Ivy—. Lady Freya… es la única a la que no he conocido, pero me han dicho que es prácticamente un modelo a seguir. Lo cual suena increíblemente aburrido.

—Ya veo —dice Freya, un poco irritada, mientras aprieta el papel entre los dedos—. ¿Y sería tan amable de decirme quién es su informante en Berkshire? ¿Le pagó a alguien por esta información?

—Tengo una amiga —responde Ivy—. Nos conocimos en Estados Unidos, pero ahora vive aquí. Sólo me dio una lista de las mujeres

solteras que podrían encajar con Prescott. Usted lo hace sonar como algo verdaderamente infame.

—¿Y usted cree que su hermano es digno de una mujer tan ejemplar como lady Freya? —Freya no puede evitar preguntar.

—¿Eso importa en un mundo como éste? —pregunta Ivy, señalando detrás de ella, hacia el baile—. Él tiene lo que todas estas damas parecen querer: un título, dinero, una casa lujosa. Y no es una gorgona ni nada por el estilo.

—No parece tener en gran estima a las damas de mi país —dice Freya.

—No —responde Ivy—. Le aseguro que no es así. Pero una flor cultivada en un invernadero no sabe nada del prado que está allá fuera. No tiene que soportar las tormentas. Su único propósito es florecer y ser hermosa, sin importar la estación.

Freya traga saliva, no le gusta lo certero de la metáfora.

—Tiene un verdadero talento con las palabras, pero supongo que no debería sorprenderme, considerando su trabajo.

Algo se agudiza en los ojos de Ivy.

—¿Lo ha leído?

Freya se debate entre la verdad y la mentira en ese momento.

—Supongo que a estas alturas casi toda Inglaterra lo habrá leído.

La sonrisa arrogante de Ivy es tan irritante como intrigante.

—Las ventas aumentaron considerablemente tras el pequeño arranque de cólera del primer ministro.

—Está llena de arrogancia —afirma Freya, sin saber si eso es algo bueno o malo. Lo único que sabe es que le parece fascinante y audaz, y que no recuerda ningún momento en el que ella misma haya sido audaz. Ni siquiera está segura de saber cómo serlo.

Una parte de ella se pregunta si Ivy podría enseñarle.

—Algunos lo llaman arrogancia, yo lo llamo confianza… respaldada por una sólida venta de libros.

Freya suelta una risa temblorosa.

—Nunca en mi vida había conocido a nadie tan engreído y audaz. Usted fue atrapada *in fraganti*, señorita Yada-Lovell —Freya agita el papel para enfatizar el punto.

—Yo diría que eso es llevar a cabo mi investigación y ser una buena hermana —argumenta Ivy, asintiendo hacia la carta.

—Como he dicho: *audaz.* Pero supongo que no debería sorprenderme. Es tan ingeniosa que convenció a una novia para que no se casara, ¿no es así?

El rubor inunda sus mejillas al darse cuenta de que ha hecho exactamente lo que le advirtió a Dani que no hiciera: sacar a relucir el escándalo de la novia fugitiva. Pero en lugar de parecer ofendida, los ojos de Ivy brillan con callada aprobación.

—Ah, ahí están sus garras —dice Ivy.

—Yo… —Freya aprieta los labios, sin saber qué decir.

Detesta la insoportable curiosidad que siente, no sólo sobre la novia fugitiva, sino también sobre la propia Ivy. Esperaba que la autora de *Los secretos de seda* fuese una persona soñadora y romántica. En cambio, se encuentra con una coqueta imposible, de ingenio rápido y sin ningún respeto por la etiqueta o la discreción.

Freya no está segura de haber conocido nunca a alguien tan libre.

—Así que ese chisme particular *sí* cruzó el océano —confirma Ivy.

—¿Cómo podría ser de otra manera? —pregunta Freya.

—Le juro que no fue tan dramático como parece —confiesa Ivy, recostándose contra la barandilla y respirando hondo. Cierra los ojos por un momento—. Ese aroma…

—Jacinto —dice Freya—. Es muy común aquí.

Ivy arranca una de las flores de la enredadera y se la ofrece a Freya.

—Un intercambio —sugiere—. Una flor para Fleur. Eso es todo lo que sé de francés. Al fin y al cabo, soy una estadounidense sin modales.

Freya no puede rebatir eso. Ivy ha sido terriblemente franca con sus palabras. Freya tiene la sensación de que se arrepentirá cuando se vuelvan a encontrar. Y vaya si lo pasará bien al recordarle cómo pensaba con tanta seguridad que ella, precisamente ella, se desviviría por casarse con su hermano.

Las tornas cambiarán después de esta noche. Y Freya será la última en reír. Apenas puede esperar.

Toma la flor que le ofrecen y la cambia por la página de la carta. Sus dedos se rozan, y el calor florece con más fuerza que las flores nocturnas que las rodean. No se ha vuelto a poner los guantes. Es tan poco propio de una dama. Es tan poco propio de ella. Y está… *tan contenta* de no habérselos puesto, incluso después de que la mano de Ivy se separa de la suya.

De repente, se oye un estruendo detrás de ella cuando se abre la puerta del balcón y entonces recuerda: hay un baile allá dentro.

—Ahí está.

Freya se sobresalta al oír una voz grave, toma su guante y se lo pone antes de volverse para ver a lord Montgomery de pie junto a la puerta.

—Mi lady, encontré la tarjeta de baile que usted estaba buscando. Me he tomado la libertad de tomar el último vals con usted, tal y como lo solicitó.

Freya se siente repentinamente agradecida por la presencia y la interrupción de lord Monty.

—Por supuesto —le responde a lord Montgomery. Hace una genuflexión—. Señorita Ivy —dice, levantando los ojos hacia Ivy por un momento.

Ivy responde con una genuflexión, pero, cuando se yergue, su mano aún desnuda se alza hacia Freya como si esperara besarle la mano otra vez.

Freya da un paso atrás, sin saber qué haría lord Montgomery si viera a Ivy besarle la mano como una pretendiente.

—Buenas noches —se despide, antes de tomar el brazo que le ofrece lord Montgomery y dejar que la acompañe al interior.



8

Ivy

Ivy contempla a lady Fleur bailar. No puede evitarlo. Hubo algo cuando se tocaron. Tal vez incluso antes.

Y ahora Fleur gira por el salón de baile en brazos de ese hombre que parece tener más en común con un vikingo que con un caballero inglés. Incluso Ivy, que jamás ha sentido el menor interés por los hombres, reconoce que es apuesto, con esa mandíbula capaz de cortar un cristal.

Fleur dijo que se inclina por los hombres. ¿Eso significa que Ivy imaginó aquella chispa en el balcón?

Tienes la peor suerte del mundo, piensa. ¿Por qué siempre va detrás de mujeres inalcanzables?

No importa. Se endereza, decidida a dar lo mejor de sí. *Estás aquí para ser una abnegada hermana casamentera. No para que te enamores de otra mujer que no te corresponde*.

Divisa a Prescott, por fin libre del enjambre de personas que lo rodeaban cada vez que ella intentaba verlo. Él comienza a abrirse

paso entre la multitud, lo que la devuelve un poco a tierra firme y le recuerda cuál es su verdadero propósito allí.

—¿Cómo va todo? —le pregunta Ivy a Prescott, que le ofrece una copa de champán color lavanda. Al probarlo, se da cuenta de que sabe a violetas azucaradas.

—Lord Tallon ha sido muy cordial —dice Prescott—. Pero también ha dejado claro que las casas de los campesinos, en la frontera de nuestras tierras, se encuentran en un estado lamentable.

—¿Y qué me dices de las damas? —inquiere Ivy—. ¿Conociste ya a alguna?

—A algunas de las que mencionó tu amiga en su carta —responde él—. Lady Honoria está muy entregada a la jardinería. Y la señorita Portia me dio algunos consejos sobre carreras de caballos. Al parecer, en la Mansión Silverthorne se crían algunos de los mejores ejemplares del país —se inclina hacia ella—. Ivy, ¡no sé absolutamente nada sobre cría de caballos!

—Entonces, quizá deberías casarte con la señorita Portia —dice Ivy, un poco en serio—. ¿Te agradó?

—Sí —admite él—. Pero noté que su mirada se dirigía constantemente hacia esa dama con vestido plateado —asiente hacia la mujer que Ivy vio con Fleur—. Sospecho que su corazón ya está ocupado.

—Vaya, Prescott, te estás volviendo emocionalmente perspicaz —afirma Ivy.

Él sonríe.

—Hay que empezar por algún sitio. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido?

—Yo conocí a lady Dani Tallon —dice Ivy—. Es muy vivaz; sin duda mantendría a cualquiera en vilo. Pero aún no he encontrado a nadie que me indique quién es lady Freya.

—Quizás ella se retiró temprano —especula Prescott, justo cuando la música alcanza su clímax, e Ivy no puede evitar perseguir con la mirada el destello aguamarina que es lady Fleur, girando en los brazos de lord Montgomery.

—¿Qué llamó tu atención? —pregunta Prescott.

—Nada —miente Ivy, tomando otro sorbo del champán con aroma de violetas para recuperar su fuerza. Debe concentrarse en lo

importante: demostrar que Prescott está a la altura de estas rosas inglesas—. Ven conmigo; te presentaré a lady Dani.



Cuando el reloj marca la medianoche, los invitados comienzan a retirarse del salón, tras despedirse de sus anfitriones. El traqueteo de las ruedas sobre la grava acompaña las últimas conversaciones.

—Ha sido un placer conoceros —afirma lady Tallon mientras Ivy y Prescott esperan a que el lacayo anuncie su carruaje.

—Lo hemos pasado de maravilla —comenta Ivy.

—Le agradezco que me haya escuchado y que hayamos podido hablar sobre las casas de los campesinos —le dice lord Tallon a Prescott.

—Por supuesto —responde él.

—Las reparaciones se llevarán a cabo con celeridad —añade Ivy, y lord Tallon la observa con desaprobación al haberse entrometido en su conversación.

—Sabemos que ha sido difícil para June —se lamenta lady Tallon, intentando suavizar la incomodidad que de pronto se instala en el ambiente.

—No debería ser así —argumenta Ivy.

—¿Cómo dice? —inquiere lord Tallon, con un matiz cortante en la voz.

El rostro de Ivy se enciende bajo su repentina mirada escrutadora, al recordar que este hombre probablemente simpatiza con el primer ministro en lo que a ella respecta.

—Ofrezco mis sinceras disculpas —dice—. Todavía me estoy acostumbrando al extraño orden sucesorio que tienen aquí. Me quedé desconcertada cuando llegamos a Silverthorne y conocimos a June… y a su hijo. Pensé que él habría heredado el título de vizconde. En Estados Unidos hacemos estas cosas de otra manera… sobre todo, cuando se trata de aquellas de nosotras que preferimos a las mujeres.

—Por fortuna, esto no es Estados Unidos —dice lord Tallon—. Vuestro pueblo dejó atrás tradiciones tan refinadas y estructuras sociales tan sólidas, como la monarquía y los títulos —su tono sugiere que la idea le resulta casi exótica.

—Siempre es interesante observar las diferencias entre nosotros —interviene lady Tallon con sutileza—. Y también las similitudes.

Ivy sonríe, aceptando la salida diplomática que ella le ha ofrecido, porque no desea enemistarse con sus vecinos.

—Estoy deseando aprender más sobre ambas cosas.

—Lo mismo que yo —afirma Prescott, justo cuando el lacayo se aproxima.

—Mi lord, vuestro carruaje os espera.

Prescott le ofrece el brazo a Ivy, pero antes de que ella pueda tomarlo, una voz los interrumpe.

—¡Esperad! ¡Esperad!

Ivy se vuelve y ve a lady Dani bajando las escaleras a toda prisa hacia el vestíbulo de la entrada, levantándose la falda casi hasta las rodillas para no tropezar.

—¡Dani, más decoro! —susurra lady Tallon a su hija menor.

—¡Perdón, mamá! —Dani no suena para nada arrepentida.

Ivy se descubre sonriendo otra vez. Dani es realmente divertida. Aunque tiene la sospecha de que salir con ella alguna noche podría terminar en desamor… o en prisión.

—Sólo me estaba preguntando si quizás Ivy querría venir a tomar el té mañana. Así podré contarle cuáles son los lugares más tradicionales del condado. Usted dijo que era una gran amazona, ¿no es así, Ivy?

—Os pido disculpas por la audacia de mi hija menor —dice lady Tallon—. Pero nos encantaría que viniera a tomar el té, señorita Ivy. Hacer amistades es esencial al instalarse en un nuevo lugar —le lanza a Dani una mirada severa, como diciendo: "Y amistad es todo lo que habrá aquí".

—¡Así usted podrá conocer al resto de mis hermanas! —exclama Dani—. Por favor, diga que vendrá.

—Aquí estaré —promete Ivy—. Mi lord. Mi lady —se inclina en una genuflexión—. Lady Dani —añade—, me encantará conocer a

sus hermanas.

Deja que Prescott la escolte fuera de la mansión Tallon hacia el carruaje.

—Creo que ha salido bastante bien —menciona ella.

Él asiente.

—Bien hecho, lo hicimos bien.

Ivy sonríe, diciéndose que no está buscando el destello aguamarina entre la multitud que se dispersa por el camino de la entrada.

Es una mentirosa. Está buscando a Fleur.

Pero esta vez no la encuentra.



9

Freya

Hace tiempo que Freya se rindió ante la costumbre de Dani de irrumpir en su habitación a cualquier hora del día. Su hermana aprendió a forzar cerraduras a los diez años, así que ni siquiera eso sirve de barrera.

Pero tras su encuentro de anoche, está tan absorta leyendo el libro de poemas de Ivy que Dani logra sorprenderla esta vez cuando entra como un torbellino, seguida por la doncella con la bandeja del desayuno.

—¡Por todos los cielos, Dani! —exclama Freya, escondiendo el libro apresuradamente bajo la almohada y procurando no parecer demasiado alterada… o como si hubiera estado leyendo la poesía escandalosa de su vecina. Levanta la tapa plateada de uno de los platos y ve que su hermana robó dos rebanadas de pan tostado.

—¡Tenía hambre! —se excusa Dani cuando Freya le lanza una mirada fulminante.

—Tú siempre tienes hambre —responde Freya, untando mermelada en el pan que queda mientras las doncellas encienden el fuego en la chimenea.

—Apenas te vi anoche —comenta Dani.

—Parecías bastante entretenida con nuestros nuevos vecinos estadounidenses —dice Freya—. En particular, con la hermana del vizconde.

—¿Y quién podría culparme? ¿Qué harías tú si una de tus poetas favoritas apareciese de pronto, como por arte de magia? Además, baila de maravilla.

—¿Quién baila de maravilla? —pregunta Marigold, entrando sin previo aviso en la habitación de Freya, aún con su bata naranja oscuro. Lleva una taza de té en una mano y un scone encima, tratando de encontrar el equilibrio.

—¿Alguien en esta familia conoce el concepto de llamar a la puerta? —inquiere Freya.

—La hermana del vizconde baila de maravilla —dice Dani—. Bailamos un vals anoche.

—Oh, ¿acaso nuestra Dani se ha enamorado de la poeta? —bromea Marigold, sentándose en el borde de la cama de Freya.

—Ya os lo he dicho: no tengo ningún interés en quedar atada como vosotras —replica Dani, lanzando la cabeza hacia atrás con gesto teatral.

—Por lo que se desprende de la poesía de Ivy, ella tampoco —asegura Marigold.

—Bueno, por su hermano sí que parece tener interés —afirma Freya.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marigold.

—Nada —responde Freya, sabiendo que si revela que Ivy está buscando esposa para su hermano, sus hermanas querrán saber cada detalle—. Sólo algo que oí sobre el vizconde y su deseo de casarse.

—¿Vosotros habéis oído algo sobre el nuevo vizconde y su hermana, Maude? —cuestiona Dani a la doncella que barre las cenizas de la chimenea.

—Ay, mi lady, ya sabe cómo son las cosas —dice Maude.

—Lo sé —responde Dani—. Eso significa que conoces algunas habladurías.

Maude se incorpora, con los ojos chispeantes bajo su espeso flequillo.

—Una de las ayudantes de cocina de Silverthorne vino temprano a pedirle algunas cosas a la cocinera —les cuenta Maude—. Dijo que el vizconde es encantador, pero que la señorita Ivy es peculiar. No tiene doncella. Se peina sola y se queda despierta hasta tarde escribiendo sin parar, ¡pero luego lanza todos los papeles al fuego! Me dijeron que llegó de Londres en carruaje y que enseguida se fue a las caballerizas para dar un largo paseo a caballo. ¡Ni siquiera descansó!

—Parece que tiene mucha energía —bromea Dani.

—Corre el rumor que la señorita Ivy ha roto cuantos corazones que se le habían presentado en Manhattan… hasta que una novia fugitiva rompió el *suyo* —continúa Maude.

—Una libertina con el corazón roto —reflexiona Dani—. Qué romántico. Me pregunto si ya estará escribiendo un nuevo volumen de poesía sobre ello.

—Parece que está teniendo dificultades para escribir, si está lanzando sus borradores al fuego —señala Marigold.

—Siento que no hayas podido conocerla, Freya —dice Dani, y por alguna razón, Freya no la corrige.

Una gran parte de ella desea guardar para sí el encuentro con Ivy en el balcón.

—El vizconde es tan apuesto como su hermana es hermosa —continúa Dani—. Quizás así se resolverá todo: tú puedes casarte con el vizconde de rostro bonito y yo me casaré con Ivy —toma uno de los pañuelos que cuelgan del tocador de Freya y se lo coloca en la cabeza como si fuera un velo—. ¡Será una boda doble! —se carcajea antes de siquiera terminar la frase.

—Creo que el champán de anoche no ha abandonado todavía el cuerpo de nuestra hermana —observa Marigold.

—Bueno, pues más le vale salir, porque el vizconde y su hermana llegarán en breve. Anoche los invité a tomar el té.

—¿En verdad? —el estómago de Freya se contrae y trata de ocultar la sonrisa. El día del juicio para las palabras de Ivy ha llegado

antes de lo previsto—. Pues entonces, ¡tenemos que prepararnos! ¡Rápido, niñas!

Después de que sus hermanas se retiraron a sus habitaciones, Freya se alista para el día. Elige un vestido azul cielo con una sobrecapa de encaje blanco con lunares. Baja las escaleras y se dirige al ala norte de la mansión, donde se encuentra el invernadero de cristal, adosado a la parte trasera de la casa. Freya siempre ha amado ese lugar y las plantas que crecen allí en un estallido de color. No tiene la destreza de su amiga Honoria para la jardinería, pero ella le ha enseñado algunos trucos a lo largo de los años cada vez que la visita.

Sin embargo, en lo único que puede pensar ahora es el comentario de Ivy en el balcón, que tanto la irritó. Aquello de que las damas inglesas son como flores cultivadas en invernaderos, sin conocer jamás la diferencia entre una vida protegida y la libertad de los prados.

Toma una cesta y unas tijeras de una de las mesas del fondo, y comienza a cortar las flores de sus tallos, tarareando mientras trabaja. Continúa incluso después de escuchar el murmullo de los invitados al llegar, cuando el mayordomo los recibe en el salón. Es terriblemente descortés no salir con presteza a saludarlos, pero Freya no puede evitar sus ganas de servirle a Ivy una pequeña dosis de su propia medicina. A mamá siempre le ha gustado mostrarles el invernadero a los visitantes, después de todo.

Freya pasa junto a la fuente burbujeante que papá instaló en el centro del invernadero como regalo de aniversario para mamá, y hace una pausa cuando una explosión de fragancia la detiene.

El aroma que la envolvía anoche en el balcón: los jacintos que se extendían alrededor de ella y de Ivy. Pero falta algo… otra nota que envolvía la noche. Algo más, fresco, pero dulce.

Me pregunto qué era. Debe de haber sido su perfume. Un aroma singular para una mujer única. ¿Lo mandará hacer especialmente para ella? Parece ser el tipo de mujer capaz de tal extravagancia.

Al escuchar que las voces se acercan, se acomoda rápidamente en el borde de la fuente, con la cesta de flores cuidadosamente seleccionadas a su lado, y comienza a ordenarlas.

—… y éste es el invernadero —dice la voz de su madre al abrirse la puerta—. Mi orgullo y alegría. Oh, ahí estás, Freya querida. Nos preguntábamos dónde te habías metido. Mi lord, ella es mi segunda hija, lady Freya. Freya, ellos son nuestros nuevos vecinos, el vizconde Yada-Lovell y su hermana, la señorita Ivy.

Freya se levanta, volviéndose hacia el grupo. Los ojos de Ivy se agrandan en cuanto ve su rostro. El color sube a sus mejillas mientras Freya observa cómo va atando los cabos.

—Hola —saluda Freya, tomando la flor más brillante de su cesta y acariciando los pétalos con una sonrisa tan maliciosa como puede—. ¿Ivy, cierto? —le ofrece la flor, justo como Ivy hizo con ella la noche anterior.

Ivy arquea una ceja, su expresión es una mezcla de sorpresa, diversión y quizás un atisbo de reticente admiración. Esa parte de Freya que disfruta de una buena broma siente cómo se le acelera el corazón, sobre todo cuando la sonrisa de Ivy se vuelve tan pícara como la suya. Ésta no es una mujer que se desanime ante un desafío.

—Dijo… Freya, ¿no? —pregunta Ivy—. ¿O era *Fleur*?

10

Ivy

Ivy no puede creerlo. Lady Fleur es *Lady Freya.* Oh, vaya que la tomaron por tonta. ¡Debería haberlo visto venir! En lugar de eso, cayó de cabeza directo en la trampa de la dama.

Y como si no bastase con la humillación de que la dama haya encontrado la carta de Giovanna, Ivy se excedió con sus palabras anoche. La belleza magnética de lady Fleur la desarmó. ¡Incluso llegó a decir que quería conocer a Freya *para* Prescott! ¡Como su posible esposa!

No sólo cometió un error. Se hundió hasta el cuello, y ahora no tiene ni idea de cómo puede salir.

—¿Pasamos al salón ahora que he reunido a todas mis hijas, salvo Angelica? —pregunta lady Tallon. Prescott ríe con cortesía y la sigue hacia las puertas del invernadero, pero Ivy permanece clavada en su sitio.

—Así que lady Freya, ¿eh? —inquiere.

Freya le sonríe con aire despreocupado.

—Usted nunca preguntó —responde—. Tan sólo asumió.

—Y mire a dónde me ha llevado eso —dice Ivy—. La carta no la retrataba con suficiente precisión.

—Ah, ¿no? —cuestiona Freya—. ¿No parezco una dama "dulce y caritativa"?

—Hasta ahora, mi lady, ha sido pura travesura —asegura Ivy—. Y yo estoy profundamente avergonzada. Pero diría que la carta acertó en algo: usted es hermosa. Aunque una descripción más precisa para usted sería la de un espíritu burlón.

Freya oculta su sonrisa. *Tiene* debilidad por el hada de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

—¿Por qué os sonreís así la una a la otra? —interrumpe Dani desde el umbral, dando palmaditas—. ¡Daos prisa! El té nos espera y tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —replica Marigold, empujando a su hermana fuera.

Por un instante, sólo quedan Freya e Ivy en el invernadero, rodeadas por el aroma de las flores, igual que la noche anterior.

—Una dama acepta un regalo cuando se lo ofrecen —dice Freya, mirando la flor que Ivy aún no ha tomado.

—Creí que había dicho que ya había leído mi poesía —bromea Ivy, intentando recuperar el control de la situación—. Si lo hubiera hecho, sabría que comportarme como una dama no es precisamente mi objetivo.

Aun así, extiende la mano y toma la flor de la mano de Freya. Se dice a sí misma que no se demora a propósito para que sus dedos se rocen, pero es mentira.

Jamás había deseado tanto tocar a alguien, incluso mientras se aparta, con la delicada amapola en la mano.

—Entonces, ¿*Fleur* es sólo un disfraz que usa para los bailes o…?

—Es un viejo sobrenombre de mi infancia —apunta Freya—. Todas lo tenemos. Nuestra niñera era francesa.

—Qué elegante —comenta Ivy.

—Soy una flor de invernadero, ¿no es así? ¿Sólo soy buena para lucir vestidos bonitos, sin otro pensamiento en la cabeza que el matrimonio?

Las mejillas de Ivy se encienden.

—Lady Freya, le pido que me permita disculparme…

—¿Qué os está retrasando tanto? —Dani asoma la cabeza por la puerta, frunciendo el ceño—. ¡Vamos!

—Ya la escuchó —dice Freya, disfrutando visiblemente de la incomodidad de Ivy.

Freya toma la delantera e Ivy la sigue por un pasillo lujosamente decorado hasta un salón pintado en tonos de azul que da al jardín. El té ya está servido, junto con bandejas de bocadillos y pasteles como pequeñas tentaciones.

Ivy se sienta en un diván, disfrutando del hecho de que Freya vacila un momento antes de darse cuenta de que el único lugar donde puede sentarse es junto a ella. Se hunde en el asiento a su lado.

Está tan cerca. La distrae.

—Ivy, ¿qué le ha parecido Berkshire hasta ahora? —pregunta Marigold, ofreciéndole una taza de té.

—Es un lugar hermoso, lleno de personas fascinantes y, en ocasiones, misteriosas —contesta Ivy, justo cuando Freya le lanza una mirada fulminante—. Incluso cuando no están adoptando nuevas identidades.

—Shhh —dice Freya.

—¿Qué ha sido eso, Freya? —inquiere lady Tallon.

—Nada, mamá —responde Freya con rapidez.

—¿Está emocionada por la temporada social? —cuestiona Marigold.

—Muchísimo —dice Ivy—. He escuchado que es toda una experiencia. Lady Dani, a usted la están presentando este año, ¿no es así?

—Sí —contesta Dani—. Pero no será como el año pasado. Freya fue nombrada la Incomparable de la temporada. Eso desde luego no ocurrirá conmigo.

—¿La… Incomparable? —pregunta Ivy, mientras un encantador rubor se extiende por las mejillas de Freya.

Es tan hermosa que resulta perturbadora de una forma que Ivy rara vez había experimentado. Quiere aprenderse cada una de sus expresiones, conocerla como si fuera su canción favorita.

—Eso significa que fue la más popular —explica Dani—. En el mercado matrimonial, ya sabe.

—Ah, claro —dice Ivy—. ¿Y nadie la ganó, lady Freya?

Más rubor en las mejillas de Freya. Sus ojos bajan hacia sus manos, donde ningún anillo adorna sus dedos. Ivy se sorprende preguntándose si Freya preferirá el oro o la plata, si le gustarán las piedras de color o los diamantes.

—Todavía no —interviene Dani—. Ya veremos. Todo el mundo piensa que lord…

—¡Ahí estás, Angelica querida! —interrumpe lady Tallon, justo cuando una mujer de pómulos marcados y el pulcro cabello recogido en un apretado moño entra en el salón—. Mi lord, señorita Ivy, ésta es mi penúltima hija, la condesa.

—Perdonad el retraso —se disculpa Angelica con cierto desenfado —. Deberes maternales, ya sabéis —toma una taza de té de manos de su madre y se sienta junto a Prescott—. Mi lord, qué placer volver a verlo.

Mientras la conversación se desvía, Ivy aprovecha el momento y se pone de pie.

—Lady Freya —dice—, mencionó antes su conocimiento sobre las flores. Me encantaría escuchar más sobre algunas de esas rosas inglesas por las que son tan famosos aquí. Ya sabe, me refiero a las que crecen *fuera* de los invernaderos.

Freya le lanza una mirada feroz.

—Por supuesto —responde, con la mandíbula apretada—. Será un placer mostrarle. Mamá, Ivy y yo daremos un paseo por los jardines.

—Claro —dice lady Tallon, completamente absorta en Prescott.

—¡Yo os acompaño! —exclama Dani.

—No, Dani, tú quédate aquí —responde Freya con rapidez, e Ivy ni siquiera intenta ocultar el estallido de júbilo que siente por dentro.

Ivy quiere estar a solas con ella. Tal vez para empujarla a un rosal en castigo por su audacia… pero aun así.

Recuerda: ella prefiere a los hombres, se dice Ivy, mientras Freya la guía fuera del salón hacia los jardines. Los bordes con flecos del

sencillo mantón de seda que lleva sobre los hombros se arrastran tras ella como un sendero que Ivy debe seguir.

—¿Quería ver las rosas? —pregunta Freya al detenerse frente a los exuberantes rosales, que este año florecieron antes de tiempo. Se vuelve hacia ella, con expresión intensa—. ¿O quería tener la posibilidad de estar a solas conmigo, sin las interrupciones de Dani?

—Lady Freya… —empieza Ivy.

—Sólo Freya —la interrumpe—. No es necesario el título.

Ahora son las mejillas de Ivy las que se tiñen de rosa. Siente el calor en su rostro y se esfuerza por controlar sus nervios.

—Me he extralimitado terriblemente. En el balcón, con la carta de mi amiga… y nunca debí haber hablado de esa manera.

—¿Se refiere a cómo habló con tanta dureza sobre nuestro modo de vida, uno al que su hermano ahora pertenece, y de forma tan despectiva sobre las posibles esposas para su hermano, *delante* de una de ellas? —pregunta Freya.

—Parece que acerté en algo, por lo menos —argumenta Ivy despacio, intentando aligerar el tono—. Usted *es* un modelo ejemplar de dama británica. Si la han considerado como "sin igual"…

Freya aparta la mirada, negando con la cabeza.

—Es un título ridículo y un papel todavía más ridículo que no significa nada.

—Estoy segura de que las damas que no reciben tales distinciones no piensan lo mismo —dice Ivy—. Una cosa es ser especial. Otra muy distinta es saber que no lo eres.

Los ojos de Freya se oscurecen hasta volverse casi azul cobalto mientras observa a Ivy.

—¿Quién podría *hacerla* sentir que no es especial? —pregunta con tal sorpresa que Ivy casi lo cree por un instante: *ella* es especial. Quizá lo sea, a los ojos de esta dama.

Pero no lo ha sido para tantas otras. Ella sólo ha sido una idea, palabras bonitas en una página o una fantasía en la que recrearse durante un breve periodo. La realidad sobre quién es ella en verdad… es que siempre ha resultado insuficiente. Permitir entrar a otras mujeres le ha dejado heridas que nadie puede ver. Heridas que Ivy no tolera que nadie vea.

—Nos estamos desviando del tema —afirma Ivy, sin saber cómo reconciliar la forma en que Freya la mira con el hecho de que ella sólo esté interesada en los hombres—. Estoy intentando disculparme por mi comportamiento grosero de anoche, en el balcón. Si hubiera sabido que usted era lady Freya, no habría especulado de esa manera.

—Usted no debería haber especulado en absoluto —responde Freya—. Actúa como si el matrimonio fuese un juego, en lugar de un camino que una debe elegir con cuidado, por sí misma y por su familia.

—La familia es importante para usted —dice Ivy.

—Por supuesto. Lo es todo —responde Freya.

—Yo también intento cuidar de la mía —arguye Ivy—. Ése era el objetivo de esa carta. Cuidar a Prescott.

—¿Y él necesita que lo cuiden? —pregunta Freya, sentándose. Ivy también lo hace, muy consciente de que están muy cerca y sus faldas se rozan.

—La alta sociedad es distinta en Manhattan.

—¿Y el matrimonio no es tan importante en Estados Unidos? —pregunta Freya—. Usted… usted prefiere a las mujeres, ¿no es así?

—Así es —contesta Ivy—. El matrimonio es… importante, claro. Pero no tenemos títulos como ustedes aquí, y casarse no significa una cuestión de vida o muerte. Hay más opciones. Muchas de nosotras tenemos libertad para encontrar a alguien que en verdad nos corresponda, y no a alguien que tan sólo nos convenga.

—Aquí, es el paso siguiente tras ser presentada en sociedad, sin importar a quién favorezca una joven. Mis hermanas y yo hemos sido afortunadas, sin embargo, porque nuestros gustos son variados. Eso permitió que Marigold, como la mayor, se casara con quien ella quiso, sin presiones.

—¿Cómo? —se interesa Ivy.

—Verá, el título de mi padre debe continuar y no tiene heredero. Aunque eso podría cambiar pronto, dado que Angelica está esperando su segundo hijo.

—Eso suena a mucha presión para ustedes dos, me refiero a las dos que les gustan los hombres —dice Ivy—. Sobre todo, porque

Marigold no puede ayudar, por culpa de sus leyes absurdas. No me había dado cuenta de lo denostadas que son las mujeres sáficas en su sociedad —suspira, negando con la cabeza.

—¿Denostadas? —Freya suelta una risita—. No son…

—Sí, lo son —la interrumpe Ivy con firmeza—. Cuando hay un conjunto de normas para todos *menos* para un grupo, la balanza está desequilibrada. Y eso no es justo.

—Supongo que no —Freya hace una pausa—. Nunca lo había pensado así; simplemente, así son las cosas.

¿Es Ivy la primera persona que desafía su forma de pensar? ¿Freya ha sido siempre tan privilegiada como para no haberlo cuestionado nunca? Ivy siempre ha sido así. Ella no ha tenido otra opción.

—Bueno, no me haga empezar… acabaré dándole todo un sermón, y aún no he investigado lo suficiente sobre cómo funciona esta sociedad —dice Ivy con una sonrisa irónica.

—Usted y sus investigaciones —murmura Freya—. ¿Qué más dijo su amiga sobre mí? ¿Y sobre mis hermanas?

—Que todas son muy hermosas y vivaces —responde Ivy—. No se equivocó. Pero su hermana mencionó algo que no estaba en esa carta.

—Ah, ¿sí? —Freya aminora el paso.

—Ella dijo que usted sabe mucho de los campesinos, tanto de los de sus tierras como de las de Prescott.

Los ojos de Freya se posan en los suyos. *¿Freya mira así a todo el mundo cuando habla?* Será mejor que Ivy se concentre en ayudar a Prescott.

—Sí —responde—. Nuestra parroquia intervino para ayudar a los campesinos de Silverthorne. Yo siempre he colaborado.

—¿Sabría decirme a quién debo encargar el techado de las casas? —pregunta Ivy.

—Tendría que ser con el señor Harold Jenkins, el techador —responde Freya sin vacilar—. Puedo enviarle un mensaje para que acuda a la mansión.

—Es usted un prodigio —asevera Ivy—. ¿Lo conoce todo?

—Y a todos —contesta Freya, logrando mantener su aire digno durante cinco segundos enteros antes de que empiece a reír, invadida por la alegría.

Ivy se une a su creciente hilaridad y sus risitas se entrelazan bajo la luz brillante del jardín. Ella sabe que debería contenerse, que no debería caer bajo el hechizo de la dulzura y las sonrisas de esta dama. Pero resistirse siempre ha sido un problema para ella. Y esta dama… es difícil resistirse a ella.

—Es muy generoso de su parte ayudar a los campesinos —dice Freya—. Siempre son tiempos difíciles cuando las tierras y los títulos cambian de manos. Otro invierno como el pasado sería terrible para ellos. Son gente maravillosa. Trabajadora y leal.

—Nos aseguraremos de que no haya más inviernos así —afirma Ivy con seguridad.

—El invierno pasado una fiebre arrasó la aldea —comenta Freya. Ivy nota que es algo que le pesa—. No tenemos médico. Estuvimos a punto de perder a algunos niños.

—¿No hay médico en una aldea tan grande? —Ivy niega con la cabeza.

—Mi padre hizo que nuestro médico personal de Londres se quedara durante varias semanas para atender a todos —explica Freya.

—Pero fue sólo una solución temporal —concluye Ivy.

Freya asiente.

—Bueno, necesitaremos encontrar una solución permanente —afirma Ivy—. Una aldea requiere un médico. Hablaré con mi hermano. Hay toda una lista de propiedades en la finca que no se están usando, así que tal vez podríamos ofrecerle una de ellas a un médico para convencerlo.

—¿Así, sin más? —pregunta Freya.

Ivy sonríe.

—Me gustan las soluciones —contesta—. Aunque creo que a menudo hay mucho trabajo arduo detrás.

Freya sonríe también. ¿Es imaginación de Ivy, o parece nerviosa? ¿Ella la está poniendo nerviosa? ¿En el buen sentido?

—Es usted una persona que resuelve problemas, ¿cierto? —dice Freya.

—Soy una persona realista. Verá, he estado en más de una situación que necesitaba ser solucionada… por mi culpa —admite Ivy.

—¿Como aquella boda que interrumpió?

—Así que está realmente intrigada por eso, ¿no es así? Habría pensado que una buena dama inglesa no se entregaría a los rumores.

Freya ríe.

—Oh, tiene mucho que aprender sobre nosotras, las damas inglesas. Nos *encantan* los rumores.

—Pues necesitará tener paciencia. No le cuento esa historia a nadie… salvo que *en verdad* me agrade.

Sus miradas se cruzan de nuevo, e Ivy se inclina hacia ella, apenas un poco. Sus hombros se rozan mientras caminan por el jardín de rosas. No puede ser sólo su imaginación… ¿o sí?

Claro que podría. Dejarse llevar por el corazón en lugar de su cabeza le ha dejado demasiadas heridas que sólo puede plasmar en el papel.

Freya aparta la mirada, e Ivy intenta ahogar la sensación que sube por su pecho mientras se dirigen de regreso a la casa.

—Mi hermana Dani parece estar encantada con usted, ¿sabe?

—Dani es adorable —afirma Ivy.

—A ella le gustan tanto los hombres como las mujeres, ¿sabe? —dice Freya, un poco demasiado rápido—. Y piensa que su obra es brillante. Vosotras dos… podríais pasar tiempo juntas.

—Sería agradable —menciona Ivy con cautela, intentando no sentir que la están emparejando.

—¡Me encargaré de organizarlo! —exclama Freya, haciendo que parezca *exactamente* eso.

Bueno, eso sí que es un mensaje claro. Una línea trazada en la arena.

Ivy sonríe con valentía, a pesar del dolor punzante en su pecho. Dijo la verdad: Dani *es* adorable. Y tiene que relegar a Fleur —*Freya*, se recuerda a sí misma— al ámbito de "amigas", por difícil que esto

sea. Sobre todo, porque será una fuente muy valiosa de información sobre cómo cuidar y ayudar a los campesinos de Silverthorne.

—Me encantaría salir con lady Dani —dice Ivy.



Freya

Freya jamás ha jugado el rol de casamentera. Y empieza a entender por qué mientras recorre el pasillo a toda prisa en busca de Dani. Han pasado varios días desde que le prometió a Ivy que organizaría una salida para ella y su hermana. Durante ese tiempo, Freya le ha informado a Dani, la vio debatirse entre varios vestidos y ha recibido una carta de Ivy sugiriendo que Dani la acompañe a visitar el negocio de su amiga: el Salón de Té Gonzaga.

Freya se siente intrigada por cómo Ivy conoce a Giovanna Gonzaga, la excéntrica propietaria del salón de té. Es *el* lugar donde hay que dejarse ver fuera de Londres, y es tan célebre como su dueña.

La hora ha sido fijada, y Freya despierta temprano ese día, como si fuera ella la que se va a encontrar con Ivy. Se obliga a demorarse en el desayuno y el baño, diciéndose que Dani puede arreglárselas sola. Pero cuando el mediodía se acerca, la curiosidad la vence y se dirige a la habitación de su hermana.

Toca a la puerta con suavidad, y llama a su hermana. Al no recibir respuesta, prueba el pasador. La puerta se abre, revelando

que las cortinas del dosel están completamente cerradas.

—¡Más te vale que no estés todavía en la cama! —dice entre dientes Freya, avanzando hacia el lecho y descorriendo de golpe las cortinas de terciopelo carmesí. Para su horror, Dani sí *está* en la cama, un bulto somnoliento bajo las mantas que sólo se mueve cuando Freya la llama por *tercera* vez.

—*¿Quéestápasando…?* —murmura Dani. Las palabras se pegan una a la otra, y ella entrecierra los ojos ante la luz repentina—. Nooo… apaga el sol, por favor, Freya. Me duele la cabeza.

—¡Tienes que salir de la cama! ¡Se supone que vas a encontrarte con Ivy en el Salón de Té Gonzaga dentro de una hora!

—Eso es mañana.

—Es hoy. En aproximadamente sesenta minutos. ¡Levántate!

Dani hace un puchero y se cubre la cabeza con las mantas.

—No puedo —gime—. Estuve despierta hasta las cuatro de la mañana en The Bridge —dice, refiriéndose a las reuniones especiales junto al río—. Portia Lowe sacó el whisky.

—Lo imaginé. ¡Hueles como una destilería, Dani! —la reprende Freya—. ¡No puedo creer que hayas salido anoche!

—¡Tenía que hacerlo! —se queja Dani—. Tú no lo entiendes. Nunca has estado allí.

Y tiene razón. Freya nunca ha asistido a las reuniones y fiestas en The Bridge. Marigold y Dani le han contado historias sobre las grandes fiestas y las ceremonias de bienvenida a los nuevos miembros de la comunidad, pero ella nunca ha sentido que sea su lugar, aunque siempre le han dicho que todo el mundo es bienvenido. Freya ha crecido con dos hermanas a las que les gustan las chicas, además de ser amiga de Claire, así que la historia de amor tras el puente que aún se alza sobre el río no es ningún misterio para ella. Nanny Dubois se la relató junto con todos los demás cuentos románticos de la infancia.

—Vamos, Dani —dice—. Debes bañarte. Yo buscaré tu vestido…

—Mi cabeza… —gime Dani—. No puedo, Freya. Si tengo que ponerme un corsé, vomitaré en pleno salón de té. Eso si es que no lo hago antes, en el carruaje. O encima de ti. Ahora mismo.

Freya se aleja de ella lo más rápido posible.

—Es demasiado tarde para enviarle un mensaje a Ivy para cancelar su encuentro —la reprende—. ¡Esto es una grosería!

—Sólo necesito dormir —murmura Dani, abrazando una almohada y apoyando la mejilla contra ella.

—¡No puedo creer que me haya tomado tantas molestias para emparejarte con una mujer preciosa y que tú lo estropees de esta manera! —exclama Freya.

—Si tan preciosa te parece, ¡ve a verla tú! —dice Dani con una risita medio ebria—. Buenas noches.

Freya pone los ojos en blanco y cierra las cortinas y la luz que dejan entrar, aunque se siente tentada a dejarlas abiertas y que Dani sufra las consecuencias. Al mirar el pequeño reloj de bronce sobre la repisa, toma una decisión en un instante.

—Charles —llama desde lo alto de la escalera.

—¿Sí, mi lady? —responde el lacayo.

—Prepara el carruaje, por favor. Voy a salir —dice Freya.

12

Ivy

Cuando Ivy cabalga sobre Citrine en dirección al pueblo es un día tempestuoso con cielo gris. Se alegra de haber traído su abrigo largo en lugar de una simple capa. Se ajusta las solapas con firmeza mientras entrega a Citrine al mozo de cuadra y se dirige al opulento edificio que alberga el Salón de Té Gonzaga. Está tan nerviosa ante la posibilidad de que Giovanna haya olvidado reservarles una mesa en medio del ajetreo de su próspero negocio, que llegó temprano, por si la mente sobrecargada de su amiga hubiera olvidado el día.

Al entrar en el salón, Ivy sonríe. Es como adentrarse en el corazón y el alma de Giovanna. Las paredes rosa pálido y los detalles dorados hacen que todo parezca un sueño con bordes de oro. Por dondequiera que mire, encuentra toques de lujo: la porcelana, las alfombras, los intrincados lazos de glaseado en los pastelitos.

Giovanna no escatima en gastos… y espera que sus clientes hagan lo mismo. Ivy jamás podría conseguir una mesa en un lugar así si no conociera a la propietaria. Eso, supone, también es una forma de poder.

—¡Ivy, mi delicia poética!

Ivy sonríe al ver a su amiga.

—¡Giovanna! ¡Cuánto tiempo sin verla!

Ignora las risitas curiosas que se escuchan en el salón mientras baja las escaleras para abrazarla. Giovanna acaricia sus mejillas cuando se separan.

—¡Está radiante!

—Usted también —dice Ivy.

—¿En verdad? —Giovanna gira sobre sí misma, su atuendo de inspiración griega, más parecido a una toga que a un vestido de gala, ondea a su alrededor y se abre un poco. Sólo a Giovanna se le ocurre prescindir del corsé. Probablemente lo considera un obstáculo para sus paseos espirituales por la naturaleza—. ¡El amor hace maravillas!

—¿Está enamorada? —pregunta Ivy, sorprendida. Nunca imaginó que un espíritu libre como Giovanna pudiera asentarse.

—¡Enamorada de mi negocio y de la vida, querida! —responde Giovanna, señalando a su alrededor—. Enamorada de ayudar a *otros* a encontrar el amor. De eso se *trata* este espacio.

—Pensaba que se trataba de té y pasteles brasileños —menciona Ivy—. Muero por probarlos.

Giovanna echa la cabeza hacia atrás en una carcajada. Ésa es la esencia de Giovanna: nunca hace las cosas a medias. Siempre tiene que ser un poco excesiva.

Ivy la ha echado de menos. Ella misma rara vez es excesiva. De hecho, con frecuencia, Ivy siente que no es suficiente. Pero le gusta estar cerca de personas que sacan a relucir cualidades excepcionales de ella, y Giovanna tiene un don especial para eso.

—Vamos, vamos —dice Giovanna, guiando a Ivy entre el laberinto de las diminutas mesas hacia el fondo, donde hay una barra—. Aquí servimos bebidas por la noche —explica—. Mi querida Ivy, ¡apenas podía creerlo cuando me dijo que había organizado una salida con lady Dani Tallon! Y sólo días después de haber llegado a Berkshire —silba con discreción—. Usted se mueve rápido, ¿no es así? Pero eso ya lo aprendimos con aquel pequeño escándalo con Astoria Parker.

—Ya sabe que una dama nunca besa y luego cuenta Ivy.

—Picarilla —comenta Giovanna—. ¡Algún día me contará todo sobre la novia fugitiva! Pero creí que estaba interesada en encontrar esposa para su hermano.

—Lo estoy —confirma Ivy—. En realidad, fue idea de lady Freya que me encontrara con lady Dani.

—¿Lady Freya? ¿Ese dechado de dulzura y virtud?

—La encontré bastante traviesa —le confía Ivy.

—¿Lady Freya? —Giovanna niega con la cabeza—. Tonterías. Es un ángel. La favorita de su padre, por buenas razones. Dicen que va a casarse con un duque, o eso escuché. Siempre está cuidando a los campesinos de su padre o atendiendo en la iglesia. Su halo aparecerá en cualquier momento.

—¿No puede ser angelical *y* traviesa a la vez? —inquiere Ivy, preguntándose por qué tantas personas pasan por alto los múltiples aspectos que hacen de Freya alguien fascinante.

—Habla como si conociera bien a la dama —dice Giovanna.

—Hemos conversado unas cuantas veces —comenta Ivy, pensando en la sonrisa de Freya y en cómo ésta ilumina su mirada. Ninguna luz de vela se compara con ese resplandor—. Lady Tallon nos invitó a tomar el té.

—¿Cree que ella y su hermano harían buena pareja?

—¿Freya y Prescott? —Ivy se alegra de no estar bebiendo té cuando Giovanna lo dice. Habría escupido—. No —responde con rapidez—. *Definitivamente* no. Prescott sigue conociendo a algunas de las otras damas de la lista que usted me dio. Aunque esa carta… me metió en un pequeño lío.

—¿Lío?

—Se cayó de mi bolso cuando estaba en el baile… y lady Freya la recogió.

Giovanna se lleva una mano al pecho.

—¡Oh! ¡Qué bochorno! Yo me habría desmayado al instante.

—Lady Freya definitivamente la está usando en mi contra —dice Ivy—. La llamó *dossier*.

—Eso me hace parecer como una espía —Giovanna suelta unas risitas—. Pero si lady Freya la descubrió y las hermanas Tallon no le interesan, entonces… ¿por qué va a encontrarse con lady Dani?

—Yo… —Ivy se muerde el labio, porque la respuesta que tiene en la punta de la lengua, "Lady Freya me lo pidió", está justo ahí.

Pero entonces, todas las respuestas se desvanecen, porque la puerta del salón de té se abre y *ella* entra, e Ivy no puede evitarlo: la sonrisa se extiende por su rostro. No puede detener ese nudo en el pecho que dice: "La estaba buscando". Quiere acortar la distancia entre ellas en un instante; no puede acercarse lo suficientemente rápido. El alivio y la esperanza recorren su cuerpo, devolviéndole el latido al corazón. Porque… ¿por qué ha venido ella? ¿Por qué está aquí? ¿Ella lo siente también?

Freya se detiene a la entrada del salón de té, aparta la capa de su cabello revuelto por el viento y sus rizos caen sobre el hombro izquierdo como la noche del baile. Ivy quiso acariciarlos entonces, para comprobar si eran tan suaves como parecían.

Quiere hacerlo ahora.

—Ya veo —dice Giovanna, mirando de Ivy a Freya.

Ivy no se molesta en preguntar qué quiere decir; está demasiado ocupada caminando hacia Freya, ardiendo de curiosidad.

—Espero no haberla hecho esperar mucho —afirma Freya.

—No, pero…

—Mi hermana… está indispuesta —comenta Freya con rapidez, como si lo hubiera ensayado—. No quería que se quedara aquí sola. Así que pensé… —se retuerce las manos y tiene las mejillas encendidas… ¿por nervios o por el frío intenso de inicios de la primavera?—. Soy un pobre reemplazo, me temo.

—No sea ridícula —dice Ivy, sintiendo su propio brote de nervios. ¿Cómo puede lograr que se quede? Algo que desea con todas sus fuerzas—. Usted es perfecta.

¿Se cansará alguna vez Ivy de hacer que las mejillas de Freya se tiñan de rosa? No lo cree.

—¿Podríamos… podríamos sentarnos? —pregunta Freya, señalando una de las mesas.

—Permitidme —interviene Giovanna con suavidad, chasqueando los dedos. Una camarera aparece de inmediato. Las conduce a una mesa apartada en un rincón privado, protegida por una fila de helechos puestos en pesadas macetas de barro.

—Es como estar en su invernadero —comenta Ivy, retirando la silla para Freya, que duda un momento, como si no estuviera segura de si ella debe hacer lo mismo—. Por favor, siéntese —le dice la poeta en voz baja, dándose cuenta de que, quizá por primera vez en su vida, Freya no conoce el protocolo.

Ivy puede ser un pez fuera del agua en lo que respecta a los modales ingleses, pero Freya lo es cuando se trata de compartir mesa con una mujer que no es su hermana o una simple amiga.

¿Ésa es la razón por la que reaccionó así cuando Ivy le besó la mano en el baile? ¿Alguna mujer le había besado la mano antes? ¿Había mostrado la clase de intención que manifestaría un pretendiente?

¿Fue la novedad del gesto lo que la hizo sonrojarse? ¿O fue el hecho de que fuera Ivy quien la estaba tocando? Hay tanto que Ivy quiere preguntar y saber, pero se contiene.

—Así que… —dice Ivy, recostándose en la silla, que resulta ser pecaminosamente cómoda. Sólo a Giovanna se le ocurre invertir tanto en el mobiliario—. ¿Dani está enferma?

—Se encuentra mal —responde Freya.

Ivy sonríe.

—¿Resaca?

La ceja de Freya se contrae apenas.

—Indispuesta.

—Ya veo —comenta Ivy—. Usted es leal, también.

No se imagina el destello de aprobación en los ojos de Freya.

—Le pido disculpas por haber cambiado los planes en el último momento.

—Le gusta cambiar las cosas, ¿verdad? —dice Ivy—. Primero finge ser Fleur. Ahora sustituye a su hermana con resaca.

—Ella probablemente ya no tenga resaca. Hice que una de las doncellas le subiera un remedio especial.

¿Se da cuenta Freya de lo conmovedor que es eso?

—Usted la cuida.

—Todas debemos hacerlo… ella es como un torbellino, por si no lo ha notado —afirma Freya—. Se mete en líos.

—Y usted la saca de ellos.

Freya suspira, abre la boca para responder y la cierra justo cuando la camarera llega con la tetera. Se quedan en silencio mientras les sirve el té y les deja una bandeja de tres pisos con bocadillos y pasteles.

—No me molesta sacarla de apuros —menciona al fin, cuando la camarera las deja solas en su pequeño rincón apartado.

—Desde luego, no me quejo de cómo la ha sacado de éste —dice Ivy—. Me alegra volver a verla.

—¿En verdad?

Ivy se arriesga. Extiende la mano y roza la de Freya. Apenas un contacto de piel, muy consciente de que ella se quitó los guantes al entrar en el salón.

La mano de Freya se gira de tal manera que, por un brevísimo instante, sus palmas se rozan antes de que Ivy se aparte.

—Sí —asiente Ivy—. En verdad.



Freya

Freya no está segura de qué le ha pasado. Es como si, en el momento en que cruzó la puerta del salón de té, hubiera dejado de lado toda precaución. Cada norma de etiqueta, cada plan.

Lo único que hace es sentir. Y es *glorioso*.

Mientras iba en el carruaje hacia el salón de té, se dijo que sería breve. Se disculparía con Ivy por el voluble comportamiento de Dani, tomaría una taza de té con ella para que no pensase que todas las Tallon carecen de modales, y entonces se marcharía, de regreso a casa.

Cuando las condujeron a un rincón privado del salón de té, Freya pensó que tal vez se encontraba en un pequeño aprieto. Ahora, mientras Ivy coquetea con ella, sabe que lo está. Sus manos se rozan y ella no se aparta.

En lugar de eso, piensa: *Veamos qué ocurre*.

Cuando sus palmas se deslizan juntas, es como si se encendiera una hoguera. Una llamarada que se extingue cuando los dedos de Ivy se alejan.

—Debo saberlo —dice Ivy, inclinándose hacia delante—. ¿Sus hermanas le devuelven el favor alguna vez?

—¿Y me sacan a *mí* de líos? —pregunta Freya.

—Admito que me cuesta imaginarla cometiendo errores o causando problemas —comenta Ivy—. Pero estoy aprendiendo rápido que usted es una mujer con muchos matices.

—No soy perfecta —responde Freya, algo acalorada.

—No, sólo Incomparable.

Freya abre la boca para replicar rápidamente, pero se detiene al ver el pliegue en los ojos de Ivy. Se da cuenta de que está bromeando. Por todos los cielos, Freya necesita relajarse. Se siente tan insegura. Como si fuera a deshacerse como un hilo de seda allí mismo, en el salón de té.

—A usted la llamarían "la Incorregible" si la alta sociedad le pusiera una etiqueta —arguye Freya.

Ivy sonríe mientras examina la selección de pasteles y postres brasileños dispuestos en delicadas bandejas. Elige un delicado *quindim*, una especie de postre cremoso de coco.

—Oh, ya tengo una en casa —dice, pero no añade más, tentando a Freya de forma terrible.

—¿Y bien? —pregunta Freya, incapaz de resistirse—. ¿Cuál es?

Ivy carraspea con elegancia.

—"La seductora de lengua audaz e incisiva" —responde con fingida solemnidad.

—¡No! —exclama Freya, sin poder contener la risa que burbujea en su garganta.

—Lo digo en serio. Ridículo, ¿verdad? Escribo unos cuantos poemas populares y de pronto los periódicos dicen que soy una seductora consumada.

—Claramente no entendieron lo que intentaba hacer con *Los secretos de seda* —afirma Freya, probando el té y emitiendo un sonido de satisfacción, porque está perfectamente endulzado.

—Ah, ¿sí? —inquiere Ivy, arqueando una ceja.

Freya se siente atrapada bajo su repentina atención.

—Sólo quería decir… no soy erudita ni poeta, claro está. Pero cuando leí algunos poemas de *Los secretos de seda* no me pareció

que usted hubiera escrito sobre una serie de conquistas, sino sobre una mujer a la que aún no había conocido. *La* mujer. Aquella con la que soñaba encontrarse algún día. Esto le permitió explorar las muchas facetas del corazón y de la naturaleza de una mujer y, por lo tanto, *su* corazón y su propio ser.

—Eso es… —Ivy parpadea, soltando una risa temblorosa—. Maldición —dice al fin—. Quizá debería ser usted erudita, Freya.

—¿He acertado? —Freya se siente complacida, sobre todo porque suele leer más prosa que poesía.

—Muchos de mis poemas nacen de la vida real —comenta Ivy—. Pero los de *Los secretos de seda* nacen de mis sueños de un futuro. Y ya sabe cómo se alteran los hombres ante los sueños y destinos de las mujeres.

—El primer ministro, desde luego —asegura Freya—. ¿No le preocupa haber disgustado a hombres poderosos?

—No puedo preocuparme por lo que piense la gente —dice Ivy—. Mata la creatividad. Aunque últimamente he sido bastante eficaz en eso por mí misma.

—¿Está teniendo dificultades para escribir? —pregunta Freya.

—Bloqueo creativo —le confiesa Ivy.

Freya no puede evitar preguntarse si ese bloqueo comenzó cuando Astoria Parker se casó con otro hombre en lugar de quedarse con la mujer que había interrumpido su boda para salvarla. ¿Era Astoria la musa de Ivy? Los poetas tienen musas, ¿no es así? Deben tenerlas. Perder una musa… eso le causaría problemas a cualquier escritora.

—Supongo que también ha estado distraída con su investigación para encontrar una esposa para su hermano —menciona Freya con una sonrisa cómplice.

—No va a dejarme olvidar que hice el ridículo cuando nos conocimos, ¿verdad? —pregunta Ivy.

—No por un buen tiempo —responde Freya, incapaz de contener la broma.

—¿Cómo puedo compensarla? —pregunta Ivy—. Haría cualquier cosa. Me ofrecería a escribirle un poema de disculpa, pero… el bloqueo creativo.

—Háblame de su vida —le pide Freya—. La que tenía en Manhattan.

Freya se descubre deseando saber todo lo posible sobre Ivy. La mujer detrás de los rumores, las habladurías y la poesía.

—Bueno —dice Ivy, dejando la taza de té—. Como lo dije antes, no estoy pensando mucho en casarme… salvo que encuentre a la dama correcta.

—Pero es usted una heredera —asegura Freya—. Y genera sus propios ingresos. Tiene la libertad de una mujer con medios.

—Sí —afirma Ivy—. He tenido mucha suerte.

—¿Y qué hace con toda esa libertad?

Freya apenas puede concebir la idea de tener acceso directo al dinero ganado por ella misma. Ros es la única mujer que conoce que trabaja, pero lo hace en la cristalería familiar, junto a sus hermanos. Lo que ha hecho Ivy… es tan diferente. Ha salido adelante por sí sola, con tan sólo su pluma y su poesía, y ha construido un nombre, una carrera y una fortuna para sí misma.

—Hago muchas cosas —contesta Ivy—. Pero, sobre todo, escribo. Me encanta trabajar. Mi madre es igual.

—¿Lo es?

—Mi madre es… supongo que podría llamarla artista textil. Trabaja con una técnica japonesa llamada *shibori*. Puede que no compartamos el mismo tipo de arte, pero nuestra pasión y dedicación por nuestras disciplinas son muy similares.

—Son mujeres entregadas —comenta Freya.

—A veces, en detrimento propio —admite Ivy—. Pero no puedo evitarlo. Es el núcleo de lo que soy. Paso gran parte del tiempo trabajando en algo. Incluso si no estoy escribiendo, asisto a tertulias y lecturas. También colaboro con varias sociedades que promueven distintas causas.

—¿Como obras benéficas?

—Más bien política —puntualiza Ivy—. Las mujeres han estado luchando abiertamente por el derecho al voto en Estados Unidos desde antes de que yo naciera, pero aún hay muchos avances por conseguir y muchas injusticias por eliminar de nuestros códigos legales. Ningún país es perfecto.

—Aquí el voto todavía está vedado para nosotras —explica Freya —. Mi padre, sin embargo, está muy implicado políticamente en la Cámara de los Lores. Supongo que su hermano se unirá a él allí.

—Imagino que así será —dice Ivy—. Todo esto es bastante nuevo para nosotros.

Freya le sonríe con ánimo.

—Ya está avanzando en lo importante: cuidar de quienes dependen de usted. Me han dicho que ya hay progreso con el techado de las casas de sus campesinos.

—Gracias a su ayuda con el techador —menciona Ivy—. Sin eso, habría tenido que salir corriendo a buscar un cañaveral por mi cuenta. Estoy muy agradecida.

—No tengo ninguna duda de que usted sabría encontrar un cañaveral y cortarlo si hiciera falta —asegura Freya, con intención de bromear, pero dándose cuenta de que dice la verdad.

Ivy es el tipo de persona que parece capaz de lograr cualquier cosa, incluso si requiere el mayor esfuerzo. Freya admira eso y también la confianza serena que parece irradiar. No es la arrogancia juguetona que supuso el otro día, sino una dedicación sincera: a su oficio, a lo que le importa. Pero también hace que Freya se pregunte más sobre la mujer que está detrás de las palabras y la pasión. ¿Cuáles son sus miedos? ¿Dónde está esa ternura que sólo muestra a quien la merece? ¿Llegará Freya a ver esa ternura? ¿A verla a ella?

Una mujer como ella guarda partes de sí misma. Sobre todo, porque su vida está expuesta al público. Freya lo entiende: ser hija de su padre y la reputación que él intenta proteger y mantener puede ser una pesada carga.

Pero quiere comprenderla. Todo de *ella*. Sus sonrisas secretas. Cómo hacerla reír tan fuerte que se rinda a sus pies, débil ante la risa, dependiendo sólo de ella para sostenerla.

—¿Y qué hace *usted* aquí para divertirse? —pregunta Ivy—. Además de asistir a tés con damas como yo.

—Oh, usted es la primera dama con la que yo… —empieza Freya, pero se detiene—. Quiero decir… paso mucho tiempo con mis hermanas y mis amigas.

—¿Y qué hacen todas ustedes para divertirse cuando no se están robando las plumas de avestruz?

Freya ríe, eligiendo un *bolo de rolo*, un intrincado pastel laminado con guayaba.

—Marigold y Dani pelean constantemente por la ropa. Pero supongo que nuestros días transcurren con normalidad. Angelica está ocupada con su familia. Marigold también tiene sus estudios y su esposa: Goldie está desarrollando un horno de vapor de alta temperatura para ayudar en la cristalería de su esposa. Dani es la mariposa social, y aunque aún no ha sido presentada en sociedad, todo el mundo la conoce. He tenido que hacer de acompañante para ella una y otra vez.

Ivy frunce ligeramente el ceño.

—Pero conmigo no necesita una acompañante —señala.

—Oh, es distinto entre damas —explica Freya—. Sólo se requiere acompañante cuando un caballero corteja a una dama.

—¿Y creen que cuando una dama corteja a otra dama *no* se mete en los mismos líos románticos que las otras parejas, cuando hay un hombre de por medio? —pregunta Ivy, divertida—. Conozco algunas herederas en Manhattan que estarían en total desacuerdo con esa idea. Incluida yo.

Las mejillas de Freya se tiñen de un rosa más intenso que el pastel en sus manos.

—Yo… yo supongo que nunca lo había pensado así —dice, intentando no pensar en el sobrenombre de Ivy en Manhattan. *La seductora de lengua audaz e incisiva*—. Siempre ha sido normal acompañar a Dani sólo en sus salidas con hombres.

—Entonces, ¿usted nunca ha estado a solas con un hombre? —pregunta Ivy, intentando comprender lo protegida que ha sido la vida de Freya—. ¿Siempre hay una acompañante presente?

—Sé que quizá le parezca extraño a alguien que tiene un hermano —argumenta Freya—. Pero la mayor parte de mi vida ha transcurrido en el seno familiar, como ocurre con muchas damas de mi posición. No es que no haya viajado: pasamos los inviernos en París, y he estado en Italia y Grecia. Papá se aseguró de que tuviéramos los mejores maestros. Hablo tres idiomas.

—¿Tres idiomas? —repite Ivy, sintiéndose un poco intimidada—. Me supera.

—Papá sólo tuvo hijas —dice Freya, intentando que no suene como un gran fracaso—. Así que volcó todo en nosotras. Para que fuéramos lo mejor que pudiéramos ser.

—Esposas y damas de provecho —comenta Ivy.

—Unir grandes familias para crear otras aún más fuertes es uno de los pilares fundamentales de nuestra sociedad —explica Freya.

—De donde yo vengo, todo gira en torno a la fortaleza individual —afirma Ivy—. Y de cómo podemos salir adelante y hacer algo importante con nuestras vidas.

—Vosotros, los estadounidenses, teneís un espiritu muy individualista —dice Freya, haciendo que suene a elogio cuando otros lo dirían como un reproche—. Pero veo que usted entiende la importancia de la comunidad. Yo simplemente no he encontrado a la persona adecuada. *Para siempre* es mucho tiempo.

—Lo es —coincide Ivy—. Pero también es una idea agradable.

Su mirada es tan intensa que Freya siente que, si no rompe el momento de algún modo, se sonrojará tanto que le arderán las mejillas.

—*¡Rounders!* —exclama Freya de pronto.

—¿Perdón?

—Preguntó qué hacíamos para divertirnos. Mis hermanas y yo. Jugamos *rounders*.

—Espere… —una sonrisa se dibuja en el rostro de Ivy—. ¿Eran *ustedes* las que estaban jugando en el césped frente al lago el día del baile?

—¿Usted nos vio? —Freya se siente aliviada de que el cambio de tema esté funcionando.

—Salí a cabalgar. Pensé que eran las doncellas divirtiéndose en su hora de descanso o algo así. No me di cuenta de que…

—Papá siempre nos dice que deberíamos ocultar nuestro carácter competitivo, porque no es muy femenino —dice Freya, inclinándose con aire conspirativo—. Pero dado que fue él quien nos animó de niñas, me temo que está siendo un poco hipócrita.

—Condenado por el monstruo competitivo que él mismo creó —ríe Ivy—. ¿Sería un atrevimiento pedirle permiso para asistir al próximo partido?

Freya la observa de arriba abajo, ve un destello en sus ojos. ¿Es deseo?

—No estoy segura —dice—. ¿Qué tal se le da lanzar una pelota?

—Haré todo lo posible por estar a la altura de las hermanas Tallon —promete Ivy, con esa sonrisa traviesa que le provoca escalofríos a Freya.

—Más le vale, si quiere unirse. Jugamos rudo. Y no nos gusta perder.

—Ya lo veo —comenta Ivy.

—Tendremos que conseguirle un uniforme —afirma Freya, porque ya puede imaginarlo. Lo mucho que a sus hermanas les agradará Ivy.

—¿Las cuatro tienen uniforme? Eso es adorable —dice Ivy, con una calidez coqueta inconfundible.

Freya quiere hundirse en esa calidez y dejarse envolver por ella. Esto no se parece en nada al encanto medido y las caballerosas preguntas de lord Monty.

Esto es como un baile cuyos pasos desconoce, pero no le importa.

Puede dejarse llevar. Ivy la sostiene.

—Ya le dije, nos tomamos el deporte muy en serio —argumenta Freya.

—Bueno, sería un honor poder observar, y más aún participar —dice Ivy.

—Y le alegraría ver a Dani de nuevo —comenta Freya, y odia un poco que sea una especie de prueba.

—Me alegraría verla a *usted* de nuevo —insiste Ivy—. Y conocer a sus hermanas, porque son importantes para usted.

Freya abre la boca para responder a semejante declaración, pero no sabe cómo. Justo en ese momento, la señorita Giovanna Gonzaga irrumpe en su rincón privado. Por primera vez, Freya se da cuenta de que el resto del salón de té está lleno de damas y caballeros. Todo desapareció mientras hablaban, y el té hace tiempo que se

enfrió. ¿Cuánto tiempo llevan allí? Mucho más de la media hora que Freya se prometió quedarse por cortesía.

—¡Hola, queridas! —dice con alegría Giovanna—. ¿Más té? ¿Más pasteles? ¿Quizás un poco de crema para los scones?

—Estamos bien, Giovanna —afirma Ivy.

—Seguro que necesitáis una tetera nueva —insiste Giovanna.

—En verdad, estamos bien —explica Freya, apenas mirándola—. Gracias.

—Muy bien —dice Giovanna. Con la tetera fría en la mano, se aleja como si flotara, murmurando algo sobre "perdidas en su propio mundo".

—Así que es usted una políglota competitiva a la que todo el mundo adora —comenta Ivy, aliviada de que Giovanna las haya dejado tranquilas.

—Yo no diría que *todo el mundo*…

—¡Su sobrenombre es *la Incomparable*!

—Y todas sabemos que esos sobrenombres son tan precisos —argumenta Freya, con los ojos en blanco.

Ahora son las mejillas de Ivy las que se tiñen de rojo. Es como lanzar una piedra para que salte sobre el agua del estanque: conseguir que reaccione, confirmar que siente esto… esto que Freya siente también. Le invade una alegría infantil cada vez que eso ocurre.

—Aquella noche, en el balcón… —Ivy se endereza nerviosa—. Cuando nos tocamos…

—¡Ivy!

Freya se sobresalta ante la interrupción, sorprendida por la voz tan aguda. Una joven con rígidos rizos rubios se desliza hasta su rincón privado, apartando uno de los helechos para ver mejor a Ivy.

—*Ahí* está —dice la joven—. ¿Dónde se había metido? Después de nuestra salida al parque, no estaba en casa la última vez que llamé.

El corazón de Freya se encoge un poco.

—¿Perdón? —pregunta Ivy, tan perpleja que no puede ser fingido —. Creo que me está confundiendo con otra persona. ¿Yo… la conozco?

La joven se lleva una mano al pecho.

—Bueno, ¡nunca lo hubiese imaginado! —exclama—. ¿Tan pronto se ha olvidado de mí? ¡Y dijo que escribiría un poema sobre mi cabello dorado!

Sin decir más, se marcha indignada.

Ivy se queda boquiabierta.

—¿Qué demonios? Le juro que nunca he visto a esa mujer en mi vida —dice, llevándose la mano al corazón como si hiciera un juramento solemne.

—Yo… —Freya no sabe qué pensar, pero antes de que pueda decir nada, *otra* mujer, esta vez pelirroja y con un vestido verde lima, aparta los helechos y se asoma.

—Ivy Yada-Lovell, ¡sabía que era usted! Me brindó una noche de magia y poesía en el lago, ¡incluso alquiló una *barca*!, y luego, ¿no responde a mis cartas? Sé que no soy una artífice de las palabras como usted, ¡pero lo intenté! ¡Debería darle vergüenza!

La mujer le lanza a Ivy un pañuelo de encaje como si esperara que sirviera de bofetada, pero sólo cae al suelo, y ella emite un sonido impaciente antes de marcharse con aire ofendido.

Ivy se queda mirando el pañuelo, por completo desconcertada.

—Ni siquiera sé cómo remar en una barca —insiste, mientras Freya se recuesta sobre la silla, cruzando los brazos en un gesto que sabe que no es muy femenino—. Le juro que, desde que llegué aquí, aparte de asistir a la fiesta de sus padres, no he hecho más que buscar al techador, montar a Citrine (¡que es un caballo!) y ayudar a Prescott con las montañas de papeleo que una finca parece generar.

Hay algo tan sincero y angustiado en los ojos de Ivy, como si temiera que estas interrupciones hicieran que Freya se marchara, que el corazón de Freya se enternece en lugar de endurecerse. Ivy no ha hecho más que ser honesta con ella hasta el exceso, incluso cuando no sabía que Fleur era también Freya. Merece el beneficio de la duda.

Freya inclina ligeramente la cabeza, para tener buena vista del fondo del salón, donde Giovanna suele ejercer su reinado. Allí ve a la propietaria hablando con una de las mujeres que se acercaron a su mesa.

—No lo sé, Ivy… dos corazones rotos en menos de quince días en el condado es dejar una buena estela en Berkshire —comenta Freya.

—¡No estoy dejando ninguna estela! ¡No hay estela! ¿Qué estela? —Ivy niega con fuerza—. No puedo creer que esto esté pasando —murmura, derrotada.

—Quiero decir, usted misma me dijo que su sobrenombre era "la seductora de lengua audaz e incisiva" —le señala Freya.

Por el rabillo del ojo, ve a otra mujer acercarse a Giovanna, hablar brevemente con ella y luego dirigirse hacia su mesa, como si hubiera recibido instrucciones para molestarlas. ¡Vaya, con esa bribona! La dueña del salón está intentando hacer que Ivy parezca la seductora que pintan los rumores alrededor del mundo. ¿Está tratando de ahuyentar a Freya? ¿O de acercarlas más?

—Parece que otra de sus misteriosas pretendientas se dirige hacia acá —comenta Freya.

—¿Qué? —Ivy mira por encima del hombro, alarmada—. Dios mío, esto es una pesadilla. Necesito despertar. Pellízqueme.

—Creo que nuestra anfitriona está jugando un poco —susurra Freya, señalando a Giovanna.

Los ojos de Ivy se agrandan.

—Giovanna siempre ha disfrutado de provocar a nuestras amistades con sus bromas —dice.

—Tengo una idea —comenta Freya—. ¿Quiere vengarse? —señala a Giovanna.

La sonrisa de Ivy se vuelve traviesa y la ansiedad desaparece de su rostro.

—Oh, sí.

—Entonces, siga mi juego —explica Freya.

Se pone en pie, calculando el momento justo para que, cuando la dama enviada por Giovanna se acerque a su mesa, Freya la bloquee con naturalidad.

—Lo siento —dice Freya, con toda la practicada cortesía cortante de una dama bien educada—. Estoy segura de que tiene una encantadora historia sobre una barca que Ivy alquiló, o un gatito que encontraron juntas en lo alto de un árbol, o quizás un soneto que desea recitarle, pero en este momento, estamos ocupadas.

Se vuelve hacia Ivy.
—¿Está lista? —pregunta, ofreciéndole la mano.
Ivy sonríe.
—Estoy lista —responde.



14

Ivy

Salen del salón de té desbordando risas.

—Eso fue increíble —dice Ivy—. ¿Vio su cara cuando salimos? Pocas personas logran tomarle el pelo a Giovanna.

—Pensó que podría engañarme —responde Freya con desdén—. ¡Giovanna no sabe con quién se ha metido!

Ivy siente que algo luminoso y extraño está creciendo dentro de ella. No se atreve a nombrarlo. Sólo quiere disfrutarlo. El brazo de Freya sigue firme alrededor de su cintura, como si no quisiera soltarla.

—¿Mi lady?

La mano de Freya se desliza, alejándose de la cintura de Ivy al oír la voz del lacayo por encima de la lluvia que ha comenzado a caer.

—¿Debería avisarle al cochero que ya está lista?

—Sí, gracias, Donovan —asiente Freya con una sonrisa amable. Luego, se vuelve hacia Ivy, y su sonrisa cambia de cortés a cálida y secreta, como si fuera sólo para ella—. Bueno, espero haber compensado la descortesía de mi hermana.

—Espero que usted lo haya disfrutado —afirma Ivy con rapidez. Vacila entre si lo está imaginando o no. No es que las personas no descubran cosas nuevas sobre sus sentimientos y sus preferencias al crecer. Se sabe que ocurre. Hay quienes florecen tarde.

—Lo he pasado muy bien —responde Freya, con tanta naturalidad que a Ivy se le encienden todas las esperanzas justo cuando el carruaje de los Tallon se detiene frente a ellas.

Ivy deja escapar un silbido al ver los detalles dorados del carruaje rojo brillante.

—He aquí un carruaje elegante —admite.

—Papá tiene el mismo fabricante de carruajes que la reina —comenta Freya, como si fuese algo que se pudiera decir con toda tranquilidad. Tal vez lord Tallon sólo sea un lord y no un duque ni un conde, pero Ivy empieza a comprender que Freya pertenece a una familia muy importante.

Ivy hace un gesto a Donovan para que se retire, y ella misma le ayuda a Freya a subir al carruaje. El peso de su mano es increíblemente reconfortante… y, ay, demasiado fugaz.

—Adiós —dice Freya, mientras Donovan acomoda un calentador metálico lleno de agua caliente a sus pies para protegerla del frío, y extiende una manta sobre sus faldas. Una vez atendida su señora, el lacayo se aleja hacia el frente del carruaje para unirse al cochero.

Ivy se adelanta antes de que la puerta se cierre.

—Freya, ¿puedo visitarla?

Freya le dedica una de esas sonrisas que parecen hechas sólo para ella.

—Venga la próxima semana, el miércoles. Es el día en que preparo cestas para los campesinos y las llevo personalmente. Puede acompañarme. Conocerá a algunas de las familias que viven a ambos lados de nuestras tierras.

Nuestras. Suena tan bien. Tan lleno de posibilidades.

—El miércoles será, entonces —confirma Ivy. Cierra la puerta del carruaje con cuidado y Freya le hace un gesto de despedida.

El vehículo se pone en marcha, salpicando barro bajo las ruedas mientras los caballos avanzan por el camino.

Ivy observa hasta que el carruaje desaparece de su vista, tomando el mismo camino rural que ella recorrerá… pero antes, tiene que ocuparse de Giovanna.

Se gira, entra de nuevo en el Salón de Té Gonzaga y localiza a Giovanna entre la suntuosa decoración.

—Usted y yo debemos tener una pequeña charla —dice, abriéndose paso entre el laberinto de pequeñas mesas adornadas con pastelitos aún más diminutos.

—Ivy, querida, ¿qué la ha hecho fruncir el ceño así…?

Ivy tira de Giovanna hacia la parte trasera del salón de té, donde varias jóvenes —incluida la rubia que interrumpió su conversación con Freya— están montando bandejas de pastelitos y scones.

—¿En qué estaba pensando, jugando a esas cosas? —pregunta Ivy—. ¡Podría haber arruinado mis posibilidades con ella!

Los ojos de Giovanna se agrandan. Suelta una risita incrédula.

—Ivy, querida, se lo digo con todo el cariño del mundo, pero lady Freya… nunca ha sido conocida por tener compañía femenina.

Ivy se encoge de hombros.

—Las cosas pueden cambiar, ¿no es así?

Siente como si la mirada compasiva que le dirige Giovanna la atravesara como una lanza. Una parte de Ivy le dice que es una ilusa por tener esperanzas, pero una parte más grande… su corazón entero, en realidad, le dice: "Esta chica es especial".

¿Cómo puede negar este impulso? Es más fuerte que cualquier cosa que haya sentido antes, a pesar de ser tan reciente, tan inédito, y sospecha que podría arrepentirse el resto de su vida si lo reprime. Aunque al final le duela. Lo cual, dada su historia, parece inevitable.

Deja de ser tan sombría… Giovanna lo verá en tu rostro.

—Por supuesto que es posible que las preferencias evolucionen —argumenta Giovanna, aunque no suena del todo convencida—. Lo siento, Ivy. Pensé que sólo se trataba de un jueguito tonto porque usted dijo que venía a encontrarse con lady Dani. Supuse que lady Freya había llegado aquí para evaluarla y comprobar si era lo bastante buena para su hermana pequeña. Es conocida por proteger a lady Dani… aunque, hasta Dios lo sabe, son más bien las damas

del condado quienes deberían ser advertidas sobre los estragos que Dani causa. Nunca lo hace con mala intención, claro. Es buena chica. Pero, madre mía, cómo corre entre corazones buscando aquel que lata al ritmo del suyo.

—Giovanna, eso ha sido francamente poético —dice Ivy—. Pero sigo enfadada con usted.

Giovanna hace un puchero con sus labios pintados.

—Me perdonará —declara—. Sobre todo, porque voy a ayudarla en su misión.

—¿Mi… misión?

—Conquistar a lady Freya.

—Giovanna, no estoy intentando *conquistar* a nadie. Se lo dije en mi carta: he venido para ayudar a mi hermano a casarse.

Giovanna desestima sus protestas con un gesto; tiene los ojos encendidos por el entusiasmo.

—A esto se le llama hacer más de una cosa a la vez, querida. Cualquier buena anfitriona de un establecimiento de té y entretenimiento como el mío sabe hacerlo con maestría.

Ivy suspira, sabiendo que no sirve de nada discutir con Giovanna. Siempre encontrará la forma de entrometerse. Es su naturaleza.

—Debo marcharme antes de que empeore la lluvia —comenta Ivy —. Ha sido bueno verla, aunque no haya podido resistir la tentación de arruinar mi primera salida con Freya.

Giovanna sonríe.

—Por la forma en que ella la miraba, no creo que se haya arruinado nada, Ivy.

La confirmación de que alguien más lo ha notado le provoca una oleada de validación.

—Adiós, vieja amiga —dice Ivy—. Su salón de té es precioso, como siempre dijo que sería. Estoy orgullosa de que lo haya llevado a cabo. Eso requiere valor.

Giovanna se ilumina.

—Estamos aquí para demostrarles que se equivocan, ¿no es así, Ivy?

Ivy ciertamente lo espera.

La lluvia cae a cántaros cuando traen a Citrine desde la caballeriza. Ivy se monta en la silla y se ajusta el abrigo con fuerza, sabiendo que le espera un empapado trayecto. No hay forma de evitarlo, así que se pone en marcha, disgustada por lo poco que puede ver del camino mientras la lluvia arrecia y los truenos retumban en el cielo.

Citrine no se asusta. Ivy acaricia el cuello de la yegua.

—Buena chica —dice, agradecida por su firmeza.

June no exageró sobre la calidad de los caballos en Silverthorne. Cada animal que ha visto en la caballeriza es impresionante, incluso extraordinario. Y están entrenados con igual excelencia.

Avanzan a buen ritmo, a pesar del inclemente clima. El cabello de Ivy está empapado y gotea por su cuello y frente, aunque ella intenta apartarse los mechones de la cara. Otro trueno sacude el paisaje, seguido de un relámpago. El destello ilumina por un instante el camino oscurecido por la lluvia.

Es lo único que necesita para ver el carruaje volcado.

Detiene a Citrine de golpe y casi cae del caballo en su prisa por desmontar. Sus botas chapotean en el barro mientras corre hacia el carruaje y salta por encima de una rueda rota.

Dios mío, el eje está destrozado. El barro debe haberlo partido en dos.

—¡Freya! *¡Freya!*

Ivy se sube al carruaje, abre la puerta con dificultad y se asoma al interior.

Freya está desplomada en el otro extremo, con el brazo atrapado bajo el calentador metálico. Sus ojos parpadean mientras el agua se filtra en el carruaje e Ivy la llama con urgencia. Al intentar incorporarse y liberar el brazo, Freya gime.

—Me duele —susurra, e Ivy se da cuenta de que el agua dentro del calentador debe estar casi hirviendo… la está *quemando*.

—Shh, shhh, todo está bien, tranquila, yo me encargo, ya estoy aquí —la consuela Ivy, y usa los faldones de su abrigo para agarrar uno de los extremos del calentador y retirarlo de la muñeca de Freya. Ella deja escapar un gemido suave de alivio que se convierte en un sollozo contenido.

—Oh, Freya…

Ivy se inclina dentro del carruaje volcado y observa la piel ampollada de la muñeca de Freya.

—Estoy bien —dice Freya con los dientes apretados—. He… he pasado por cosas peores.

—Tengo que llevarla a casa cuanto antes —afirma Ivy—. Para que su padre pueda llamar al médico de la familia. Alguien debe atender esto.

—Con un poco de ungüento estaré bien —responde Freya, obligándose a pronunciar las palabras.

—Vamos, con cuidado. Sólo tome mi mano —le indica Ivy, saliendo del carruaje y volviendo a inclinarse para ayudarla a bajar. La deposita en el suelo con delicadeza, se quita el abrigo y lo coloca sobre los hombros de Freya—. Quédese aquí. Voy a buscar al cochero y su lacayo.

—¡Dios mío, Donovan y Henry! —los ojos de Freya se abren de golpe—. ¿Dónde están? ¡Donovan! ¡Henry!

—¡Por aquí! —responde una voz.

Ivy corre al otro lado del carruaje derribado, donde el cochero y el lacayo están sentados en la cuneta, llenos de fango y aturdidos.

—Salí volando cuando nos volcamos —comenta Henry, el cochero.

—¡Lady Freya! ¿Está usted bien? —grita Donovan.

—Lady Freya tiene una lesión —les informa Ivy antes de que Freya pueda responder—. La llevaré a caballo hasta la Mansión Tallon para que la pueda revisar un médico. ¿Puedo confiar en que ustedes se encargarán del resto?

—Por supuesto —asegura Henry.

—Gracias —les dice Ivy, volviendo junto a Freya, que se aferra al abrigo de Ivy con su mano sana. Sigue lloviendo como si los dioses estuvieran enfadados con ellas por alguna razón.

—En verdad, estoy bien —insiste Freya, pero hace una mueca de dolor como si la quemadura estuviera comenzando a palpitar. Ivy recuerda bien esa sensación.

—Eso mismo dije cuando me quemé con fuegos artificiales un cuatro de julio —dice Ivy—. Debería ver mi cicatriz.

Freya parece intrigada… y adolorida.

—¿Dónde está?

—Suba a la yegua y quizá se lo diga —responde Ivy. Acerca a Citrine y forma un estribo con las manos para ayudarla a montar. Luego se sube detrás de ella y la rodea con los brazos para tomar las riendas.

—Tranquila —la conforta, apoyando la barbilla sobre el hombro de Freya para ver mejor—. Apóyese en mí —le susurra, y Freya lo hace, dejándose sostener mientras Ivy espolea a Citrine hacia la Mansión Tallon.



En cuanto cruzan el gran vestíbulo de mármol de la Mansión Tallon, la casa se llena de movimiento y preocupación. El mayordomo llama a las doncellas y a lady Tallon, mientras Marigold aparece corriendo desde algún rincón de la casa al oír la conmoción.

—¡Por Dios! ¿Qué sucedió? —pregunta Marigold al verlas empapadas y desaliñadas.

Hay barro por *todas* partes. Ivy no pudo guiar a Citrine alrededor de los charcos… el camino parecía lleno de ellos y Citrine los atravesó galopando con valentía.

—Tuvimos un accidente con el carruaje —les informa Freya—. Donovan y Henry están bien; volverán con los caballos cuando retiren el carruaje del camino. Ivy tuvo la amabilidad de traerme a casa.

—Está herida —explica Ivy—. El brazo.

—¡Dios mío! —Marigold retira con cuidado el abrigo de Ivy de los hombros de Freya para dejar al descubierto la muñeca quemada—. Querida, ¿cómo te quemaste de esa manera?

—El calentador de pies —explica Freya—. Ya sabes lo friolenta que soy. Donovan siempre lo llena para mí. Pero cuando el carruaje se volcó, yo salí despedida del asiento, ¡y el calentador voló sobre mí! Terminó atrapando mi brazo. No podía empujarlo para apartarlo, Ivy tuvo que quitármelo.

—Gracias —afirma Marigold con gratitud.

—Si me dice dónde está el médico de la familia, puedo ir a buscarlo —dice Ivy.

—Sería muy amable de su parte.

—Ivy, no —protesta Freya—. Está lloviendo.

—Tonterías —argumenta Ivy con firmeza—. Usted ya se encuentra al cuidado de su hermana. Yo iré a buscar la mejor alternativa: un verdadero médico.

—Déjeme escribirle las indicaciones —dice Marigold, justo cuando lady Tallon entra en el vestíbulo, buscando a Freya, preocupada.



Freya

—Cabalgó durante *TRES HORAS* de ida y vuelta bajo aquella tormenta para traernos al doctor Howard a casa —le comenta Marigold a su esposa mientras desayunan todas juntas en la planta baja, estilo bufet.

—Una impresionante muestra de destreza ecuestre —admite Ros —. Y de heroísmo, por supuesto.

Freya finge no estar escuchando mientras selecciona fruta de una bandeja de plata. Su muñeca quemada está vendada con esmero y duele mucho menos ahora que ya pasaron varios días desde el accidente del carruaje.

Aunque las damas suelen desayunar en sus habitaciones, su madre insiste en un desayuno familiar dos veces por semana: los miércoles y los domingos. Hoy, sin embargo, su padre está ausente por asuntos políticos en Londres. Freya detesta cuando él tiene que ir a Londres durante lo que se supone que es su tiempo en familia.

Ella creía que estaba esperando con ilusión la primavera y luego el verano, pero quizá no tanto, después de todo.

—… ¿no crees, Freya?

—¿Perdón? —pregunta Freya—. Lo siento, estaba concentrada en… —mira fijamente la fruta frente a ella—. Las cerezas —concluye.

—Desde luego, son fascinantes —menciona Dani con tono lánguido detrás de ella—. ¿Puedes elegir más rápido tu fruta? ¡Tengo hambre!

—Estaba diciendo que deberíamos invitar a la señorita Ivy a tomar el té. Para agradecerle.

—Por supuesto —afirma Freya, mientras Dani resopla a su lado y, harta de esperar, rodea la mesa para destapar el tocino—. Me parece una idea encantadora.

—Francamente, Freya, parece que te golpeaste la cabeza en lugar del brazo —dice Dani mientras se sirve tocino y huevos, para enseguida coronar todo con varias rebanadas de pan tostado y luego volver a la mesa, para sentarse a la derecha de mamá.

—¿Te ha estado doliendo la cabeza? —inquiere mamá con preocupación, sorbiendo su té. Tiene frente a ella un sencillo croissant relleno de crema de frambuesa.

—No, mamá —responde Freya, fulminando a Dani con la mirada —. Dani sólo está diciendo tonterías, como siempre.

—Fue muy amable de parte de Ivy ayudar, ¿no es así, mamá? —asevera Marigold.

—Sin duda —responde mamá.

—Podríamos haber enviado a uno de los lacayos a buscar al doctor Howard —añade Angelica desde su sitio, frente a Dani.

Es ella la que tomó todas las cerezas y dejó solamente grosellas, observa Freya. Vaya descaro.

—Fue considerado de parte de Ivy salir corriendo a buscarlo —dice Marigold.

—Y poco apropiado de una dama —sentencia Angelica.

—Bueno, ya se sabe cómo son los estadounidenses —comenta mamá—. Son impulsivos por naturaleza. Pero agradezco que Ivy estuviera cerca en ese momento y que haya podido asistir a Freya —da un delicado mordisco a su pan—. ¿Por qué estabas en el camino con ese tiempo tan horrible, Freya? Todavía no me has contado.

Freya se queda mirando las cerezas, mientras su mente corre a mil por hora.

—Tomé el té con Claire —contesta, sin saber del todo por qué está mintiendo—. En el salón de té.

Dani le lanza una mirada inquisitiva. Freya la patea por debajo de la mesa para asegurarse de que mantenga la boca cerrada. Dani frunce el ceño, pero no dice nada.

—Bueno, lamento que se haya convertido en semejante odisea —dice mamá—. Pero ya pasó. Y podrás cubrir la venda con tus guantes en el Baile de la Flor Dorada, para que lord Monty no sepa que has estado correteando por el campo, poniéndote en peligro.

—Muy cierto —afirma Angelica.

—No estaba correteando, mamá —suspira Marigold.

—Mmmm —es todo lo que expresa mamá, así que Freya no se atreve a intervenir. En lugar de eso, se concentra en llenar el resto de su plato y se une a sus hermanas en la mesa.



De la misma manera que ocurrió esa mañana, Freya se siente incapaz de compartir con sus hermanas que Ivy irá a visitarla. Especialmente, si lo plantea de esa manera.

Pero Ivy lo formuló así, ¿cierto? No es alguien que haga las cosas por accidente. Ivy es deliberada.

Freya está segura de que Marigold sospecha algo —quizás algo muy cercano a la verdad que ella misma está evadiendo—, y de que Dani también lo intuye, aunque su hermana menor es menos perspicaz que la mayor. Así que espera hasta que Marigold se retira a la biblioteca, como siempre lo hace por las tardes, y que Dani está en la habitación de la bebé con Angelica y Julia; puede oír los dulces balbuceos de su sobrina mientras se escabulle por el pasillo.

Bueno, no, no está *escabulléndose*. Camina con prisa, pero con cautela. Le envió un mensaje a Ivy para que se encuentren en el límite de sus tierras, y mientras baja al jardín, ve a Donovan esperando, con un carro de jardín cargado de cestas para los campesinos.

—Gracias por su todo su esfuerzo, Donovan —le dice Freya—. ¿Cómo se encuentra después del accidente del carruaje?

—Como nuevo, mi lady —responde Donovan, tomando el manillar del carro y siguiéndola mientras ella recoge los últimos detalles para las cestas: flores para los pequeños ramos que llevará a cada casa.

No es sólo belleza lo que desea aportar a la vida de los campesinos, sino también brindarles la sensación de ser especiales para alguien… *eso* es lo que siempre espera ofrecer, junto con lo esencial y los pequeños lujos que a menudo no forman parte de sus presupuestos.

De niña le encantaba ir a la aldea y acompañar a su madre cuando asistía a atender a los campesinos. Seguir sus pasos ha sido un honor. Le emociona pensar en compartir esta parte de su vida con Ivy. Es inusual que incluso sus hermanas la acompañen en estas pequeñas excursiones. Pero Ivy parece preocuparse intensamente por la vida y por los demás. Escribe con tanta belleza sobre los asuntos del corazón y las injusticias del mundo. Quizá su tiempo juntas en la aldea la inspire y le ayude a superar su bloqueo creativo.

—Ya está —dice Freya, cortando las últimas rosas de sus tallos—. Las llevaremos más allá del lago y del prado —le indica a Donovan.

—Por supuesto, mi lady.

La sigue mientras ella comienza a cruzar a pie las tierras de su padre, una de sus actividades favoritas. El carro traquetea junto a ella, y Donovan añade un silbido al ritmo de las ruedas.

No le sorprende el estallido de alegría que siente al llegar a la cima de la última colina y ver a Ivy allí, quien ya se apeó, con su yegua pastando bajo la sombra de un árbol.

—Hola, Tallon —saluda Ivy.

Freya no sabe cómo describir esos espasmos que siente en el estómago cuando la llama así.

—¿Cómo está su quemadura? —pregunta Ivy, suavizando la voz.

—Mucho mejor —responde Freya—. No había podido agradecerle que haya ido a buscar al doctor Howard. Fue muy amable de su parte.

—Quería asegurarme de que la atendieran lo antes posible —comenta Ivy—. Verá, una chica muy lista me ha estado poniendo al día sobre todo lo que ocurre en el condado y en el pueblo. Y de que no hay médico en la aldea. Así que sabía que debía hacer el viaje para llevar al doctor Howard sin demora.

—Ya le dije que *Marigold* es la lista entre las hermanas Tallon —explica Freya, aunque no puede evitar sonreír. Le gusta el sarcasmo juguetón de Ivy.

—Usted también es bastante lista, y lo sabe —asevera Ivy con tanta seguridad que Freya quiere creerlo de verdad—. Donovan, me alegra verlo entero. ¿Pudieron arreglar el carruaje?

—Tardará unas semanas más —responde Donovan—. Mi lady, ¿desea que lleve el carro por el camino principal?

—En realidad, creo que podremos encargarnos nosotras —contesta Freya, sintiéndose repentinamente audaz.

—¿Mi lady? —insiste Donovan, desconcertado.

—¿No lo cree así, Ivy? —pregunta Freya.

—Claro —afirma Ivy—. He conducido un equipo de caballos pura sangre por Central Park en un carruaje. Creo que puedo manejar un carro como éste.

—¿Ve? Estoy en buenas manos —dice Freya—. Puede marcharse, Donovan. ¿Quizá podría llevar el caballo de la señorita Ivy de regreso a la caballeriza?

—Sí, mi lady —contesta Donovan y hace una ligera reverencia antes de ir tras Citrine.

—La he estado mimando después de la dura carrera del otro día —comenta Ivy, tomando el manillar del carro y levantándolo para hacerlo rodar por el sendero, mientras Freya camina a su lado.

—¿Monta a menudo? —pregunta Freya, ajustándose el mantón con cuidado y procurando no rozar sus manos entre sí. Los recordatorios más dolorosos de su quemadura llegan cuando olvida ser prudente.

—Siempre que puedo —responde Ivy—. ¿Y usted?

—No me gusta montar tanto como debería —admite Freya—. Nunca he sido una gran amazona.

—¿Prefiere su carruaje elegante? —pregunta Ivy.

—¡Siempre y cuando no se vuelque, claro! —responde Freya.

—Fue amable al devolverme el abrigo sin todo ese barro —dice Ivy.

—Bueno, eso fue cosa de las doncellas, no mía —admite Freya—. Pero lo empaqué yo misma. Me temo que no tenemos jabón de loto. Ése es el aroma, ¿no es así?

—¿El aroma…?

—¿O es un perfume? —pregunta Freya—. El aroma que usted lleva.

Una sonrisa lenta se dibuja en el rostro de Ivy.

—Vaya, Freya, ¿está diciendo que huelo bien?

—Por todos los cielos, ¡qué engreída es usted! —exclama Freya, lanzando el borde de su mantón hacia Ivy. Los flecos le golpean el brazo, envolviéndola por un instante en un sedoso roce antes de apartarse—. El loto no es un aroma común por aquí. Tenía curiosidad.

—Es un jabón —aclara Ivy—. Lo traje de casa. Pero lo fabrican en Japón. Mi madre me lo envía.

—Oí a su hermano mencionar durante el té que su madre vive con su abuela —comenta Freya mientras Ivy maniobra el carro alrededor de un bache en el camino—. ¿Cómo es eso? ¿Que ella esté tan lejos?

—Difícil, a veces —admite Ivy—. Pero no tan difícil como cuando murió mi padre. Fue como si ella perdiera una parte de sí misma —sonríe con dulzura amarga—. Supongo que así fue, de hecho.

—Lo siento mucho —dice Freya.

Ivy asiente.

—Caminaba alrededor como si estuviera en trance por muchos meses. Para ser sincera, no estoy segura de que la luz volviera a sus ojos *hasta* que empezó a hablar de regresar a Yokohama, una vez que Prescott y yo fuimos adultos. Le ha sentado bien. Ha sido bueno para ella y para su trabajo. Además, está cerca de mi abuela. Si lee entre líneas en sus cartas… esas dos hacen travesuras juntas.

—La echa de menos —afirma Freya.

—Yo… —Ivy vacila—. Sí —responde al fin. Deja escapar una risita temblorosa—. Yo no… no lo había admitido con nadie. Ni siquiera

con Prescott.

—¿Cuánto tiempo hace que regresó a Yokohama?

—Casi tres años —responde Ivy.

—Es mucho tiempo sin ver a su madre —menciona Freya—. No puedo imaginarlo.

—¿Le gustaría vivir cerca de su familia cuando se case? —pregunta Ivy—. Sus hermanas sí lo hacen, según he notado.

—Siempre pensé que eso haría —responde Freya, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero, claro, una niña sueña con el mundo que conoce. O al menos, yo lo hacía.

—¿Con qué más soñaba de niña? —cuestiona Ivy, con curiosidad.

Ésa es una gran pregunta. Freya lo medita con delicadeza.

—Supongo que nunca me he considerado una persona muy soñadora.

—¿Por qué? —inquiere Ivy.

Freya parpadea; no está segura de que alguien le haya preguntado eso antes.

—Siempre he tenido a mis hermanas y mi vida más o menos trazada —asevera. ¿Debería preocuparle que no tenga una respuesta para eso? *Me gustaría soñar*, piensa. Nunca ha tenido espacio para pensar en otra cosa que no fuera cumplir los deseos de su padre. ¿Podría Ivy ser alguien con quien construir un sueño? ¿Una vida?

—Si tuviera que trabajar, quizá lo haría con niños… ¿ser maestra?

—Usted sería en verdad magnífica —dice Ivy, con esa sonrisa suya, genuina, pero peligrosamente encantadora—. Bueno, a mí me encanta soñar —presume.

—¿Con convertirse en una poetisa famosa? —bromea Freya.

—¿Puedo ser sincera? —aparecen los hoyuelos de Ivy. Tiene un par en la mejilla derecha que Freya no había notado hasta ahora.

—Por favor.

—Supongo que siempre he soñado con conseguir muchas cosas en mi vida, y me encanta escribir, en verdad. Pero creo que tengo un gran vacío dentro de mí, que anhela pertenecer. Sentir que soy lo suficientemente buena. Elegida, incluso. Creo que me escondo mucho detrás de mi trabajo —Ivy respira hondo.

—Entonces, ¿me está diciendo que la *seductora de lengua audaz e incisiva* no es realmente usted? —pregunta Freya, con un sutil tono de sarcasmo.

—No podría estar más lejos de la verdad —confiesa Ivy con una risita.

—Pues, por si sirve de algo, hoy he elegido estar con usted en este día glorioso. Y no hace falta mucho para darse cuenta, al conocerla, de que está destinada a algo. Algo bueno.

—Gracias —dice Ivy, bajando la mirada al suelo como si hubiera compartido demasiado.

Freya tiene que contenerse para no alargar la mano y acariciar los hoyuelos de Ivy, preguntándose si eso ayudaría a sanar sus inquietudes.

Las casitas con techos recién reparados aparecen a lo lejos, y Freya se siente de pronto agradecida por la distracción.

—¿Son las casas del norte? —pregunta Ivy.

—Hay otro grupo al otro lado de la colina que pertenece a su finca —contesta Freya, mientras comienzan a descender por el sendero.

—¡Mi lady, mi lady! —voces infantiles irrumpen en la colina y, sólo unos segundos después, los niños aparecen, bajando por el sendero con entusiasmo al verla. Freya suelta una risa y corre hacia ellos, agachándose para abrazarlos con entusiasmo.

—¡Augustus, veo que tu madre por fin te convenció de cortarte el cabello! Y Harriet, ¿ese lazo es nuevo? Mary, tengo un libro especial para ti en el carro. Pero tienes que prometerme que no dejarás que Patricia lo lea, ¿de acuerdo? No es apropiado para ojos pequeños.

Cuando Freya levanta la vista hacia Ivy, la encuentra observando la escena con diversión, no con fastidio, lo cual es un alivio. Los niños a veces pueden ser un poco intensos, pero Freya los adora.

Se incorpora y sacude la tierra de sus faldas.

—¿Qué le pasó, lady Freya? —pregunta Harriet, señalando el vendaje en su muñeca.

—Me atrapó la tormenta la semana pasada —responde Freya—. ¡El carruaje se volcó y todo!

Los niños se quedan boquiabiertos.

—¿Se hizo daño? —inquiere Augustus, sin dejar de chupar su dedo pulgar con gran dedicación.

—Sólo un poco —contesta Freya—. La señorita Ivy apareció como una heroína de novela y me salvó.

Los niños exclaman "Ooohhh" y "Aaahhh", emocionados ante la idea.

—¿Cabalgasteis juntas hacia el atardecer? —suspira Mary, con tono soñador.

—Bueno, más bien hacia la lluvia, camino de la mansión —dice Ivy, y Freya no puede evitar reír ante su sinceridad.

—¿Está demasiado herida para jugar con nosotros? —pregunta Augustus—. Papá nos ha tallado un bate nuevo.

—Jamás me perdería la oportunidad de jugar con vosotros —afirma Freya, dejando que Augustus le tome la mano. Le lanza una mirada a Ivy—: ¿Le importa?

—Oh, no sé si conozco el juego… ¿es beisbol?

—*¡Rounders!* —corrige Harriet.

—¡Tiene que intentarlo! —dice Freya, extendiendo la mano para tomar la de Ivy y tirar de ella hacia delante—. Yo le explicaré las reglas —le asegura, al ver que Ivy parece algo escéptica.

—Si usted insiste —contesta Ivy—. ¡Pero no se burle de mí si resulto mala para esto!

Ambas siguen a los niños hacia el prado verde detrás del pequeño granero de la casa. Augustus suelta la mano de Freya para tomar el bate de *rounders*, que balancea con entusiasmo para calentar, mientras sus hermanas se dispersan en busca de la pelota.

—¿Hay niños en su familia? —pregunta Freya.

Ivy niega con la cabeza, sonriendo mientras Harriet persigue a Mary alrededor de las bases improvisadas hechas con troncos que los niños acaban de colocar.

—Sólo éramos mi madre, Prescott y yo. Y luego, únicamente Prescott y yo, durante mucho tiempo.

—Eso suena un poco solitario a veces —agrega Freya con cautela, porque Ivy *suena* un poco solitaria.

Ivy se encoge de hombros, con la sonrisa aún impresa en el rostro como si no supiera cómo quitársela.

—Escribir ya es una vida bastante solitaria, ¿sabe? Por mucho que me guste, supongo que yo elegí esa soledad.

—Si usted la eligió, ¿eso no significa que podría apartarse de ella a veces? —*¿Para dejar entrar a otras personas?* Quiere preguntarlo, pero no se atreve.

—Quizá —responde Ivy—. Es sólo que… eso requiere valor.

—Por la forma en que vino a rescatarme bajo la lluvia, usted está llena de valor —afirma Freya.

Los ojos de Ivy se encuentran con los suyos, la expresión en ellos es inquisitiva.

—Hay valor físico —dice Ivy—. Y luego está el valor del corazón. Esa capacidad de ser vulnerable, de abrirse a la posibilidad de resultar herido si todo sale mal… bueno, por eso existe la poesía, ¿no es así?

—Es más fácil ser vulnerable en la página que en persona —Freya comprende.

—Algunas veces busco cada palabra —admite Ivy—. Y en otras, las palabras brotan tan rápido que mi pluma no puede seguirles el ritmo.

—¿Sigue luchando contra su bloqueo creativo? —pregunta Freya, justo cuando Mary lanza la pelota hacia Augustus, que la golpea con un chasquido—. ¡Muy bien, Augustus! —grita.

—No he tirado *todos* mis borradores —contesta Ivy.

—Eso no suena a un "no" —arguye Freya.

—Lo conseguiré —asegura Ivy—. Tengo que hacerlo. El otro día recibí una carta de mi editor, recordándome que mi próximo poemario debe estar listo para esta primavera.

—Tengo la certeza de que la inspiración llegará —dice Freya—. Podría escribir sobre las rosas inglesas.

—¿Sobre las flores o tan sólo sobre las chicas con apodos como *Fleur*? —pregunta Ivy, y el estómago de Freya se agita ante la idea de que Ivy escriba un poema sobre ella. ¿Sobre *cuántas* mujeres ha escrito?

—¡Lady Freya!

La atención de Freya vuelve a los niños.

—¡Ya voy, niños! —dice, pero al avanzar, Ivy se queda atrás—. ¡Oh, no! ¡No permitiré que se escape como simple espectadora! —insiste, tomando la mano de Ivy de nuevo y tirando de ella hacia el juego de *rounders*.



—Los niños son tan divertidos —comenta Ivy, una vez que terminó el juego y después de que Freya atendió a la madre de los pequeños y se despidió de la familia.

Juntas llegan a la cima de la colina que marca el límite de sus tierras y, desde ahí, contemplan los campos y los árboles que se extienden más allá.

—Es una belleza —murmura Ivy, pero cuando Freya se vuelve para ver hacia dónde está observando, descubre que Ivy la está mirando a *ella*.

Freya mantiene los ojos fijos en el horizonte, pero no puede evitar preguntarse cómo sería quedarse allí hasta el atardecer, ver los colores brillantes cruzar el cielo junto a Ivy y su alma poética.

—Me preocupa Augustus —comenta—. El invierno pasado una fiebre arrasó la aldea. He notado que su respiración ha ido empeorando cada vez que lo visito.

—Definitivamente, necesitamos a un médico en la aldea —argumenta Ivy—. Me aseguraré de que Prescott sepa que se trata de algo urgente.

—Ha sido bueno verla jugar hoy —afirma Freya.

—A él le encantó ese conejito que le hizo para regalárselo —dice Ivy—. Fue muy generoso de su parte hacerle un juguete. ¿Hay algo que no sepa hacer? Es bromista, jugadora de *rounders*, artesana, políglota…

—¡Sólo hablo tres idiomas! —Freya siente cómo se extiende una sonrisa en su rostro.

—… embajadora de habladurías *y* noticias importantes entre el pueblo y la finca, hermana leal, señora de la mansión…

—¡Es usted absolutamente incorregible! —ríe Freya, echando la cabeza hacia atrás y sintiéndose más libre que nunca.

Nadie la ha descrito así. Freya ni siquiera está segura de que alguien la haya visto así.

Y eso le gusta. Le agrada más de lo que puede expresar con palabras. No sólo ser vista como algo más, sino ser valorada por ello.

—Sígame —dice, tomando la delantera simplemente porque puede.

Sólo porque tiene una corazonada: Ivy la seguirá encantada.

16

Ivy

Si Ivy pensaba que la primera fiesta a la que había asistido en la Mansión Tallon había sido grandiosa, no sabe ahora cómo describir el Baile de la Flor Dorada. Mujeres pintadas de oro y vestidas con togas, con manzanas doradas o balanzas de la justicia en las manos, están dispuestas por todo el salón como estatuas vivientes. Rosas —las mismas rosas violeta que trepan por la casa de invitados— cuelgan del techo; Ivy tiene que entrecerrar los ojos para ver la fina red que las sostiene. Es tan delicada que da la impresión de que las flores flotan sobre sus cabezas como por arte de magia.

Esta noche. Eso fue lo que se dijo Ivy. Esta noche, todo será distinto. Va a asegurarse de ello. Esta noche conseguirá un lugar en la tarjeta de baile de Freya. La hará girar por el salón para que todos las vean. Sentirá lo que es estar con ella en ese momento, no sólo observarla. Rozar suavemente la parte baja de su espalda mientras sus mejillas se enrojecen de alegría al girar con la música. ¿Accederá Freya si le pide un baile?

Hay una parte de ella que desea que *todos* lo vean, que todos admiren eso que brilla entre ellas dos. Pero otra parte quiere guardar ese sentimiento para sí misma, llevar a Freya al jardín y esconderse juntas en un banco entre las rosas para hablar… y quizás algo más.

Una anticipación emocionada, teñida de esperanza, crece en ella con cada paso.

—¿La ves? —pregunta Prescott junto a ella—. La señorita Portia Lowe —aclara cuando Ivy le lanza una mirada desconcertada.

Cierto. Se supone que está ayudando a Prescott a encontrar esposa.

—Voy a buscar a Freya y pedirle información —le anuncia a Prescott—. Tú encuentra a Portia y asegúrate de conseguir un vals con ella.

—Ciertamente, tú estás pasando mucho tiempo con las Tallon —comenta Prescott.

—Sólo soy una buena vecina —responde Ivy.

—Quizá lady Freya… —comienza Prescott.

—Lady Freya no es tu tipo, Prescott —lo interrumpe Ivy con firmeza.

—Es bonita —dice él—. Pero tienes razón. Quiero a alguien con quien pueda bromear. Ella parece tan delicada, ¡que podría echarse a llorar si hago el comentario sarcástico equivocado!

—Está hecha de una pasta mucho más dura que esa —asegura Ivy—. Pero no creo que ustedes dos estén hechos para otra cosa más que no sea ser buenos vecinos.

—Muy bien, voy a buscar a Portia. Tal vez podría llevarme un rato entre tanta gente. ¿Nos vemos junto al ponche en media hora?

—Allí estaré.

Si Prescott supiera lo divertida que es Freya. Lo juguetona y, al mismo tiempo, serena. Incluso en los días más grises, ella levanta el ánimo de Ivy con sólo una mirada, una sonrisa, una palabra ingeniosa. Pero quizá su hermano lo descubra algún día. Tal vez llegue un momento en que conozca mejor a Freya… porque ella forma parte de la vida de Ivy.

Ese pensamiento la habría hecho reír seis meses atrás. Sobre todo, después del desastre de la no-boda de Astoria y sus dolorosas secuelas. Temía que nadie pudiera escalar los muros que había construido.

Nunca pensó que conocería a alguien por quien los derribaría voluntariamente. Y entonces, allí está ella. Ivy sigue debatiéndose entre decirse que son amigas y decirse que *no* puede ser sólo su imaginación, ¿cierto? Ha destrozado incontables versos tratando de descifrar la situación.

Pero no sabe si está leyendo demasiado entre líneas. Si su esperanza temblorosa la ha metido en problemas otra vez. Sin embargo, Freya encuentra motivos para tocar sus manos, para bromear con ella, para pasar tiempo juntas. E Ivy la conoce lo suficiente como para saber que su lado travieso… sólo lo muestra cuando alguien le agrada. Y hay momentos en que todo parece ralentizarse a su alrededor, sus miradas se cruzan, e Ivy juraría…

Estás cayendo otra vez, se dice con severidad. *Enamorarte de mujeres que sólo quieren tu amistad será tu perdición*.

—¡Ivy! —la voz de Freya resuena, un poco alta, y ella forma una pequeña "O" con la boca antes de ocultarla con su mano enguantada. Y así nada más, las dudas de Ivy se desvanecen; las aparta bajo el resplandor de la presencia de Freya. Ivy quiere acariciar suavemente su muñeca, donde sabe que está el vendaje, asegurarse de que está bien.

Estaba tan asustada cuando encontró el carruaje volcado. La gente muere en accidentes así todo el tiempo. Gracias al cielo, Freya salió relativamente ilesa.

—Luce usted… —la voz de Ivy se desvanece. El vestido rosa de Freya es como sus mejillas cuando se sonroja. Es como si la tela estuviera teñida para igualarlas exactamente, haciendo que sus ojos azules brillen como el cielo en el día más claro y radiante—. Estoy sin palabras —consigue decir al fin.

—¿Le gusta? —pregunta Freya, dando una pequeña vuelta, su falda resplandece e Ivy quisiera rodearle la cintura con sus manos y acercarla más que nada en el mundo. Quiere llevársela al jardín,

donde nadie pueda verlas, para crear un mundo secreto donde nadie las moleste.

—Es usted hermosa —afirma Ivy, con tanta honestidad y sentimiento que Freya se detiene a mitad de su giro con los ojos muy abiertos y el aliento atrapado en la garganta.

—El color me recordó a usted —comenta Freya, alisando nerviosamente la tela de su falda—. Como los bordes de una flor de loto.

Ivy abre la boca para decir algo, cualquier cosa, incluso "Es más bonita que todo lo que he visto", porque Freya lo es. Pero antes de que pueda hablar, una sombra se cierne sobre ambas. El hombre alto, de aspecto vikingo, que interrumpió su momento en el balcón durante el último baile, parece haber hecho de ello una costumbre.

—Lady Freya. Qué placer verla esta noche —saluda él.

—Oh, lord Montgomery —Freya hace una ligera genuflexión.

—Y… señorita Yada-Lovell, ¿no es así? —pregunta lord Montgomery, lanzando a Ivy una distante mirada de cortesía antes de volver a centrar su atención en Freya. Tiene los ojos puestos en el premio.

—Así es —responde Ivy.

—Encantado de conocerla —dice él, siempre un caballero. Prácticamente rezuma formalidad desde su peinado excesivamente cuidado.

¿Qué es esta sensación que sube por su pecho y oprime su corazón? ¿Podrían ser… celos? Ivy se siente bastante desconcertada por el pensamiento. Ha sentido celos antes, claro. Pero nunca con esta intensidad. Es asfixiante.

Y tiene muchas ganas de decirle a lord Montgomery que se aleje unos cuantos pasos y tal vez incluso retarlo a duelo, aunque el hombre no haya hecho nada malo.

Se obliga a respirar. Se verá ridícula si lo olvida y empieza a jadear.

—Lady Freya, tenía la esperanza de que me concediera uno de sus valses —afirma lord Montgomery.

—En realidad, me temo que acabo de reclamar el último vals de la noche —contesta Ivy.

—¿Usted lo hizo? —pregunta Freya.

—¿Perdón? —inquiere, al mismo tiempo, lord Montgomery frunciendo el ceño.

—Lo lamento, lord Montgomery —se disculpa Freya—. Ivy tiene razón, acaba de reclamar mi último baile disponible esta noche.

—Yo… —lord Montgomery parece desconcertado. Se pasa una mano por el cabello perfectamente peinado, revolviéndolo demasiado. Ivy se decepciona al darse cuenta de que estar despeinado no le resta atractivo. De hecho, parece aumentarlo, si el suspiro de las damas alrededor sirve de medida—. No sabía que ustedes dos se hubieran hecho tan buenas amigas —añade con torpeza.

—Oh, sí —responde Freya, sin notar el escrutinio que lord Montgomery dedica a Ivy—. He estado ayudando a Ivy a conocer a los campesinos de Silverthorne.

—Ya veo —comenta lord Montgomery, con los ojos fijos en Ivy.

—Espero que lo haga —dice Ivy simplemente.

Sabe cuándo la están evaluando como competencia, pero se niega a dejarse intimidar por el hombre. Aunque algún día se convierta en duque.

Luchará por lo que ella desea. Y ha dejado de negarse a sí misma que lo que anhela es a Freya. Y si Freya siente lo mismo… bueno, para eso es esta noche.

—Quizá la visite más adelante esta semana —menciona lord Montgomery—. Para compensar el tiempo perdido esta noche.

Freya inclina la cabeza con suavidad.

—Será un honor —dice, mientras Ivy intenta ignorar el hervor de rabia que sube a su pecho ante la idea de que Freya pase tiempo con él. Sólo la consuela un poco recordar que tendrán que estar acompañados. *Tome eso*, piensa. Al menos, ella puede estar a solas con Freya.

La música cambia de una danza animada a un vals.

—Mi lady, creo que éste es nuestro baile —la apremia Ivy, extendiendo la mano.

—Que tenga una velada encantadora, mi lord —expresa Freya, deslizando su mano en la de Ivy, que la conduce hasta la pista de

baile, alejándola de lord Montgomery, quien las observa desde su lugar.

Pero todo lo demás se desvanece cuando Freya se vuelve hacia ella en la pista, con una expresión repentinamente nerviosa.

—Ivy —dice, inclinándose hacia ella, en un susurro—. No sé cómo hacer esto con otra chica.

Ivy piensa que, si no lo está ya, quizá se enamorará un poco de ella en ese momento.

—Yo guiaré —afirma cuando los músicos comienzan a tocar y ambas dan un paso adelante, cerrando el espacio entre ellas.

La mano de Ivy se desliza por la cintura de Freya, acercándola todavía más. La mano de Freya se posa con delicadeza alrededor del cuello de Ivy.

—¿Está bien así? —pregunta Freya en voz baja—. Es sólo que…

—Es usted más baja que yo —completa Ivy—. Todo está bien.

Se deslizan mientras la música se intensifica a su alrededor, la multitud se convierte en una mancha borrosa mientras giran. Freya es tan grácil… Ivy no esperaba menos de alguien criada para una vida de bailes como éste. Pero su tranquila soltura al bailar le da a Ivy la misma confianza; ni siquiera lleva la cuenta en su cabeza mientras giran por la pista.

Nada ha parecido tan correcto como esto: bailar con Freya. Es como si encajaran.

—Su vestido me recuerda al cielo después de una tormenta —le dice Freya a Ivy, un poco sin aliento por la danza—. Esta tela, el dibujo… está teñida de forma distinta, ¿verdad?

—Es una técnica ancestral llamada *shibori* —explica Ivy.

—¿Como la que usa su madre? —pregunta Freya.

—Esta prenda es obra suya —menciona Ivy—. La tela se sujeta o se enrolla para crear patrones únicos en el tinte.

—Le sienta bien: una belleza que no se repite —observa Freya—. Creo que usted nació para destacar, Ivy.

—No sé si tanto —confiesa Ivy, pero en ese momento se da cuenta de que el público alrededor de la pista está murmurando. Lord Montgomery se ha unido a lady Tallon en el borde del salón, y ambos observan su baile con Freya.

El corazón le late con fuerza, y no sólo por el ritmo del vals. Decide no decirle a Freya acerca de las miradas sobre ellas… todavía.

—¿Puedo preguntarle algo? —dice Ivy.

—¿Mmmm?

—Su amiga Claire. ¿Tiene algún tipo de entendimiento con Portia Lowe?

—¿Con Portia? —repite Freya, e Ivy observa cómo algo se dibuja en su rostro. Curiosidad seguida de una lenta comprensión—. No… no puedo decir que me haya comentado nada sobre Portia. Pero ahora que lo menciona… sí coinciden con frecuencia. ¿Por qué lo pregunta?

—Prescott dijo algo que me hizo pensar que tenían un entendimiento. Romántico —explica Ivy.

—¿Estaba considerando cortejar a alguna de ellas? —pregunta Freya.

—Quizá. Pero no si las damas ya están comprometidas entre sí, por supuesto.

Una vez más, un ceño se dibuja en el delicado rostro de Freya.

—Hay algo que le preocupa —comenta Ivy—. ¿Qué es?

—Yo… —Freya aprieta los labios, sus dedos se aferran con más fuerza a la cintura de Ivy—. El padre de Claire recibirá el título de barón por parte de la reina antes de fin de año.

—Eso es bueno, ¿no?

—Significa que ella ha decidido que debe casarse con un hombre. Para que el título por el que su padre ha trabajado tanto no muera con él.

Ivy casi tropieza.

—Espere… ¿eso ocurre a menudo? —pregunta Ivy.

—Ya se lo dije: el matrimonio significa seguridad para la hija de un caballero.

¿Es eso lo que Freya desea para sí? ¿O simplemente lo que le *enseñaron* a desear? Ivy está desesperada por saberlo, pero también se cuestiona si es una pregunta que Freya aún no sabe responder ni siquiera para sí misma.

Conocer a alguien que cambia tu perspectiva… eso es algo extraño. Algo que da miedo, incluso. La dulzura y calidez de Freya se han enredado en el corazón de Ivy, y no sabe aún si ese corazón será estrujado hasta hacerse pulpa o sostenido con ternura y apertura. Da vértigo pensar en ambas posibilidades. Sobre todo, en la idea del *para siempre*.

—Casarse con un *hombre* representa seguridad —argumenta Ivy —. Las mujeres que aman a otras están jodidas.

—¡Ivy! —Freya parece escandalizada por su lenguaje, y mira por encima del hombro como temiendo que alguien más la haya escuchado. Se tensa ligeramente en los brazos de Ivy al darse cuenta de que están siendo observadas muy de cerca por el público… y por algunos de los otros bailarines.

Deja escapar una risa nerviosa.

—Veo que nos están mirando —dice Freya, inclinándose ligeramente hasta que su mejilla casi roza la de Ivy—. Mi padre estará disgustado por el hecho de que lord Montgomery haya perdido su lugar en mi tarjeta de baile.

—¿Él la está… cortejando? —pregunta Ivy, deseando desesperadamente que Freya lo niegue. Se aparta un poco cuando ella no responde de inmediato.

—No oficialmente —contesta al fin Freya—. Pero mi padre… bueno, no se opondría si lord Montgomery pidiera permiso para cortejarme.

—¿Y usted qué diría? —cuestiona Ivy en voz baja.

¿Es eso lo que Freya desea? Ser duquesa. Sería casi como ser princesa en este lugar, si lo ha entendido bien. Le daría un tipo de poder que muchas mujeres nunca llegan a tener… por designio.

—Lord Montgomery es un buen hombre. Pero… no siento que pueda ser yo misma con él. La persona que soy con mis hermanas —sonríe con suavidad, sus ojos bajan a los labios de Ivy y luego regresan a sus ojos—. La persona que soy con usted.

A Ivy se le seca la boca ante esa confesión justo cuando la música se detiene, y ese latido de esperanza vuelve a la vida en su interior. No quiere soltarla, pero la etiqueta lo exige. Sus dedos

recorren la cintura de Freya cuando se une al resto de las parejas para aplaudir a los músicos.

—Venga conmigo —dice Ivy.

Las otras parejas comienzan a abandonar la pista y ella ve a lord Montgomery acercarse con esa determinación que Freya mencionó.

—¿A dónde vamos? —pregunta Freya, pero su mano se desliza en la de Ivy como si hubiera sido hecha para estar allí, y ella la guía entre la multitud, lejos de las miradas inquisitivas de lord Montgomery. Abriéndose paso entre los vestidos en tonos pastel y los caballeros de traje impecable, mientras los candelabros de cristal proyectan dibujos en el suelo, Ivy conduce a Freya hacia la puerta situada detrás de la mesa de refrigerios. Se escabullen por allí, y los sonidos apagados del salón comienzan a desvanecerse, entretanto avanzan por el pasillo hacia las puertas de cristal que se abren al jardín.

—Me encanta este lugar —comenta Freya al pisar el sendero de grava que divide la entrada del jardín. Más allá se alzan altos setos. Ivy descubrió en una de sus visitas que no es *exactamente* un laberinto, aunque las intrincadas filas bien podrían serlo, sobre todo en la oscuridad como ahora. Hay antorchas a lo largo del camino, pero sólo hasta cierto punto.

—Apuesto a que se lanzaba a esa fuente en verano cuando era niña —comenta Ivy.

—Y qué tal el pasado junio —responde Freya, arqueando una ceja ante el gesto fingidamente consternado de Ivy.

—Escandaloso —dice Ivy, intentando no pensar en lo bonita que se vería Freya con un traje de baño. Tiene un propósito al haberla traído fuera. Necesita saber. De verdad. Si *esto* es real.

—Oh, algunas cosas sobre mí podrían conmocionarla, Ivy —bromea Freya.

—Me encantaría conocerlas —afirma Ivy.

Freya ríe.

—No, en serio —añade Ivy, decidiéndose a ser valiente por un momento—. Quiero saberlo todo sobre usted.

Se escucha como una confesión.

Freya se coloca un mechón rizado detrás de la oreja, incapaz de sostener la mirada de Ivy, como si fuera demasiado.

Pero no lo es. Ni de cerca.

—¿Y si aún no me conozco del todo? —susurra Freya.

—Creo que de eso se trata —asegura Ivy—. De crecer juntas.

—¿Juntas? —repite Freya, y la palabra en sus labios estremece y asusta a Ivy. Éste es su momento. No puede estar imaginándolo. No puede.

Ivy da un paso adelante, cerrando el espacio entre ellas en el jardín. Las antorchas titilan a su alrededor, envolviéndolo todo en un resplandor de cuento de hadas.

—Juntas —repite Ivy, mitad esperanza, mitad pregunta.

La mano de Freya se aferra a la suya en lugar de soltarse, como Ivy temía que hiciese. Esa chispa de esperanza dentro de ella se enciende en una llama cuando Freya se inclina hacia delante y sus ojos descienden a los labios de Ivy como ya habían hecho en el salón.

El sonido de una puerta abriéndose a lo lejos las interrumpe.

—¡Lady Freya! —oye Ivy una voz masculina que llama.

—Rápido —dice Ivy, tirando de Freya hacia los setos y desapareciendo con ella entre las sombras, justo cuando lord Montgomery aparece en el sendero de grava, buscándola. Al no verla, él suspira y regresa a la casa.

—Creo que se ha ido —susurra Ivy al volverse hacia Freya, pero la encuentra tan cerca. Si se inclina sólo un poco…

Pero Freya le coloca una mano sobre el corazón, deteniéndola.

Ivy deja escapar un suspiro tembloroso, todo dentro de ella se aquieta. Está tan cerca que puede sentir el calor que emana de la piel de Freya y el retumbar de su corazón entre ambas.

—Quiero que esto sea perfecto —susurra Ivy—. Para usted. Para mí. Para lo que esto pueda ser.

Freya sonríe.

—Será perfecto porque es con usted.

Ivy jamás lo olvidará: la forma en que los ojos de Freya brillan en ese instante, justo antes de que ambas se inclinen, rozando sus

labios suavemente al principio, y luego suspirando una en la otra, dos mitades que por fin encajan.

Es un salto de fe. Un nuevo comienzo.

¿Besarla? Es *tan* fácil. Tan correcto.

Absolutamente perfecto.



17

Freya

—Una carta para lady Freya —anuncia Donovan, el lacayo, acercándose con una bandeja de plata.

Freya levanta la vista de su desayuno, ya con prisas por salir a la iglesia esa mañana.

—Gracias, Donovan —dice, tomando la carta. ¿Es su imaginación o la carta huele levemente a loto?

—¿Quién te escribe? —pregunta Angelica, mientras intenta colocarle el gorrito a Julia. Su sobrina sigue tirándolo al suelo y soltando carcajadas como si acabara de descubrir el mejor juego del mundo. Freya sospecha que disfruta la reacción exasperada de su madre cada vez que lo lanza.

—Sólo una amiga —responde Freya, al ver el nombre de Ivy en el sobre.

El Baile de la Flor Dorada fue el viernes por la noche, y no supo nada de Ivy el sábado, aunque dio un paseo por los límites de sus tierras, esperando que apareciera entre la niebla. Pasó la mayor parte del sábado por la tarde en su habitación, intentando redactar una carta o encontrar una excusa para ir a verla.

Ella la besó. *Ella* besó a *Ivy*. Freya aún no puede creer del todo su atrevimiento en el jardín, y apenas puede esperar a que suceda otra vez.

—¿Lista, querida? —pregunta mamá—. Papá nos encontrará en la iglesia.

Freya guarda la carta de Ivy en su bolso. Tendrá que esperar.

—Por supuesto, mamá —responde.

Cuando por fin tiene un momento a solas para leer la carta, ya ha pasado la cena. Para mamá, los domingos siempre han sido días consagrados a la familia, y con ambos padres a punto de marcharse a casa de Angelica en sólo unas semanas, Freya sabe que quieren pasar tiempo con las tres hijas que se quedarán en casa.

Acurrucada en su cama, se envuelve con el cobertor y despliega la carta, un pergamino doblado en cuadrados perfectos. La acerca a la nariz e inhala profundamente. *Huele* a ella.

Huele a Ivy.

El sello de cera que mantiene las páginas cerradas es de un verde profundo, y Freya traza con el dedo la hoja de hiedra grabada.*

Querida Freya,
Le pido disculpas por mi caligrafía, antes que nada.

Freya ríe y se acurruca más en la cama.

Lamento haber tenido que marcharme a Londres sin apenas explicación, especialmente después…

Aquí, algunas palabras están tachadas, pero tan torpemente que Freya aún puede leerlas: "especialmente después de ese beso".

En su lugar, Ivy corrigió la frase: "especialmente después de nuestro momento en el jardín".

Freya tiene que dejar de leer por un instante, apretando la carta contra su pecho, que late con fuerza. ¿Se arrepiente Ivy del beso? ¿Por eso tachó la frase?

¿O es justo lo contrario? ¿Le importa tanto como a Freya?

¿Cómo podría ser? Ivy tiene experiencia… al menos más que Freya. Ella ha tenido pretendientes que intentaron robarle besos mientras sus acompañantes miraban hacia otro lado, pero ella siempre bajó la cabeza en el último momento, ofreciendo la mejilla.

No bajó la cabeza con Ivy. Freya la besó. Un momento de audacia. De aceptación.

De pura maravilla ante esta sensación de rendición.

Freya lleva dos días flotando, e intentando volver a pisar tierra firme, pero cada vez que piensa en Ivy siente mariposas. No quiere hacer otra cosa que verla, hablar con ella, pasar más tiempo con ella. Y ahora, ella está en Londres.

Usted es una transformadora de mundos. Fue glorioso. Usted es gloriosa. Odié tener que marcharme sin volver a hablar con usted, sin resolver lo nuestro. Pero le prometo que, en cuanto me sea posible, correré de vuelta con usted.

No puedo esperar a verla de nuevo.

Suya,
Ivy.

Freya aprieta la carta contra su pecho y se lleva la mano libre a sus labios, recordando el beso en el jardín. Está a punto de releerla —y luego, cerrar los ojos y pensar en besar a Ivy una vez más—, cuando se oye un suave golpe en la puerta.

—Freya, ¿estás despierta? —llama Marigold.

—Sí —responde Freya, guardando apresuradamente la carta bajo la almohada, con cuidado de no doblarla ni dañarla. Es preciosa, después de todo.

Su primera carta de amor. Bueno, la primera que en verdad importa. Quién lo diría.

Marigold entra con un candelabro en la mano. Algunos pasillos de la Mansión Tallon todavía no tienen lámparas de gas, a diferencia de la mayoría de las habitaciones. Deja la vela sobre la mesita de cerezo junto a la cama de Freya, y se sienta en el borde del colchón.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta—. No te he visto mucho.

—No fuiste a la iglesia —le recuerda Freya.

—Lo siento. Ros y yo salimos temprano esta mañana. Fuimos a visitar un orfanato en Oxfordshire —argumenta Marigold.

—¿Por un niño? —cuestiona Freya—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es sólo el primer paso del proceso —responde Marigold—. Reunirnos con la directora del orfanato. Ni siquiera vimos a los niños.

Freya odia escuchar la decepción en la voz de su hermana.

—Cualquiera puede ver que tú y Ros seríais madres maravillosas —apunta Freya—. Quizá papá podría escribir una carta o…

—No te preocupes —dice Marigold, aunque Freya percibe cierta tensión en sus ojos—. Ros y yo lo tenemos bajo control. Con suerte, en un año más o menos, tendremos un bebé.

—¿Un año? ¿Tanto tiempo? —pregunta Freya.

—Es lo que nos han dicho —explica Marigold.

—Pero hay tantos niños que necesitan una familia —argumenta Freya.

—Estoy segura de que, si somos pacientes, seremos bendecidas —comenta Marigold. Sonríe a Freya, y esa sonrisa se prolonga un poco más de lo habitual. Como si estuviera esperando que Freya dijese algo.

—Marigold, di lo que sea que quieras decir —la apremia Freya, incapaz de soportar las maniobras silenciosas, pero no tan sutiles de su hermana.

—Angelica mencionó que recibiste una carta de Ivy esta mañana —menciona Marigold.

Freya deja escapar un pequeño suspiro; simplemente no puede esconder nada a sus hermanas por mucho tiempo.

—Sí. Ella y el vizconde han partido hacia Londres por un tiempo —afirma.

Marigold la observa con *tanta* atención que Freya siente ganas de esconderse bajo las mantas.

—¿Por qué me miras así, Goldie? —pregunta Freya.

Marigold tamborilea los dedos contra sus labios, pensativa.

—Tú e Ivy habéis pasado mucho tiempo juntas este último mes —arguye Marigold.

—La he estado ayudando a conocer las responsabilidades caritativas de la señora de la mansión —explica Freya, intentando ignorar el extraño latido de su corazón mientras Marigold la estudia como un libro que creía conocer, pero que de pronto tiene capítulos nuevos—. Sabes que ella ignora cómo se manejan estas cosas. ¡Fue criada en una casa urbana en Manhattan! ¡Sólo tenía diez habitaciones, imagínate!

—Es todo un cambio —comenta Marigold—. Y tú eres muy generosa al ayudarla.

—Me agrada —dice Freya, intentando ignorar lo peligroso que se siente admitirlo en voz alta.

—A mí también —coincide Marigold—. Freya —se inclina hacia ella y toma sus manos entre las suyas—, sabes que te quiero.

Freya retira sus manos.

—¡Por supuesto que lo sé! ¿Qué te pasa?

—Ros y yo… decidimos dar un paseo por el jardín durante el Baile de la Flor Dorada —menciona Marigold con cuidado. Demasiado cuidado.

Freya apenas puede respirar mientras su corazón late con fuerza en su pecho.

—¿Así que estabais en el jardín? —se oye decir.

—Ahí estábamos —responde Marigold.

Freya se obliga a seguir mirándola. Es un momento de nueva conexión… y de comprensión silenciosa. Marigold le acaricia la mejilla con ternura.

—Mi dulce hermana —sentencia—. Avísame cuando estés lista para hablar.

Marigold se levanta con la misma sonrisa que ha seguido a incontables rodillas raspadas y manos heridas tras una dura entrada en un partido de *rounders*.

—Buenas noches, querida —se despide.

—Buenas noches —responde Freya, recostándose contra las almohadas mientras Marigold sale de la habitación.

Freya saca la carta de nuevo de debajo de la almohada y se abraza. El tenue aroma de loto la envuelve por completo.

Este sentimiento… esta caída… es distinto a todo lo que ha conocido. Está en el precipicio.

No tiene miedo cuando salta.

---

[*] N. de la T.: Ivy, el nombre del personaje, significa "hiedra", lo que explica la forma del sello.

18

Ivy

Querida Ivy,

No puedo creer que hayan pasado tres semanas desde la última vez que la vi. Se sienten como si hubieran transcurrido segundos y años a la vez. Me descubro caminando por el jardín, apoyada contra los setos, reviviendo cómo me empujó suavemente contra sus ramas.

Su sonrisa sabía a ponche y a promesa. ¿Lo sabía? Nunca imaginé que alguien pudiera tener sabor a promesa, pero usted lo tiene.

Me alegra saber que ha terminado las entrevistas con su futuro personal. Estarán bien atendidos con su familia como empleadores, y sé que los jóvenes y las señoritas del pueblo no dejarán de hablar si en verdad ha contratado a nueve nuevos lacayos.

—¿Señorita Ivy?

—¿Sí? —Ivy levanta la vista de la carta que Freya le envió, colocada sobre una pila de poemas a medio terminar en la pequeña

mesa junto a la ventana. Sonríe a Frances, una de las nuevas doncellas que contrató para la casa de Londres.

—Llegó un paquete para usted. El mensajero está en el vestíbulo.

—Hágalo pasar —le ordena Ivy, preguntándose si Prescott habrá enviado alguno de sus encargos. Esta mañana salió para reunirse con sus nuevos abogados, pero tenía previsto hacer algunas compras después. Amenazó con llevarla consigo antes de que ella se excusara, con la esperanza de que llegara una carta de Freya. Y, para su deleite, así fue. Ha sido una distracción bienvenida frente a su trabajo y al plazo que sigue eludiendo.

¿*Freya* le habrá enviado el paquete? Seguramente no. Pero la emoción burbujea en su pecho ante la posibilidad. ¿Debería haber estado enviándole regalos junto con sus cartas todo este tiempo? ¿Es eso lo que ella espera de sus pretendientes? Ivy quiere estar a la altura. Encontrará algo para regalarle la siguiente vez que vaya a Londres.

La echa de menos con una intensidad que asusta un poco. Es como si hubiera parpadeado y Freya se hubiera convertido en uno de los latidos de su corazón, el norte de su brújula, siempre girando hacia ella, apuntando a ella. *Usted, usted, la elijo a usted*.

Y no ayuda que hayan tenido que separarse *justo* cuando empezaban a entenderse. Ahora Ivy se siente como al borde de un acantilado, con un pie en el aire y el otro aún en tierra firme. La expectación es terrible. Las preguntas giran en su mente sin cesar: ¿siente Freya lo mismo que ella? ¿Le dio Ivy su primer beso, tan protegida como ha estado siempre Freya? ¡Dios, espera haberla impresionado si se trató de su primer beso! Tiene que estar a la altura.

Tan constantes como las preguntas, los temores también se arremolinan en su corazón*: ¿Y si es demasiado para ella? ¿Y si* yo *soy demasiado para ella? ¿Y si esto termina como siempre? ¿Conmigo sola y más muros por construir?*

—¡Buenos días, señorita! —saluda un joven, con la cara agrietada por el viento y los ojos verdes brillando sobre sus mejillas rojas, interrumpiendo los pensamientos de Ivy—. Tengo una entrega para usted desde la Mansión Silverthorne.

—Gracias —contesta Ivy, tomando el delgado paquete envuelto en papel marrón.

—Me pidieron que le entregara esto también —menciona el joven, ofreciéndole una carta.

Ivy intenta no sentirse decepcionada al darse cuenta de que no es la letra de Freya.

—Aquí tienes —dice, dándole un chelín del pequeño bote de hojalata que descansa sobre la repisa.

Los ojos del niño se agrandan ante la generosa propina.

—¡Gracias, señorita!

Ivy se deja caer de nuevo en el sofá, tomando su taza de té y sorbiéndola a pesar de que ya está tibia. Necesita algo que la anime.

Organizar el personal no sólo de una, sino de dos casas ha sido una sucesión interminable de entrevistas, pero por fin terminó de cubrir todos los puestos necesarios. Ivy se ha esforzado por contactar a todos los que trabajaban en la finca antes de que June tuviera que despedirlos, pero muchos ya encontraron otros empleos… a veces, mejores. Así que ha tenido que recuperar al equipo con gente mayoritariamente recién llegada.

Ivy toma el abrecartas de plata y rompe el sello de la carta.

Querida prima Ivy,

Sé que está ocupada mientras se encuentra en la ciudad, así que seré breve en mi carta y en mi petición.

Le debo a una amiga el contenido de este paquete y no pude enviárselo por correo con la rapidez necesaria. Le agradecería que pudiera llevárselo al Jamison's Coffeehouse, en la calle Bedford. Ella está allí cada día entre las diez de la mañana y las dos de la tarde. La reconocerá por la flor en su mesa. La rosa violeta que cubre nuestra casa de invitados.

Gracias por su ayuda. Se lo agradezco mucho.

Sinceramente,
June

Ivy mira el reloj y se da cuenta de que aún no es mediodía. Puede llegar a la calle Bedford sin problema.

—Frances —llama—, ¿puede traerme mi capa y decirle a Ezra que prepare el carruaje? Tengo que hacer un recado.

Mientras relee la carta de June en el trayecto, sus sospechas crecen, pero intenta acallarlas durante el viaje.

Londres es una ciudad contaminada envuelta en hollín, vibrante a todas horas. En cualquier otro momento, Ivy se habría sumergido de lleno en la ciudad, dispuesta a conocer cada salón de té, cada sala de baile, cada teatro, para discernir cuál es el mejor y cuál su favorito. Le encanta explorar una ciudad, entenderla como quienes la habitan.

Pero este viaje ha sido distinto. Su mente y su corazón están ocupados… y la presión de su fecha de entrega se intensifica. Su mente y su corazón están en otro lugar, en manos de una joven de ojos azules que está a kilómetros de distancia.

Ha escrito versos y fragmentos sobre Freya. Sobre su chispa y su calidez. Sobre cómo le hace sentir la calma después de la tormenta de su propia vida. Un oasis en el desierto por el que ha vagado, marchitándose. Pero cada vez que intenta convertir sus sentimientos en un poema, fracasa. Como si lo que está sintiendo fuese demasiado grande, demasiado intenso para ponerlo en palabras. Al menos, todavía.

Hasta que la vea de nuevo.

Anhela abrazar a Freya. Escuchar sus consejos y sus planes para gastar bromas a sus hermanas. Quiere recostarse junto al lago con ella, mirar las estrellas, susurrar deseos a la noche para que se conviertan en sueños y, luego, en realidades. Lee sus cartas como si fueran oxígeno… la tinta está manchada por sus dedos y, en ocasiones, por alguna lágrima, porque cada día que están separadas crece una punzada dentro de ella. Como si hubiese dejado una parte de sí atrás.

¿Es esto? ¿Es amor? No tiene con qué compararlo. Freya es, en verdad, una Incomparable.

Está tan profundamente inmersa en esto después de una sola noche de besos. Como artista y como mujer, se ha precipitado en esta emoción. Si es sincera consigo misma, ya estaba perdida

incluso antes de ese primer beso. Saltó, y no quiere tocar el suelo. Ni lo hará, si Freya está allí para sostenerla.

—Éste es el lugar, señorita Ivy —retumba la voz de Gregory, el nuevo cochero que contrató. Hay un movimiento brusco cuando baja para abrirle la puerta del carruaje—. La esperaré —le dice—. Éste no es el mejor barrio.

Ivy observa la calle. Le parece como cualquier distrito bohemio y artístico de una ciudad. Sólo hay una persona vomitando por exceso de vino en la acera, y *ya* ha pasado el mediodía. Pero quizá Gregory tiene otra idea de lo que es un barrio "poco recomendable". Mencionó que es hijo de un reverendo cuando lo entrevistó.

—Gracias —contesta Ivy, bajando del carruaje y pisando la calle empedrada.

Al dirigirse hacia la cafetería al final de la calle, pasa junto a un escaparate que la hace detenerse. Sobre cojines de terciopelo, descansan pequeñas figuras de jade: un perro saltarín, un gato acurrucado, un dragón, incluso una nutria juguetona. Mira el letrero del establecimiento, escrito en japonés.

Tiene tiempo de sobra, así que entra en la tienda y aspira el aroma del incienso. Una mujer tras el mostrador levanta la vista.

—Buenas tardes —saluda Ivy.

—Buenas tardes —responde la mujer.

—Vi las figuras de jade en su escaparate —comenta Ivy—. ¿Podría mostrarme las que están sobre el cojín rojo?

La dependienta va al escaparate y las trae, colocando el cojín frente a Ivy para que las examine.

—Precioso trabajo —admite Ivy, tomando el dragón, que tiene un ópalo incrustado como ojo. Lo devuelve a su lugar, sus dedos vacilan mientras intenta decidirse. La nutria es un animal astuto, rápido y travieso, tal como Freya. Pero hay algo en el gato que la atrae: cómo está acurrucado en una bola perfecta, con las patas recogidas junto a la cola. Hay algo tan reconfortante en ese pequeño gato de jade. Es como Freya la hace sentir. Cálida y bienvenida. Como si perteneciera. Como si pudiera simplemente *ser*.

—¿Podría llevarme éste? —pregunta, tomando el gato.

—Seis chelines —dice la dependienta—. Se lo envolveré.

Unos minutos después, con el gato de jade cuidadosamente guardado en su abrigo, Ivy se dirige a la cafetería, silbando. Con el paquete bajo el brazo, entra en el local.

El aroma de café fuerte la envuelve de inmediato. Las mesas están ocupadas sobre todo por mujeres; algunas leen periódicos, otras debaten animadamente, otras leen y beben su café. Ivy recorre el lugar con la mirada, buscando la rosa.

¡Ahí está! Colocada en el borde de una mesa cerca del fondo del salón de café.

Cuando la mujer sentada en la mesa ve acercarse a Ivy, con el paquete bajo el brazo, inclina la cabeza en señal de saludo.

—Vengo de parte de June —menciona Ivy con cautela.

—Ella me informó que usted vendría —responde la mujer—. Por favor, siéntese.

Sirve una taza de café y la desliza hacia Ivy, que la toma y bebe. El sabor es tan intenso como el aroma.

—Me pidió que le entregara esto —comenta Ivy, colocando el paquete sobre la mesa, junto a la flor. Extiende la mano y acaricia los pétalos—. *Violet's Pride* —murmura, recordando el nombre.

—¿Conoce la historia? —pregunta la mujer.

Ivy niega con la cabeza.

—Lady Violet Ridings fue una de las damas más codiciadas de su época —explica la mujer—. Esto fue hace muchos años. En tiempos de los Tudor. Era hija de un duque, ¿sabe? Rechazó incontables propuestas. Incluso se rumorea que rechazó al príncipe mismo.

—Debió ser toda una dama —reconoce Ivy, pensando en Freya, porque todo la hace pensar en ella.

—Lo era. Verá, ella amaba a una plebeya —le confía la mujer—. La hija de un pastor de ovejas, para ser exacta.

—No llevo mucho tiempo en este mundo —argumenta Ivy—. Pero incluso yo sé que las hijas de pastores no se casan con las hijas de duques.

—Ah, pero lady Violet era una mujer excepcional —le dice la mujer—. Cuando su padre la descubrió con la mujer que amaba, ella hizo un trato con él. Si ella lograba financiar y construir un puente

sobre la parte más ancha del río que dividía las tierras de los Ridings de las de su amor, uniendo ambos lados, entonces podrían casarse.

—¿Y cómo lo consiguió? —pregunta Ivy.

—Nadie lo sabe —contesta la mujer, con aire misterioso—. Los registros históricos dicen que un día el puente no estaba, y al siguiente sí.

—Entonces, ¿fue magia? —inquiere Ivy. Conoce bien los cuentos fantásticos. Estados Unidos está llena de ellos.

—Fue amor —asegura la mujer—. Hasta el día de hoy, ese puente, *The Bridge*, sigue en pie en Berkshire, uniendo ambos lados. Y las *Violet's Pride* crecen a lo largo de él. Un recordatorio de un amor tan fuerte que nadie pudo detenerlo.

—No tenemos esta clase de rosas en Estados Unidos —comenta Ivy, tomándola y examinándola.

—Soy Lila —se presenta por fin la desconocida.

—Ivy.

—Conozco su obra. Cuando June la mencionó, le pedí que organizara este encuentro. ¿Ha mirado dentro? —asiente hacia el paquete sobre la mesa.

—Por supuesto que no —contesta Ivy, deseando poder afirmar que no sintió la tentación—. June sólo me pidió que lo entregara.

—¿Le gustaría verlo?

—Si cree que a June no le molestará —dice Ivy.

Lila lo abre: un fajo de papeles que Ivy reconoce de inmediato como bocetos y dibujos.

Viñetas políticas sobre la situación de las mujeres sáficas en Gran Bretaña.

—¿Esto es… obra de June? —pregunta Ivy, tomando uno de los dibujos. Representa a dos madres, con un bebé llorando a sus pies, mientras la Cámara de los Lores se cierne sobre ellas como un dios, lanzando rayos.

—June siempre ha sido muy talentosa —menciona Lila—. El progreso de las mujeres estadounidenses ha sido muy inspirador para nosotras. Pero espero no haber expuesto a June al compartir esto con usted.

Ivy niega con la cabeza.

—Jamás despreciaría a una mujer que se expresa. Y menos aún por una causa que la afecta directamente. Pero ¿por qué contármelo?

—Porque he leído su poesía —menciona Lila—. Y creo que podría interesarle nuestra causa.



Freya

—¡Freya, ha llegado *OTRA* carta para ti! —exclama Dani mientras Freya baja la escalera.

Su hermana menor está al pie de la escalera, con un montón de cartas en las manos. Está volteando la que está arriba —Freya reconoce ya la caligrafía angulosa de Ivy— y recoge sus faldas para correr escaleras abajo y arrebatársela.

—Es mía —dice Freya, abrazándola contra su pecho.

—Sí —responde Dani, con los ojos muy abiertos ante el gesto—. Eso mismo te acabo de decir. ¿Qué te pasa? ¿Pensabas que iba a abrirla? —una sonrisa pícara se dibuja en su rostro—. Vaya, Freya, ¿es ésa una carta de *amor*? —da un paso hacia ella, y Freya retrocede al instante, apretando la carta con más fuerza—. ¿Lord Monty perdió por fin su compostura y decidió cortejarte con palabras? ¿Por eso llevas semanas encerrada en tu habitación? Pensé que estabas triste por lo de mamá y papá, que este año dejaron la vida social antes de tiempo por el alumbramiento de Angelica.

El estómago de Freya se contrae al oír el nombre de lord Montgomery. No es que lo haya olvidado del todo este último mes. Él visitó a su padre una vez y tomó el té con ella, su madre y sus hermanas en otra ocasión, pero Freya ha intentado apartar de su mente la forma en que su padre sonrió con orgullo al verlos juntos.

—¡Déjame verla! —Dani es demasiado rápida, así que le arrebata la carta de Ivy de los dedos y corre hacia el comedor.

—¡Devuélvemela, Dani! —grita Freya, corriendo tras ella justo cuando Marigold aparece en el pasillo.

Freya se resbala en la alfombra turca que mamá siempre ha admirado tanto, y choca de lleno contra Marigold durante la persecución.

—¡Uf! —Marigold y Freya caen al suelo enredadas y sorprendidas, y eso basta para que Dani se detenga, gracias al cielo.

—¡Ja! ¡Miraos vosotras dos! Estáis bien, ¿verdad? —pregunta Dani, acercándose para ayudarlas a levantarse.

—¡Dame mi carta! —Freya se la arrebata en cuanto logra pararse, y la guarda en el corpiño de su vestido.

—¡Bueno, si la guardas junto al corazón, ahora *sé* que es una carta de amor! —se burla Dani.

—¿Quién escribe cartas de amor? —pregunta Marigold.

—Nadie —responde Freya, justo cuando Dani responde:

—¡Parece que lord Monty tiene más chispa de lo que pensábamos, después de todo!

Marigold arquea una ceja al ver el rubor frustrado de Freya y la expresión satisfecha de Dani.

—Mmmm, ya veo —dice, mirando a Freya como si *realmente* viera. Freya se sonroja aún más, recordando lo que Marigold dijo justo después de que Ivy se marchara: que ella y Ros estaban en el jardín aquella noche.

¿Las vieron? ¿Está Marigold esperando que ella… qué? ¿Confiese? ¿Eso es lo que se supone que debe hacer?

Freya no tiene ni idea. No sabe cómo hacer nada de esto. Lo único que sabe es que lo que siente por Ivy es más real que cualquier cosa que haya sentido antes. Le duele no tenerla cerca. Relee sus cartas una y otra vez, repasando con la mirada la tinta y

los bordes de las palabras porque Ivy las tocó, salieron de su mente, su corazón y sus manos.

Qué cosa tan hermosa. Qué tesoro son sus cartas.

Pero su presencia, su calidez, esa sonrisa traviesa y ese espíritu arrogante que esconden la vulnerabilidad que hay debajo… *eso* es lo que Freya anhela.

Estar lejos de ella durante todo un mes ha sido una tortura. Dani tiene razón: ha estado melancólica. Tanto que sus hermanas lo han notado.

—Papá quiere verte, Freya —le informa Marigold, agachándose para enderezar la alfombra de mamá—. Está en su despacho. Me pidió que te llamara.

—Está bien —contesta Freya—. ¿Dijo de qué se trata?

—Probablemente instrucciones para el festival del May Day —comenta Marigold—. Me dio todo un discurso sobre cumplir con las tradiciones y cómo nuestra señora madre confía en nosotras para esta tarea.

—Está tan nervioso por dejar la organización del festival en vuestras manos —menciona Dani, con aire triunfal.

—Notarás que no te ha dado la responsabilidad a *ti* —arguye Marigold—. Sólo a Freya y a mí. Y a Ros, por supuesto. Papá se aseguró de incluirla en sus listas —una sonrisa afectuosa se dibuja en su rostro al mencionarlo.

—¡Ve rápido a hablar con papá para que podamos leer tu carta de amor! —insiste Dani.

Freya la ignora, dejándolas atrás mientras camina por los pasillos hacia el despacho de su padre. Llama a la puerta, y la voz profunda de él la invita a entrar tras un momento.

Pasó muchas mañanas de su infancia jugando con sus muñecas a los pies de ese escritorio mientras él trabajaba. Muchos hombres de su posición jamás lo habrían permitido, pero su padre siempre ha disfrutado de su compañía. Ahora que es una dama, a veces borda al tiempo que él se ocupa de la política y los asuntos de la finca. Él se detiene a veces para elogiar sus nudos franceses o el contorno de una margarita, pero la mayoría del tiempo trabajan en silencio compartido, acompañados, pero sin necesidad de hablar.

En una casa llena de hermanas —sobre todo, con Dani y Angelica —, el silencio es difícil de encontrar. Su padre —y su despacho— siempre han sido el refugio de Freya. Y él siempre ha parecido entender que a veces ella necesita escapar, y se lo concede.

—Buenos días, papá —lo saluda Freya, acercándose para besarle la mejilla.

Al hacerlo, alcanza a ver un dibujo sobre el escritorio —¿es un hombre *gritándole* a una mujer?—, pero él lo cubre rápidamente con un libro, y ella no se atreve a preguntar. Papá es muy reservado con sus papeles.

—Marigold dijo que querías hablar conmigo sobre el festival del May Day.

—¿El festival del May Day? —repite su padre y niega con la cabeza—. No, querida, es por otro asunto. Por favor, siéntate.

Freya se acomoda en el sillón de cuero acolchado frente al escritorio. Es tan grande que podría acurrucarse en él, pero mantiene los pies firmes en el suelo, la espalda recta y los hombros erguidos. A papá no le gusta que una dama se encorve.

—Lord Montgomery y yo hablamos a principios de mes —dice su padre—. Y tuve la oportunidad de conversar con el duque también, cuando estuve en la ciudad.

—Ah, ¿sí? —pregunta Freya con cautela, intentando ignorar la sensación de inquietud que sube por su estómago—. ¿Cómo está el duque? Espero que se encuentre bien.

—Lo está —confirma su padre—. Hablamos de muchas cosas durante nuestra reunión. Incluyéndote a ti.

¿Por qué siente que quiere salir corriendo de su propia piel para escapar de esta conversación? Freya entrelaza los dedos, intentando serenarse.

—Freya, estoy seguro de que no se te ha escapado que lord Montgomery te ha estado prestando especial atención durante las últimas dos temporadas.

Freya se pregunta cuál es la respuesta correcta.

—No se me ha escapado —responde ella al fin.

—Es un buen hombre —comenta lord Tallon—. Proviene de un linaje antiguo y prestigioso, con muchos hijos y hermanos.

—El duque está muy orgulloso de sus hijos —menciona Freya. Lord Montgomery es uno de seis hermanos. No hay mujeres en su familia, así como no hay varones en la suya. Una peculiaridad que sin duda hace que su padre valore aún más al joven lord.

—Me ha pedido permiso para cortejarte formalmente.

Ahí está. Los dedos de Freya se aprietan tanto que los nudillos se le ponen blancos.

Y, entonces, su padre dice algo que la hace quererlo todavía más, y que alivia un poco la ansiedad que crece en su interior.

—Le dije que necesitaría hablar contigo primero. Saber cómo te sientes antes de darle mi consentimiento.

¿Qué debe decir Freya? ¿Le habla a su padre de Ivy? No puede. Seguramente, no puede. ¿Qué diría *él*? ¿Qué diría *ella*? Ni siquiera sabe cómo ponerlo en palabras. Freya no es como Marigold, que siempre lo supo. No es como Dani, que ama a las personas pase lo que pase, y ya es una rebelde en todo lo que hace.

Freya ha tomado un camino diferente, y ni siquiera está segura de haberlo notado cuando lo hizo.

Pero, por Dios, no puede —no quiere— arrepentirse. Ni volver atrás.

No puede.

Transformadora de mundos. Así lo dijo Ivy en su primera carta, la que Freya ha leído tantas veces que el pergamino ya está doblado y sus palabras ya fueron memorizadas, grabadas en su corazón y su alma.

Transformadora de mundos, desgarradora de mundos, estremecedora de mundos. Todo eso. *Ivy* es todo eso.

—¿Freya? —pregunta su padre.

—¿Sí? —responde Freya, intentando calmar su corazón.

—¿Te agrada lord Montgomery?

—Por supuesto —contesta, porque es *verdad*. Lord Montgomery es encantador y amable. Le gusta hablar de sus sabuesos, y Freya siempre ha pensado que alguien que ama a los animales debe ser una buena persona. Y si esta petición hubiera llegado hace tres meses, tal vez ella habría aceptado sin dudar.

Pero ahora ha sido besada por Ivy en el jardín. Es una flor de invernadero que ha probado el prado, y no quiere volver ahora que su mundo es nuevo.

Muros que no sabía que existían se cierran a su alrededor, y eso no le gusta.

—Pareces preocupada, hija —añade él, consternado—. Dime qué tienes en mente.

Freya estudia sus manos, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Sólo siento que no conozco lo suficiente a lord Montgomery como para aceptar su ofrecimiento formal de cortejo. Si lo hago, todos esperarán un compromiso poco después. Quiero conocer muy bien a mi prometido. Como tú y mamá se conocen.

—Tu madre y yo llevamos *muchos* años casados, Freya —expresa su padre con una sonrisa suave—. Ésos son estándares muy altos.

—¿No debería tenerlos? —pregunta Freya—. Siempre me has dicho que merezco lo mejor.

—Lo mereces —dice él, con tanta sinceridad que Freya vuelve a cuestionarse. Su padre nunca la ha guiado mal. Pero ella no puede ignorar lo que siente, ni que Ivy volverá pronto.

Y no puede ser lo suficientemente pronto.

—Elegir a un compañero de vida, unir dos familias… es una decisión importante —añade ella con cuidado—. Y quiero estar segura. *Muy* segura. ¿Lo entiendes, papá?

—Intentaré hacerlo —contesta él, y Freya se dice a sí misma que no quiso que sonara como una advertencia—. Pero tienes que decirme qué quieres, Freya querida. Cómo imaginas que se desarrollen las cosas. Porque el cortejo es el siguiente paso.

Suena tan decepcionado. Freya tiene que contenerse para no ceder en ese instante. Odia verlo disgustado, y él rara vez se ha enfadado con ella.

—Yo… sólo quiero conocer mejor a lord Montgomery antes de dar ese paso —argumenta Freya.

—Supongo que Marigold y Ros serán acompañantes adecuadas mientras tu madre y yo estamos fuera, atendiendo a Angelica y al bebé —explica su padre. Y asiente—: Muy bien, Freya. Haré los

arreglos necesarios para que lord Montgomery sepa que puede visitarte… con la expectativa de que, una vez que se conozcan mejor, le permitirás cortejarte formalmente con la intención de unir nuestras familias.

Freya intenta ignorar la opresión en su garganta.

—¿Y si… lord Montgomery y yo decidimos que no somos compatibles? —pregunta con cautela.

Su padre sonríe y se levanta, acercándose para darle una palmada en el hombro.

—No te preocupes, mi niña. Están hechos el uno para el otro. Cuando lo conozcas mejor, tú misma lo verás.

—Por supuesto, papá —responde Freya, porque no sabe qué más decir. No puede objetar sin adentrarse en el *porqué*. Y eso significaría hablarle de Ivy y de todos los sentimientos nuevos que giran en su interior.

Freya se pone de pie y le da a su padre otro beso en la mejilla.

—Te dejaré prepararte para vuestro viaje. Os echaremos de menos, pero sé que Angelica os necesita ahora.

—Muy cierto —afirma su padre, dándole otra palmada en el hombro—. Eres una buena chica, Freya. Prudente, lo cual favorece tu carácter de dama. Serás una buena esposa para lord Montgomery… y algún día, una duquesa a la que muchos admirarán. Siempre has sido muy especial. Para mí y para tu madre, por supuesto, pero también… —suspira—. Algunas damas tienen un aire especial. Tu madre lo tiene. Tú lo tienes. Atraes a la gente con tu calidez. Les brindas tranquilidad. Eres demasiado sensible para tu propio bien, pero no podemos hacer mucho al respecto, ¿verdad?

Freya sonríe, intentando no llorar.

—Y hablando de tu corazón sensible… y de tener estándares elevados… hay otro asunto del que quiero hablar contigo. La señorita Ivy.

Un escalofrío recorre a Freya.

—¿La señorita Ivy? —pregunta.

Seguramente papá no lo sabe. No puede saberlo.

—Tu madre mencionó que has estado ayudándola a conocer a algunos de los campesinos. Es amable de tu parte, Freya, pero

quiero que mantengas distancia con esa mujer. Hay rumores en torno a ella y parece no preocuparse por el comportamiento apropiado que se espera de una dama, con sus excentricidades literarias.

—Ivy es mucho más que su obra, papá —protesta Freya—. Te agradaría si la conocieras. Lo sé.

Su padre sonríe con indulgencia, como si ella fuera una niña contándole una fantasía.

—El vizconde podrá ser estadounidense, pero ahora es uno de los nuestros. Se adaptará a nuestras costumbres y llegará a ser alguien importante. Pero ¿una mujer como su hermana? Es el tipo de personas que sólo toleramos por el bien de nuestra relación con el vizconde.

El corazón de Freya late con fuerza, su rostro arde de rabia.

—Papá…

—Lo digo en serio, Freya. Mantén distancia con esa amistad. Concéntrate en lord Montgomery y en conocerlo mejor.

Ese peso aplastante en su pecho está de regreso. Apenas puede respirar.

—Sí, papá.

—Serás la esposa perfecta —le dice su padre—. No puedo darte un cumplido más grande.

Freya sabe que su sonrisa titubea cuando él se da la vuelta. Hace unos meses, habría sido el elogio más preciado.

Pero ahora… no se trata sólo de Ivy y sus besos y su sonrisa traviesa mientras caminaban entre las colinas. Por primera vez en su vida, Freya está considerando un camino desconocido, y ahora prohibido, en lugar del esperado. Y eso la lleva a preguntarse qué más ignora sobre sí misma. Qué más podría descubrir. Ivy tiene tantas opiniones sobre tantas cosas. Sus cartas están llenas de pensamientos, de ideas, de esperanza por el cambio. Y eso hace que Freya se dé cuenta de que ha dado por sentado que el camino que su padre trazó para ella —y que ella siguió con gusto— era el único. El correcto.

Ahora no sabe qué pensar. Pero puede empezar a averiguarlo.

¿Qué pienso yo? Ésa es la pregunta. Con respecto a *todo*. Es extraño e intimidante enfrentarse a ello.

El camino desconocido.

Pero ella es una Tallon. Eso significa que encara el miedo.

Incluso en esas ocasiones en que lo que más desea es huir.



20

Ivy

Cuando Ivy llegó a la casa de los Yada-Lovell en la ciudad, el edificio de ladrillo estaba polvoriento, casi vacío y un poco vetusto en lo referente al mobiliario.

Los muebles siguen siendo anticuados, pero el polvo ya desapareció y la casa bulle de actividad, ahora que ella ha contratado a un equipo completo de servicio, incluida una cocinera que prepara los *scones* más deliciosos y que no entró en crisis cuando Ivy sacó el té verde. Ivy ha descubierto que los británicos son muy particulares con respecto a su té, aunque ella y Prescott también lo son.

La señora Jennings, en cambio, se mostró intrigada por el sabor y la preparación del *matcha* cuando Ivy le preparó una taza para demostrarle. Y, encantada con el *chasen*, declaró que el batidor de madera era "de lo más ingenioso".

Con la casa urbana ya atendida y los criados de la finca en camino a Silverthorne desde hace una semana, a Ivy le queda una

última tarea antes de poder regresar a Berkshire: encontrar un médico para la aldea.

No sólo necesita hacerlo por el bien de los aldeanos. Necesita estar de regreso con Freya. Cada día que las separa se vuelve más difícil de soportar, sobre todo porque hay cosas que no se pueden expresar en cartas ni en poemas a medio escribir.

Hay cosas que deben decirse directamente a una chica. Lo cual es irónico, considerando su profesión. Pero así es la vida.

Encontrar un médico está resultando más difícil de lo que hubiese pensado. Freya la ayudó a redactar el anuncio, y ha estado publicado en el periódico durante casi un mes, pero apenas ha generado unas pocas respuestas. La última de ellas es con quien Ivy se reunirá hoy. Revisa la tarjeta que acompañaba la carta. Un tal doctor Nesbitt.

Espero que éste sea mejor que los tres anteriores, piensa Ivy, justo cuando oye el timbre y una de las doncellas se apura a abrir.

Se oyen murmullos en el pasillo antes de que se abra la puerta del salón. Ivy se pone de pie, preparada para recibir a otro hombre mayor y estirado, pero se sorprende al ver a una joven con un traje de paseo a rayas, un portafolio de piel apretado entre sus brazos y una expresión decidida en el rostro.

—¿Doctora Nesbitt? —pregunta Ivy.

—Así es —responde la mujer—. Doctora Nadine Nesbitt, a su servicio —levanta la barbilla y le tiende la mano.

Ivy la toma y la estrecha con firmeza.

—Yo… —se siente algo tonta por haberse sorprendido de que la doctora Nesbitt sea mujer. El resto de los médicos que respondieron al anuncio eran hombres. Y la mayoría tenía cosas terriblemente condescendientes que decir sobre "los pobres" y cómo "propagan enfermedades". Ivy jamás permitiría que alguien con esas ideas atendiera a los aldeanos. Mirarían por encima del hombro a sus pacientes en lugar de ayudarlos—. Lo siento —se excusa rápidamente al ver que la doctora Nesbitt la observa, esperando que termine la frase—. Es un placer conocerla. Soy Ivy Yada-Lovell. Como indiqué en el anuncio, estamos buscando un médico de aldea

que atienda tanto a sus habitantes como a los campesinos de varias fincas en Berkshire.

—¿Y quiénes son "nosotros", señorita Yada-Lovell? —pregunta la doctora.

—Por favor, tome asiento —le pide Ivy, señalando los sillones de brocado azul, ligeramente desvaídos por haber estado demasiado tiempo junto a las ventanas—. Mi hermano, lord Yada-Lovell, me ha encargado que encuentre un médico —explica—. La aldea que conecta la Mansión Silverthorne con la Tallon lleva casi un año sin uno.

—Eso es muy lamentable —comenta la doctora Nesbitt. Inclina la cabeza, sus ojos se tornan cautelosos—. ¿Y su hermano… no se opondría a contratar a una mujer, una médica?

—No veo por qué lo haría, si usted es competente en su trabajo —contesta Ivy—. Por lo que vi en su currículum, su formación es impresionante. Y según su experiencia previa, parece tener una vocación clara por quienes sufren en el mundo. O… —Ivy se detiene —, ¿ése es el único trabajo que se le permite a una médica en Inglaterra?

La doctora Nesbitt le lanza una mirada que deja claro que no es una mujer que se escabulla de nada.

—Es un poco de ambas cosas —explica—. Mi trabajo en los barrios bajos me da gran satisfacción porque puedo ayudar a otros, pero también me ha enseñado mucho sobre cómo se propagan las enfermedades.

—¿Cómo es eso? —pregunta Ivy, preparándose para otro discurso sobre cómo los pobres "propagan" enfermedades.

—Condiciones de vida; higiene, lo cual implica tener jabón, agua limpia y la capacidad de calentarla; acceso a buena alimentación, tanto para madres como para niños desde su edad temprana, todo eso es necesario para evitar que una enfermedad se desarrolle. Son cosas difíciles y costosas de conseguir y mantener cuando uno trabaja hasta el agotamiento. Muchos culpan a los pobres por ello, pero no saben de lo que hablan.

—Pero usted sí sabe de lo que habla —afirma Ivy.

—El mundo está construido para quienes se creen superiores —argumenta la doctora Nesbitt—. Si no se empieza por ahí, se pierde la raíz del problema.

—Eso está muy bien dicho —comenta Ivy.

La doctora Nesbitt sonríe. Ivy está a punto de preguntarle por su experiencia con niños cuando la puerta del salón se abre de golpe.

—Ivy, ¿puedes atarme el corbatín? No consigo que esta maldita cosa… —Prescott entra, con la mirada fija en el nudo, hasta que Ivy carraspea.

—Oh, lo lamento mucho —se disculpa Prescott—. No sabía que tenías compañía.

La doctora Nesbitt se pone de pie.

—Mi lord —lo saluda, inclinando la cabeza.

—Prescott, ella es la doctora Nesbitt —los presenta Ivy.

—Doctora Nesbitt, un placer —dice él, haciendo una breve reverencia.

Ivy no puede evitar notar cómo los ojos de su hermano se detienen un poco en el rostro de la doctora. Ella tiene unos preciosos ojos castaños, y su peinado está compuesto por docenas de pequeñas trenzas, recogidas en una trenza más gruesa alrededor de la cabeza, como si fuera una corona, con un sombrerito elegante sobre los rizos oscuros.

—Estaba entrevistando a la doctora para el puesto en la aldea —explica Ivy.

—Excelente —menciona Prescott—. Bueno, si ha complacido a mi hermana, va por buen camino. Ella estuvo a punto de echar al primer candidato con un atizador.

—¿Eso hizo? —pregunta la doctora Nesbitt, con una sonrisa contenida.

—No fue tan dramático —insiste Ivy.

—Ese hombre dijo cosas bastante desagradables sobre los pobres —añade Prescott—. Un tipo vil, en realidad.

—¿En serio? —pregunta la doctora.

—Estamos buscando a alguien con talento médico, pero también que *no* sea un monstruo elitista, ¿sabe? —continúa Prescott.

La doctora Nesbitt sonríe.

—Le puedo asegurar que nadie me ha acusado jamás de ser monstruosa.

—Pero apuesto a que sí la han llamado talentosa —afirma Prescott, e Ivy observa a los dos, divertida por las chispas que saltan entre ellos.

—Una médica debe ser muchas cosas para tener éxito —explica la doctora.

—Imagino que no ha sido un camino fácil —responde Prescott.

—Hace menos de veinte años que la doctora Anderson fue la primera mujer —comenta la doctora Nesbitt—. Pero cada año, somos más.

—Como debe ser —asegura Prescott.

Ivy se recuesta mientras los dos se dejan llevar por una conversación fluida. Ahora es tan sólo una espectadora en la entrevista, pero su hermano hace preguntas inteligentes y la doctora Nesbitt da respuestas aún mejores. Para cuando llega el té y se termina, Ivy está segura de que la doctora Nesbitt sería perfecta como médica de la aldea. Es inteligente, empática y parece tener una mente curiosa, justo lo que se necesita en cualquier médico.

—Ha sido un placer conocerla, doctora Nesbitt —dice Prescott, acompañándola por la escalinata de la casa hasta su carruaje—. Mi hermana partirá de regreso a Berkshire esta semana, pero yo estaré en la ciudad unas semanas más. ¿Le importaría reunirse conmigo una vez que haya consultado con las demás familias del condado, por si tuviesen preguntas para usted?

—Sólo envíeme un mensaje; estaré encantada de reunirme con usted —menciona la doctora, entregándole su tarjeta—. Ha sido un placer conocerlos a ambos.

Ivy observa cómo su hermano se queda mirando el carruaje que se aleja, con la mano levantada a modo de despedida durante demasiado tiempo, como si hubiera olvidado cómo moverse.

—Prescott —lo llama Ivy con gentileza.

—¿Eh? —su atención se aparta del carruaje—. Perdón. Bueno. Me pareció muy competente, ¿no lo crees?

—Pareces estar pensando en algo más que eso —bromea Ivy.

Prescott se muerde el labio y se aparta el cabello de los ojos.

—Cállate —dice—. Ella era muy interesante. No estoy seguro de haber conocido antes a una médica.

—Yo he conocido a algunas —comenta Ivy—. Pero incluso en Estados Unidos son escasas. Lo cual es un sinsentido, si me lo preguntas.

—Nadine dijo que cada vez son más —argumenta Prescott, subiendo la escalera para volver a entrar a la casa.

—¿Ah, ya es Nadine? —pregunta Ivy con una pequeña risa, mientras él la conduce de nuevo hasta el salón.

—¡Nos pidió que la llamáramos así! —protesta él, lo cual le dice a Ivy todo lo que necesita saber. Por lo general, Prescott la habría ignorado, pero es claro que la joven doctora ha dejado una buena impresión en él.

—Tendrás que hablar con ella a solas la próxima vez, ya que yo me marcho a Berkshire —le advierte Ivy.

—Creo que puedo arreglármelas —arguye Prescott—. Le escribiré a lord Tallon de inmediato para informarle que he contratado a una doctora.

—Quizá no quieras mencionar que es mujer —menciona Ivy.

—¿Por qué no? Es claramente la mejor candidata. Ni siquiera quisiste echarla con el atizador.

—El primer médico merecía el atizador y más —murmura Ivy—. Pero lord Tallon está peleando en contra de una enmienda sobre la herencia de títulos que incluiría a mujeres sáficas. Lo leí en los periódicos. Es bastante conservador.

—Lo es —coincide Prescott—. Pero me ha parecido un hombre decente. Y un padre afectuoso.

—No estoy segura de que apruebe a una mujer médico… pero es tu decisión.

—Los beneficios de ser vizconde —suspira Prescott—. Uno de los pocos, por ahora.

Ivy siente una punzada de culpa al ver la expresión cansada en su rostro.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede contigo hasta que termines tus asuntos aquí? —pregunta Ivy.

—Tonterías —contesta Prescott—. Creo que podrías expirar si no vuelves pronto con quien sea que te ha estado escribiendo tantas cartas. Y sé que los caballos del correo desfallecerán si tú y tu enamorada continúan así.

Ivy suelta una carcajada ante su lenguaje florido.

—¿Es tan evidente? —pregunta, sentándose en el primer peldaño de la escalera que lleva a su habitación.

Prescott se sienta a su lado, coloca su hombro cálido y reconfortante junto al de ella.

—Lo único que no he logrado averiguar es de *quién* se trata. Lady Dani fue mi primera sospecha.

—Es Freya —le confía Ivy.

Prescott abre enormes los ojos.

—¿La Incomparable? —pregunta él—. Pero… ella es… tenía entendido que a ella sólo le interesan los hombres.

Ivy guarda silencio, y Prescott pregunta con cautela:

—Ivy, ¿es esto otra situación como la de Astoria Parker?

—No —contesta Ivy rápidamente, porque no lo es. No puede serlo. No podría soportarlo si ocurriera. No con Freya—. Nosotras… —hace una pausa. Y entonces, confiesa, porque siente que va a estallar si no lo dice en ese momento a alguien en quien confía tanto —. Nunca me he sentido así, Prescott —admite de pronto. La expectativa de volver a ver a Freya pronto es casi insoportable. Querría volar hacia sus brazos ahora mismo. Cabalgar día y noche, llegar llena de barro y exhausta hasta su puerta, ahora que ha terminado sus asuntos en la ciudad—. Todo lo que pasó antes… todo palidece en comparación con esto.

—Vaya declaración —exclama Prescott.

—Ella es toda una mujer —responde Ivy.

Él sonríe.

—Sería perfecto.

—¿Perfecto?

—Sí. Si terminas estando con lady Freya, eso significa que no me dejarás. Ni a mí ni a Inglaterra, ¿cierto? Te quedarías aquí.

Ivy frunce el ceño.

—¿*Pensabas* que me iría?

Ahí está esa sonrisa melancólica otra vez.

—Una vez que me case, no puedo esperar que te quedes aquí sólo por mí, ni que sigas sacrificando tu vida. Sería egoísta.

—Pero tú eres un poco egoísta —intenta bromear Ivy, porque Prescott, siendo tan dulce, le resulta desconcertante.

—Bueno, estoy intentando no serlo —argumenta él, dándole un empujón juguetón—. Te echaría tanto de menos si te fueras… de vuelta a Manhattan o a Japón. Así que si lady Freya te ha robado el corazón…

—Creo que estás adelantándote *varios* pasos —se queja Ivy, aunque no está segura de ello en absoluto.

—¿De veras? ¡Tus manos están manchadas de tinta por todas las cartas que le has escrito! O… —la observa como si su rostro fuera un libro en otro idioma—. ¿Te preocupa que ella no sienta lo mismo?

Ivy no puede evitar llevarse los dedos a los labios… el recuerdo de los de Freya sobre los suyos sigue siendo tan vívido. Se siente perseguida por su sabor, su aroma, la suavidad de su piel. Por cómo el color de sus ojos se vuelve más hermoso y complejo cuanto más se acerca a ella.

E Ivy ha estado tan cerca.

—Hay cosas que tendremos que resolver —explica Ivy con cuidado—. Lady Freya… esto es nuevo para ella.

—Algunas personas te sorprenden —añade Prescott, con la mirada distante, como si recordara a cierta doctora decidida que estuvo en su salón esa misma tarde—. Y luego, algunas veces, tú te sorprendes a ti mismo.

Pasa un brazo por los hombros de Ivy y la abraza por un breve instante.

—Esperemos que, de ahora en adelante, sólo haya buenas sorpresas —dice él.

—Por las buenas sorpresas —coincide Ivy, pensando en la sonrisa de Freya justo antes de besarla.



Freya

—Te noto preocupada, querida —dice Marigold, sentándose junto a Freya en el borde de la fuente del jardín—. ¿Estás triste porque Madre y Padre se han ido?

—Un poco —responde Freya.

Despidieron a sus padres y a Angelica esa misma mañana con gran ceremonia, dado que eso era lo que Angelica esperaba, ya que, con suerte, *lleva* en su vientre el futuro de la familia Tallon y su título.

Freya se endereza como si la hubieran sacudido. No se le había ocurrido hasta ese momento. Si ella no se casa con lord Montgomery como papá desea, entonces Angelica podría ser la única hija desposada con un hombre.

Eso, sin duda, no está en los planes de papá. Ha dejado clara su desaprobación hacia Ivy y su carrera. El pensamiento le aprieta el corazón como un horrible nudo.

—Freya —la llama Marigold con suavidad—. He intentado darte tiempo y espacio, pero estoy preocupada por ti.

—Estoy…

—No estás bien —afirma Marigold—. Desde que hablaste con papá, pareces como si estuvieras a punto de vomitar en cualquier momento. Así que tengo la sensación de que no recibiste un sermón sobre la correcta instalación del palo de mayo para el festival del May Day, como me tocó a mí.

—No, no fue un sermón —contesta Freya, moviendo la mano en el agua fresca de la fuente. Hay varias flores flotando, justo fuera de su alcance. Como Ivy—. Lord Montgomery le pidió permiso a papá para cortejarme formalmente.

Marigold guarda silencio un largo momento.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —inquiere finalmente.

—Le dije que necesitaba más tiempo antes de dar un paso tan grande —responde Freya de golpe, porque si no lo dice rápido, quizá no consiga expresarlo. Y necesita consejo.

Necesita a sus hermanas.

—¡Ahí están ustedes dos! —Dani aparece entre los setos como un tejón saliendo de su madriguera. Tiene una manzana en la mano y, por el abultado peso de su bolso, varias más en el interior. Se deja caer entre ellas en el borde de la fuente y le da un gran mordisco a la manzana.

—¿De qué estáis hablando?

—No estoy del todo segura aún —comenta Marigold, observando a Freya con atención por encima de la cabeza de Dani.

—¿Es sobre las cartas de amor de lord Monty? —pregunta Dani.

—Las cartas son de Ivy —admite Freya de golpe. Y una vez que esas palabras salen, todo lo demás se desborda como un torrente—. Nos besamos. Ivy y yo. En el Baile de la Flor Dorada. Fue… ni siquiera sabía que yo… estábamos pasando tanto tiempo juntas y ella es tan… nunca he conocido a alguien como ella. Es tan audaz, no se disculpa por nada y yo me disculpo por *todo*. Absolutamente todo.

Suelta el aliento contenido, con los ojos muy abiertos, mientras sus hermanas la observan, cada una con una expresión *muy* distinta. Dani parece estar atónita. Marigold tiene el rostro de satisfacción de quien consigue salirse con la suya.

—Bueno —dice Marigold.

—¿Cuándo pasó todo esto? —exige Dani—. ¿Cómo me lo perdí? ¡Estoy tan decepcionada!

—Oh, no, ¿estás enfadada? —pregunta Freya—. Lo siento, no pensé que tuvieras sentimientos profundos por Ivy. Sé que aceptaste salir con ella…

—Y ya estás ahí otra vez —interviene Marigold—. *Disculpándote*.

—¡No tienes que disculparte, Freya! —dice Dani con dulzura—. No estoy decepcionada de *ti.* Me agrada Ivy, pero me distraje con otras cosas… y personas. Eso significa que no es la indicada para *mí*. Estoy decepcionada conmigo misma —concluye.

—¿Y por qué estás decepcionada de ti? —pregunta Marigold.

—¡Porque me perdí todo este drama que estaba pasando frente a mis ojos! —declara Dani—. Tú corriendo por ahí con una misteriosa amante secreta y teniendo un absoluto despertar personal, y yo tan sólo holgazaneando, sin enterarme de nada —sacude la cabeza—. ¡Y yo que me enorgullezco de ser observadora!

—Acabas de hablar de qué tan fácil te distraes, Dani —menciona Marigold con paciencia.

—¡Ay, Dani! —Freya no sabe por qué, pero la ligereza de su hermana es justo lo que necesita. La abraza con fuerza, y Dani suelta un grito de sorpresa antes de devolverle el abrazo con igual intensidad.

—Tranquila, Fleur —la consuela Dani—. Todo está bien. Ciertamente, esto no merece lágrimas.

—Dani tiene razón —interviene Marigold, mientras Freya se aparta lentamente del hombro de su hermana—. Esto es un comienzo, Freya. No importa lo que pase después con Ivy. Has descubierto una parte de ti. Y eso siempre es hermoso.

A Freya le duele el corazón al ver con qué facilidad sus hermanas la aceptan. Una parte de ella desearía que Angelica estuviese también allí, pero otra parte se pregunta si ella reaccionaría con la misma alegría. Freya sabe que su hermana a veces se siente excluida cuando Marigold y Dani van a The Bridge. En ocasiones, Freya también se siente así, aunque siempre las invitan.

—Es que… es *mucho*. No sé cómo decírselo a mamá y papá… o *si* debo decírselo. Ivy tuvo que irse justo después de nuestro beso…

—¡Qué sinvergüenza! —dice Dani.

—No, no fue culpa suya. Su hermano necesitaba ayuda en Londres —explica Freya—. Por eso me ha estado escribiendo tanto.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡*Son* cartas de amor! —Dani aplaude emocionada—. Oh, por favor, Freya, déjame leerlas. Ivy es una poetisa tan talentosa, seguro que escribe las cosas más románticas…

—Dani, sabes que esas cosas son privadas —la reprende Marigold —. Continúa, Freya. ¿Dijiste que Ivy tuvo que irse justo después del beso?

Freya asiente.

—Las cosas quedaron… inciertas entre nosotras —menciona—. Se ha dicho mucho en cartas, pero…

—Son cartas —concluye Marigold.

—¿Y si ella ya cambió de opinión? —pregunta Freya—. ¿Y si yo soy mala para besar?

—Estoy segura de que ella no lo ha hecho y de que tú no lo eres —afirma Marigold, apartándole el cabello del rostro con ternura—. Estos pensamientos nos asaltan cuando conectamos profundamente con alguien. Te prometo que Ivy está pensando lo mismo.

—No hay manera. Ella besa demasiado bien —confiesa Freya con sinceridad—. Y tiene experiencia.

Dani se ríe.

—Entonces, *es* una seductora. Parece que tendrás las manos ocupadas, Freya.

—No todo es un juego, Dani —suspira Marigold—. Freya, ¿por eso le pediste más tiempo a papá con respecto a lord Montgomery?

Freya asiente.

—No estoy… —aprieta los labios—. No estoy confundida —expresa al fin—. Sé que lo que siento es real y verdadero. Es más fuerte que cualquier cosa que haya… —se detiene—. Pero es tan nuevo. Todo. La carta que recibí ayer de Ivy decía que partiría hacia Berkshire en los próximos días. Así que quizá ya se encuentre en camino —la emoción la embarga con sólo pensar en volver a verla—. Ojalá supiera lo que ella está pensando.

—¿Y *tú* qué estás pensando? —pregunta Marigold.

—¿Qué estás sintiendo? —añade Dani—. ¿Hay mariposas?

—Muchas mariposas —admite Freya.

Dani suspira feliz.

—Perfecto. Siempre debe haber mariposas —celebra Dani.

—Sólo… me encantaría que existiera un manual de reglas o algo así —confiesa Freya.

—¡Ya sé qué debemos hacer! —exclama Dani—. ¡The Bridge está abierto esta noche! Deberíamos llevar a Freya, como una especie de presentación. Así, cuando Ivy regrese, ¡tú ya estarás familiarizada con el lugar para llevarla allí!

—Oh, pero yo no… —Freya empieza a decir, pero se detiene—. ¿Sabes qué? —comenta, pensando en todas esas noches en que veía a sus hermanas prepararse para ir a The Bridge, sin sentirse excluida exactamente, pero sí… curiosa y quizás un poco nostálgica de que ellas pertenecieran a algo, una comunidad, una camaradería, y ella no.

Pero sí pertenece, al parecer. Qué extraño y maravilloso es que la vida cambie tan deprisa. Tendrá que aferrarse con fuerza si quiere resistir el viaje.

—Me encantaría ir a The Bridge —añade Freya.



Freya

Freya creció escuchando la historia del puente real que se construyó sobre el río que atraviesa el condado. El que lady Violet Ridings mandó edificar para visitar a su amada, la hija del granjero que vivía al otro lado. Todos los niños la conocen. Marigold, en particular, adoraba cuando la institutriz Dubois la contaba, cuando eran pequeñas.

Con los años, Freya empezó a oír hablar de The Bridge, una comunidad itinerante que se instala en ambas orillas del río, cerca del cruce, dos veces al mes en Berkshire. Gente de todas partes acude para encontrarse, ver músicos y artistas, bailar, divertirse y comprar en las tiendas que albergan algunas de las barcazas flotantes.

Freya recuerda la discusión que Marigold tuvo con su padre cuando acababa de ser presentada en sociedad. Ella quería asistir a una fiesta en The Bridge, pero papá se mostraba reacio a dejarla ir sin una acompañante. Fue Angelica quien intervino para salvar la situación, yendo con su hermana. Aunque luego le confesó a Freya que se había sentido fuera de lugar. Cuando Marigold conoció a Ros

en un baile pocos meses después, papá dejó de preocuparse por sus visitas a The Bridge, ya que las dos comenzaron a cortejarse formalmente. Siempre aprobó a Ros, cuya familia es muy rica, aunque no pertenece a la nobleza; en realidad, eso importaba poco en lo que respecta a Marigold, ya que los títulos no pueden heredarse por vía materna.

Ivy tiene razón: es excluyente que los títulos no puedan heredarse si una mujer se casa con otra. Pero, en cierto modo, eso le dio a Marigold la libertad de no tener que casarse con alguien que perteneciera a la misma clase social. Papá jamás habría permitido que Angelica se desposara con alguien dedicado al comercio. Estaba encantado cuando un conde pidió su mano.

Y estaba todavía más encantado cuando lord Montgomery mostró interés en ti, piensa Freya. Todos sus sueños de ver a una de sus hijas convertida en duquesa se desmoronarán.

Él quiere que yo sea feliz, se dice Freya mientras el carruaje se detiene.

—Oh, qué maravilla, ya hemos llegado —dice Marigold con entusiasmo, ajustándose la capa burdeos al bajar del carruaje.

Sus hermanas la animaron a vestirse con sus mejores galas. El vestido azul zafiro tiene bordados plateados por toda la falda que centellean cada vez que se mueve, creando un efecto resplandeciente. *Un vestido de sirena*, bromeó Dani cuando Freya se lo probó por primera vez en el salón de la modista.

Freya baja del carruaje y se queda sin aliento al ver el despliegue de barcas coloridas a lo largo del río. Farolillos y guirnaldas de flores cuelgan por todas partes, iluminando el entorno con un resplandor cálido mientras el aroma de rosas, bergamota y eucalipto llena sus sentidos.

A su alrededor, la gente pasea por las orillas o por las embarcaciones. Freya ve a dos hombres caminar con su hija hacia una barca que está vendiendo juguetes. La niña lanza un chillido de alegría al ver una figura de madera tallada en forma de conejo.

—¡Conejito, papi! ¡Papá! ¡Mira! ¡Conejito!

Freya sonríe ante la escena y se da cuenta de que Marigold también la está observando, con una expresión agridulce y

anhelante en el rostro. Ella le da un ligero apretón en el brazo, pensando en la visita de su hermana y Ros al orfanato.

—Pronto serás tú —susurra.

Marigold le devuelve el gesto.

—Me alegra tanto que estés aquí conmigo —dice—. Que podamos presentarte esto.

—No sabía que había tantas barcas —comenta Freya, mirando la orilla opuesta. Damas se pasean por la cubierta de una embarcación teñida de violeta que ondea una bandera llena de rosas púrpura. Mujeres beben coloridos cocteles en copas diminutas, charlando y bailando entre ellas.

—Eso es Cassandra's Lounge —explica Marigold—. También conocido como el lugar favorito de Dani para emborracharse hasta desvanecerse.

—¡Es donde van todas las mujeres bellas e interesantes! —protesta Dani—. ¡Freya, hay tanto que hacer para una primeriza! —se exalta—. ¿Qué opinas, Marigold? ¿Una copa en Cassandra's primero? ¿O deberíamos hacernos coronas de flores? Me temo que si le mostramos los libros subidos de tono que hay en la barcaza-biblioteca, podría salir corriendo.

—Por favor, Dani —expresa con condescendencia Freya, aunque sus mejillas se encienden ante la idea de libros atrevidos. ¿Tendrán otros volúmenes de poesía como los de Ivy?—. Actúas como si fuera una mojigata.

—No, sólo… inexperta —responde Dani, de un modo que no suena a reproche, sino a simple verdad—. ¡Y no hay nada de malo en ello! ¡Pero no quiero asustarte antes de que vivas todo lo que The Bridge tiene para ofrecer y que conozcas a todos!

—Creo que deberíamos llevarla a conocer al alma de este evento —afirma Marigold.

Los ojos de Dani se iluminan.

—Una idea perfecta —opina la hermana pequeña, y añade—: Pero necesitaremos una corona de flores antes de eso.

—Sin duda —menciona Marigold, tomando la mano de Freya y tirando de ella hacia delante.

—Esperad, ¿quién es el alma de este evento? —pregunta Freya mientras comienzan a abrirse paso entre la multitud que se agolpa en la orilla del río. Por donde pasan, la gente saluda a Dani y Marigold como si fueran viejas amigas. El aire está impregnado de camaradería y alegría, la música flota sobre el agua, dejándose llevar por la corriente del río al son del murmullo de la celebración.

—¿Todas las noches son así? —pregunta Freya, asombrada—. Pensé que sería como un baile.

Dani resopla.

—Definitivamente, *no* es como uno de esos bailes pomposos —replica—. *Ésta* es la forma de conocer a la gente, Freya. Cara a cara.

Como cuando conocí a Ivy. Freya piensa en sus momentos juntas en el balcón. En cómo siguió su pequeño juego de engaños, incapaz de resistirse. Se sorprende sonriendo al recordarlo. ¿Será algo que recordará años después como sus primeros pasos hacia algo real y duradero? ¿O es presuntuoso siquiera pensarlo? Al fin y al cabo, sólo se besaron una vez.

Bueno, se besaron varias veces en una sola noche, si queremos ser precisos. Y a Freya le gustan los detalles precisos.

Hay banderas de colores ondeando en cada embarcación. Freya quiere preguntar por sus significados, pero está concentrada en no soltar el brazo de Marigold entre la multitud. No tenía idea de que hubiera tanta gente *queer* en Berkshire. Es casi abrumador.

—¡Hyacinth, querida, hola! —Marigold se detiene frente a una embarcación que parece tener un invernadero flotante acoplado a él, en forma de remolcador. Freya queda encantada con la imagen. Qué idea tan ingeniosa. Hay flores brillantes creciendo dentro del invernadero, protegidas por paneles de cristal. La embarcación está desbordada de flores, tanto reales como pintadas. Un cartel torcido cuelga en la proa que dice: FLORES, ETC.

—¿Qué significa el "etcétera"? —le pregunta Freya a Marigold en un susurro.

Marigold ríe.

—No estoy segura de que ni la misma Hyacinth lo sepa.

—¡Pero si son las hermanas Tallon! —exclama una mujer de curvas generosas saliendo de la cabina, con un delantal de lino

ligeramente torcido sobre su falda verde oscuro—. Ha pasado ya algún tiempo, ¿verdad?

—Así es —afirma Marigold—. La temporada en el campo, las fiestas… ya sabe cómo es.

—¿Y quién es ésta? —pregunta Hyacinth, inclinando la cabeza al mirar a Freya—. Tiene el aire de sus hermanas, ¿verdad? Debe de ser otra Tallon. Por Dios, Marigold, ¿cuántas sois?

Marigold ríe.

—¡Más para querer! —responde Dani.

—Ésta es mi hermana Freya —la presenta Marigold—. Es su primera vez en The Bridge.

—Un momento especial para cualquier chica —confirma Hyacinth —. Bienvenida, Freya.

—Gracias —dice Freya, sintiéndose de pronto tímida.

—Vamos a presentarle al alma de todo esto —explica Dani.

—Ya veo —comenta Hyacinth—. Entonces tengo justo lo que necesita. Esperad aquí.

Se mete en la cabina mientras Freya sigue observando la embarcación bellamente pintada.

—¿Ella misma hizo todo este trabajo? —pregunta, señalando las enredaderas que trepan por el casco y la cubierta.

—Así es —responde Marigold—. Siempre he querido que venga a pintar un mural en el techo de mi comedor. ¿No quedaría precioso? Pero dice que no puede dejar sus flores.

—¿Y dónde va toda esta gente cuando no están atracados aquí? —cuestiona Freya, intentando contar las filas de embarcaciones ancladas a ambos lados del río y perdiendo la cuenta.

—A otros condados, otras reuniones —contesta Dani—. Hay quienes viajan constantemente, pero alrededor de seis de estas embarcaciones permanecen cerca de la posada que está más adelante.

—La persona que organiza todo esto es dueña también de la posada —explica Marigold—. Pasa los inviernos allí, pero el resto de las estaciones viaja con el resto de las embarcaciones.

—¿Quién es esa misteriosa anfitriona? —pregunta Freya, pero sus hermanas se distraen de nuevo cuando Hyacinth reaparece con

flores rojo oscuro en las manos.

—Amapolas —dice, levantando la guirnalda de flores—. Simbolizan el renacimiento —le explica a Freya—. Inclínese, querida.

Freya obedece, agachando la cabeza para que Hyacinth le coloque la guirnalda.

—Preciosa —afirma Hyacinth con una sonrisa—. Coronada de flores, bendecida con belleza y agudeza. Si es como sus hermanas… llegará lejos, Freya querida, si sigue su corazón.

—Son preciosas —exclama Freya, tocando suavemente la corona de flores.

—Un regalo —comenta Hyacinth, negando con la cabeza cuando Freya va a sacar monedas de su bolso—. Una bienvenida a nuestra comunidad.

Freya se siente tan conmovida que se le cierra la garganta. Qué cosa tan extraordinaria ser aceptada así, como si ya perteneciera.

—Y éstas son para vosotras, pequeñas alborotadoras —expresa Hyacinth, sacando una corona de jacintos para Marigold y otra de lirios blancos para Dani.

—¡Mi favorita! —profiere Dani, girando sobre sí misma cuando la corona se asienta en su cabeza.

—Gracias por una bienvenida tan cálida, Hyacinth —dice Freya, intentando que la emoción no le quiebre la voz.

Hyacinth inclina la cabeza.

—Nos alegra tenerla aquí.

—Muy bien, alguna de vosotras tiene que decirme quién es esa anfitriona —comenta Freya mientras sigue a sus hermanas fuera del barco de Hyacinth y se sumergen de nuevo en el flujo de la multitud. A lo lejos, alguien entona una canción audaz; Freya se esfuerza por no prestar atención cuando la letra menciona el generoso busto de alguien. Si se sonroja, Dani no la dejará en paz jamás.

Ivy se sentía tan suave bajo sus manos en el jardín. Fue una revelación que jamás había imaginado en sus infantiles fantasías de cuentos de hadas. Y ahora es en lo único que puede pensar. Esa suavidad, la seda de su piel, el vello dulce en la nuca. Freya puede tener esas cosas, tocarlas y atesorarlas. Guardar la imagen de Ivy en una caja como una joya preciosa, sólo para ella.

—Es la persona por la que esta comunidad existe —explica Marigold—. Cuando abrió la posada junto al puente, empezó a invitar a artistas, artesanos, a quien quisiera venir, como una forma de honrar la historia de amor de lady Ridings. Al principio, ocurría dos veces al año. Pero fue creciendo. Y ahora la comunidad viaja de muelle en muelle, creando un espacio para que la gente *queer* se reúna, venda sus obras y celebre la creatividad de nuestra comunidad.

—No tenía idea —admite Freya. Sabe, por experiencia, que mantener viva una aldea requiere esfuerzo. ¡Y una que se mueve constantemente parece aún más difícil!

Qué forma tan interesante de vivir, conociendo gente nueva en cada parada, pero también reencontrándose con rostros familiares, como Marigold y Dani. ¿El ambiente es siempre tan alegre y vibrante? Es contagioso y burbujea en ella como champán en la nariz.

—¿La anfitriona tiene nombre? —pregunta Freya mientras Marigold la guía por el sendero. Delante de ellas hay una embarcación de color rojo brillante, con estrellas plateadas colgando de los mástiles que centellean con la luz. La gente charla en la cubierta; algunas parejas bailan.

—TK —responde Marigold—. Pero sólo las personas más cercanas le llaman así; para todos los demás, es "le anfitrione".

—Por supuesto —expresa Freya. Hay reglas en toda sociedad y comunidad. Lo entiende.

—¡Las hermanas Tallon! —llama una voz desde el barco—. ¡Bienvenidas! Subid a bordo.

—¿*Todo* el mundo os llama así? —inquiere Freya al pisar la pasarela y subir al barco, con sus hermanas justo detrás.

Marigold ríe.

—Se ha popularizado, supongo —admite—. Yo llevé a Dani en sus primeras visitas a The Bridge.

—Y me estropeaste las oportunidades de flirteo durante *toda la noche* —se lamenta Dani con un puchero.

—Alguien tiene que mantenerte a raya —le responde Marigold.

—¡No por mucho tiempo! —exclama Dani con alegría—. Voy a buscar a TK.

Desaparece por la escotilla antes de que sus hermanas puedan protestar.

—No puede estar quieta últimamente —comenta Marigold—. El invierno va a ser un suplicio con su energía inagotable.

—No si la dejamos construir otro fuerte de nieve —asevera Freya.

—Recemos para que haya suficiente nieve para entretenerla.

Freya sonríe cuando una mujer de cabello negro se acerca con copas de champán.

—¡Marigold, qué gusto verla! ¿Dónde está esa esposa tan guapa que tiene? —pregunta.

Marigold sonríe.

—Hola, Meredith. Me temo que Ros está trabajando. Sus hermanos están experimentando en la fábrica de vidrio y le preocupa que puedan volar el lugar por los aires si ella no está allí para dar la alarma.

—Pues dile que la he echado de menos —dice la mujer con tono cantarín.

Freya baja la cabeza para ocultar su expresión porque esta mujer está siendo muy grosera.

—Mmmm, lo haré —comenta Marigold—. Si nos disculpa, voy a presentar a mi hermana con TK esta noche.

Tira de Freya hacia delante.

—Mujer odiosa —murmura Marigold.

—¿Quién era? —inquiere Freya.

—Meredith Cantwell. Siempre ha tenido cierta debilidad por Ros. Y es de las que creen que coquetear con una mujer casada, y molestar a su esposa, es un juego divertido.

Los ojos de Freya se entrecierran, buscando a la mujer con la mirada.

—¿Quieres que la lance al río? —pregunta, sólo medio en broma.

Marigold le acaricia la mejilla.

—Eres tan dulce. Y ligeramente peligrosa. No te preocupes. Ros jamás le sigue el juego. Pero en mis últimas visitas a The Bridge sólo

he venido con Dani. Ros ha estado trabajando tanto que las tonterías de Meredith me tienen agotada.

—Sabes que siempre puedes hablar conmigo —afirma Freya—. Me has dejado confiar tanto en ti. Quiero que tú también sientas que puedes hacerlo conmigo.

—Por supuesto que así lo siento —confirma Marigold—. Pero te prometo que basta con que llegue a casa y le diga a Ros que Meredith está haciendo de las suyas otra vez, y Ros probablemente la imitará para hacerme reír, y entonces todo estará bien.

—Te envidio —confiesa Freya.

—¿Por qué, querida?

—Porque estás tan segura de ti misma y de quién eres. Siempre lo has estado. Y en cuanto conociste a Ros, las dos estuvisteis tan seguras la una de la otra. El amor que tenéis es muy profundo. Pero es más que eso: es la confianza. En vosotras mismas. En la otra.

—La confianza se construye —argumenta Marigold—. Igual que el amor y el conocimiento de una misma.

—No sé si es tan fácil —admite Freya.

—Por supuesto que no lo es —afirma Marigold—. Pero vale la pena. Todo ello.

Eso espero, piensa Freya, justo cuando escucha su nombre. Dani les hace señas emocionada desde la parte trasera del barco, donde hay un banco de madera a lo largo de un costado. Cojines de terciopelo en varios tonos de rojo lo hacen parecer acogedor.

Le anfitrione lleva una chaqueta de terciopelo rojo, de corte más largo y elegante que lo que dicta la moda actual, con anillos dorados adornando sus manos refinadas.

—Marigold —sus labios escarlatas se curvan en una sonrisa cálida —. Qué gusto verte. Y ésta debe de ser Freya —extiende la mano. Freya ve que uno de sus anillos es un sello con las iniciales TK grabadas.

Freya estrecha su mano.

—He oído cosas maravillosas sobre usted y la amistad que ha ofrecido a mis hermanas —dice—. Cada una por separado ya es suficiente, pero juntas son un torbellino, así que le presento mis sentidas disculpas.

Le anfitrione echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¡Es usted una granuja, lady Freya! Ya veo de dónde ha sacado Dani su carácter.

—¿No de mí? —pregunta Marigold con una risa, acomodándose en el banco y usando uno de los cojines como respaldo.

—Usted es menos diabólica que su hermana —afirma le anfitrione.

—El matrimonio me ha suavizado —admite Marigold con una sonrisa traviesa.

—Venga, siéntese —le pide le anfitrione—. Les tengo mucho cariño a sus hermanas. Dani es una clienta muy fiel de la taberna de mi posada cuando la comunidad de The Bridge está de viaje.

Al oír su nombre, Dani se reúne con sus hermanas en el banco, interviniendo en la conversación con naturalidad.

—Ah, ¿sí? —pregunta Freya—. Dani, ¿estás escapándote por las noches sin que mamá y papá lo sepan?

Dani pone los ojos en blanco.

—Si no quieres que mencione tus escapadas, yo no hablaré de las mías.

—Yo no… —Freya se detiene, porque aquella noche en el jardín con Ivy es, literalmente, una escapada—. Está bien —murmura—. Trato hecho.

Le anfitrione ríe, y su risa es tan melodiosa que Freya se encuentra balanceándose como si fuera una canción.

—Vosotras tres me hacen echar de menos a mi propia hermana —comenta—. Tendré que visitarla en mi próximo viaje, cuando me tome una pausa.

—¿Cómo está su hermana? —pregunta Marigold—. Fue tan amable con Ros cuando estuvo en Bath por negocios.

—Está bien. Ha acogido a algunos huérfanos. De hecho, su última carta me hizo pensar en vosotras…

Le anfitrione y Marigold se enfrascan rápidamente en una conversación, y Dani se levanta de un salto cuando una chica con bebidas pasa cerca, primero para tomar una copa y luego para coquetear con ella. A Freya no le molesta. The Bridge está lleno de

personas por observar, y todas le resultan fascinantes. Todos parecen tan… la única palabra que se le ocurre es *libres*.

Apoya los codos en el borde del barco, inclinándose ligeramente para ver mejor a la gente al otro lado del río. Se da cuenta de que necesitaría varias visitas para explorar bien todas las embarcaciones y comerciantes, sin mencionar a los músicos y artistas. Vio un cartel que decía baile en el prado, lo cual le intrigó mucho. Tendrá que preguntarle a Dani sobre eso.

¿Cómo sería traer a Ivy aquí? Pasear por la ribera de la mano, curiosear en los puestos llenos de flores y joyas, reírse juntas con los libros atrevidos de la biblioteca flotante. Podrían pasar horas aquí, tocándose, besándose, y nadie se inmutaría.

El pensamiento, el anhelo de tener eso, es tan intenso que Freya tiene que aferrarse al borde del barco para no perder el equilibrio.

Debe serenarse. Está pensando tanto en Ivy que su mente le juega una mala pasada: la chica al otro lado del río se parece a ella.

El estómago de Freya se revuelve cuando la chica se gira, sus ojos buscan al otro lado del río y su mirada se cruza con la de Freya.

Es Ivy.

Freya, admirablemente, *no* cae al río del susto. Ni siquiera cuando Ivy levanta la mano para saludarla a lo lejos.

Freya le devuelve el gesto y luego señala río abajo, hacia donde está The Bridge, con el corazón latiendo a toda prisa por la expectativa. Ivy asiente con entusiasmo y se da la vuelta para acudir a ese punto.

—Ahora vuelvo —dice Freya, pero Marigold no la escucha, está ocupada hablando de huérfanos con le anfitrione, y Dani ya ha desaparecido, quizá con la chica de las bebidas.

Freya se apresura a bajar del barco, levantando sus faldas para no tropezar. La multitud la ralentiza, pero su respiración se acelera, sus manos tiemblan. ¡Ivy ha vuelto! ¿Vino a The Bridge a buscarla? ¿O… ha venido por la misma razón que trae a muchas jóvenes aquí: coquetear y conquistar?

Freya odia que esa duda se albergue en su interior. Esa serpiente siseante de celos. Marigold le dijo que la confianza se construye.

Pero no puede erigirse sobre un lecho de dudas. Debe desterrarlas de su mente.

La multitud comienza a dispersarse a medida que las embarcaciones se alejan del puente. Es una estructura de madera preciosa que se arquea sobre el agua como una media luna, con rosas talladas a lo largo de los bordes.

—¡Freya!

Freya ve a Ivy al otro lado de The Bridge.

No piensa. No duda.

Simplemente corre hacia sus brazos.



23

Ivy

—Te he echado de menos —dice Ivy.

—He leído todas tus cartas —responde Freya—. Una y otra vez. Tanto que hice que se corriera la tinta.

—Las mías están tan dobladas de tanto leerlas que temí que se deshicieran —confiesa Ivy, y Freya ríe justo cuando Ivy se inclina, desesperada por saborear sus labios.

La risa de Freya burbujea en la boca de Ivy y, entonces, suspira, fundiéndose en ella.

¿Esto es amor? Ivy aprendió temprano que su corazón podía lastimarse o romperse con facilidad y, después del desastre con Astoria, levantó un muro más firme a su alrededor. *No te involucres con alguien que pueda romperte el corazón. Escucha tu instinto.* El problema es que su instinto está diciendo que sí. Freya es distinta a las demás. La hace sentir merecedora. Como si fuera la única persona en el planeta. A veces, Ivy recurre a su máscara de persona inescrutable. Para otros, eso suma a su encanto. *La seductora de lengua audaz e incisiva*.

Pero está cansada. Cansada de todo. De mantener esa máscara. De nunca dejar entrar a nadie. De nunca arriesgarse. *Freya conoce a la verdadera Ivy. La suave. La insegura. Quiero dejarla entrar*.

Porque ¿de qué sirve un corazón que nadie toca?

De algún modo, Freya se ha deslizado entre cada barrote que rodea su corazón, aferrándose a él con firmeza. La única pregunta es si Ivy tiene también el corazón de Freya.

—¿Podemos ir a algún sitio? —murmura Ivy, cuando por fin reúne fuerzas para separarse. Lo único que quiere es hundir el rostro en el cuello de Freya y respirar su aroma. Llevarla a un lugar tranquilo y privado, y acercarse a ella.

Ve despacio, se recuerda. *Freya es nueva en todo esto*.

—O podemos quedarnos aquí —añade rápidamente—. Parece muy… ehhh.

Un malabarista pasa junto a ellas, lanzando al aire antorchas encendidas y atrapándolas como si no ardieran.

—¿Cuántas veces cree que se haya quemado mientras entrenaba para eso? —pregunta Freya.

—Espero que presuma de sus cicatrices ante cada amante —contesta Ivy, extendiendo la mano y acariciando la marca de quemadura ya curada en la muñeca de Freya—. Esto me demostró que usted es humana, después de todo.

—¿Antes pensaba que no lo era? —pregunta Freya.

—La primera vez que la vi, casi creí que estaba soñando —responde Ivy.

—Oh, tonterías —afirma Freya, aunque se nota complacida—. No fue así.

—Tuve que pellizcarme —confiesa Ivy.

—¿Tan prendada estaba de mí?

—Definitivamente, pisé el pie de su hermana mientras bailábamos porque estaba al pendiente de usted —admite Ivy.

—Por suerte para usted, los pies de Dani son como pezuñas de caballo —replica Freya.

—Qué imagen aterradora: una Dani centauro —comenta Ivy, haciendo reír a Freya.

—Oh, Dios, si alguien hiciera a Dani mitad caballo, sobornaría a todas sus hermanas para que le trenzaran la cola.

—Con flores y perlas —añade Ivy.

—¡Exactamente! —coincide Freya.

—Entonces… —Ivy señala hacia la embarcación más cercana, donde se sirven bebidas y los músicos tocan en una esquina, mientras las parejas bailan junto a la ribera.

—¿Un baile? —pregunta Freya.

—Pensaba más en una copa —contesta Ivy.

Freya sonríe.

—Nadie me había invitado a tomar una copa antes —confiesa—. ¿Podemos sentarnos en la barra?

Su mano se desliza en la de Ivy.

A Ivy le encanta su entusiasmo, como si cada experiencia nueva fuera más especial porque la viven juntas.

—Por supuesto —responde.

—Dos ponches de ginebra, por favor —le pide Ivy al camarero, mientras se acomodan en los taburetes frente a la barra flotante. Farolillos de papel de colores se mecen suavemente con el viento y el movimiento del agua.

—Cuénteme de Londres —dice Freya—. ¿Disfrutó su estancia?

—Fue agotadora —contesta Ivy, y está diciendo sólo la verdad—. Estuve corriendo de un lado a otro, entrevistando personal, lidiando con la emergencia capilar de Prescott…

—¿Una emergencia *capilar*? —pregunta Freya, encantada.

—Mi hermano adora sus productos para el cabello —menciona Ivy, negando con la cabeza mientras Freya ríe. El camarero desliza dos copas hacia ellas e Ivy asiente en agradecimiento, entregando unas monedas—. Y recibí no una, sino *dos* invitaciones de mis editoriales británicas mientras estaba en la ciudad, querían que tuviéramos una reunión. Pero simplemente no encontré el momento.

—¿No lo encontró o no quiso? —inquiere Freya.

Ivy está atrapada.

—Está bien, los estaba evitando. Un poco.

—¿Sigue lidiando con el bloqueo creativo?

Ivy toma un sorbo de su ponche y asiente.

—No es que no esté escribiendo… es que siento que me estoy moviendo en una dirección inédita. Quiero tenerlo claro en mi cabeza antes de hablar con cualquiera de mis editores.

—¿Quiere hablar de ello? —pregunta Freya.

Ivy sonríe, inclinándose, su mano roza la de Freya.

—Quizá cuando lo ordene en mi mente. Prefiero saber qué ha estado haciendo usted mientras yo estaba fuera.

—Nada tan interesante como usted, me temo —responde Freya —. Bueno, sí, les conté a mis hermanas.

—¿Sobre…?

La palma de Freya se gira y se desliza suavemente sobre la de Ivy.

—*Oh* —exclama Ivy.

La idea la entusiasma: esa confirmación de que Freya está descubriendo quién es en realidad, y que son tan especiales la una para la otra que quería compartirlo con sus hermanas.

—Eso es algo grande… ¿cómo resultó?

—Se sorprendieron. Y luego me trajeron aquí.

Benditas sean las hermanas Tallon, piensa Ivy. Traerla a The Bridge es un gesto de bienvenida y de hermandad. Ivy sólo puede esperar que el resto de la familia de Freya sea igual de comprensiva cuando se enteren de la noticia. ¿Será pronto? No quiere apresurarla, pero también querría gritarlo desde los tejados.

—¿Está disfrutando? —pregunta Ivy, sus dedos recorren la palma de Freya, acariciando la piel suave del interior de su muñeca.

—Más aún desde que la encontré —contesta Freya.

Ivy no puede resistir la tentación de inclinarse hacia delante, y el espacio entre ellas desaparece.

Puede casi saborear el ponche de ginebra en los labios de Freya cuando…

—¡Ahí estás! —una voz irrumpe en el momento, e Ivy se aparta justo a tiempo para ver a Marigold arrastrando a Dani hacia la barra —. ¡Oh! ¡Ivy! ¡Hola! No sabía que había regresado de Londres.

—¡Ivvvyy! —grita Dani—. Freya está enamorada de usted, ¿sabe?

—¡Dani, cállate! —exclama Freya, pero Dani sólo le pellizca las mejillas y ríe.

—Volví hace apenas unas horas —comenta Ivy—. Pensé en tomar algo en el famoso Bridge, y mire a quién me encontré.

Levanta su copa hacia Freya, apurando el último trago de su ponche.

—¡Más ponche, por favor! —le pide Dani al camarero, apretujándose en la barra y empujando a Ivy más cerca de Freya, a quien no le molesta en absoluto. Freya está cerca de ella, cálidamente. Marigold también se sienta, y más ponche de ginebra está en camino.

—Extraño a Ros —expresa Marigold con tristeza—. Ojalá estuviera aquí.

—¡La próxima vez! —exclama Freya—. Estaremos todas juntas.

—La próxima vez —coincide Marigold con una sonrisa—. Me alegra tanto que podamos compartir esto —murmura, apretando el hombro de Freya.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Dani—. ¡Aún no hemos terminado de mostrarte todo, Freya! ¡Y ahora Ivy está aquí! ¡Doble dilema!

Ríe más de lo necesario, lo que hace que Ivy se pregunte cuántos ponches de ginebra ha bebido antes de sentarse.

—¡Deberíamos ir a bailar! —propone Freya, con las mejillas sonrojadas por el ponche; sus ojos azules brillan con una libertad que Ivy nunca le había visto antes—. Hay baile, ¿verdad? ¡Tiene que haberlo!

Sonríe tímidamente a Ivy, haciéndole revolotear el corazón.

—Quiero bailar con usted otra vez —explica Freya.

—Por supuesto que hay baile —afirma Marigold—. En el prado. ¡Vamos!

Es casi como un sueño: saltar y caminar por la ribera con las hermanas Tallon, adentrándose más en el bullicio de la comunidad de The Bridge, mientras Ivy sigue sus risas y conversaciones emocionadas, y la mano de Freya entre la suya, como si no quisiera soltarla nunca.

El prado junto al río, preparado para el baile, parece propio de un cuento de hadas. Farolillos de papel flotan entre los árboles, cintas coloridas bordean el prado convertido en pista de baile. Músicos

vestidos con atuendos extravagantes tocan melodías que flotan entre los árboles como niebla invisible, sus canciones hechizantes invitan y seducen.

Aquí, el baile no es formal, con distancias ensayadas y tarjetas de baile como en un salón. Aquí, es júbilo. Libertad. Exaltación.

Freya gira en los brazos de Ivy. Las luces bailan tanto como las damas y caballeros que se mueven al ritmo de la música. Ivy ríe al arrebatarle la corona de flores de la cabeza para colocársela.

—¡Oh, ya verá cómo le irá por hacer eso! —amenaza Freya.

Freya la persigue mientras Ivy corre por el prado, y Marigold las observa divertida, claramente experimentada y sabia para tales travesuras. Cuando se desploman sobre el césped, entre un montón de pétalos y enaguas, riendo hasta que les duele el pecho, Ivy no quiere que la noche termine jamás. Querría apresar este momento y esta sensación para volver a ellos cuando quiera. La luz en los ojos de Freya, la acogida de sus hermanas, el sentimiento de pertenencia.

Esto es lo que he estado buscando.

Y ahora que sabe cómo se siente, perseguirá esa sensación el resto de su vida.



Querida Freya:

Verla en The Bridge, mi corazón latiendo con fuerza al verla correr hacia mí, fue como vivir dentro de un sueño. Apenas podía creer que fuera digna de tanta emoción. Que yo fuera la causa de sus sonrisas, de la luz en su rostro.

Usted es como el sol. Lo único que quiero es girar a su alrededor.

¿Puedo visitarla hoy? Me encantaría hacerlo.

—¿Ivy?

Es la voz de June. Ivy levanta la vista desde el escritorio de la biblioteca. Ha estado intentando escribir una nota para Freya, para invitarla a pasar el sábado con ella, pero no logra concentrarse. Sigue pensando en la otra noche en The Bridge, bebiendo juntas en

la barra, lo risueña que estaba Freya, el modo en que sus ojos brillaban sólo para Ivy. Fue tan divertido bailar en el prado con Freya y sus hermanas. Aún siente ese resplandor cálido por lo acogedora que fue Marigold y cuán ingeniosa siguió siendo Dani. Ver a Freya con sus hermanas, siendo recibida por ellas a su vez, fue como entrar en un ritmo que nunca había conocido, pero cuyos pasos fueron fáciles de aprender.

El escritorio está situado bajo los vitrales que van del suelo al techo. Le gusta ese rincón y cómo la luz coloreada se derrama sobre la mesa. Usa un secante sobre la carta antes de cubrir rápidamente el texto con una hoja en blanco justo cuando June se acerca.

—Hola, June —dice, mientras su prima se desliza entre los estantes de la biblioteca. Sus manos rozan con nostalgia los lomos de los libros.

—Quería hablar con usted —menciona June.

—Por supuesto —responde Ivy, guardando la pluma—. Perdón, he estado corriendo de un lado a otro desde que volví de la ciudad.

—Quería agradecerle por haber entregado el paquete que envié a la cafetería y a mis amistades —afirma June.

—Me alegró hacerlo —contesta Ivy. Pasa el dedo por el borde de su carta para Freya. ¿Qué pensará Freya de la Sociedad Ridings? Creciendo aquí, debería conocer las historias que rodean a la mujer que le da nombre—. Sabe que guardaré su confidencia, ¿verdad, prima June? —pregunta—. Sus asuntos son suyos.

—Debe pensar que soy bastante extrema —comenta June.

—Pienso que es valiente por dar voz a sus creencias a través de su arte —argumenta Ivy—. Entiendo lo que es intentar canalizar los sentimientos en la obra… y querer que otros los vean.

—Agradezco que lo entienda —se complace June—. Muchos me han llamado insensata por elegir el amor por encima de la seguridad.

—Si el costo de la seguridad es el alma, entonces no es una elección libre —arguye Ivy—. Usted, prima June, es una mujer que debe mantenerse en paz con su alma. Que debe hablar desde ella. O, en su caso, *dibujar* desde ella.

—Hay muchas cosas que puedo soportar —admite June lentamente—. Incluso el hecho de que mi padre no se haya preocupado lo suficiente como para asegurar mi bienestar. Pero —su voz baja al tono apasionado de una mujer que ha sufrido demasiado— no permitiré que mi hijo cargue con esas mismas penas. La Sociedad Ridings tiene planes más grandes que sólo la ley de herencia.

Un escalofrío extraño recorre a Ivy, como si estuviera al borde de un acantilado, mientras el mar ruge feroz allá abajo.

—La votación —expresa.

June asiente con fervor.

—Si logramos que escuchen a las damas de la alta sociedad, será la primera grieta en sus cimientos. Pero debe comenzar con mujeres que les importen.

—Lo cual ya es injusto —murmura Ivy—. No debería ser necesario tener una relación personal con una mujer para reconocer nuestra situación.

—Así es —asevera June—. Pero ésa es la estrategia que hemos adoptado… y parece que estamos avanzando. La lucha continúa. Aunque debo pedirle algo.

—¿Sí?

—Otro encargo de entrega… pero esta vez dentro del condado. Verá, necesito a alguien que no sea muy conocido aquí para entregar unos paquetes a los chicos de los periódicos que se encargan de distribuirlos. Si lo hago yo, temo que se difundan rumores sobre mis creencias políticas. Prefiero mantenerme en la discreción por ahora.

—Por supuesto —afirma Ivy—. Me encantará ser la intermediaria. Sólo dígame cuándo y dónde.

—Es usted muy amable, prima —le agradece June—. Ahora, ¿puede ayudarme a revisar esta lista del nuevo personal? Quiero asegurarme de conocer todos los nombres.



Freya

Freya se pelea con su cabello frente al espejo, sin perder de vista el reloj. Ivy debería llegar en cualquier momento y aún no ha elegido qué vestido ponerse.

—¡Parece que pasó un tornado por aquí! —declara Dani, entrando en la habitación de Freya sin llamar y dejándose caer sobre la cama, después de apartar varios vestidos.

—Bueno, tú eres más que bienvenida a *no* entrar en mi habitación sin llamar —responde Freya, intentando que sus rizos queden en su sitio. Uno de ellos está ligeramente torcido.

—¿Y dónde estaría la diversión en eso? —pregunta Dani—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a pasar el día con Ivy. A solas —añade con énfasis.

—Auch —expresa Dani—. Eso no ha sido muy amable.

Freya suspira.

—Lo siento, Dani, pero sólo quiero…

—¿…tener tiempo a solas para cortejarla? —interrumpe Dani.

—¡Silencio! —la reprende Freya.

No puede mirarla a los ojos en el reflejo del espejo, aunque ve la sonrisa maliciosa de su hermana. Dani está disfrutando de este descubrimiento que Freya ha hecho sobre sí misma incluso más que Marigold. Pero para Dani todo esto es un juego divertido, otra hermana con quien ir a The Bridge y coquetear con chicas. No comprende la sutil preocupación en los ojos de Marigold cuando observó a Freya con Ivy en The Bridge. Y jamás entendería la ansiedad de Freya ante esta novedad y la idea de la desaprobación de su padre si no termina convirtiéndose en duquesa algún día.

Dani vive la vida a toda velocidad, y no es que no le preocupe el mundo, claro, pero no se preocupa por lo que piensen los demás. No le importa si papá frunce el ceño o incluso le grita. ¡Le parece gracioso!

El estómago de Freya está hecho un nudo ante la idea de ser el blanco de la decepción de su padre. Lo ama. Toda su vida ha girado en torno a ser una buena dama, una buena hija. Y la idea de que él pueda dejar de verla como tal le descontrola el corazón como si estuviera huyendo de un lobo. Cada vez que se acerca ese pensamiento, tiene que apartarlo de su mente; es un sendero demasiado aterrador como para recorrerlo ahora. Quiere concentrarse en estar con Ivy, descubrir todos sus dulces secretos y, a su vez, conocerse mejor a sí misma.

—Bueno, te dejaré con tu enamorada —comenta Dani, levantándose de la cama—. ¿Qué vais a hacer?

—Sólo un pícnic —responde Freya, aunque ése es apenas el comienzo de su plan.

Su propio plan. Eso también es algo completamente nuevo. En sus encuentros con lord Montgomery —y la acompañante—, siempre era él quien decidía qué hacer. Pero Ivy le preguntó qué quería ella, y Freya se regocijó ideando algo especial que pudiera agradarle. Es divertido poder tomar el control, pero a veces también resulta reconfortante dejar que otra persona de confianza tome las riendas.

—Deberías invitar a Ivy a jugar bádminton con nosotras esta semana —sugiere Dani—. Sería bueno conocerla mejor, ya que estás tan prendada de ella.

—Me encantaría —contesta Freya.

—Se lo diré a Marigold. Lo pasaremos bien —afirma Dani—. ¡No hagas nada que yo no haría! Y ponte la seda verde salvia. Hace que el dorado de tu cabello resalte.

—Gracias —dice Freya con gratitud, porque ha estado indecisa y quiere que todo sea perfecto.

Cuando Dani se va, Freya sigue intentando que su cabello quede bien hasta que Bess, la doncella, llega para avisarle que Ivy ha llegado.

—¿Puede hacer que suban la cesta de pícnic que preparó la cocinera? —pregunta Freya, alisando las faldas del vestido que Dani le recomendó.

—Por supuesto, mi lady —contesta Bess.

Freya toma la manta que sacó de su baúl. Un tartán grueso de uno de sus viajes familiares a Escocia, con el que le gusta acurrucarse en invierno. Algunos de sus mejores recuerdos son de estar arropada bajo esa manta junto a la ventana de la biblioteca, observando el bullicio de la finca bajo la nieve mientras leía. Ahora puede crear nuevos recuerdos con Ivy.

Dobla la manta sobre su brazo y baja las escaleras con prisa. Las ya familiares mariposas revolotean cuando ve a Ivy al pie de la escalera.

—Hola —saluda Freya.

Ivy sonríe, le toma la mano y roza un beso sobre el dorso. Los dedos de Freya se cierran en su palma como respuesta, y cuando Ivy alza la mirada para encontrarse con la suya, le *guiña un ojo*.

Freya se sonroja.

—Es usted una coqueta —susurra, justo cuando Bess y otra doncella llegan con paso apresurado, una con una cesta de mimbre, la otra con una bolsa de red llena de botellas.

—La cocinera dijo que le entregáramos esto también —comenta la doncella de cocina, entregando la bolsa—. Su limonada especial de lavanda.

—Yo llevo la cesta —se ofrece Ivy, tomándola—. Gracias.

Las dos chicas se apresuran a salir.

—Entonces —dice Ivy—. ¿a dónde me lleva?

—Venga por aquí y se lo mostraré —responde Freya.



25

Ivy

—Cuando era pequeña, solía jugar aquí —dice Freya mientras se acercan al borde del bosque. Los viejos robles se alzan majestuosos sobre sus cabezas, el tipo de árboles que lo han visto todo—. Marigold le tenía miedo y Angelica era demasiado recatada para participar en esos juegos, pero yo siempre amé estar aquí.

A Ivy le encanta imaginar a la pequeña Freya trepando hacia el cielo. Ella jamás habría hecho algo así. De niña, siempre estuvo enfocada en lograr cosas. Se exigía tanto a sí misma que sentía que no debía perder tiempo a menos que contribuyera al avance de su carrera. De su escritura. Pero quizá no siempre hay que avanzar. Tal vez está bien quedarse tranquila. Cuando está con Freya, lo único que desea es eso: estar quieta. Estar en calma.

El sol se filtra entre las hojas y ramas de los robles, pintando sombras como acuarelas sobre el suelo del bosque, mientras Freya guía a Ivy al interior. Caminar con ella es casi como un sueño. Un sueño del que Ivy no quiere despertar. *Te seguiría a cualquier parte*, piensa.

—¿Jugabas a imaginar cosas? —pregunta Ivy, balanceando la cesta de pícnic.

—Todo el tiempo —responde Freya.

A Ivy le encanta pensar en ella como una niña llena de espíritu e imaginación. Se pregunta si habrían sido buenas compañeras de juegos o si se habrían enfrentado.

—En tu cuento de hadas —dice Ivy—, ¿soñabas con un final feliz?

Su mano se demora un momento en la cintura de Freya.

—La mayoría de las veces fingía que había encontrado un animal mágico que me acompañaba en mis aventuras —admite Freya, haciendo que Ivy suelte una risita.

—Eso es tan puro —comenta Ivy.

—Siempre adoré a los gatos de las caballerizas cuando era niña —menciona Freya—. Pero mamá nunca me dejó tener uno dentro de la casa.

—Nosotras teníamos un gato naranja enorme cuando yo era pequeña. Solía seguirme hasta el baño y quedarse mirándome. Un verdadero entrometido, ese gato —exclama Ivy, y de pronto la compra del pequeño gato de jade en Londres para Freya le parece casi profética.

Freya ríe tan fuerte que las botellas de limonada que lleva tintinean.

Ivy se queda sin aliento al ver el pequeño claro entre los árboles, flores silvestres esparcidas entre los pastos altos. Hay una casita al borde del prado, el musgo cubre su viejo tejado.

—Oh, cielos —se asombra Ivy—. Es precioso.

—Solía ser la cabaña del jardinero, pero papá construyó una mejor hace años. Así que ésta siempre ha sido sólo mía —Freya se inclina para arrancar una margarita y la coloca detrás de la oreja de Ivy—. Jugaba aquí con mis hermanas y hacíamos coronas y guirnaldas con las flores —comenta Freya—. Siempre me han gustado esas pequeñas cosas.

—Lo tendré en cuenta —asevera Ivy, y Freya le lanza una mirada tan especial que le corta la respiración. Como si Ivy fuera especial por querer demostrarle que le importa.

—Por aquí —le indica Freya.

—¿Hay algo más que esto? —pregunta Ivy, pero la sigue, cruzando el prado perfumado.

Aparece una pequeña cascada, una poza bajo ella con agua cristalina, rocas cubiertas de musgo por todas partes, la luz del sol pinta colores sobre el agua.

—Éste es mi lugar especial —afirma Freya—. Mi santuario.

Su lugar especial. Un santuario.

—¡Es increíble! —exclama Ivy—. ¿Es el mismo arroyo que pasa por Silverthorne?

Freya asiente. Bajan hacia la cascada. El chorro de agua hace que las gotas salpiquen el aire como un beso fugaz sobre la piel.

—Me pidió que le mostrara mi lugar favorito —dice Freya—. Éste es.

—Ya veo por qué —contesta Ivy, dejando la cesta sobre una roca plana—. Permítame.

Toma la manta de Freya para extenderla. Quiere que todo sea perfecto. Finalmente elige un sitio, la extiende, y Freya trae la cesta, luego va por la bolsa de red con las botellas de limonada.

—¿Es la misma limonada que sirvieron en el baile? —pregunta Ivy, sacando una botella mientras Freya se sienta, acomodando su falda.

—Lo es. Es la especialidad de la cocinera —comenta Freya, abriendo la cesta de pícnic.

Saca los platos y cubiertos, y le entrega los vasos a Ivy. Hay pequeños emparedados envueltos en papel, fiambres y quesos, una selección de frutas y bayas cortadas. Freya se ocupa de organizar la comida en los platos y, al levantar la vista, se da cuenta de que Ivy la está observando.

Ivy elige el plato de frutas, donde Freya ha dispuesto las piezas en una espiral colorida.

—Tiene buen ojo para los detalles… y para hacer que la gente se sienta especial.

—Me gusta que las cosas se vean bonitas. Supongo que así me educaron —admite Freya—. Aunque la vida rara vez es ordenada, lo cual es muy molesto.

Ivy se lleva una zarzamora a la boca y deja escapar un sonido de satisfacción.

—Deliciosa —expresa. Toma otra, pero ésta la sostiene frente a Freya, tentándola.

Freya se inclina, dejando que Ivy roce la fruta con sus labios. Un estremecimiento recorre su cuerpo al contacto fugaz de su piel, e Ivy desearía que sus dedos pudieran quedarse allí. ¿Sería demasiado atrevido pedir otro beso? ¿Sería demasiado para ella? Ivy se contiene —por ahora— y, en cambio, saca el pequeño paquete que trajo de Londres, repentinamente nerviosa, preguntándose si es un detalle demasiado insignificante. Pero reúne algo de valentía cuando ve que los ojos de Freya se iluminan al ver lo que sostiene.

—¿Qué es eso? —pregunta Freya.

—Un regalo —responde Ivy.

—¿Para mí?

—No dejó usted de ocupar mi mente mientras estuve en Londres —confiesa Ivy—. Todo me recordaba a usted. Vi esto en el escaparate de una tienda y ahora me siento muy ingeniosa, después de nuestra conversación durante el paseo.

Le entrega el paquete, intentando no sentirse tímida.

Freya abre la caja y contempla el pequeño gato de jade, acurrucado con ternura.

—El jade es una piedra muy antigua. Se dice que fomenta el amor, tanto hacia los demás como hacia uno mismo. Pero lo que me gustó fue lo acogedor que se veía este gatito. Me recordó a… —su voz se desvanece y sus mejillas se encienden al perder el valor que la animaba.

—¿Le recordó a…? —pregunta Freya en voz baja.

—Me recordó a cómo me hace sentir usted. Cálida. Bienvenida —contesta Ivy—. Y, sobre todo, libre.

Freya deja que el gato de jade repose en su palma, examinándolo.

—Es usted quien me hace sentir libre —asevera—. Usted es alguien que crea espacio para los demás, Ivy. Y si no hay espacio, encuentra la manera de abrirlo. Ésa es una cualidad rara. Que

incluso cuando no hay lugar para usted, sigue adelante. Es una mujer decidida y apasionada.

Ivy traga saliva, sin estar segura de haber sido vista tan profundamente antes. Esa vulnerabilidad y sinceridad que suele mantener bajo llave han sido traspasadas por completo. Se muerde los labios, deseando corresponder a Freya con esa misma franqueza.

—Cuando era niña, mi padre me regaló una figura de jade como ésta después de un día muy malo —agrega, tocando la que está en la palma de Freya—. La mía era un pájaro. Verá, yo era… —suspira —. Era torpe —explica—. Ya sabe cómo son las cosas cuando una es pequeña.

—¿Usted? Pero es tan segura de sí misma y tan hermosa —afirma Freya.

Le sale tan fácil, como si fuera real y cierto, e Ivy no sólo lo cree: lo siente.

Ivy se sonroja y Freya frunce el ceño.

—¿Es la primera vez que lo digo? Porque es verdad. Usted es muy hermosa. Se lo diré todos los días si quiere. Diez veces al día.

Qué vida sería ésa. Qué amor. Ivy lo anhela como una mujer que se asfixia desea el aire.

—Empecemos con una —dice Ivy, riendo.

—Tiene que permitirme al menos más de *una* —expresa Freya—. Me resultará muy difícil, de otro modo.

—Muy bien —responde Ivy.

—¿Me contará más sobre ese pájaro de jade que le dio su padre? —pregunta Freya.

Ivy asiente, trazando las líneas de la palma de Freya mientras habla.

—Me contó una historia sobre cómo el pájaro me cuidaría y me enseñaría a quererme. Y me dijo que, algún día, alguien me amaría tanto como yo me amaba a mí misma.

—Entonces, era su talismán —comenta Freya.

—Todavía lo es —asegura Ivy—. Está en mi baúl, en la casa.

—Parece que fue un hombre y un padre maravilloso —menciona Freya, colocando una mano reconfortante sobre el muslo de Ivy, como si supiera que necesita ese consuelo. ¿Qué sería tener eso

siempre? ¿Poder apoyarse en alguien? ¿Confiar? Ha habido tantos comienzos falsos y elecciones equivocadas.

—Lo extraño mucho —admite Ivy—. Usted también es cercana a su padre, ¿no es así?

—Mis hermanas dicen que soy la niña de papi —afirma Freya, con un pequeño puchero adorable.

Ivy quiere besarla al ver su expresión.

—Prescott siempre decía eso de mí también —le confía Ivy.

—Hay algo tan reconfortante en mi padre —dice Freya—. Es tan firme. Pero ama profundamente. A veces es terco. Pero algunos de mis mejores recuerdos de infancia son de cuando me sentaba en su despacho, a los pies de su escritorio, jugando con mis muñecas mientras él tenía reuniones de negocios.

—¿Tenía reuniones de negocios con usted en el despacho? —pregunta Ivy, sorprendida—. No me parecía que fuera de ese tipo de hombres.

—Siempre fui muy callada —contesta Freya—. Y mi padre es conocido como un gran hombre de familia. Un hombre devoto. Creo que los hombres con los que se reunía lo admiraban por ello, aunque les pareciera extraño. Mostraba cómo estaba criando a la siguiente generación.

—Me gusta escuchar sobre usted cuando era pequeña —comenta Ivy, recostándose sobre los codos, estirando las piernas y mirando a su alrededor—. Ya veo por qué le gustaba jugar en estos bosques. Este lugar parece sacado de un cuento de hadas.

—Es como una iglesia. Sagrado.

—Bueno, *eso* sí que no lo domino mucho —admite Ivy con una risa.

—¿La iglesia?

Ivy asiente.

—Mis padres no nos criaron con ninguna religión.

La sorpresa se refleja en el rostro de Freya.

—Ni siquiera sabía que eso era posible —confiesa.

—Soy prueba viviente —afirma Ivy—. ¿Pero usted sí va?

—La fe es un gran consuelo —expresa Freya—. Sobre todo, en tiempos difíciles.

—Me alegra que haya tenido ese consuelo —menciona Ivy.

—Escuché que incluso hay servicios en The Bridge —manifiesta Freya—. Siempre he ido a la iglesia de la aldea los domingos, pero pensé que podría asistir al servicio en The Bridge esta vez. Cambiar un poco las cosas.

—Bueno, si decide cambiar las cosas, iré con usted —asegura Ivy, porque es evidente que significa mucho para Freya.

—¿De verdad? —pregunta Freya, de pronto con tono vacilante.

—Claro —contesta Ivy—. Siempre que sepa que voy a aprender más sobre usted y sobre esta parte de usted, que sobre Dios.

Freya sonríe con una luz radiante ante su franqueza.

—Eso significa mucho.

—Entonces, eso haremos el domingo —afirma Ivy.

—¿Así, sin más? —pregunta Freya, sin poder evitarlo.

Ivy desliza suavemente un dedo sobre la palma de Freya.

—Así, sin más.

Freya entrelaza sus dedos con los de Ivy.

—Tengo una sorpresa —dice, levantándose y tirando de Ivy para que se levante también.

Ivy tropieza un poco contra ella, tal vez a propósito; no, *definitivamente* a propósito, pero nadie se queja cuando sus caderas se rozan, aunque las capas de enaguas impiden que sus piernas se toquen.

—Hola —expresa Ivy con una sonrisa, apartando un rizo del rostro de Freya y colocándolo detrás de su oreja.

Freya se inclina y la besa sin dudar. Ivy le responde, y sus manos descienden hasta descansar en la parte baja de su espalda para trazar pequeños círculos justo encima de sus caderas. La sensación que la atraviesa es pura incandescencia. Cuando por fin se aparta, sabe que sus mejillas deben estar encendidas.

—¿Ésa era mi sorpresa? —bromea Ivy.

—Eso fue porque me distraje de su sorpresa —responde Freya.

—Perdón, continúe —declara Ivy.

—Sígame —le pide Freya, girando hacia la gran poza bajo la cascada, perfecta para nadar.

Freya se agacha, agita el agua con la mano, e Ivy la imita.

—¡Está tibia! —exclama Ivy.

—Hay una fuente termal en la cima de la cascada —explica Freya —. A medida que el agua se aleja de la poza y entra en el arroyo, empieza a enfriarse, pero esta poza permanece cálida todo el año.

—Increíble. ¿Nada aquí a menudo?

Freya asiente.

Ivy se incorpora.

—Vaya, lady Freya Tallon. ¿Me ha traído aquí para nadar? ¿*Sin* traje de baño?

—Si le hubiera pedido que trajera su traje de baño cuando veníamos hacia acá, habría arruinado la sorpresa —afirma Freya.

—Creo que sólo quiere verme en mi corsé —comenta Ivy.

Tal vez un poco. Freya no lo dice. Pero Ivy sabe que lo está pensando.

—No tenemos que nadar.

—¿Está bromeando? ¡Por supuesto que vamos a nadar! — exclama Ivy, girando sobre sí misma, recogiendo su cabello de su espalda y echándolo sobre su hombro.

—Ayúdeme con los botones —le pide Freya.

La boca de Ivy se seca al ver la hilera de botones en la espalda del vestido de Freya. Como la mayoría de los vestidos en boga, está compuesto por dos piezas: un corpiño y una falda sobre las enaguas. Ivy extiende la mano, soltando los botones con cuidado; cada centímetro va revelando el suave algodón blanco de la camisa interior de Freya. El silencio que se instala entre ellas no es incómodo, sino lleno de expectativas.

—¿Necesita ayuda? —pregunta Freya después de quitarse la enagua exterior, hasta quedarse sólo con la falda de su camisón. Los botones del corpiño de Ivy están al frente. En realidad, no necesita la ayuda de Freya.

Traga saliva y asiente.

Ivy da un paso hacia ella, mirándola a través de sus pestañas.

—¿Ha traído aquí a alguien más? —pregunta Ivy.

—No —responde Freya—. Es demasiado especial. Pero usted… — deja escapar un suspiro tembloroso. Ivy siente los dedos de Freya

rozar su piel mientras libera el primer botón, y luego el siguiente—. Usted es especial.

Freya llega al último botón, e Ivy cubre sus manos con las suyas, terminando ella misma. Freya la observa mientras Ivy se quita el corpiño y lo deja caer al suelo.

Con una sonrisa inesperada y traviesa, Freya corre hacia el borde de la poza, creando un arco de agua hacia Ivy con tal rapidez que apenas puede reaccionar. Intenta esquivarlo bailando al tiempo que Freya ríe, pero es demasiado tarde: el agua le cae sobre las rodillas.

—¡Venga por mí! —grita Freya, zambulléndose en el agua como una sirena. Su cabello como cintas flota detrás de ella mientras Ivy se rinde y la sigue.

—¡Oh, ya verá que sí la alcanzo! —promete Ivy, corriendo y lanzándose al agua tras ella. La risa burbujea en su pecho.

Ivy está aprendiendo rápidamente que Freya tiene más espíritu y alegría por la vida que cualquier persona que haya conocido. Es una luz radiante y, por primera vez en mucho tiempo, Ivy se siente presente y viva, no está atrapada en su agitación interna ni preocupada por sus plazos inminentes. Freya lo ha borrado todo.

Salpican y ríen, acercándose. El agua las envuelve con calidez.

26

Ivy

Ivy contempla la carta que fue entregada por mensajero desde Londres esa mañana. *Otro* mensaje de sus editores, preguntando por la entrega de su último poemario.

Suspira hondo y se deja caer contra el respaldo de la silla del escritorio, intentando ignorar la creciente ansiedad. Sobre el escritorio, hay papeles esparcidos. Algunos están arrugados, hechos bolas; otros son borradores que ha logrado conservar.

Está luchando, y no ha querido admitirlo. Su bloqueo creativo se ha transformado en otra clase de criatura, ahora que las palabras y los sentimientos sobre Freya se han volcado en la página.

Recibir el recordatorio de su fecha límite hace imposible seguir ignorando sus preocupaciones. Hay tanto ocurriendo… no sólo en su vida, sino en su corazón y en su mente. Parece casi imposible organizarlo y ponerlo en palabras.

Algunos de sus sentimientos son demasiado especiales y sagrados como para tocarlos siquiera, y no está segura de *qué* hacer con ese instinto.

Durante mucho tiempo escribió para sí misma. Soñaba con publicar, como la mayoría de los escritores, pero hubo años en los que no sabía si eso llegaría a ocurrir. Años en los que ignoraba si alguna vez tendría lectores.

Ese tiempo ha quedado atrás. Y la presión de saber que decenas de miles leerán su trabajo… nunca le había molestado antes.

Pero jamás había escrito sobre Freya. Y ahora… eso es lo único sobre lo que quiere escribir. Ivy nunca había encajado tan perfectamente en los brazos de alguien, en la vida y el ritmo de alguien. Pasar tiempo con Freya y sus hermanas es como formar parte de una familia —una más bulliciosa y activa que la que ella conoció— y descubre que eso es algo que había estado extrañando. Quizás incluso anhelando.

No quiere ponerlo en riesgo. Mientras circulan rumores sobre las mujeres de sus poemas, Freya tenía razón: aunque se inspira en su vida, Ivy escribe con más frecuencia sobre sus sueños, sus ideas, sus esperanzas de encontrar el amor.

Ahora está viviendo algo raro y real, y quiere volcarlo todo en tinta y papel, pero al mismo tiempo también teme hacerlo.

La vulnerabilidad en el arte es casi tan difícil como la vulnerabilidad en la vida.

Los ojos de Ivy vuelven a la carta de su editorial, y siente cómo se le aprieta el pecho aún más. Tiene que entregar algo en unos meses. Suficientes poemas para crear un nuevo volumen. Sabe que podría llenar un libro con lo que siente por Freya, pero derramar su corazón así… exponerse no sólo a ella misma, sino también a Freya…

El pecho se le contrae otra vez, su pluma cae sobre el escritorio.

—¿Ivy? —llama una voz suave—. Por Dios, Ivy, se ve tan pálida.

Pasos rápidos, seguidos de unas manos frescas que le acarician el rostro. Ivy se deja llevar por el tacto de Freya, un bálsamo para su alma. Querría hundirse en su suavidad y no salir jamás.

—Ni siquiera la oí entrar —murmura Ivy.

Freya se inclina para mirarla.

—¿Está bien? —pregunta con preocupación.

—Sólo… estoy entrando en pánico por mi fecha de entrega —explica Ivy, señalando la carta que se burla de ella desde la mesa.

—Ay, querida —se lamenta Freya, chasqueando la lengua con simpatía, trazando la frente de Ivy con un dedo delicado, bajando hasta tocar la punta de su nariz. Ivy ríe, parte de la ansiedad se disipa—. ¿Las palabras no llegan?

—Sí llegan —admite Ivy—. Es sólo que… no estoy segura de querer compartirlas.

—Mmm —dice Freya, pensativa. Ivy se aparta un poco para que Freya pueda sentarse en el borde del escritorio, y su falda roza tentadoramente la de Ivy.

—A veces le cuesta dejar entrar a la gente. ¿Puedo ver uno?

—Oh, no tiene que…

—Me gustaría —interrumpe Freya con firmeza—. Pero sólo si quiere compartirlo. Entiendo si aún está trabajando en ellos.

Ivy duda, pero sólo un instante, antes de empujar una hoja de papel hacia Freya. Sus rizos suaves rozan el brazo de Ivy mientras se inclina para leer el poema "Encarnada":

Separarnos sería un desgarramiento sin igual
Un paño rasgado, fugaz y cruel
Lágrimas doradas en su rostro
Mis manos buscando, sin alcanzar a tiempo.
Diosa antigua, recorrería el mundo…
Artemisa encarnada…
Para encontrarla.

Freya guarda silencio un largo momento, como si necesitara tiempo para absorber las palabras.

—Me está matando —expresa Ivy, intentando disipar la tensión.

Pero los ojos azules de Freya se alzan para encontrarse con los suyos, ardiendo con intensidad.

—La diosa Freya… llora lágrimas de oro.

—Eso dicen las historias.

Freya baja la mirada, sus dedos juguetean con el borde del papel.

—¿Esto es sobre mí?

Ivy está aterrada por lo que Freya pueda decir a continuación, pero no puede evitar la verdad audaz y vulnerable.

—Todos son sobre usted —admite—. Creo que ya lo eran incluso antes de conocerla.

Freya guarda tanto silencio que Ivy teme haber ido demasiado lejos.

—Jamás publicaría ninguno sin su permiso —se apresura a decir Ivy, como si el silencio fuera malo en lugar de bueno—. Lo que tenemos… es especial. Sagrado. Siempre he compartido la verdad sobre mi vida, pero entiendo que su vida y el camino que está recorriendo… eso es *suyo*. Sé guardar un secreto.

—Sabe que no quiero mantenerla en secreto —expresa Freya con cuidado—. Sólo quiero aprender y crecer por mí misma y por nosotras, primero.

Ivy asiente.

—Hay una diferencia entre el secreto y la privacidad —dice simplemente, y Freya parece abrumada por la emoción de sentirse comprendida con tanta facilidad.

Los labios de Freya rozan los suyos, y a medida que el beso se profundiza y se vuelve más dulce, Ivy ya no tiene miedo. De nada.



—Vine aquí por una razón, ¿sabe? —menciona Freya cuando por fin se separan, muchos minutos después.

Algunos de los poemas se encuentran ahora tirados y esparcidos por el suelo, y Freya se inclina para recoger algunos y colocarlos de nuevo sobre el escritorio.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ivy, intentando encontrar la manera de atraerla de nuevo para seguirla besando.

—¡Basta! —la reprende Freya en tono juguetón, tirando de Ivy para levantarla del escritorio—. Se supone que debo llevarla conmigo. Mis hermanas van a recorrer los campos de lavanda hoy.

Querían que la invitara. Y es claro que usted necesita un descanso de todo esto.

Señala el caos de papeles sobre el escritorio de Ivy.

—No puedo decirles que no a las hermanas Tallon —contesta Ivy, dejándose llevar—. Guíeme.

Los campos de lavanda de las tierras de los Tallon están lejos de la casa solariega y del bosque donde Freya llevó a Ivy. Cuando aparecen a la vista, aún verdes con la promesa de una plena floración a finales del mes, las largas hileras de plantas dejan a Ivy sin aliento. Su aroma tenue ya impregna el aire y la relaja.

—¡Por eso sirven tantas cosas con sabor a lavanda! —exclama, mientras ella y Freya saludan a las figuras a lo lejos: Marigold y Ros, que van de la mano, y Dani, que intenta lanzar una cometa al aire sin éxito.

—¡Sí vino! —grita Dani emocionada cuando se acercan.

—Gracias por la invitación —manifiesta Ivy—. Necesitaba un descanso.

—Inspeccionamos los campos de lavanda cada año por estas fechas —explica Freya—. Para revisar las hileras y ver si hay huecos o plantas que los jardineros deban reemplazar.

—Papá suele acompañarnos, pero este año estamos por nuestra cuenta —añade Dani.

—Así que nos vendría bien la ayuda —interviene Ros.

—Es un honor —dice Ivy, sintiéndose parte de la familia en el mejor sentido—. ¿Hacen muchas cosas con las plantas cuando florecen?

—Las flores se prensan para extraer sus aceites —explica Marigold—. Y luego se venden a casas que elaboran perfumes.

—Marigold inventó una prensa de vapor para extraer aceite que es muy ingeniosa —menciona Ros con orgullo—. Yo seguiré insistiendo, querida, en que deberías vender su patente a la perfumería que quiso comprarla.

—Sabes que papá lo desaprobaría —opina Marigold.

—No si le permites que administre el dinero en tu lugar —señala Ros—. Sólo hay que saber cómo tratar con él.

—La mente de una inventora es fascinante —asegura Ivy—. Me encantaría saber más sobre sus creaciones algún día.

—Estoy de acuerdo, es fascinante —expresa Ros con una sonrisa afectuosa hacia su esposa, que sólo pone cara de modestia.

—No es nada, en realidad —dice Marigold.

—¡Tonterías, eres brillante! —asevera Dani, lanzando la cometa al aire de nuevo y corriendo debajo de ella, intentando que la lleve una brisa pero falla otra vez. Frunce el ceño.

—¿Me permite? —ofrece Ivy, extendiendo las manos para tomar el hilo de la cometa.

Le da mucha holgura a la cometa, dejándola colgar casi a ras del suelo, mientras el viento sopla a su derecha. Las plantas de lavanda comienzan a mecerse, e Ivy lo sincroniza perfectamente, echando a correr con ella. Dani la sigue, riendo, mientras la cometa de colorido papel se eleva en el aire y vuela en lo alto. Freya y sus hermanas aplauden y vitorean.

Ivy le entrega la cometa a Dani, que corre con ella feliz como si tuviera seis años, y vuelve junto a Freya para observar sus travesuras. Su brazo se desliza alrededor de la cintura de Freya, acercándola, y se quedan de pie junto a Ros y Marigold, como dos parejas normales, viendo a la más pequeña de la familia correr a toda velocidad, riendo como una *banshee*.

Siente una abrumadora sensación de pertenencia al estar allí. ¿Sería así su vida, si fuera una de ellas? Siempre habría alguien con quien pasar el tiempo, una casa no sólo con una esposa hermosa, sino con hermanas, sobrinas y sobrinos entrando y saliendo a todas horas, fiestas con mesas rebosantes, bailes donde siempre terminaría la noche con Freya en sus brazos.

Lo desea tanto que puede verlo con detalle, como una fotografía.

—Juro que quien se case con Dani va a tener trabajo —comenta Ros mientras caminan entre las hileras, revisando las plantas—. Quien ella elija, tendrá que esforzarse para ganarse a su padre.

—O quizás estará tan cansado para entonces que se la entregará a quien sea que la ame —expresa Marigold con sequedad.

—¡Están equivocadas! ¡Papá estará desconsolado cuando Dani se case! —protesta Freya, acurrucándose junto a Ivy—. Él y mamá

tendrán el nido vacío.

—De algún modo, creo que sobrevivirán, considerando que todas nos estamos estableciendo cerca de ellos —afirma Marigold, siempre práctica—. Hablando de establecerse cerca… Ivy, debe venir a cenar con Freya a la Mansión Honeywell una vez que nuestros padres regresen a casa y Ros y yo volvamos a la nuestra. Nos encantaría recibirla.

—Sería maravilloso —contesta Ivy, mirando a Freya, que asiente, y luego se distrae por completo al ver a Dani enredarse con el hilo de la cometa.

—Ay, por el amor de Dios —murmura Freya—. Ya vuelvo —dice, corriendo tras su hermana, que parece estar a cinco segundos de envolverse en el hilo como un capullo.

—Será mejor que vaya a ayudar —añade Marigold, apresurándose tras Freya, llamando a Dani con preocupación.

—Esas tres —exclama Ros, negando con la cabeza con profundo afecto y diversión.

—Es muy amable al invitarme a su casa —dice Ivy.

—Bueno, como esposa de alguien que vive en la misma situación, pensé que podría ayudarle —asevera Ros.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ivy, intentando ignorar el salto emocionado en su estómago ante la idea de ser igual a la esposa de Marigold.

—Es una familia complicada, como todas —dice Ros, mientras comienzan a pasear por las hileras ordenadas de lavanda—. Pero cuanto menos revuelo se cause, más fácil será todo, créame. Llevarse bien para seguir adelante es lo mejor.

—¿Cree que… es posible no causar revuelo cuando…? —Ivy vacila.

—¿Cuando el descubrimiento de Freya sobre sí misma es tan reciente? —pregunta Ros.

Ivy asiente.

—Con el tiempo, creo que todo es posible —afirma Ros con tacto —. Pero ser una Tallon implica seguir las reglas… es decir, las reglas de *él*.

—¿Cómo es lord Tallon cuando se corteja a una de sus hijas? —pregunta Ivy, deseando saber qué le depara el futuro.

—Creo que es justo —dice Ros—. Al menos, lo fue conmigo. Quiere lo mismo de una pretendiente que de un pretendiente. Una buena familia, valores sólidos alineados con los suyos, la capacidad de proveer y proteger a su hija.

—Puedo hacer todas esas cosas —menciona Ivy, sus dedos rozan las hojas de lavanda. Este campo debe ser aún más hermoso cuando está en plena floración, vivo de color. Quiere caminar entre los aromas este verano con Freya, con la aprobación y bendición de su padre.

—Usted es una extraña a sus ojos —argumenta Ros. Lo dice con suavidad, con la honestidad amable de quien desea evitarle un dolor.

—Lo sé —admite Ivy—. Pero seguramente… seguramente lo que siento… lo que lucharía por ella… ¿no le demostrará mi valor?

—Eso espero —expresa Ros, pero Ivy escucha lo que no está diciendo: "Pero tal vez no sea así".

Ivy se frota los brazos, combatiendo un escalofrío repentino. Le cuesta ocultar sus emociones, pero lucha por controlar la preocupación y esa sensación de fatalidad que su alma, a veces sombría, puede despertar en ella. Sabe sin lugar a dudas que lord Tallon desaprueba su mera existencia. No sabe cómo reaccionaría si supiera que ha estado cortejando a su hija, sobre todo considerando que tiene otro pretendiente en mente. Quiere decirse: *¿Qué importa lo que piense el padre de Freya?*, pero sabe que sí importa. La aprobación de un padre —sobre todo la de *ese* padre— significa todo. No sólo para el futuro, sino para Freya, que lo ama tanto.

Y ella es distinta a Ros. No es alguien que se adapte. Siempre ha destacado.

¿Debe aprender a encajar? ¿Por el bien de una vida con Freya?

Nunca he podido apagar mi alma. ¡Ni debería hacerlo!

Vuelve la mirada hacia las hermanas que persiguen la cometa. Ríe cuando Freya le lanza un beso, y ella finge atraparlo y lo sostiene cerca del corazón.

Quiere sujetar todo lo que es Freya con fuerza. Con tanta fuerza que nunca la pierda.



Freya

Freya acaba de sentarse a tomar el té en el salón azul cuando escucha el timbre de la puerta. El corazón le da un vuelco ante la idea de que Ivy haya venido sin avisar, y siente esas mariposas, ahora familiares, revoloteando en su pecho. Deja el té a un lado con impaciencia y alisa su falda, deseando haber elegido uno de sus vestidos más bonitos.

La puerta del salón se abre, pero en lugar de Ivy, entra lord Montgomery.

—Mi lord —Freya se pone de pie rápidamente y hace una genuflexión—. Qué sorpresa inesperada.

—Espero que no sea una sorpresa desagradable —replica él.

—Nunca —responde Freya—. Siempre es un placer verlo. ¿Tomará té? Marigold y Ros deberían bajar en breve.

—No querríamos ser indecorosos —dice él, muy serio.

Freya se acerca al cordón de llamada y tira de él.

—¿Podría avisar a mi hermana que lord Montgomery ha llegado? Y traernos una tetera nueva, por favor.

—Sí, mi lady.

Lord Montgomery se sienta frente a ella, a una distancia respetuosa.

—¿Ha disfrutado de los placeres de la primavera? —pregunta él.

—Sí. Visitamos los campos de lavanda la semana pasada. Espero su floración todo el año —exclama Freya con entusiasmo—. Y el festival del May Day del pueblo.

—Qué tradición tan pintoresca —menciona lord Montgomery—. No estoy seguro de haber asistido a uno.

—¿No pasó tiempo en el campo cuando era niño, mi lord? —pregunta Freya.

—Mis padres prefieren Londres —contesta él—. Y confieso que mis hermanos y yo también.

—Londres es maravilloso —asegura Freya, aunque sabe que su corazón está arraigado al campo y a sus ritmos y estaciones. Lo extrañaría tanto si pasara todo su tiempo en la ciudad.

—Mi lord —exclama Marigold desde la puerta—. Qué gusto verle.

Él saluda a Marigold justo cuando la doncella entra con una nueva bandeja de té, y Ros se une unos minutos después. Marigold guía la conversación con destreza, y luego ella y Ros se retiran discretamente al terminar de tomar el té.

Lord Montgomery pregunta por los libros que Freya está leyendo y por sus acuarelas, y ella disfruta de sus relatos sobre las aventuras de su hermano menor en Eton y el gran tour por el continente de su hermano de en medio. Los ojos de lord Montgomery brillan cada vez que habla de sus hermanos, un sentimiento con el que Freya se identifica.

Es una forma perfectamente encantadora de pasar la tarde, y cuando Freya lo acompaña al vestíbulo para despedirse, no siente que haya perdido el tiempo.

Pero hay una culpa que se agita dentro de ella al verlo montar su caballo y alejarse, una culpa que no quiere analizar.

—Fue amable de su parte venir —comenta Marigold cuando Freya regresa al salón.

—Estoy segura de que papá se lo pidió —asevera Freya.

—Tú le gustas —asegura Ros—. Sería un buen partido.

—Lo sería —dice Freya, intentando ignorar el aleteo de nervios en su estómago.



Lord Montgomery envía flores al día siguiente, con una nota prometiendo volver a visitarla más adelante en la semana, pero Freya pronto lo olvida, porque invitó a Ivy a tomar el té con sus hermanas. Marigold y Ros han aprovechado el buen día y se han instalado junto al lago, donde descansan en tumbonas, mientras Dani juega en el césped con uno de los gatos de la cocina.

—Ivy —sonríe Marigold cuando Freya la lleva al lago—. Nos alegra tanto que haya venido.

—Encantada de estar aquí —responde Ivy, tomando su lugar junto a Freya—. Me han dicho que están organizando el festival del May Day.

—Ay, por Dios, no las anime —advierte Ros, e Ivy ríe, pero Marigold se lanza entusiasmada a describir todos los puestos de comida que ya ha reservado. Ivy toma una taza de té que le ofrece Freya. Su mano libre se posa suavemente sobre la de Freya mientras conversan.

Todo se vuelve cómodo tan rápido, como todas las tardes que Ivy pasa con sus hermanas. Ros e Ivy se enfrascan en una conversación sobre los salones literarios de Londres, mientras Dani da su opinión, Marigold sorbe su té y Freya simplemente se deja llevar y piensa: *¿Podría ser siempre así?*

Pero el miedo la inquieta, punzante: ¿es sólo así porque sus padres están lejos, cuidando de Angelica mientras se prepara para que su familia crezca? Ros se integró tan naturalmente al grupo de hermanas, de una forma que el esposo de Angelica jamás lo haría. Es como ir a The Bridge con Marigold y Dani: entrar en un mundo que Freya no había comprendido del todo que podía tener. Un mundo donde ahora siente que pertenece.

—Me agrada mucho —comenta Marigold en voz baja a Freya mientras terminan el té y deciden dar un paseo alrededor del lago.

Ivy y Ros van adelante, hablando de una novela popular llamada *La promesa*, de la que ambas son admiradoras.

—A mí también —confiesa Freya, enlazando su brazo con el de su hermana mientras los colores vibrantes de la primavera las rodean y el lago centellea como diamante.

—¿Se están rezagando ustedes? —pregunta Ivy en tono burlón por encima del hombro.

—Todavía no he leído *La promesa* —admite Marigold—. ¡No quiero que me la arruinen!

—No puedo creer que conozcas a la novelista, Ivy —menciona Dani.

—El mundo literario de Nueva York es muy pequeño —explica Ivy —. Y aún más cuando se reduce a escritoras sáficas como yo y la autora de *La promesa*.

—Me gustaría ir a Nueva York —expresa Dani.

—Tú en Manhattan suena a desastre —asevera Freya justo cuando Ivy reduce el paso para caminar a su lado, mientras Marigold se adelanta para acompañar a Ros.

—Le encantaría Manhattan —asegura Ivy en voz baja, dejando que las hermanas de Freya tomen la delantera, mientras ellas dos reducen el ritmo—. ¿Todos esos ballets y conciertos? Estaría en el cielo.

—Suena emocionante —expresa Freya, mirando hacia el agua mientras Dani baja a la orilla para lanzar piedras.

—Quizás algún día la lleve —promete Ivy—. Le mostraré todos mis lugares favoritos, como usted me ha mostrado los suyos aquí.

La idea la estremece, aunque parece casi imposible. Nunca ha viajado con nadie que no sea su familia. ¿Qué sería explorar el mundo con Ivy? Una aventura sin fin, indudablemente.

—¡Mi lady! —Marigold y Freya se giran al mismo tiempo cuando una doncella cruza apresuradamente el césped hacia la orilla del lago. El estómago de Freya se contrae al ver quién camina detrás de la doncella: lord Montgomery.

—Mis disculpas, mi lady —dice él, haciendo una breve reverencia al detenerse frente a ellas—. No sabía que estaba pasando tiempo con sus hermanas y amigas hoy.

—No se preocupe, mi lord —enuncia Ros con suavidad—. Nos honra con su presencia. ¿Conoce a la señorita Ivy Yada-Lovell?

—Por supuesto. Señorita Ivy.

Los ojos de lord Montgomery recorren a Ivy, pero regresan a Freya casi de inmediato. Freya tiene que luchar contra el impulso de acercarse a Ivy, sabiendo que debería alejarse. Puede sentir la mirada de Ivy quemándole la piel.

—Subamos a la casa —sugiere Marigold—. Podemos pedir que nos traigan té.

—No, no —declara lord Montgomery con alegría—. No os interrumpiría ni en mis sueños. Mi madre siempre decía que las damas necesitan tiempo con sus amistades y familia. Me lo merezco por no haber concertado una cita con lady Freya la última vez que estuve aquí —sonríe, inclinando la cabeza con aire juvenil—. No volveré a cometer ese error, mi lady. ¿Le parece bien el próximo viernes?

Freya no tiene forma de evitarlo.

—Por supuesto, mi lord —accede—. El viernes.

—Entonces, me retiro. Damas —lord Montgomery vuelve a inclinarse y cruza el césped hacia la casa, con porte impecable.

Freya es dolorosamente consciente de que Ivy la observa con atención, que sus *dos* hermanas también la miran, y que Dani va a decir algo si ella no lo hace primero.

—Dani, ¿por qué no subes con nosotras a la casa? —expresa Marigold rápidamente—. Ivy y Freya se encargarán de la bandeja de té.

Señala el césped donde están las sillas, como si no hubiera doncellas para eso. Freya agradece el pretexto que le está dando su hermana.

—Nos vemos dentro —afirma, y las tres se marchan, con Dani protestando un poco.

Cae el silencio más incómodo entre ella e Ivy. Freya se muerde el labio inferior, intentando encontrar algo que decir, pero Ivy tan sólo se aleja hacia la orilla del lago, abrazándose a sí misma.

Es insoportable.

—No voy a hacer esto, Freya —admite Ivy al fin.

—Yo… ¿qué quiere decir? —pregunta Freya, acercándose, pero Ivy no se gira, se limita a mirar fijamente el agua, sólo una franja de su perfil es visible.

—Ya he estado aquí antes —añade Ivy—. Tocando el segundo violín frente a algún hombre. Sin ser nunca la verdadera elección.

—¿Eso fue lo que pasó con usted y Astoria Parker? —pregunta Freya, porque lleva tiempo queriendo saberlo, pero nunca ha sabido cómo sacar el tema.

—Esto no tiene que ver con Astoria.

—La arrebataste de su boda, y aun así ella se casó con otro. Así que me parece que sí lo fue —dice Freya, odiando lo infantil que suena.

—Esto es sobre usted y yo, y aparentemente, sobre lord Montgomery —añade Ivy, girándose para enfrentarla—. Él la está cortejando. Igual que yo.

—*No* es lo mismo —protesta Freya. Es tan distinto que resulta casi ridículo que Ivy sugiera tal cosa—. Él no… yo no lo conozco. Apenas puedo mantener una conversación con él sobre algo real. Hay demasiadas reglas. Demasiada presión.

Los ojos de Ivy se agrandan.

—¿Demasiada presión porque será su elección al final?

Freya niega con la cabeza.

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿por qué lo mantiene cerca? ¿Cómo se sentiría si yo cortejara a otra mujer un día y a usted al siguiente?

El corazón de Freya retumba, sus puños se cierran. Quiere gritar *No es lo mismo* otra vez, pero no sabe cómo hacer que Ivy lo entienda.

—Lord Montgomery me corteja desde mucho antes de que usted llegara a Inglaterra, Ivy. No podía simplemente rechazarlo. No sería sólo descortés, sería desafiar a mi padre.

Los ojos de Ivy brillan.

—Su padre quiere que se case con él, ¿verdad?

—Mi padre tiene grandes esperanzas para mí —admite Freya—. Pero cuando me dijo que lord Montgomery pidió cortejarme

formalmente, le dije que no podía. Lo hice por nosotras, Ivy. Para que nosotras pudiéramos conocernos.

—De una forma que no puede con lord Montgomery —enuncia Ivy lentamente.

—Es tan fácil hablar con usted —comenta Freya—. Me inspira a pensar distinto. Quería explorar lo que usted y yo podríamos llegar a ser.

—Pero no le dijo a su padre que yo soy la razón por la que rechazó la oferta de lord Montgomery —argumenta Ivy.

—Aún no estoy lista para eso —dice Freya—. No quiero ocultarla —añade con rapidez, pensando en lo dolida que sonaba Ivy—. Si quisiera hacerlo, jamás le habría presentado a mis hermanas.

—Yo no juego, Freya —asegura Ivy—. Sé lo que dicen los chismosos sobre mí, pero no es cierto.

—La han herido antes —añade Freya con comprensión—. Usted… ¿amó mucho a Astoria?

—Astoria y yo éramos amigas —le confía Ivy—. No negaré que en su momento quise algo más. Interrumpir su boda… —Ivy se queda en silencio—. Su prometido tenía casi sesenta años y era cruel. Era un destino que ninguna chica querría. Me pidió ayuda, y yo estaba deseosa de dársela. Pensé que sería el primer paso de nuestra historia. Lo que no sabía era que había otro esperando entre bastidores.

—Usó sus sentimientos para ganar su libertad —argumenta Freya.

—Me dolió —admite Ivy—. Creo que me dolió aún más porque era difícil culparla. Tuve que ser generosa mientras su amor de infancia la robaba *en verdad*. Él habría perdido su herencia, ¿sabe?, si hubiera interrumpido la boda. Así que ella me pidió ayuda a mí.

—Fue injusto que no fuera honesta con usted sobre sus verdaderas intenciones —dice Freya—. Siento que le haya roto el corazón.

—Pensé que era algo temporal —agrega Ivy—. Pero luego vine aquí y la conocí. Cuanto más tiempo pasé con usted, más me di cuenta de que lo que sentía por Astoria… —niega con la cabeza, los

ojos brillan con lágrimas no derramadas—. Eso fue un enamoramiento fugaz.

—¿Y lo nuestro? —pregunta Freya, extendiendo las manos y tomando las de Ivy. Para su alivio, Ivy no se aparta, sino que deja que Freya se acerque, hasta que sus brazos la rodean y el rostro de Ivy se apoya en su hombro.

—Lo nuestro es todo lo que siempre he querido. Todo lo que he escrito y soñado —expresa Ivy—. Me asusta. Porque significa que tengo algo que perder. Y yo… siempre parece que pierdo a la gente, Freya.

—No me perderá —promete Freya.

28

Ivy

—Pero qué bien luce hoy —comenta June cuando Ivy baja temprano para el desayuno. Ivy mira su falda blanca de lino y la blusa color lavanda que ha elegido.

—¿Sí? Freya me dijo que debía vestir ropa de lino hoy. Vamos a jugar bádminton.

—Ay, Dios —murmura Deepti desde la ventana, donde observa los pájaros en los árboles mientras sorbe su té. Ivy se acerca a la mesa del bufet y se sirve un plato.

—Ivy, me temo que no sobrevivirá al bádminton con las hermanas Tallon —le advierte June.

—¡June! Qué comentario —se defiende Ivy—. Puedo ser muy atlética, para que lo sepa.

—No, usted no lo entiende —argumenta June—. Las hermanas Tallon son competitivas.

—Eso es quedarse corto —afirma Deepti, sentándose junto a June y despeinando a Kai para hacerlo reír.

—Freya lo mencionó. Tengo un hermano, solíamos luchar de niños, por el amor de Dios —ríe—. De hecho, lo hemos hecho alguna vez estando borrachos para zanjar discusiones. Lo que quiero decir es que creo que puedo manejar un partido de bádminton.

—No diga que no se lo advertí —dice June con tono dramático.

—Supongo que tengo suerte, entonces, de enfrentarme sólo a tres de las hermanas —responde Ivy—. ¡Y una de ellas está en mi equipo!

—Freya tal vez sea la más competitiva de todas —comenta June.

—¿Se enteraron? Angelica ya tuvo a su bebé —menciona Deepti. Su voz baja, el tono es casi ominoso—. Otra niña.

—Lo dice como si hubiera ocurrido algo terrible —añade Ivy con una risa nerviosa.

—No lo es —manifiesta June apresuradamente—. Es sólo que… —ella y Deepti se miran—. Lord Tallon no estará complacido.

El estómago de Ivy se contrae ante la idea de que caiga más presión sobre Freya para casarse. Si Angelica no tiene un varón, Freya sentirá que debe aceptar a lord Montgomery. Eso no puede pasar. Ivy no lo permitirá.

—Estoy segura de que su próximo hijo será un varón —enuncia Deepti.

—Si lord Tallon realmente se preocupara, no estaría luchando tanto contra la ley de herencia —arguye June con vehemencia—. Si no fuera tan cerrado, el hijo de alguna de sus otras hijas podría ser su heredero. Todo el mundo sabe que lady Marigold y Rosaline están planeando adoptar.

—Sabes que ésa no es la forma en que se hacen las cosas —argumenta Deepti, levantándose para llevar a Kai al jardín a tomar aire fresco. Al pasar junto a su esposa, le acaricia la mejilla brevemente, con un gesto tranquilizador, antes de dejar a June e Ivy a solas.

—Lo siento —dice June—. Ese hombre simplemente… me enfurece. No parece ver el daño que le está causando a su propia familia.

—Es muy complicado —expresa Ivy, sin saber qué más decir. Se siente igualmente desconcertada por las acciones de lord Tallon, en

contraste con el amor que parece tener por todas sus hijas.

June deja escapar un largo suspiro.

—Pero hay mejores noticias: ya terminé con los paquetes que necesito enviar a los repartidores —afirma—. ¿Sigue dispuesta a entregarlos por mí?

Ivy asiente.

—Por supuesto —acepta—. Sólo dígame dónde debo ir y cuándo.

—Agradezco que sea mi intermediaria —manifiesta June—. Esto ayudará a nuestra causa.

—¿Es un secreto? ¿Qué hay dentro de los paquetes? —pregunta Ivy con curiosidad. No quiere excederse. La Sociedad Ridings parece bastante reservada… y tal vez con razón. Las mujeres arriesgan mucho si se conocen sus alianzas.

—Por ahora es secreto —le confía June—. Pero pronto todo se aclarará. Por favor, no vaya a resultar que la golpeen con el volante en la cara —añade.

—¿Volante? —pregunta Ivy, confundida.

—¿La cosa que se golpea con la raqueta?

—¡Ah! ¡En casa lo llamamos pluma!

—Cada día se aprende algo nuevo —asevera June, levantándose —. Que lo disfrute. Me voy a acompañar a Deepti y Kai al jardín.

—Que tenga buen día —le dice Ivy, acomodándose en su silla.

Le gusta desayunar con Deepti, June y Kai. Se ha vuelto un ritual reconfortante, igual que recorrer a pie las colinas, cruzando la frontera entre las tierras de Silverthorne y las de los Tallon.

Ha intentado desterrar cualquier inquietud que siente respecto al apego de lord Montgomery por Freya. En cambio, ha tratado de convertir esos celos en una motivación. Ahora que la hermana de Freya ha dado a luz, lord y lady Tallon pronto volverán a su casa. Ivy lo teme, y no quiere ver a Freya sólo una hora en un salón, con todos observándolas. Después de las últimas semanas, la sola idea es una tortura.

Pero también representa una oportunidad. Una que sabe que debe tomar, sobre todo si lord Tallon ya ha dado su bendición a lord Montgomery para cortejar a Freya y está esperando una respuesta de ella a su regreso.

Si estuviéramos cortejándonos formalmente, sería perfectamente aceptable pasar tiempo a solas, piensa Ivy. La idea brilla dentro de ella. Declarar sus intenciones es aún más importante ahora. Freya es una joven tradicional, y sus padres lo son todavía más.

—¡Hola! —llama la voz de Freya segundos antes de aparecer a la vista.

El vestido de lino de Freya es encantador, teñido en un azul lechoso, y parece fácil de llevar. Su cabello está trenzado, alrededor de su cabeza como una corona, para mantenerlo fuera de su rostro. Es un peinado que dice que va en serio.

Ivy rodea la cintura de Freya en cuanto está lo suficientemente cerca.

—La extrañé —suspira.

Freya le toma el rostro entre las manos y la besa con dulzura, en un "yo también" silencioso.

—¿Está lista para jugar hoy? —pregunta Freya mientras se dirigen hacia la casa solariega, sus brazos rodean la cintura de la otra.

A Ivy le encanta esto, caminar con ella, sus cuerpos enlazados. Es un gesto sencillo, pero que dice: *No voy a dejarla atrás.*

Ivy quiere creer que es verdad más que cualquier otra cosa.

—Lo estoy —responde Ivy, pensando en la advertencia dramática de June y sonriendo—. ¿Me toca hacer equipo con usted contra Marigold y Dani?

—Sí —dice Freya.

—Entonces, estoy lista —afirma Ivy.

—No estaba lista para esto —exclama Ivy mientras Freya golpea la pluma —perdón, el volante— por encima de la red, con los ojos brillantes, con una concentración tan competitiva que teme empezar a gritarle improperios a Marigold otra vez. Tomando en cuenta que Marigold soltó una sarta de maldiciones de lo más coloridas cuando

falló un tiro particularmente difícil, Ivy teme que le devuelva el golpe verbal con la misma intensidad.

Y considerando que Freya es la mujer que ama, Ivy no tendría más remedio que intervenir y defenderla.

¿Ama?

El volante pasa zumbando frente a la nariz atónita de Ivy, que permanece allí de pie, el tiro fácil pasa rozándola mientras Freya grita frustrada.

Ivy se vuelve hacia ella, con la palabra *amor* resonando en su cabeza.

—¡No se preocupe, Ivy! —grita Freya—. ¡La próxima vez! —sus ojos se entrecierran hacia Dani—. ¡Voy a eviscerarte con mi raqueta!

Sí. Ivy definitivamente la ama.

—¡Tendría que saber usarla primero! —responde Dani.

—¡Va a arrepentirse de eso! ¿Verdad que sí, Ivy? —continúa Freya.

Ivy sonríe, sus dedos se cierran alrededor de la raqueta.

—Por supuesto.

Tres intensos partidos de bádminton después, las hermanas finalmente —y a regañadientes— declaran un empate. Ivy apenas puede caminar; está bastante segura de que ha llevado al máximo cada músculo de su cuerpo. No creció practicando deportes como las Tallon. Hay un momento en que teme que lleguen a los golpes por decidir quién ganó, pero se distraen con la llegada de una doncella que lleva una caja.

—¡Ya llegó! —exclama Freya emocionada, abandonando su discusión con Dani y corriendo hacia la doncella—. Gracias —dice, tomando la caja.

—Le conseguimos algo —comenta Marigold.

—Es de parte de todas —añade Dani.

—¿Un regalo? —pregunta Ivy, profundamente conmovida mientras Freya le acerca la caja.

—Pensamos que si demostraba su temple en el bádminton, quizás estuviera lista para un verdadero partido de *rounders* la próxima vez —asevera Freya, extendiéndole la caja—. Pero necesitará esto para jugar con nosotras.

—No sabía que lo de hoy era una prueba —bromea Ivy, tomando la caja, emocionada y un poco nerviosa. Abre la tapa y, al ver lo que hay dentro, suelta una carcajada de alegría.

—¡Es increíble!

Saca la blusa, que tiene bordado en la espalda: una tallon nunca pierde.

La emoción la desborda. No está segura de haber recibido antes algo tan conmovedor y especial. Una verdadera bienvenida por parte de todas las hermanas.

—¿Esto me convierte en una Tallon honoraria? —bromea, aunque sabe que, en cierto modo, eso es exactamente lo que significa. Aceptación. Pertenencia. De ella y Freya, y de ella como familia.

—Definitivamente —comenta Ros—. Yo supe que era parte de la familia cuando recibí la mía.

—Sólo falta que Angelica borde su nombre y su animal favorito para que combine con las nuestras —dice Dani—. ¡Entonces estará lista para jugar *rounders* con nosotras la próxima vez!

—¿Le gusta? —pregunta Freya.

—Me encanta —responde Ivy en voz baja, acercándose para besarle la mejilla—. Es un regalo muy especial. Gracias. A todas.

—¡Ahora a comer! ¡Muero de hambre! —exclama Dani, tomando las manos de Freya e Ivy, y tirando de ellas hacia la casa.

—Escuché que Angelica tuvo a su bebé —menciona Ivy con cautela mientras todas se acomodan para comer en el comedor.

Freya y Marigold intercambian una mirada preocupada, pero Dani rebota en su silla con emoción.

—¡Una niña! —exclama—. ¡Estamos tan emocionadas por conocerla!

—Por supuesto que lo estamos —se apresura a añadir Marigold, pero su expresión preocupada es tan evidente que Ros le toma la mano en un gesto de consuelo.

—¿Angelica está bien, espero? —pregunta Ivy. No puede imaginar pasar por el dolor del parto sólo para que tu familia se decepcione por el sexo del bebé.

—Lo está —responde Freya—. Ella sólo está…

—Está haciendo un berrinche —asevera Dani sin rodeos.

Los ojos de Freya se agrandan.

—Cállate, Dani —le exige Freya.

—¡No hables así, Dani! —Marigold también la reprende.

—¿Qué? Mamá dijo que Jelly lloró durante horas después de que nació el bebé. ¡Y papá no apareció por ningún lado! ¡Rupert tuvo que ir a buscarlo!

—Su hermana ha pasado por una prueba —expresa Ros con firmeza—. Tenía esperanzas. Todas las teníamos. No hay nada de malo en eso.

—Pero sí lo hay, porque ahora todos están tristes —replica Dani.

—Quizá su próximo hijo sea un varón —añade Ivy con cautela, sintiendo que ha entrado en una conversación familiar muy íntima en la que no tiene lugar. Observa a Freya con atención, notando por primera vez las sombras bajo sus ojos, como si no estuviera durmiendo bien.

Si Angelica no puede tener un hijo varón, toda la atención recaerá en Freya. Ivy se siente como una prisionera detrás de un muro que se estuviese construyendo piedra a piedra… y cada vez hay menos luz entre las grietas.

—Podemos tener esperanza —enuncia Marigold con una sonrisa decidida—. Pero ahora mismo, Angelica sólo quiere tener cerca a mamá y a Rupert. Está muy sensible, se siente como si hubiera decepcionado a papá.

—Y quiere tener cerca a la bebé, claro —dice Dani.

—Por supuesto que me refería a la bebé también —responde Marigold con brusquedad—. Eso era obvio.

—Sólo estaba aclarando —Dani le da un mordisco a su pollo en salsa de vino—. Delicioso —declara.

—Eso me recuerda, Freya, que debemos revisar el menú para el festival del May Day —anuncia Marigold.

—Ya está cerca, ¿cierto? —pregunta Ivy.

—Estamos entrando en la época en que todo se vuelve muy ajetreado —le responde Freya.

—Estoy deseando que llegue —expresa Ivy.

—Es muy divertido —asegura Dani—. Hay un palo de mayo, puestos de comida y mercaderes, y luego todos se escapan al

bosque para…

—Dani, cuida tus modales —advierte Marigold.

—¿Qué? ¡Técnicamente es un festival de fertilidad!

Ivy ríe, momentáneamente distraída de la preocupación por el título Tallon y la presión que recae sobre Freya, mientras las hermanas Tallon se enfrascan en gentiles bromas. Le encanta esto, estar en el centro de su caos bullicioso. Siempre han sido sólo ella y Prescott, y ser recibida en esta familia tan dispar ha sido algo que nunca había experimentado. Amó su infancia, pero ahora puede ver lo divertido que es tener hermanas.

Una vez terminado el almuerzo, Freya e Ivy caminan hacia lo que Ivy ya empieza a considerar su lugar especial. El día ha sido tan perfecto que Ivy se ha dejado llevar por la magia del momento, deteniéndose para besar a Freya contra los árboles aquí y allá mientras avanzan hacia la cascada. Pero también es un día que le recuerda algo: el tiempo apremia. En cuanto lord Tallon regrese, esperará que las visitas de lord Montgomery se conviertan en cortejo. Tiene que encontrar la forma de detener eso. De resolver todo esto, incluso con el título Tallon en juego.

—Tengo algo que preguntarle —susurra contra la piel de Freya, besando la punta de cada uno de sus dedos.

—Ah, ¿sí? —pregunta Freya—. Ya le prometí que nadaría con usted.

—Algo un poco más importante —comenta Ivy, apoyándose contra el árbol, sus dedos se entrelazan con los de Freya.

Le encantan las manos de Freya. Sostenerlas. Sentir su contacto. Es tan elegante. Pero cuando se anima, sus manos bailan en el aire, volviéndose más audaz y menos contenida.

—Pensaba en lo distinto que será cuando sus padres regresen y nos limiten a las horas de visita —argumenta Ivy—. Así que pensé… si usted está de acuerdo, que podría hablar con su padre para cortejarla formalmente.

Sabe, en cuanto lo dice, que ha cometido un error, porque la sangre se le va del rostro a Freya y se aparta de Ivy.

—¿Freya?

—No puede hacer eso —arguye Freya.

Ivy frunce el ceño, pero luego su expresión se aclara.

—¡No me refería a hacerlo antes de que usted hable con sus padres! —explica apresuradamente, con una risa nerviosa—. Lo siento, debería haberlo expresado mejor. Sólo quería decir que, después de que usted hable con ellos, cuando haya pasado algo de tiempo, podría ir con su padre y hacer mi petición.

Pero Freya sigue negando con la cabeza, en un movimiento cada vez más frenético, a medida que Ivy habla.

Algo oscuro y frío empieza a crecer en Ivy. ¿Cómo ha leído tan mal esta situación? ¿Freya no la quiere?

—¿No escuchó nada de lo que mis hermanas dijeron hoy? —pregunta Freya, incrédula—. Angelica tuvo otra niña.

—Lo sé —expresa Ivy, intentando no sonar frustrada—. Pero… —odia cómo tropieza con las palabras mientras el miedo al rechazo la oprime—. ¿Va a contarles todo a sus padres… sobre usted…? ¿Verdad?

Freya guarda silencio. Es devastador.

—Dios mío —exclama Ivy—. Qué estúpida soy.

—¡No, claro que no! Por favor, no diga eso —menciona Freya, retorciéndose las manos—. Le dije cuando hablamos de lord Montgomery: todo esto es nuevo para mí. Y ahora que Angelica ha tenido otra niña… ¿Y si Angelica es como mamá? ¿Y si sólo tiene hijas y ningún hijo?

—No sabe si será así. Y sus hermanas… esto no es nuevo para sus padres, con Marigold y Dani.

—Es distinto porque soy yo —dice Freya—. *Sobre todo* ahora que la única esperanza de transmitir el título podría ser a través de mis hijos. ¿No lo ve? Yo la quiero, Ivy. Pero todos los demás… mi familia… hay cosas que ellos necesitan de mí.

—Ésas son necesidades ajenas —argumenta Ivy—. ¿Y sus necesidades? ¿Y lo que usted quiere? Me dijo que yo no tenía nada que temer con respecto a lord Montgomery. Pero ahora parece que se siente obligada a considerarlo. Si permite que la corteje… eso está a un paso del compromiso.

—Lo sé —admite Freya.

—¿Me mintió? ¿Está interesada en él? —pregunta Ivy, sin poder evitar el destello de celos que la atraviesa.

—Le dije que esto no se trata de *mí*. Todo es tan distinto con usted. Apenas conozco a lord Montgomery. Sé que es muy amable y leal —declara Freya—. Pero le dije a mi padre que no estaba lista para un cortejo formal por los sentimientos que tengo por usted. Hay tanta presión sobre mí, Ivy, y cada día crece más. Sé que no lo entiende, pero el futuro de mi familia podría depender de mí. Y esto, lo que hay entre nosotras, está avanzando tan rápido. No la conocía hace unos meses y ahora… —se detiene.

—¿Y ahora? —pregunta Ivy, aunque teme la respuesta.

Los ojos de Freya son pozos líquidos de lágrimas no derramadas.

—Ahora no puedo imaginar mi vida sin usted —confiesa Freya—. Esto me está matando. Siento que me están partiendo en dos y usted es el único tipo de consuelo que puedo soportar.

Ivy no tiene elección. Porque eso es exactamente lo que Freya le da: calma en medio de la tormenta. ¿Cómo no ser eso para Freya también?

Está indefensa. Una mujer enamorada.

Reprime todas sus dudas. Toda su preocupación por los títulos y el ocultamiento. Todos esos celos que le provoca la mera idea de que lord Montgomery esté *cerca* de Freya.

Cuando la besa, se dice a sí misma que puede esperar. Que puede ser un secreto.

Pero una inquietud oscura se agita en su interior, y odia que casi parezca una duda.



Freya

Freya lleva despierta desde las cinco de la mañana del día del festival del May Day, y antes de eso estaba *soñando* con guirnaldas. Porque sólo de eso habla Marigold últimamente. Todo el tiempo.

A pesar de la hora temprana, sonríe al levantarse de la cama y ponerse su bata. Hoy, todo el trabajo que han hecho dará frutos. Marigold ha liderado la organización del festival, sin duda, pero Freya se ha encargado de las listas —su caligrafía es mejor—, de las flores y, más importante aún, del palo de mayo, lo cual es todo un honor. Ha elegido una gama de cintas arcoíris para que los bailarines las entrelacen alrededor del alto mástil. Incluso está considerando pedirle a Ivy que baile con ella alrededor de él.

La conversación que tuvieron semanas atrás disipó la presión de contarles a sus padres, lo que le quitó un peso de encima mientras se acerca su regreso desde casa de Angelica. Agradece lo comprensiva que ha sido Ivy al darle tiempo y espacio para decidir cómo hablar con su padre. Por el tono de sus cartas, está profundamente decepcionado de seguir esperando un nieto que pueda ser su heredero, y lo disimula mal.

Pero saber que Ivy quiere cortejarla formalmente —y que entiende lo que eso significa—, le provoca escalofríos como ninguna otra cosa. Es el paso antes del compromiso, dijo Ivy. Y es cierto.

Ivy quiere eso con Freya: un compromiso de por vida. Prácticamente lo ha declarado, ¿no? De niña, Freya nunca imaginó casarse con una mujer, y ahora es lo único en lo que piensa.

Ivy es todo lo que desea. Pero no sabe cómo conseguirla. Conseguir *eso*. Sobre todo porque se pregunta si casarse con lord Montgomery será la única forma de que el título Tallon continúe. Freya odia que la llegada de su sobrina esté ensombrecida por pensamientos oscuros. Debería ser un momento de pura alegría. No uno teñido de preocupación.

—¿Freya, sigues en la cama? —llama Marigold.

—¡Por supuesto que no! —Freya se salpica agua en el rostro y se apresura a vestirse, sabiendo que le espera un largo día de trabajo.

Cuando el festival está cerca de inaugurarse, sólo unas horas más tarde, Freya se encuentra junto a Marigold —Dani ya corrió al puesto del pudín de caramelo—, y contempla el fruto de su esfuerzo.

Las flores están por todas partes; arcoíris brillantes por doquier. El palo de mayo está en el centro de la plaza de la aldea, y los puestos a su alrededor. Más flores bordean el camino que conduce al prado junto a la aldea, iluminado por faroles y lleno de más flores para bailar y más puestos.

Parece que todo el mundo de los tres condados ha decidido venir al festival. Freya ve no sólo carruajes elegantes, sino carretas de granjeros y caballos de todo tipo.

—Este año hay una mezcla de gente bastante variada —afirma Freya—. Es bueno para la aldea, después del invierno que tuvieron.

—Estoy muy impresionada con nosotras —agrega Marigold—. Hemos hecho un trabajo excelente. No tan bueno como el de mamá, pero eso ¿quién podría igualarlo?

—Nadie —coincide Freya justo cuando un niño pasa corriendo, riendo a carcajadas—. Pero hemos dado lo mejor.

—Papá me escribió el otro día —les informa Marigold mientras pasean por el pasillo principal de los puestos. El estallido de aromas

florales en el aire es como un rompecabezas tentador para la nariz —. Él y mamá estarán en casa la próxima semana.

—¿Tan pronto? —pregunta Freya—. Pensé que se quedarían otro mes.

—Angelica ha decidido que se siente lo suficientemente bien como para viajar con ellos y prefiere pasar el resto del verano en la mansión —Marigold niega con la cabeza—. No sé cómo Rupert lo soporta.

—Está locamente enamorado de ella —asegura Freya.

—Hablando de amor —comenta Marigold al detenerse frente a un puesto de helados para hacer fila—. ¿Cómo vas a manejarlo cuando papá esté en casa?

Freya intenta reprimir el cosquilleo de preocupación.

—Ivy y yo ya hablamos de eso. Ella entiende por qué necesito ser discreta por ahora.

—¿Lo entiende? —pregunta Marigold—. Dos helados, por favor — entrega el dinero y la mujer les da dos conos de papel con hielo mezclado con ralladura de limón y jarabe. Freya toma el suyo cuando Marigold se lo ofrece, y le da un mordisco al frío y ácido manjar—. Debo admitir que me sorprende que esté bien con eso.

—¿Por qué? —pregunta Freya.

—Ivy es muy abierta. Obviamente, por su carrera, debe serlo. Y cuando están juntas, se nota que está muy orgullosa de estar contigo. Debes importarle mucho para ocultar sus sentimientos.

Ahí está otra vez ese cosquilleo incómodo. ¿La está juzgando Marigold?

—No hay nada de malo en ser discreta —se defiende Freya.

—¡Por supuesto que no! Pero hay personas que simplemente no están hechas para ese tipo de privacidad —explica Marigold.

—Quiere cortejarme formalmente, ¿sabes? —le confía Freya—. Así de profundo es esto. Así de fuerte lo siento yo también. Eso no cambia sólo porque no estoy lista para decírselo a papá.

—Nunca dije que cambiara —replica Marigold con suavidad—. Te molesté. No era mi intención.

Freya deja escapar un suspiro tembloroso, concentrándose en su helado que se derrite.

—Está bien —dice.

—Me alegra por ti, si esto es lo que quieres —agrega Marigold con cautela.

Freya asiente.

Marigold le pone una mano en el hombro y Freya tiene que contenerse para no apartarla. En cambio, se gira para que la mano caiga naturalmente, y Marigold no parece notarlo, por suerte.

—Te dejo sola —dice Marigold, asintiendo por encima del hombro de Freya.

Freya se vuelve y se queda sin aliento. Ivy camina hacia ella, con el cabello suelto y libre cayendo en rizos por su espalda, y rosas lavanda del jardín de Silverthorne prendidas entre ellos. Brillan como piedras de amatista contra su cabello oscuro. Su vestido lavanda es de un tono un poco más pálido, pero igualmente llamativo sobre su piel bronceada.

—Diviértete esta noche —le desea Marigold.

—Pero se supone que debo ayudar… —protesta Freya, aunque no puede apartar la mirada de Ivy. Quiere bailar con ella alrededor del palo de mayo.

—Puedo encargarme de todo lo que venga ahora —asegura Marigold—. Contratamos suficiente personal y todos los comerciantes han trabajado en el festival desde que papá era joven. Ve. Quiero que disfrutes este primer festival con Ivy. Todavía recuerdo el primero que viví con Ros.

Freya le dedica una sonrisa agradecida y atraviesa la multitud, directa hacia Ivy.

—Está deslumbrante —exclama—. Estas flores…

Acaricia la que tiene detrás de la oreja.

—Son las que crecen por todo la cabaña de huéspedes en Silverthorne —explica Ivy.

—Son perfectas para esta noche —asegura Freya—. Estoy tan emocionada por mostrarle todo. ¿Tiene hambre? ¿Le gustan los juegos de feria? ¿O quiere bailar? Hay un palo de mayo.

—¿Es en serio? —pregunta Ivy, riendo suavemente—. ¿Hablaba en serio cuando lo mencionó? ¿Hay un palo de mayo de verdad? ¿Con cintas y baile alrededor?

—Claro que sí —responde Freya—. Pensé… bueno, quería bailar alrededor del palo con usted —confiesa, esperando que Ivy no lo considere una tontería—. Hay una leyenda que dice que las parejas que bailan alrededor de él tienen más posibilidades de estar juntas para siempre.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ivy, acercándose a Freya, deslizando un dedo por su mano—. No ha usado sus guantes —advierte.

—Me gusta cuando me toca la piel —dice Freya, provocando una de esas sonrisas que Ivy sólo le dedica a ella.

—Bailaré con usted alrededor del palo de mayo —agrega Ivy—. Pero no creo que necesitemos más posibilidades de estar juntas para siempre.

—¿No?

—Creo que eso ya lo tenemos asegurado —afirma Ivy.



Tras varias horas deambulando por el festival, finalmente llegan al palo de mayo.

Freya toma una cinta en la mano, e Ivy toma otra frente a ella. Le guiña un ojo cuando Freya la mira. Freya le lanza un beso, lo que provoca que alguien detrás de ella silbe. Sus mejillas se tiñen de escarlata e Ivy ríe.

La música comienza y Freya no puede apartar los ojos de Ivy mientras bailan y se entrelazan con los demás danzantes, envolviendo el mástil con las cintas en un patrón intrincado que representa la diversidad del amor en el mundo. La risa de Ivy flota sobre el bullicio de la multitud, y Freya adora que pueda distinguirla entre todas las demás. Es un sonido tan familiar.

La danza es un torbellino y, cuando la música termina, el palo está firmemente envuelto. La multitud aplaude; los bailarines se acercan para levantarlo del suelo.

—¡Fue tan divertido! ¿Adónde lo llevan? —pregunta Ivy sin aliento, con las mejillas rosadas y resplandecientes mientras corre hacia Freya.

—Al prado donde sigue el baile —comenta Freya—. Los puestos cerrarán en unas horas y la gente bailará toda la noche.

—¿Es eso lo que quiere hacer esta noche? —pregunta Ivy.

—No —responde Freya, con la decisión tomada—. Quiero ir a mi lugar especial.

—¿La cascada? —inquiere Ivy.

Freya niega con la cabeza.

—La cabaña que está cerca —afirma.

Los ojos de Ivy se agrandan ligeramente.

—Está bien —dice—. Vamos.

30

Ivy

Es como un sueño, caminar por el bosque con ella bajo la luz de los faroles. El suave resplandor es suficiente para guiarlas hasta su destino: la pequeña cabaña del jardinero en el bosque.

Cuando Freya empuja la puerta para dejar entrar a Ivy, ésta deja escapar un silbido. El exterior de la cabaña es rústico, pero el interior tiene una cama ordenada en una esquina junto a la chimenea, con una colcha finamente bordada y mullidas almohadas. Hay una mesa junto a la ventana y, a su lado, una silla que parece sacada de un salón olvidado.

—¿Robó muebles de su casa para ponerlos aquí? —pregunta Ivy, al notar la pila de libros junto a la cama.

—Vengo aquí cuando quiero estar sola y hace demasiado frío para quedarme junto a la cascada —explica Freya—. Dani adora irrumpir en mi cuarto. Interrumpe mi lectura. Así que me escapo de vez en cuando.

—Esperaba algo un poco más rústico —comenta Ivy mientras Freya deja el farol de papel sobre la mesa y usa la llama para

encender la lámpara.

—Ay, cielos —exclama Freya.

—¿Qué ocurre? —pregunta Ivy, porque suena alarmada.

—¡Sólo hay una silla! No lo pensé. Soy la única que viene aquí.

Ivy sonríe.

—Está bien, podemos sentarnos en la cama.

En cuanto lo enuncia, se da cuenta de lo que ha dicho, y Freya también, porque se produce un largo silencio.

—¡O en el piso! —añade.

—No, está bien —contesta Freya, caminando hacia la cama y sentándose en ella, dando una palmadita en el lugar junto a ella con toda la compostura que puede reunir.

Ivy se acerca para tomar su lugar, girándose ligeramente para poder verla en lugar de sentarse torpemente hombro con hombro.

—Parece nerviosa de repente —lo advierte Ivy—. No estamos… no tenemos que…

—No estoy… —afirma Freya—. No se trata de eso.

Ivy espera, sabiendo que es mejor dejar que Freya llegue sola al lugar desde donde pueda decirlo.

—Marigold me dijo hoy algo que me ha inquietado —dice Freya —. Mis padres regresan pronto. Estábamos hablando de usted y de mí, de cómo habíamos decidido mantener las cosas en privado por ahora. Y Marigold dijo que le sorprendía que usted estuviera dispuesta a hacerlo. Porque ha tenido que ser tan abierta por su carrera.

Ivy sabe que debería aprovechar la oportunidad que se le ofrece, pero no puede. No esta noche.

—Marigold no se equivoca —añade lentamente—. Sobre que soy del tipo abierto, quiero decir —añade—. No fue sólo publicar mi trabajo lo que me hizo así. Nunca tuve que preocuparme por lo que diría mi madre. Pero me parece que usted carga con muchas preocupaciones sobre lo que dirá su padre.

—Estoy tan preocupada, Ivy —admite Freya—. No quiero estarlo. Quiero pensar que todo estará bien. Pero él ha depositado tantas esperanzas en mí, y todas implican casarme con un hombre de alta posición. Y ahora que Angelica ha tenido otra hija… —sacude la

cabeza—. ¿Y si no puede tener varones? ¿Y si soy la única oportunidad de papá para transmitir el título?

—Freya, ¿usted quiere tener hijos? —pregunta Ivy.

Freya parpadea, desconcertada.

—Nadie me lo había preguntado. Todo el mundo tan sólo…

—Lo asumía —termina Ivy.

—¿Ve? Ése es el problema —comenta Freya—. Siento que hay tanto que no sé sobre mí misma. Hay tantas cosas que nunca pensé cuestionar hasta que la conocí.

Ivy no soporta ver tanta tristeza en su rostro. La rodea con los brazos, la acerca y, para su sorpresa, Freya se acomoda en su regazo, escondiendo la cabeza en el hueco de su cuello.

Más que nada, Ivy quiere amarla abiertamente. La idea de mantener sus sentimientos en secreto por tanto tiempo la destroza, y le trae recuerdos dolorosos. Pero sabe que, por mucho que éste sea su camino, esta bifurcación en particular es el viaje de Freya, ante todo. Ivy siempre ha sabido quién es. Freya todavía está aprendiendo.

Tienes que ser paciente. Si presionas, podrías empujarla directo a los brazos de lord Montgomery.

—Todo estará bien —la reconforta Ivy, besando sus rizos, deseando poder hacer cualquier cosa para calmarla, aunque no esté segura de que así sea—. Lo resolveremos juntas. Paso a paso. Como usted pidió. Puedo esperar, amor. Usted necesita estar lista, y ese momento llegará.

—¿Está segura de que todo está bien? —susurra Freya contra la piel sensible de su cuello. Su aliento cálido le provoca escalofríos a Ivy.

—Lo está —dice Ivy, aunque hay una voz fuerte dentro de ella que dice: *Quiero amarla abiertamente. Quiero pedirle permiso a su padre para cortejarla ahora mismo. Quiero que sea para siempre.*

—No la merezco —declara Freya.

—Usted merece *todo* —afirma Ivy con vehemencia, apretando con fuerza las manos alrededor de Freya, sorprendiéndose a sí misma por la intensidad de su reacción—. Es la chica más fuerte —susurra, besando la mandíbula de Freya—. Lucha con tanto fervor

por las personas que ama. Su fe en la gente, en el mundo… me hace querer ser menos cínica.

—Ni lo diga —responde Freya con sequedad.

Lentamente, levanta la cabeza del cuello de Ivy. No hay espacio entre ellas. Las piernas de Freya rodean la cintura de Ivy. Las manos de Ivy se posan suavemente en sus caderas, mientras el momento se llena de expectativas.

Los ojos de Freya se posan fugazmente en los labios de Ivy. Extiende la mano y presiona dos dedos suavemente, trazándolos.

—Tiene la boca más *besable* —dice—. Me distrae tanto. Incluso cuando no está. Y esta marca, justo aquí —presiona su dedo contra el lunar en la clavícula de Ivy—. A veces quiero morderla, Ivy.

Ivy la ama tanto por esta confesión adorable.

—Puede hacerlo, si lo desea —menciona.

—¿Podría? —pregunta Freya, su dedo traza la marca en pequeños círculos que la distraen.

Si se supone que Ivy es la que distrae, no sabe qué papel juega Freya.

—Sí —responde Ivy—. Puede hacer lo que desee. Yo le diré si algo no me gusta. ¿Y usted hará lo mismo por mí?

Los ojos de Freya se agrandan ante la invitación.

—Nunca he… —empieza a decir—. Quiero hacerlo —añade—. Oh, Ivy, quiero hacer más que besarla. Pero no sé… quiero decir, claro que sé. Tengo hermanas. No tengo una mente inocente. Pero… —se detiene—. Está riéndose de mí.

—¡No lo estoy! —se defiende Ivy.

—Por dentro, sí —insiste Freya.

—Le prometo que no —exclama Ivy. Sus dedos se flexionan sobre las caderas de Freya y ella se estremece, con los ojos entrecerrados por la sensación.

—¿Ve? —murmura Ivy, sus labios rozan el cuello de Freya—. Los rumores sobre mi experiencia… han sido muy exagerados.

Los ojos de Freya se agrandan ante la confesión.

—Ah, ¿sí?

—Se lo prometo —asegura Ivy.

—Entonces, supongo que podemos aprender juntas —dice Freya, rodeando el cuello de Ivy con los brazos, sus rostros están tan cerca que sus palabras y sus labios se deslizan por la piel de Ivy al mismo tiempo.

Ivy no desea nada más que besarla. Enredarse con ella en esa cama, bajo la misma manta de su pícnic, mientras se descubren mutuamente.

La satisfacción y la emoción se arremolinan dentro de ella cuando se inclina para capturar la boca de Freya con la suya.

—Juntas —murmura.



Ya está oscuro cuando salen de la cabaña. Si fuera por Ivy, se habrían quedado allí toda la noche, pero no hay leña y Freya está temblando por el aire frío. No tienen otra opción, así que, a regañadientes, se ayudan mutuamente a volver a ponerse los vestidos, deteniéndose sólo para besarse y tocarse unas cuantas veces más.

Ivy no puede dejar de acariciarla. Sus dedos rozan su codo. Acomoda un prendedor en su cabello. La mano descansa en la nuca de Freya, donde su peinado deja expuesta la piel preciosa.

—No puedo creer que lo hayamos hecho —ríe Freya mientras avanzan entre los árboles, ebrias de amor y nada más.

—Desearía poder quedarme en la cama toda la noche —confiesa Ivy, besándole la mejilla—. Quiero despertar contigo —susurra, y Freya suspira feliz ante la idea.

—Pronto —le promete Freya, pero Ivy no sabe cómo podría suceder eso, cuando el regreso de sus padres es inminente. Vuelve a desterrar ese pensamiento. Se niega a permitir que algo arruine este resplandor. Su primera vez juntas. Fue mágico. Transformador. Odia la idea de tener que despedirse de ella cuando lleguen a la aldea.

Pasan junto a un grupo de personas que conversan animadamente, algunos se inclinan sobre algo y ríen sobre una cuestión relacionada con pájaros. Ivy no le da importancia,

concentrada como está en Freya. Hay una marca en su cuello. Una marca de amor. Ivy siente una mezcla de orgullo y arrepentimiento.

—Quizá deberías usar vestidos de cuello alto los próximos días —menciona Ivy, señalando su cuello.

Freya se lleva la mano al lugar.

—¿Me dejaste una mordida de amor, Ivy Yada-Lovell?

—Culpable —admite Ivy con aire satisfecho—. Tendrás que devolvérmela la próxima vez.

Freya se inclina hacia ella.

—La próxima vez —suspira—. Oh, mira, parece que la mayoría ya se ha ido al prado.

Tiene razón. La plaza del pueblo está casi vacía. Muchos de los puestos de los comerciantes han desaparecido; hay basura, papel y confeti hecho con trozos de cintas esparcidos por el suelo.

—Les pagué a los mozos de cuadra de la mansión para que limpien las calles del pueblo por la mañana —comenta Freya.

—Piensas en todo —dice Ivy, tomándole ambas manos y haciéndola girar.

Freya suelta una risa sorprendida, sus faldas hacen volar los papeles a su alrededor, y da la vuelta de uno de ellos que deja al descubierto lo que tiene impreso.

Ivy lo ve justo cuando escucha gritos. Un chico con un puñado de panfletos corre junto a ellas, alguien que le resulta vagamente familiar.

—¡Freya! ¡Freya! —es Dani.

—¡Freya! ¡Ahí estás! —Marigold llega corriendo, con Dani pisándole los talones.

—¿Qué está pasando? —pregunta Freya, mientras un papel se pega al dobladillo de su vestido. Lo despega, lo mira.

—Dios mío —exclama.

—¿Qué? —pregunta Ivy, frunciendo el ceño, sin entender al principio, hasta que lee el titular:

IGUALDAD DE DERECHOS
PARA LA IGUALDAD DE HERENCIA:

SÓLO EL COMIENZO DE NUESTRA LUCHA

De pronto lo comprende: el chico que le parecía familiar… es el mismo al que le entregó los paquetes de June la semana pasada. Paquetes que tenían exactamente la misma forma que estos panfletos.

Debió de haber hecho más preguntas a June, pero ella fue tan reservada que Ivy no quiso presionar. Ahora lo sabe: debió hacerlo.

Mira el dibujo político bajo el titular. Representa cuatro crías de cuervo en un nido, con cintas alrededor del cuello que las identifican como las hermanas Tallon. Un cuervo padre, claramente lord Tallon, con gafas y rostro ceñudo, tiene un ala extendida protegiendo a dos de las crías, mientras las otras dos están en el borde del nido, indefensas. Bajo la escena, letras cursivas forman las palabras: CUANDO UN PADRE NO PUEDE PROTEGER A SUS HIJAS DE SÍ MISMO.

El estómago de Ivy se hunde mientras abre el panfleto, donde un editorial expone el deseo de la Sociedad Ridings de obtener los derechos que se les han negado hasta ahora. Al final, en letras grandes: ¡MERECEMOS EL DERECHO AL VOTO!

—¿Quién hizo esto? —exige saber Freya.

—Un montón de repartidores empezaron a llegar después de que movieron el palo de mayo para el baile —explica Dani—. Al principio, no nos dimos cuenta de lo que estaba pasando.

—Durante un buen rato —interviene Marigold, furiosa—. ¡Estaba distraída! Y ahora… —señala los papeles esparcidos—. Esto ni siquiera es una cuarta parte. ¡Los repartieron a tanta gente! Y cuando intenté interrogar a uno, ¡sopló un silbato y todos salieron corriendo!

—Definitivamente, fue algo organizado —asegura Marigold.

—Pero no fueron los repartidores quienes imprimieron esto —argumenta Freya—. ¿Quién lo dibujó?

La culpa y las lealtades divididas se agitan dentro de Ivy. June ha sido clara en que quiere mantener esto en secreto… pero al mismo tiempo, le ha ocultado lo que en realidad está ocurriendo. Ivy jamás habría aceptado interrumpir el evento de Freya.

Pero si Freya supiera que Ivy participó en la distribución de estos panfletos se le rompería el corazón. Nunca volvería a hablarle. Morderse la lengua parece ser la única opción.

—Es esa sociedad —afirma Dani—. La que siempre habla del voto para las mujeres. ¿Veis la rosa en la parte inferior? —señala el panfleto—. Ése es su símbolo. La Sociedad Ridings.

El papel se arruga en el puño de Freya.

—Pues voy a averiguar quién es miembro en nuestro condado… y entonces tendremos una conversación muy dura.

—¡Si descubres quién es, papá los echará del condado! —exclama Dani.

El estómago de Ivy se revuelve con una angustia terrible. No quería decepcionar a June, pero ahora se da cuenta de que debió insistir en saber más sobre los paquetes que entregó. La caricatura es hiriente, pero el problema es que duele porque es cierta. June ha ido directo al corazón… y más allá.

—¿Quién haría esto? —le pregunta Freya a Ivy en un susurro—. Es terrible. ¡Implica que mi padre no nos ama por igual!

¿Lo hace? ¿Es por eso que, en el fondo, tienes tanto miedo?

—Lo siento mucho —exclama Ivy mientras Freya se refugia en su abrazo.

Lo dice en serio. Por tantas razones.



Freya

—¿Vamos a decírselo a papá? —pregunta Dani.

Ha pasado una semana desde el incidente del festival del May Day. Todo Berkshire está alborotado por los panfletos y por cómo la Sociedad Ridings pareció apuntar directamente a lord Tallon. Aunque Marigold y Ros hicieron averiguaciones por todas partes, nadie logró descubrir quién contrató a los repartidores para distribuir los panfletos políticos.

—No creo que debamos hacerlo —menciona Freya de inmediato —. Lo enfadaría. Y no puedo culparlo. Quien haya hecho esto… está insinuando que no es un buen padre.

—Bueno, parece haber molestado a mucha gente —señala Dani —. A toda una sociedad de mujeres, para ser exactas.

—Ros dice que la Sociedad Ridings es bastante radical —comenta Marigold—. Y no me gusta cómo nos han señalado.

—Estoy de acuerdo en que se han excedido con su dibujo espantoso —dice Freya—. Pero no estoy segura de que sea radical querer el voto para las mujeres. Después de todo, en otros lugares ya están en vías de permitirlo.

Marigold le lanza una mirada sorprendida.

—¡Estoy de acuerdo! —exclama Dani—. ¿Por qué los hombres deberían decidir todo?

—Ése es el objetivo final de la Sociedad, ¿no es así? —continúa Freya, sintiéndose insegura—. Que las mujeres puedan votar.

—Lo es —enuncia Marigold lentamente—. Aunque nos hayan atacado, sigo dudando de sus intenciones. ¿Estás de acuerdo con ellas sobre el voto, Freya?

—Nunca lo había pensado a fondo, para ser honesta —responde Freya—. Hasta que… —se distrae con su bordado—. Papá siempre nos ha dicho que nos crio para que mantuviésemos la cabeza en su lugar —concluye.

—Así lo hizo —coincide Marigold.

—Entonces, ¿no deberíamos usar esas mentes para tener voz en el país en que vivimos? —pregunta Freya—. No quiero decir que papá no tome buenas decisiones por nosotras. Pero no todos los hombres son buenos —menciona—. Y no todos los padres son bondadosos.

—No, no lo son —admite Marigold, reflexiva.

—He estado leyendo sobre el tema —continúa Freya, porque desde el incidente en el festival no ha dejado de pensar. Le horrorizó que alguien atacara a su padre con caricaturas burdas y le avergonzó la forma en que las retrataron a ella y a sus hermanas, pero cuanto más lee sobre la enmienda que se someterá a votación, más absurdo le parece que alguien —su padre, en particular— se oponga.

—¿Sobre el voto? —pregunta Marigold.

—Sobre esta enmienda a la ley de herencia. No entiendo el argumento de la Cámara de los Lores de que la tradición se vería comprometida si las mujeres sáficas pudiesen transmitir títulos a sus hijos. Después de todo, los aquileanos de rango pueden hacerlo con *sus* hijos. El mundo es un lugar tan incierto. Permitir que un lord, duque o conde legue sus títulos a un círculo más amplio dentro de su familia garantiza que nuestra forma de vida y nuestra sociedad puedan continuar. La enmienda para incluir a los hijos de mujeres sáficas parece un beneficio, no un obstáculo.

Marigold la observa y sus ojos brillan con aprobación silenciosa.

—Es un argumento muy bien pensado —dice.

—Toda la ley es estúpida —declara Dani.

Freya ríe.

—Eso es mucho más conciso que mi forma de decirlo —acepta Freya.

—Ojalá papá lo viera como tú —menciona Dani—. Ojalá yo pudiera hablar con él y que lo que yo dijera le importara.

Freya traga saliva, sintiendo el nudo en la garganta.

—Lo que decimos sí le importa a papá. Pero por eso creo que no deberíamos contarle. Se enfadaría muchísimo.

—¿Y si vuelve a ocurrir? —pregunta Marigold.

Freya casi se pincha con la aguja de bordar.

—No lo había pensado —admite.

—Que haya ocurrido tan cerca de casa nos dice que quizá fue alguien de nuestra comunidad —opina Marigold—. Dudo mucho de que haya sido un aldeano. Y los rumores están desatados. No estoy segura de que podamos evitar contarle a papá… o que él se entere. Si es que no ha sucedido ya.

—¿Crees que fue alguien de Berkshire? —pregunta Dani—. ¡Hay una radical entre nosotras! —luce enteramente emocionada con la idea.

—Esto no es bueno, Dani. Creo que deberíamos guardar silencio. Si papá quiere que lo sepamos, nos lo dirá él mismo. Él y mamá regresan esta noche, y Angelica y la pequeña Abigail llegarán mañana por la mañana.

Marigold se ilumina al mencionar a la nueva bebé de Angelica.

—No puedo esperar para conocerla —añade, y todas se enfrascan en planes para consentir a la bebé y hacer que Julia se sienta especial ahora que tiene una nueva hermana, dejando de lado los planes para contarle a su padre sobre los panfletos.

—¿Te gustaría venir a cenar? Conmigo y mi familia —pregunta Freya mientras caminan junto al río, brazo con brazo.

El brazo de Ivy se aprieta contra el de Freya.

—¿Estás segura? —pregunta—. Ya te lo dije antes: te daré el tiempo que necesites.

—Y eso lo aprecio muchísimo —contesta Freya—. No estoy lista para contárselo, pero quiero que te conozcan —sonríe—. Porque voy a decírselo, Ivy. Sólo estoy preparándome. Quiero todo lo que tú quieres. Quiero que puedas pedirle a mi padre permiso para cortejarme. Este es el primer paso para que eso suceda, pero necesito que sepas que puede que haya algunos pasos más que con algunas de las chicas a las que estás acostumbrada.

—Está bien —acepta Ivy—. Está bien, Freya.

Ivy la besa. Besa la luz del sol atrapada en su cabello.

—Está bien porque cada paso hacia adelante es contigo —añade Ivy.

32

Ivy

Ivy no está segura de haber estado tan nerviosa en su vida. Se cambió de vestido tres veces, hasta decidirse por uno modesto color crema que había estado a punto de no empacar para el viaje. Por lo general, lo usa cuando el resto de sus vestidos de día están en la lavandería. Siempre que lo lleva puesto vive con el temor de mancharlo con algo.

—Eso sí causaría una gran impresión en el padre de Freya —murmura, alisando su falda mientras el carruaje se detiene frente a la mansión. No se atreve a caminar ni a montar. Lord y lady Tallon no aprobarían un dobladillo embarrado de fango.

Cuando llega a la Mansión Tallon, la conducen al comedor familiar, una sala con papel tapiz verde pálido y una larga mesa en el centro. Le recuerda la pequeña mesa en la que solían comer en su casa de Manhattan después de que su madre se fue. No porque se parezca —los Tallon necesitan espacio para acomodar a las nuevas generaciones—, sino por lo hogareño y añorado que resulta la idea de una familia reunida alrededor de la mesa.

En casa, su madre solía trabajar hasta tarde; sobre todo después de la muerte de su padre, se volcó aún más en su trabajo y sus horarios irregulares. Eso dejaba a Ivy y Prescott solos en la cena. Y luego, cuando Prescott salía de juerga, Ivy se encontraba cenando sola, a veces varias noches seguidas. Aquellas noches silenciosas en la mesa se volvieron insoportables, así que empezó a llevar papel y pluma consigo, sólo para ocupar la mente. Algunos de sus primeros poemas fueron garabateados allí, llenos de anhelo por una vida y una familia bulliciosa que sólo existían en sus sueños.

Y luego llegó aquí, encontró a Freya, a sus hermanas… su sueño. Todo está justo aquí, casi al alcance. Pero a veces siente que sus sueños son como arena… listos para escurrirse entre sus dedos en cualquier momento.

Ahora mismo, la mesa está vacía. Lord y lady Tallon son los únicos en la sala. Ivy se pone en guardia al instante, incapaz de sacudirse la sensación de una emboscada.

—Señorita Yada-Lovell, qué gusto tenerla —la saluda lady Tallon con una sonrisa radiante—. Mis hijas no han hablado de otra cosa desde que regresamos.

—Son un grupo muy conversador —comenta Ivy—. Gracias por recibirme, lady Tallon. Mi lord, un pequeño detalle en señal de agradecimiento.

Hace una breve genuflexión antes de extender la botella de vino que June le ayudó a sacar de la bodega de la Mansión Silverthorne. No sabe nada de vinos, más allá de cómo beberlos, pero June le aseguró que lord Tallon quedaría impresionado.

Sin embargo, las cejas entrecanas de lord Tallon se fruncen en una línea malhumorada cuando le ofrece el vino. Si entregar un obsequio al anfitrión no es parte de la etiqueta en Inglaterra, ¿por qué June no se lo dijo?

—Qué amable —interviene lady Tallon para salvar a Ivy, para su gran alivio—. Y de una cosecha excelente. Una de tus favoritas, querido.

Toma la botella y se la muestra. Con una sonrisa, se acerca a tirar del cordón de llamada.

Se oye un grito, como si alguien hubiera estado esperando la señal de la cena. El golpeteo de pies. Dani aparece primero en el comedor, con un delantal salpicado de pintura aún atado sobre su vestido.

—¡Hola, Ivy! —saluda—. Escuché que venía a cenar. Espero que le guste la trucha.

—Me encantará cualquier cosa que la señora de la casa haya decidido preparar —responde Ivy.

Dani silba.

—Veo que alguien está en modo encantador hoy —comenta, dejándose caer en su silla.

—No te encorves, Dani —ordena lord Tallon. Dani suspira y se endereza en su asiento.

Ivy endereza sus propios hombros y, al darse cuenta de que lord Tallon la observa hacerlo, se sonroja de vergüenza.

—Ivy, qué gusto verla —dice Marigold al entrar en la sala, con su falda de tafetán haciendo breves ruidos al moverse—. Me encantó saber que Freya la había invitado a la cena familiar.

—Hola —responde Ivy—. ¿Está Ros con usted hoy?

—Está en la cristalería, me temo —menciona Marigold—. Pero espero que regrese el miércoles. Eso, claro, si sus hermanos no causan más problemas.

Angelica llega a continuación, con un aspecto ligeramente agotado por el reciente parto, pero muy entera. Su esposo, Rupert, camina apresurado detrás de ella, como si esperara que se desmayara en cualquier momento, aunque todos saben que Angelica es mucho más fuerte.

—¡Ivy! Qué grata sorpresa —exclama, acercándose para darle un beso en la mejilla.

—Felicidades, Angelica. Freya me dijo que su hija es hermosa.

—Estamos tan enamorados —asevera Angelica—. Me encantaría invitarla a verla, pero la niñera acaba de lograr que se duerma.

Sonríe hacia su padre, que ya se ha sentado en la cabecera de la mesa.

—Fue una idea excelente de papá volver a la mansión para pasar el resto del verano. ¿Verdad, Rupert?

—Sí, querida —contesta él, retirando la silla para que se siente—. Debería descansar.

Angelica pone los ojos en blanco con buen humor.

—Estoy bien. ¡Fuerte como un toro!

—El toro más hermoso —comenta Rupert, con una mirada algo embelesada.

A Ivy le parece un gesto dulce.

Y hablando de estar embelesada, la puerta del comedor se abre y Freya entra. Su vestido es de un intenso azul tormenta, con un ramillete de peonías del mismo tono prendido al corpiño de su atuendo de inspiración griega. La sencillez del vestido realza su belleza. Cuando sus miradas se cruzan, Ivy sólo puede pensar en estar enredada entre las sábanas con ella. Los sonidos suaves y expectantes que emitía. Aquellos momentos sagrados en el silencio de la noche, acurrucadas juntas después de hacer el amor.

—Viniste —susurra Freya, radiante.

—Por supuesto que vine —afirma Ivy. *Haría cualquier cosa por ti.*

—Ahora que estamos todos —dice lady Tallon—, ¡sentémonos! Tendrá que disculparnos, Ivy. Esta noche somos un poco menos formales.

¿Esto es menos formal? Ivy intenta desterrar el pensamiento, pero cuando se sienta junto a Freya y se da cuenta de que todas llevan guantes excepto ella, se estremece. Sabía que había olvidado algo.

—Está bien —comenta Freya, tan suavemente que nadie más puede oírlo. Su pie roza el zapato de Ivy bajo la mesa por un momento, e Ivy le dedica una sonrisa. Dios, cómo la ama.

—No tienes que preocuparte por la formalidad con Ivy, mamá —menciona Dani con naturalidad mientras llega el primer plato—. Ya es prácticamente una de nosotras —ríe, claramente sin pensar—. ¡Esas dos han sido inseparables desde que se conocieron, pero yo puedo decir que la conocí primero! —hace un gesto con la mano hacia Freya e Ivy y luego suelta un pequeño hipo de sorpresa al darse cuenta de lo que acaba de decir.

Lord Tallon frunce el ceño.

—No sabía que se habían hecho tan buenas amigas —dice él con cautela.

Ivy siente a Freya tensarse a su lado y la busca automáticamente. Sus manos se rozan bajo la mesa. Freya contiene el aliento suavemente, los ojos de su padre están sobre ella. Bajo la mano de Ivy, la de Freya se pone rígida, como si temiera que su padre lo notara.

—Freya es una compañía maravillosa —agrega Ivy, retirando la mano con delicadeza para no causarle ansiedad—. Ha sido muy amable al ayudarme a entender las necesidades de los campesinos.

—Nuestra Freya es una chica dulce —afirma lord Tallon—. Aunque algo compasiva con los campesinos. Me temo que se aprovechan de eso.

—Oh, papá, no lo hacen —protesta Freya.

—Te exprimirían hasta dejarte seca si pudieran, hija. Es su naturaleza.

El tenedor de Ivy hace un fuerte ruido al tocar el plato. Cielos, no está acostumbrada a cubiertos tan pesados. Parecen ser antiguos.

—Oh, no creo que sea compasiva en exceso. Más bien, es muy perspicaz. Sabe anticiparse a las necesidades de la gente porque les habla y se pone a su nivel. Sin juicios. Sólo apertura. Así, la gente se siente cómoda para compartir con ella —sonríe Ivy—. Además, nunca parece olvidar un detalle.

—Freya tiene una mente aguda —asegura lord Tallon.

—La tiene —coincide Ivy—. Estoy muy agradecida por su guía. Mi hermano también.

—Ivy está dedicada a ayudar a su hermano a devolverle a Silverthorne su antigua gloria, papá —menciona Freya con cautela. Su voz se suaviza frente a sus padres, su postura es perfecta, cada movimiento es grácil, como si supiera que la observan y evalúan.

A Ivy no le gusta. Quiere de vuelta a su Freya libre y salvaje. Esta versión, rígida por la ansiedad, hace que su corazón lata por la preocupación. Bajo la mesa, presiona suavemente su mano libre contra el muslo de Freya en señal de consuelo.

A su lado, Freya exhala y le dedica una sonrisa temblorosa.

—He oído que tiene bastante reputación en los círculos literarios —expresa lord Tallon, como si lo desaprobara por completo—. ¿Qué la llevó a elegir una carrera en lugar de centrarse en la sociedad y la caridad?

—Escribir poesía… es como respirar. Simplemente sé que debo hacerlo —responde Ivy, intentando ignorar cómo toda la mesa la observa a ella y a lord Tallon como si estuvieran en un partido de tenis.

—Escribir sobre sus andanzas y publicarlas son dos cosas distintas —argumenta lord Tallon.

—Pensaría que un hombre involucrado en política como usted entendería la necesidad de compartir la voz y las opiniones personales —arguye Ivy—. Parece que tenemos eso en común.

Lord Tallon no parece nada divertido con esa afirmación.

—Lady Tallon, ¿está disfrutando a su nueva nieta? —pregunta Ivy, intentando suavizar la conversación.

—Es la bebé más dulce —responde lady Tallon.

—Estoy de acuerdo —afirma Angelica con una sonrisa.

—Es una lástima que no sea varón —añade lord Tallon. El estómago de Ivy se hunde al ver cómo la sonrisa desaparece del rostro de Angelica—. No te preocupes, querida —le dice a Angelica —. Estoy seguro de que el próximo será un niño.

—Pronto será tu turno, querida Freya —manifiesta lady Tallon—. Y Marigold y Ros, por supuesto —añade apresuradamente cuando Angelica carraspea con delicadeza—. Es sólo que las adopciones pueden tardar tanto —se explica—. Marigold, ¿no quieres que papá hable con alguien…?

—Ros y yo estamos manejando cómo construir nuestra familia —responde Marigold, con la paciencia de quien ha repetido esa frase incontables veces—. No te preocupes, Madre.

—Lamento que Ros no haya podido asistir esta noche —expresa lord Tallon—. Una mujer excelente, Ros —añade con énfasis—. Se mantiene fiel a las tradiciones de su familia. Trabaja con sus hermanos. Cuida del negocio como una mujer puede hacerlo.

Sonríe a lady Tallon.

—Tú también tuviste siempre una mente brillante para las cuentas del hogar, ¿verdad, querida? Creo que en el segundo año de nuestro matrimonio nos ahorraste cientos de libras al descubrir aquel error contable.

—"Aquel error contable" fue el administrador de la finca desviando dinero de las arcas —comenta lady Tallon, divertida, y sus delgados labios se curvan en una sonrisa.

—Lo eché de la finca cuando me lo informaste, ¿no es cierto? —asevera lord Tallon.

—No era necesario que lo persiguieras con una espada, Julian —lo reprende lady Tallon, mientras sus hijas ríen como si fuera una vieja discusión entre ellos.

—Se lo merecía —sostiene lord Tallon—. Pero las mujeres hoy en día… no se dedican a las artes más suaves o prácticas. Que Ros lleve las cuentas en la cristalería es un trabajo sensato para una mujer. No está en contacto con los hornos ni con el vertido del vidrio ni con los obreros, así que nunca está en peligro. Pero ahora se plantean todo tipo de exigencias y se escriben libros escandalosos, hay mujeres médicas por todas partes, queriendo empleos, ¿qué sigue? ¿Una mujer dirigiendo una fábrica? ¿Postulándose para primera ministra?

—¿Por qué no? —pregunta Ivy—. Las mujeres están en camino de ocupar cargos políticos en Estados Unidos. Y ciertamente, pueden ser buenas médicas. Las mujeres han asistido partos durante siglos, después de todo.

Lord Tallon se ruboriza ante la referencia al parto y, luego, entrecierra los ojos.

—¿Fue usted quien metió esa idea ridícula en la cabeza de su hermano de contratar a una médica para el pueblo?

—No, no fui yo —explica Ivy—. La doctora Nesbitt simplemente respondió al anuncio. Nos impresionó el currículum que presentó. De hecho, ambos asumimos que era un hombre antes de conocerla. Fue una sorpresa, pero no una desagradable.

—¡Así que usted sí se reunió con ella! —lord Tallon se lanza como si acabara de atraparla en una trampa, aunque Ivy no entiende cómo. Lo único que sabe con certeza es que el padre de Freya no la

soporta. Es como si percibiera que algo ha cambiado en su casa, que hay algo distinto en su hija, pero no se atreve a buscar respuestas.

—Mi hermano me pidió que lo ayudara a entrevistar a los candidatos —argumenta Ivy, manteniéndose serena, aunque la pierna de Freya tiembla bajo su mano firme—. Igual que me pidió que estuviera presente en todas las entrevistas del personal. ¿Acaso objeta su elección de consejera, mi lord?

Hay un filo helado en su voz que no logra contener, pero ¿cómo se atreve a insinuar que no actúa en beneficio de Prescott? ¡Es su hermano! Haría cualquier cosa por él.

—Su hermano es libre de tomar sus decisiones —responde Lord Tallon—. Pero me preocupa su criterio en cuanto a médicos.

—Me pareció una mujer competente —objeta Ivy—. Y su currículum era impresionante. Por no mencionar que la mayoría de los habitantes de la aldea son mujeres, ¿lo sabía?

—¿Disculpe? —pregunta lord Tallon.

—La demografía de la aldea —contesta Ivy—. Según el último censo, casi el setenta por ciento de los habitantes son mujeres y niñas. Estoy segura de que muchas preferirían ser atendidas por una médica. Hay asuntos delicados en lo que respecta a la salud femenina, después de todo. Y estoy segura de que lo sabe, siendo padre de hijas únicamente.

Lord Tallon se pone aún más rojo.

—Es usted bastante atrevida, señorita Yada-Lovell —afirma—. No estoy seguro de haber conocido antes a una dama tan audaz en sus opiniones y en la forma en que las expresa.

—Mi padre era un hombre franco, mi lord —responde Ivy.

—¿Se encuentra él en Estados Unidos, aguardando su regreso? —pregunta lord Tallon, con un entusiasmo apenas disimulado ante la posibilidad de deshacerse de Ivy.

—Julian —interviene suavemente lady Tallon, e Ivy se da cuenta de que ella sí notó el uso del tiempo pasado. Lord Tallon, en cambio, no.

—Falleció de fiebre cuando yo era niña —menciona Ivy—. Pero conservo muy cerca de mi corazón sus enseñanzas y su amor.

—Lo lamento —dice lord Tallon.

—Gracias —responde Ivy.

Bajo la mesa, la mano de Freya se entrelaza con la de Ivy, y su pulgar acaricia el interior de su muñeca en un gesto de consuelo. Le dedica una sonrisa dulce y suave, e Ivy desea con todas sus fuerzas inclinarse hasta que sus hombros se rocen, pero no se atreve.

Después de la cena, lord Tallon y el esposo de Angelica, Rupert, se retiran al salón de billar para fumar cigarros y beber brandy. Angelica sube a ver a los niños dormidos, y Marigold la acompaña.

—Yo me voy —susurra Dani con un guiño—. Quedé de encontrarme con unos amigos en la posada. Y también… lo siento, fui un poco descuidada.

—No pasa nada —la reconforta Freya.

—Papá estaba de mal humor esta noche, pero no deje que la intimide, Ivy. Se ablanda con el tiempo. Es que está acostumbrado a que haya una sola mujer con opiniones en la mesa: ¡yo!

Dani se va y deja a Freya y a Ivy solas en el salón que da al jardín. Ivy mira hacia fuera. Desea hablar, pero no en ese lugar.

—¿La cabaña? —sugiere.

Freya asiente con entusiasmo.

Su mano se entrelaza con la de Ivy mientras cruzan el jardín en la oscuridad, el sendero iluminado por la luna. Sus vestidos claros parecen fantasmas contra el paisaje nocturno mientras se escabullen entre los setos. En una situación normal, Ivy la habría detenido en el lugar donde se besaron por primera vez, pero esta noche no es para eso.

La cabaña abandonada del jardinero está bañada por un rayo de luna cuando se acercan. Una vez dentro, Freya enciende las velas que dejó allí. Ivy mira hacia la cama y luego a la silla endeble.

Sin decir nada, se recuesta en la cama.

—Ven aquí —dice, al ver la expresión preocupada en los ojos de Freya.

Ella va de inmediato y se acurruca entre sus brazos, con la cabeza apoyada en el vientre de Ivy. Los dedos de Ivy acarician su cabello.

—No salió muy bien, ¿verdad? —pregunta Ivy.

Freya niega con la cabeza.

—Lo siento —agrega Ivy.

—No, no fue culpa tuya. Él estaba… prácticamente interrogándote —afirma Freya—. Y luego, no darse cuenta de lo de tu padre… —se detiene—. Lo siento —comenta con firmeza—. Puede ser brusco a veces, pero no suele ser… —busca las palabras—. No suele ser cruel —expresa al fin, y el dolor en su voz hace que las manos de Ivy busquen sus hombros, deslizándose por sus brazos con suaves caricias.

—Creo que lo desestabilizo —admite Ivy—. Claramente, está de acuerdo con el primer ministro sobre mi trabajo, y no sabía que estaba molesto por la contratación de la doctora Nesbitt.

—A papá le gusta tener el control —enuncia Freya—. Le gusta liderar.

Ivy guarda silencio, concentrada en las pequeñas pecas que salpican la piel de Freya, mientras sus dedos recorren el contorno de una peca a otra.

—¿Cómo vamos a lograr que esto funcione? —pregunta en voz baja.

Freya se tensa entre sus brazos, se incorpora. Se vuelve para mirarla a los ojos.

—¿Dudas que podamos? —pregunta Freya, con voz temblorosa.

—No —contesta Ivy con firmeza—. Pero eso no significa que no será complicado. Venimos de mundos distintos. Hemos estado en una burbuja que nosotras mismas creamos. Una burbuja *perfecta* —subraya, tomando la mano de Freya y llevándola a sus labios—. Amo esa burbuja. Pero Freya, todas las burbujas tienen que estallar.

—Lo sé —afirma Freya—. Por eso quería que vinieras a cenar. Como primer paso.

Ivy sabe cuánto le costó ese paso a Freya.

—Significa mucho para mí que estuvieras dispuesta a hacerlo —comenta—. Sé que han sido muchos cambios para ti en muy poco tiempo.

—Es abrumador —admite Freya.

—Lo entiendo —Ivy la tranquiliza.

—No, no todo tiene que ver con mi familia —explica Freya—. Quiero decir, no ayuda. Pero no… —toma la mano de Ivy y la lleva a

su pecho. Los dedos de Ivy se enroscan alrededor del latido de Freya, mientras su otra mano le acaricia la mejilla—. Lo que siento por ti —confiesa Freya—. Me consume. Como un fuego que no se apaga. Sólo crece.

Ivy se enciende, pensando en lo que ocurrió en esa cama hace apenas una semana.

—Es algo que nunca había experimentado —menciona Ivy—. Estar contigo y ver el mundo a través de tus ojos.

Los ojos de Freya brillan.

—¿Lo dices en serio?

—Cada palabra —confirma Ivy, y luego le ofrece más, porque Freya merece todo—. Quiero estar contigo abiertamente. Reservar todos tus valses. Jugar *rounders* con tus hermanas y bailar alrededor del palo de mayo cada año —toma su mano, decidida a ser valiente —. Algún día —dice, acariciando el dedo donde irá su anillo de bodas —. Algún día me gustaría poner un ani…

Unos golpes atronadores en la puerta las hace retroceder bruscamente. El sonido no cesa e Ivy se pone en pie de un salto, cruzando la cabaña, sabiendo perfectamente quién estará del otro lado.

Sólo un padre furioso golpearía una puerta de esa manera.

Lord Tallon está en el umbral, con un abrigo echado sobre los hombros como si hubiera salido de la mansión a toda prisa.

—¡Papá!

Su mirada furiosa recorre la cabaña, se detiene en Freya, aún acostada en la cama, y su falda recogida hasta las rodillas. Ella se apresura a bajarla.

—Papá, no te hagas una idea equivocada —dice apresurada.

—Tengo la idea correcta… la equivocada eres tú. Levántate —chasquea los dedos como si estuviese entrenando a un perro y señala su lado—. Ven aquí.

Freya se levanta de la cama, pero no obedece de inmediato. En cambio, se coloca junto a Ivy.

—Veo que ya tenías tus sospechas —replica Freya.

—No voy a discutir esto delante de ella —insiste lord Tallon—. Ven conmigo ahora mismo, Freya.

—Lord Tallon, por favor —intercede Ivy—. Sé que usted y yo tenemos nuestras diferencias, pero su hija…

—¡*Mi* hija! —grita él, poniéndose tan rojo que Ivy teme que le dé un infarto.

—Papá, por favor, basta —exclama Freya.

Freya se vuelve hacia Ivy y toma su rostro entre sus manos. Ivy desearía poder perderse en los ojos de Freya, pero lord Tallon parece estar a segundos de tomar aquella espada que mencionaron en la cena y perseguirla con ella.

—Vete a casa —le suplica Freya—. Te buscaré por la mañana.

—Freya… —protesta Ivy, hay una terrible sensación creciendo en su interior—. No voy a dejarte.

Le lanza una mirada a lord Tallon, cuyos ojos se entrecierran ante su declaración.

—Está bien —la tranquiliza Freya, su pulgar acaricia suavemente la mejilla de Ivy antes de retirarse—. Permite que hable primero con ellos. Ve a casa. Espérame.

—No quiero dejarte con él —afirma Ivy, con obstinación.

—Le aconsejo que se retire, señorita Yada-Lovell —dice lord Tallon con frialdad—. O de lo contrario…



Freya

El corazón de Freya se contrae ante la amenaza apenas velada de su padre, mientras que Ivy alza la barbilla en respuesta.

—Usted no me asusta, lord Tallon. Me iré sólo porque Freya me lo ha pedido.

Mira a Freya durante un largo momento.

—Iré a casa y esperaré noticias tuyas después de que hables con tus padres —menciona con cautela—. Si eso es lo que tú quieres.

Freya asiente como si lo creyera, manteniendo el rostro sereno hasta que Ivy se marcha. Cuando se vuelve hacia su padre, la decepción que encuentra en sus ojos es como un torno que le oprime el alma.

Pero debe seguir adelante. No puede retroceder. Aunque eso sea lo que él desea.

—Deberíamos entrar en la casa y llamar a mamá —sugiere Freya —. Es importante que ella escuche esto también.

—Yo soy la cabeza de esta familia, Freya —afirma papá—. Puedo transmitirle lo que quieras decirle.

Freya niega con la cabeza.

—No —expresa—. Es mi madre. Quiero que lo escuche.

Sin decir más, sale de la cabaña del jardinero, dejando a su padre sin otra opción que seguirla.

Papá grita el nombre de mamá al entrar en la casa. Una de las doncellas se apresura a salir ante el inesperado bramido. Donovan, el ayuda de cámara, se pone en alerta.

—¿Mi lord? —pregunta, confundido.

Papá no levanta la voz. No muestra su temperamento. Especialmente, frente al servicio.

Freya lo ha obligado a hacer ambas cosas. Su estómago se revuelve horriblemente, pero mantiene la respiración serena.

—Por favor, llame a mi madre y dígale que se reúna con nosotros en el despacho de lord Tallon —manifiesta, decidida a superar esto.

Ignora los murmullos irritados de su padre, se dirige al despacho y entra. Toma la silla frente al escritorio.

—¿Estás segura de que no quieres sentarte en mi silla? —cuestiona él—. Ya que has decidido que estás al mando.

Freya respira hondo antes de responder.

—Creo que lo mejor será esperar a mamá.

—Esto es absurdo, Freya. Has sido hechizada. Seducida por una estadounidense.

—He conocido a alguien que se preocupa por mí, y yo por ella —argumenta Freya justo cuando la puerta se abre y su madre entra, ya en bata de noche.

—¿Qué está pasando? —pregunta mamá—. Ya estaba en la cama cuando Donovan llamó a mi puerta. Casi le da un ataque de nervios a mi doncella, la asustó muchísimo.

—Siéntate —ordena papá, con voz grave—. Tu hija tiene algo que decirnos.

Tu hija. No *nuestra* hija.

Los dedos de Freya se aferran a los brazos de madera de la silla, recordándose que una vida vivida en secreto no es para ella. Y sabe que no lo es para Ivy.

—¿Freya, estás herida? —pregunta mamá, preocupada, acercándose a ella.

—Me ha decepcionado profundamente —asevera papá—. ¿Tú lo sabías?

—¿Saber qué? —repite mamá.

—¡Que ha estado correteando por el condado con algún estadounidense!

Mamá frunce el ceño.

—No entiendo, pensé que el vizconde estaba en Londres. Había oído que estuvo bastante enfermo un tiempo…

—¡No ese estadounidense, *ésa*! ¡No el vizconde! ¡Su hermana! —papá golpea el escritorio con el puño—. ¡Ha estado involucrándose en… dios sabe qué cosas con esa poeta estadounidense que publica poemas sobre sus muchas seducciones para que todo el mundo lo sepa! ¡Te lo advertí, Freya, que te rebajarías siendo amiga de esa mujer, y no sólo buscaste su amistad, sino esto!

—¡Eso no es lo que escribe! —protesta Freya—. Ni siquiera has leído su obra. Sólo estás formando tus opiniones a partir de las diatribas de otros.

—¿Qué? —pregunta mamá. Suelta una risita nerviosa—. No, Freya, querida, dile a tu padre que está equivocado.

—No puedo —murmura Freya—. Es cierto.

—¿Qué? —mamá niega con la cabeza—. Mi amor, estás confundida. Tú no eres…

—Lo soy —interrumpe Freya, porque no puede soportar que su madre la niegue—. No siempre supe que me atraían mujeres y hombres. Pero ahora lo sé. Y no puedo, no voy a volver a fingir que no conozco una parte tan vital de mí misma.

—¡Ésa no eres tú! Has sido hechizada, Freya. Debes entrar en razón. Has caído bajo el embrujo de esa mujer estadounidense —asevera papá.

—La única influencia que tengo es el amor —sostiene Freya.

—*¿Amor?* —repite mamá, con los ojos muy abiertos.

—¡Disparates! —exclama lord Tallon.

—Freya, cariño —mamá se retuerce las manos, su mirada va de papá a Freya—. Tú y lord Montgomery hacen tan buena pareja. Él te tiene mucho afecto. Quiere cortejarte y casarse contigo. Serías

duquesa. Tus hijos no sólo heredarían el título Tallon, sino también el Welles. Seguramente, deseas…

Freya niega con la cabeza, intentando parecer tranquila, aunque siente que su cuerpo está a punto de caerse de la silla. La decepción en los ojos de su padre le atraviesa el alma.

—Lord Montgomery es un hombre amable, pero no lo quiero. Apenas lo conozco. Conozco a Ivy. Quiero a Ivy. La amo. Me hace más feliz de lo que nadie jamás… —aprieta los labios, su emoción amenaza con desbordarse como agua en un vaso—. Ivy me ha abierto todo un mundo —concluye.

—Un mundo de libertinaje, sin duda —murmura papá—. Le gusta discutir, es insolente y lo suficientemente vulgar para tener una carrera que una dama refinada jamás tendría. Impone sus ideas a la gente y espera que todos se adapten a ella.

—Ivy no es nada de eso —interviene Freya—. Le apasiona la vida y hacer el bien en el mundo, como todos deberíamos ser.

—No estás actuando como la hija que crie —asevera papá.

—Quizá ya no soy esa niña —dice Freya con valentía.

—¿Cómo te atreves? —la increpa papá.

Pero ella sigue adelante. Hay tanto que perder, pero debe continuar. Debe terminar esto.

Debe lograr que él la vea. Para que aún la ame.

—Todos han asumido cosas sobre mí siempre. Han intentado definirme sin preguntarme qué pienso, así que yo nunca me lo había cuestionado. Me han dicho que soy "dulce", así que actué como alguien dulce. De niña, me decían simplemente que era una de las hermanas Tallon y me encantaba, porque eso me hacía sentir que pertenecía, pero luego, al ser presentada en sociedad, de pronto soy "la Incomparable". ¿Sabes lo ridículo que suena eso? —pregunta—. ¿Sabes qué tipo de pedestal es ése? Lo único que se puede hacer en un pedestal es caer, papá. Y lo siento si he caído ante tus ojos. Pero si tengo que caer, lo haré enamorada y siendo fiel a mí misma. Y lo haré con orgullo. Porque la única persona en mi vida que no asumió todas esas cosas sobre mí fue Ivy. Ella, en cambio, preguntó. Y me hizo *preguntarme* cosas. Sobre mí. Sobre lo que quería de mi vida y de mi futuro. Sobre lo que quería del mundo.

—Has sido corrompida —expresa papá con asco.

—Julian —susurra mamá.

—No —gruñe papá.

—No te importó cuando Marigold vino a ti y te dijo que había encontrado a su esposa en Ros —estalla Freya.

—Ros es una mujer excelente que conoce su lugar en la sociedad —afirma papá—. Sabe no causar olas en una familia, sino agradecer el lugar que se le ha dado. ¿Acaso entiendes la presión que estás poniendo sobre tu hermana Angelica? Sobre todo, en su estado delicado, mientras se recupera. Si permites que ella cargue sola con la responsabilidad de darnos un heredero, serás una hermana miserable, sin duda. No voy a seguir escuchando estas tonterías. Ve a tu habitación, Freya —le ordena.

—Papá…

—No se hablará más de esto, y no se volverá a mencionar el nombre de esa mujer si quieres seguir siendo parte de esta familia. Y desde luego, no volverás a buscarla.

El corazón de Freya se hace añicos ante esa amenaza terrible.

—Papá, *por favor*.

—Hemos terminado —precisa él—. Ve a tu habitación. Ya es tarde.

—Julian —escucha decir a su madre, intentando calmarlo, mientras Freya se pone de pie para obedecer, aunque su mente y su corazón le dicen que no.

Esto no ha terminado, piensa al caminar hacia la puerta, sintiendo la mirada de su padre clavada en la espalda. *Lo siento, papá, pero no puede terminar así.*

En lugar de subir las escaleras hacia su habitación, Freya recorre el pasillo y sale al jardín, directo hacia el límite de las tierras de su padre y la Mansión Silverthorne.

Le dijo a Ivy que la esperara.

Y ahora va hacia ella. Corre hacia ella.

Es lo único que desea: verla, ser abrazada y consolada por ella. Creer que todo estará bien, mientras estén juntas.



Freya

Cuando llega a la casa de huéspedes donde Ivy y Prescott se alojan, ya es muy tarde. Le pareció algo extraño cuando conoció a Ivy saber que no estaban hospedados en la casa principal. Pero ahora lo entiende: ninguno de los dos quería alterar la rutina de June y Deepti, ni distraer su atención de Kai. Ivy tiene un corazón tan generoso. Fue considerado de su parte y de Prescott elegir alojamientos más modestos. Se pregunta qué pasará cuando Prescott se case. ¿Seguirá Ivy aquí?

Freya llama suavemente a la puerta. Al menos, tiene la seguridad de que Prescott no está en casa, así que no será él quien le abra. Pero no espera que sea una doncella quien lo haga.

—¡Lady Freya! —los ojos de la joven se abren de par en par.

—¿La conozco? —pregunta Freya, sintiéndose ligeramente incómoda dadas las circunstancias de la noche.

—Disculpe, mi lady. Soy amiga de Bess, doncella en la Mansión Tallon. La he visto jugar con sus hermanas en el lago algunas veces, cuando la he visitado.

—Por supuesto —dice Freya, intentando mantener una sonrisa cortés—. ¿Está la señorita Ivy en casa?

—Está fuera, en uno de sus paseos nocturnos, mi lady —comenta la doncella—. Pero debería volver pronto. Justo iba a llevar agua para su baño cuando regrese.

—La esperaré entonces —afirma Freya, intentando sonar segura. Pero necesita hablar con Ivy y crear algún tipo de plan.

—Por supuesto. ¿Puedo traerle algo, mi lady? —ofrece la doncella.

—Estoy bien, gracias —dice Freya, apartándose para que la doncella se retire.

Se encuentra vagando por la casa de huéspedes, que tiene sólo seis habitaciones. Pronto se siente atraída por la de Ivy, con el aroma familiar del jabón de loto como su guía. Encuentra los vestidos de Ivy en el armario y se detiene frente a ellos. Sus dedos recorren las telas finas. El vestido que usó en el Baile de la Flor Dorada está al fondo, con su patrón azul y blanco como nubes de tormenta sobre la falda.

Estaba deslumbrante esa noche. Freya no podía imaginar que alguien la viera y no quisiera conocerla. Amarla.

Podemos lograrlo, se dice, cerrando el armario y caminando en círculos por la habitación durante unos minutos. Inquieta, de pronto entiende por qué Ivy salió a cabalgar.

¿Por qué no estoy llorando? ¿No debería estarlo? Su padre prácticamente la desheredó esta noche.

En cambio, siente una especie de euforia dentro de su corazón roto. Como si de pronto se hubiera liberado de algo que, sin darse cuenta, la había estado aprisionando durante toda su vida.

Se acerca al escritorio de Ivy para distraerse, porque si piensa demasiado en las palabras terribles de su padre, empezará a llorar. No quiere llorar. Quiere aferrarse a esa sensación de libertad a toda costa.

Al revisar los títulos de los libros apilados en el escritorio, accidentalmente los derriba cuando intenta alcanzar el volumen de abajo. Los papeles se dispersan por todas partes. Al agacharse para recogerlos, Freya ve su nombre en uno de los pergaminos. Es la

carta que Ivy dejó caer en el balcón. Sonríe, recordando la primera vez que se conocieron. Pensó que era una engreída, pero ahora Ivy es su mundo entero. Qué curioso que Giovanna y sus chismes fueran una de las razones por las que se acercaron.

Coloca la carta sobre el escritorio y sigue recogiendo el resto de los papeles del suelo. Alguno le resulta familiar, y una sensación de inquietud se apodera de ella al sacar el panfleto que se distribuyó en el festival del May Day, interrumpiendo y arruinando todo. Se estremece al ver la caricatura burda de los pájaros que representan a su familia. ¿Por qué Ivy guardaría esto? ¿Como evidencia?

Está a punto de dejarlo a un lado cuando advierte que algo está sujeto al reverso con un alfiler. Casi se pincha el dedo.

Al retirar la nota del panfleto, lee la nota:

Ivy,
Gracias de nuevo por su ayuda en nuestra lucha.

—La Sociedad Ridings

La hoja cae de los dedos entumecidos de Freya mientras se pone de pie, con el estómago revuelto. La habitación gira a su alrededor, su visión se nubla. Siente la boca seca ante la horrible revelación.

¿Ivy estuvo detrás de la distribución de esos panfletos? ¿Lo estaba planeando justo antes de que…?

Dios mío, Freya va a vomitar. Lleva su mano al pecho, deseando que su corsé estuviese más flojo. Apenas puede respirar.

¿Ha sido una mentira todo este tiempo? ¿Tenía razón su padre? ¿La engañó Ivy? ¿La usó?

Dios mío, ¿la buscó a propósito? ¿La Sociedad Ridings…? Ivy estaba trabajando con ellas. ¿Ha sido parte desde el principio? ¿La buscó debido a su enemistad con su padre?

La visión de Freya se nubla. Se aferra al respaldo de un sillón mientras las lágrimas le escuecen los ojos.

Ha sido tan ingenua. Tan enamorada. ¿Ha estado ciega?

El sonido de la puerta al abrirse la aparta de sus pensamientos.

—¡Freya! Collin me dijo que estabas aquí. Lo siento, no pensé que vendrías esta noche. ¿Estás bien?

—¿Collin? —repite Freya, todavía intentando ordenar sus pensamientos.

La nota y el panfleto yacen a sus pies como un recordatorio horrible de que esto no es una pesadilla.

—El mayordomo —afirma Ivy.

—Ah —enuncia Freya, intentando pensar qué decir.

¿Qué ha hecho? Su padre prácticamente la desheredó. Y ella lo encaró porque creyó que la esperaba un amor excepcional, verdadero. Un amor que podía enfrentarlo todo.

¿Es siquiera real? El pensamiento la sacude hasta lo más profundo.

—Dime qué es lo que sucedió —expresa Ivy con urgencia, tomando sus manos entre las suyas—. ¿Tu padre sigue muy enfadado? Sé que la forma en que se enteró no fue la ideal, pero seguramente…

Freya aparta sus manos de las de Ivy con brusquedad. No soporta que, incluso ahora, siga anhelando su abrazo.

—¡Freya! —los ojos de Ivy se llenan de dolor—. ¿Qué ocurre?

—¿Qué es esto? —pregunta Freya, señalando los papeles en el suelo—. ¿Por qué la Sociedad Ridings le agradece su ayuda?

Ivy baja la mirada y se paraliza al ver la nota.

—Puedo explicarlo —afirma de inmediato, en un tono bajo que sólo habla de culpa.

—Más le vale —murmura Freya entre dientes.

—Tengo… una amiga —revela Ivy—. Una amiga afectada por estas leyes. Me pidió ayuda para entregar unos paquetes a un grupo de repartidores. La ayudé. Yo no… no sabía lo que contenían esos panfletos… ni que serían distribuidos en el festival. Debí haber hecho más preguntas, pero no lo hice.

—Su amiga. Es June, ¿verdad? —manifiesta Freya—. ¿June es responsable de esto?

Freya se agacha y toma el panfleto, agitándolo frente a Ivy.

Ivy niega con la cabeza.

—No puedo traicionar esa confianza.

—Pero sí puede traicionarme a mí —asevera Freya, su puño arruga el papel mientras la ira y el dolor crecen dentro de ella.

—Jamás lo haría —protesta Ivy. Respira hondo—. Esto no fue… no fue sobre ti, Freya. No sabía que…

—¿Cómo se atreve a decir que esto no fue sobre mí? —grita Freya—. ¡He renunciado a todo por usted! Por una persona que ni siquiera existe.

—Eso no es cierto —protesta Ivy—. Yo soy la misma que era antes. No he estado participando en ningún tipo de juego. Si hubiera sabido el contenido del panfleto, habría rechazado la tarea. Admito que fue un error no informarme mejor. Lamento no haber visto el panorama completo y haberte causado daño con todo esto.

—Mi padre me ha dicho que si yo vuelvo a hablar con usted, ya no seré parte de mi familia —le advierte Freya—. ¿Entiende lo que ha causado? ¿Lo que pasará si él descubre no sólo su implicación en esto…? —le lanza el panfleto—. ¿Qué cree que hará cuando descubra que *June* está detrás de todo esto? ¡Ha vivido junto a nosotros toda la vida!

—Yo no diría…

—No —asevera Freya—. Yo pienso en las consecuencias de las cosas, Ivy, a diferencia de usted. Tomó una cerilla y la lanzó a un pajar junto a un granero, y luego se preguntó por qué el fuego se propagó. Yo arriesgué todo por usted y lo único que ha hecho a cambio es traicionarme y poner en peligro mi relación con mi familia. Mi padre me odia. ¿Lo entiende?

—Freya, él nunca…

—No vio cómo me miró —insiste Freya, con un tono atormentado que resuena entre ellas. Ivy se acerca, pero Freya retrocede—. ¡No! —grita—. No puedo soportarlo.

Si Ivy la toca, cree que se romperá por completo. Que caerá en ella, buscando consuelo, y no puede.

Ella le ha causado demasiado daño.

—Lo siento tanto —se disculpa Ivy—. Tiene razón, no lo pensé bien. Sólo quería ayudar.

—Nos ha arruinado por su orgullo irreflexivo —la increpa Freya—. Entiendo que quiera hacer el bien. Pero ha dejado destrucción tras sus acciones. Yo la amaba…

—¿Amaba? —pregunta Ivy, con la voz quebrada, como si entendiera el propósito del tiempo pasado.

La barbilla de Freya se alza. Tiene que irse. Ahora.

—No puedo hacer esto —contesta.

—Por favor, Freya. No se vaya —le ruega Ivy—. Es de noche. Usted va a pie…

—Estaré bien —asegura Freya—. Ya no tenemos ningún vínculo. Así que no tiene por qué preocuparse por mí.

—Freya —la voz de Ivy se quiebra por las lágrimas—. Siempre me preocuparé por usted. Siempre la amaré. Se lo estoy suplicando.

—Si me sigue, Ivy, le juro que no volveré a hablarle jamás —la amenaza Freya.

—Freya, por favor —suplica Ivy.

Freya endereza los hombros, con toda la seriedad de una dama, mientras le hace una genuflexión a Ivy, formal y rígida, desvaneciendo toda intimidad y calidez.

—Buenas noches, señorita Yada-Lovell —se despide Freya, y luego, con toda la fuerza que le queda dentro, sale de la casa de huéspedes.

Llega a la verja de la Mansión Silverthorne justo cuando las lágrimas comienzan a deslizarse por sus mejillas. Freya nunca se ha sentido tan perdida. No tiene nada. Y poco a poco, empieza a comprenderlo.

Si regresa a casa, su padre seguramente le exigirá que acepte la propuesta de matrimonio de lord Montgomery, y luego vendrá el compromiso. Papá la vigilará en todo momento, observándola, esperando a que se retire del juego en el que él quiere involucrarla.

Ya no puede hacerlo. No puede seguir siendo su hija perfecta, repitiendo sus creencias y pensamientos como un eco.

Quiere tener sus propias creencias. Pensar por sí misma. Cometer errores y aprender de ellos.

Tal vez Ivy la haya traicionado, pero Freya no puede traicionar lo que aprendió sobre sí misma al amarla.

Aun si eso significa no volver jamás a casa. Tiene que ser libre para elegir por sí misma, su verdadero ser, no lo que su padre desea para ella.

Se abraza, intentando protegerse del frío de la noche primaveral, y comienza a caminar, no en dirección a la Mansión Tallon, sino hacia la posada junto al río. Quizás el posadero acepte sus pendientes como pago. Son zafiros.

Se concentra en mover el cuerpo, su falda se llena de barro mientras camina y tropieza algunas veces en la oscuridad. Cuando divisa la luz de un carruaje que se acerca, se aparta rápidamente a un lado del camino, temerosa de que no la vean.

Que este día termine en otro accidente de carruaje sería demasiado irónico y terrible.

Pero a medida que el carruaje se acerca, la luz ilumina su silueta y, para su sorpresa, comienza a desacelerar.

—¡Freya! ¡Freya! Gracias a Dios. ¡Tenía tanto miedo de no encontrarte!

Freya se queda helada hasta los dedos de los pies.

—¿Angelica? —pregunta.

Angelica empuja la puerta del carruaje. Freya se queda boquiabierta al ver que la pequeña Abigail está envuelta en los brazos de su hermana, durmiendo plácidamente a pesar del traqueteo de las ruedas que ha acompañado su sueño hasta hace unos segundos.

Angelica, sin embargo, no luce serena; está tan desaliñada como Freya jamás la ha visto al aire libre. Incluso lleva un botón desabrochado en el corpiño, como si se hubiera vestido con mucha prisa.

—¡Sube rápido! —le apremia Angelica—. Traje mantas. Pero no hay calentador de pies. Por las dudas.

Los labios de Freya tiemblan. Las lágrimas sacuden todo su cuerpo mientras Angelica emite un sonido preocupado y la ayuda a subir al carruaje, meciendo suavemente a Abigail con la otra mano.

—¿Cómo supiste dónde buscarme? —pregunta Freya entre lágrimas, mientras Angelica saca un pañuelo de su manga y se lo ofrece.

—¡Conduzca! —le ordena al cochero.

—No, Angelica. No puedo volver a casa —menciona Freya rápidamente—. No lo entiendes.

—Sí lo entiendo —replica Angelica, con ese tono suyo que no admite discusión—. Estaba intentando dormir a Abigail. La voz de papá se escucha…

—Oh —exclama Freya, sintiéndose de pronto muy pequeña. La idea de que Angelica haya oído todo aquello… Se suponía que sólo estaba destinado a los oídos de sus padres.

Si quieres ser tú misma, eso significa compartirte con todas *tus hermanas*, se dice.

Se seca las lágrimas con el pañuelo de Angélica. Hay que reconocer que su hermana se mantiene en silencio, meciendo a la pequeña Abigail y arrullándola de vez en cuando, esperando a que Freya hable.

—En verdad, no puedo volver, Angelica —dice de nuevo.

—No vamos allá —expresa Angelica con calma—. Vamos a mi casa.

Freya sorbe por la nariz. Llorar siempre enrojece su nariz terriblemente. Probablemente ya luce como un payaso ahora.

—¿Me vas a llevar a tu casa?

—Creo que tú y papá necesitan estar un tiempo separados —explica Angelica con toda la diplomacia que puede reunir—. Rupert se nos unirá por la mañana.

El estómago de Freya se aprieta al recordar la voz enfurecida de su padre. Las protestas silenciosas de su madre.

—Sólo quería decirles la verdad —murmura—. No quería… oh, lo arruiné todo.

—No —responde Angelica—. Papá sólo está siendo… bueno, está siendo papá. Esto es un gran impacto para él. Y debo admitirlo, para mí también.

Hay un destello de dolor en la voz de Angelica, y cuando Freya la mira por encima del pañuelo, ve tristeza en el rostro normalmente severo de su hermana.

—No quise dejarte fuera de todo eso —se disculpa Freya.

La mirada de Angélica se posa en su hija, como si centrarse en ella le hiciera más fácil afrontar el dolor.

—Así que Marigold y Dani ya lo saben. Me lo imaginaba.

—Oh, Jelly —exclama Freya—. De verdad, lo comprendí justo después de que te fuiste a tener a Abigail. Fue una cuestión de tiempo y circunstancias, más que otra cosa. Te prometo que iba a decírtelo.

Angelica suspira, con una sonrisa tensa.

—Está bien —la reconforta—. Sé que hay cosas que simplemente no comparto con Marigold y Dani. Sólo pensé…

—Que tú y yo compartiríamos cosas como ellas dos lo hacen —completa Freya.

Angelica asiente.

—Está bien, Freya. En verdad. No quiero que te concentres en eso. Es momento de que yo te cuide —le sonríe con ternura—. Vamos a arreglar esto —le promete—. Encontraremos la forma de que papá lo entienda. Todo estará bien.

Freya sorbe por la nariz. Cómo desearía que eso fuera cierto.

—Oh, Angelica —dice, odiando cómo su voz casi se quiebra en un sollozo—. No tienes idea de lo equivocada que estás.



Ivy

Dios, ¿qué ha hecho?

No lo pensó bien. Debió exigirle a June que le explicara los planes de la Sociedad Ridings antes de aceptar ayudarla. Su entusiasmo por apoyar no sólo la causa política, sino también a su prima terminó por herir a una de las personas más importantes de su vida.

Ahora, no sólo podría perder a la mujer que ama por su imprudencia, también podría haber puesto en riesgo a June y a la Sociedad Ridings. ¿Y si lord Tallon descubre que June es la autora de las caricaturas?

Estaba tan disgustado al ver a Freya con Ivy. El recuerdo le revuelve el estómago: la furia en sus ojos, la forma en que ordenó a Freya alejarse de ella, y cómo Freya se negó.

¿Qué se dijeron Freya y su padre? Ivy desearía haber hecho más preguntas… aunque Freya no habría respondido. Si tan sólo hubiera insistido en acompañarla para enfrentarlo…

Ahí vas otra vez, intentando forzar las cosas, presionarlas y controlarlas. ¡Ella ya ha tenido suficiente de eso con su padre! Y

ahora tú lo arruinaste todo por no ser honesta. Lo único que tenías que hacer era contarle sobre la Sociedad Ridings y por qué creías en ella. En cambio, la engañaste y lanzaste dinamita en medio de su vida.

Ivy se cubre la boca con la mano, intentando contener el sollozo que amenaza con salir. Si empieza a llorar, teme no poder detenerse jamás.

—¿Señorita Ivy? ¡Oh, cielos!

Ivy alza la vista entre lágrimas, limpiándose el rostro con apuro.

—Lo siento, Maude —dice, esforzándose por mantener la voz firme—. No la oí entrar.

—Llegó un mensajero hace apenas cinco minutos, señorita. Desde Londres —le informa Maude—. Dijo que lo contrataron para cabalgar toda la noche sin detenerse, para entregarle esto.

Le extiende una carta.

La preocupación se entrelaza con el dolor de Ivy, formando un nudo. Sólo se enviaría un mensajero en esas condiciones si algo estuviera *muy* mal.

Ivy rasga el sobre y lee rápidamente.

Querida Ivy,

Debo ser breve: su hermano ha caído gravemente enfermo con fiebre. Lo encontré en muy mal estado cuando llegué para la reunión final sobre el puesto en la aldea, y no he salido de la casa en cuatro días. La fiebre no ha cedido, y temo que, si no lo hace pronto, quizá no quede mucho tiempo.

Por favor, acuda a la brevedad.

Atentamente,
Dra. Nadine Nesbitt

—Dios mío —exclama Ivy, todos los temores y recuerdos de infancia sobre su padre enfermo se agolpan en su mente.

Debe partir de inmediato. En este mismo instante. Prescott la necesita.

—Maude, necesito que despierte a los mozos de cuadra —le indica a la doncella.



Llegar con Prescott. Ivy lo piensa con cada kilómetro que pasa mientras galopa sobre Citrine, toda su atención puesta en llegar a Londres lo más rápido posible. Su cuerpo duele por el esfuerzo, pero no se detiene.

Quizá no quede mucho tiempo. Dios, ¿qué clase de hermana es? ¡Nunca debió dejarlo solo en Londres! Seguro olvidó su bufanda o ignoró el cosquilleo en la garganta hasta que fue demasiado tarde. Prescott es insoportable cuando está enfermo. Se niega a cooperar hasta que está demasiado débil para resistirse.

¿Y si es como Padre?

Las manos de Ivy sujetan las riendas con más fuerza, instando a Citrine a ir más rápido ante ese pensamiento. No será así. No lo permitirá.

Él no puede morir. No como murió papá. Eso no sólo destruiría a su madre.

Destruiría a Ivy. Se quedaría completamente sola.

Debe estar tan asustado. Ivy odia imaginarlo, sudando febril en alguna cama, en una habitación que huele a enfermedad y a muerte inminente. Ella conoce bien ese olor.

Ya voy, piensa mientras cabalga hacia Londres.

Ivy llega a la casa Yada-Lovell justo después del mediodía. Sube la escalera a toda prisa, con el temor creciendo en cada peldaño.

¿Y si él…?

Pero cuando abre de golpe la puerta principal, ve a Adeline, una de las doncellas. La mujer deja escapar un suspiro de alivio.

—¡Oh, señorita Ivy! Qué alegría verla.

—Adeline, mi hermano… ¿cómo está?

—El vizconde sigue con vida, señorita. Pero la doctora Nesbitt dice que está muy mal.

—¿La fiebre no ha cedido?

—No, señorita.

Ivy asiente y sube corriendo la escalera hasta la habitación de Prescott. Hay un silencio inquietante en el segundo piso de la casa,

como si todos los sirvientes lo evitaran, o como si hubieran recibido órdenes de hacerlo.

—¿Prescott? —Ivy abre la puerta de golpe. Ve primero a la doctora Nesbitt, con un delantal sobre el vestido y sus trenzas recogidas pulcramente, sentada junto a la cama de Prescott.

—¡Dios mío! —Ivy corre al lado de su hermano, horrorizada por lo demacrado y enfermo que se ve—. Doctora Nesbitt, ¿qué ocurrió?

—Esta fiebre está arrasando la ciudad —explica la doctora Nesbitt —. Prescott es uno de muchos, me temo. Pero ha sido particularmente fuerte en su caso.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Seis días —le informa la doctora.

Ivy se inclina junto a la cama con las manos vacilantes, sin saber dónde puede tocar. ¿Lo lastimará? Le acaricia la frente con suavidad, perturbada por lo caliente que está su piel. Parece que se quema desde dentro.

—Ha estado entrando y saliendo de la conciencia durante tres de esos días —continúa la doctora Nesbitt—. Delira por la fiebre. Es casi imposible lograr que beba, y ni siquiera acepta el caldo. Pero debemos hacerlo, Ivy. Debemos lograr que beba y que baje su temperatura.

—Por supuesto —afirma Ivy—. Dígame qué hacer y yo me encargo.

Se pone de pie y va al cordón de llamada para requerir a la doncella. Cuando llega, le indica que traiga caldo y pan desmenuzado en leche, siguiendo la sugerencia de la doctora.

Vuelve a sentarse junto a Prescott. Su corazón late con fuerza mientras lucha contra los recuerdos de su padre consumiéndose en la cama, mientras la fiebre devoraba cada parte de él. El sonido del llanto de su madre cuando finalmente se fue es algo que la perseguirá durante toda su vida.

No puedes irte, piensa mientras acomoda los bordes de las mantas de Prescott. *Si yo no puedo dejar Inglaterra, tú no puedes abandonar este mundo sólo porque olvidaste ponerte una chaqueta o atarte bien el gazné*.

—Fue bueno que llegara tan rápido —comenta la doctora Nesbitt, mientras las doncellas traen una jarra de agua fresca y ella la vierte en una palangana. Humedece un paño en ella y limpia el rostro sudoroso de Prescott.

—Tuve que cambiar de caballo, pero eso me dio velocidad —menciona Ivy, mientras la doctora coloca un paño sobre la frente de Prescott para intentar enfriarlo. De pronto se da cuenta de que, si una fiebre está arrasando Londres, la doctora Nesbitt probablemente tiene otros pacientes—. ¿Ha estado aquí los seis días completos? —pregunta.

Hay un leve rubor en el rostro oscuro de la doctora, e Ivy tiene la sensación de que no tiene nada que ver con la fiebre.

—No podía dejarlo —responde simplemente, pero hay un mundo de significado detrás de sus palabras… y de su toque delicado al cambiar el paño por uno más fresco—. Mi padre y mi hermano están atendiendo a mis pacientes en los barrios bajos.

—¿Su…? No sabía que venía de una familia de médicos.

—Así es —dice la doctora Nesbitt—. A veces, la fe que mi familia tenía en mí era mayor que la que yo tenía en mí misma. Veo eso en usted y en Prescott. Tienen un vínculo muy estrecho.

—No sé qué haría sin él —confiesa Ivy, mirando a su hermano, observando sus pómulos demasiado prominentes por el peso que ha perdido.

—Trabajemos para que no tenga que averiguarlo —afirma la doctora Nesbitt, justo cuando las doncellas llegan con la bandeja de caldo y pan en leche—. Vamos, ayúdeme a acomodar las almohadas para que se siente.

Con algo de paciencia y ayuda de la doctora Nesbitt, Ivy logra que Prescott tome la mitad del tazón de caldo antes de que se hunda lánguidamente otra vez en las almohadas, girando la cabeza ante cada intento de ofrecerle otra cucharada.

—Está bien —lo reconforta Ivy, demasiado consciente de que su voz suena como la de su madre cuando se enfermaban de niños—. Está bien. Sólo descansa.

Presiona una mano contra la frente de Prescott. No necesita ser médico para saber que está ardiendo. Si la fiebre no cede pronto, no

sabe cómo podrá sobrevivir.

Ya está tan terriblemente demacrado. Ha desaparecido la curva saludable de sus mejillas. Ahora están hundidas y amarillentas. Las ojeras bajo sus ojos parecen moretones púrpuras, como los que aparecen después de una fractura en la nariz.

—Quiero pedir hielo —solicita la doctora Nesbitt—. Para colocarlo alrededor de su cuerpo y enfriarlo.

—Lo que usted diga —responde Ivy, sabiendo que la desesperación es evidente en su rostro.

El tiempo pierde todo sentido. Más doncellas entran y salen. Ivy cae en el patrón repetitivo de cambiar los paños en la frente de Prescott, limpiar el sudor de su rostro y brazos, y decirse que esta vez, cuando la doctora Nesbitt tome su temperatura, la fiebre habrá cedido.

Pero la fiebre no cede. Ni siquiera cuando les traen el hielo y lo envuelven en sábanas para colocarlo alrededor de Prescott, hasta que tiembla y se estremece.

No existe nada más que esta habitación y el esfuerzo por mantener a su hermano con vida por cualquier medio posible. Si tiene que respirar por él, encontrará la forma de ser sus pulmones.

La doctora Nesbitt —"Dígame Nadine", le indica a Ivy en algún momento, aunque ella olvida en qué momento sucedió eso— la obliga a bañarse y cambiarse de ropa, pero ésos son los únicos momentos en que Ivy se aleja de Prescott.

Tiene que estar allí cuando la fiebre ceda. Él va a salir adelante y ella va a estar allí para verlo. Para él.

En una de esas noches interminables, pide papel y pluma. Una doncella somnolienta obedece, e Ivy se encuentra a las tres de la mañana intentando escribir una carta a su madre para decirle que su único hijo está al borde de la muerte.

La tinta gotea y gotea de su pluma. No puede hacerlo. No puede escribirlo. No puede hacerlo real.

En cambio, arruga el papel, lo lanza al fuego y llora en silencio, sin haberse sentido nunca más sola.



La fiebre de Prescott cede al día trece. Quizás algún día pueda bromear al respecto: "el número trece de la suerte".

Ivy duerme dos días seguidos una vez que está segura de que Prescott ha salido del peligro y el agotamiento finalmente la vence. Cuando por fin reúne las fuerzas para levantarse, Prescott ya está sentado, aunque con algo de ayuda.

—Oí que te desmayaste —dice él. Su voz aún suena débil y temblorosa tras la enfermedad.

—Y yo oí que casi te mueres —responde Ivy, acercándose para sentarse al borde de la cama—. No vuelvas a hacer eso.

—Intentaré no hacerlo. No fue precisamente agradable.

—Me asustaste mucho —susurra—. Si no fuera por Nadine, habrías muerto —afirma Ivy—. Espero que le hayas dado las gracias.

—Esa mujer —dice él.

Una sonrisa tonta, que Ivy nunca le había visto, se instala en su rostro, y ella tiene la sensación de que *no* es causada por el láudano.

—Es una santa —confirma Ivy.

—Es una diosa —suspira él, y luego se queja porque parece dolerle el pecho—. ¿Y si lo arruiné todo por enfermarme? ¿Y si piensa que soy una carga demasiado pesada o algo así?

—Eres bastante intenso, Prescott —sostiene Ivy—. Pero por eso te queremos —añade cuando él hace un puchero—. Ahora descansa. Estaré aquí cuando despiertes.

Pasa un día entero antes de que Ivy se sienta lo suficientemente recuperada como para bañarse y enfrentarse al nido de ratas que es su cabello. Permanece en la bañera de cobre de su habitación mucho después de que el agua caliente se toma tibia y luego fría, haciendo rodar una bola de jabón entre sus palmas, intentando reunir sus nervios crispados… y los pedazos de su corazón roto que se obligó a ignorar mientras ella y Nadine apartaban a Prescott de las garras de la muerte.

Se siente casi flotando fuera de su cuerpo mientras repasa lo ocurrido en las últimas semanas. Capturó el corazón de su alma

gemela. Tuvo a Freya en cuerpo y corazón, y luego la perdió igual de rápido.

Fue imprudente en sus acciones y en su entusiasmo por ayudar a June sin tener toda la información, sin pensar en todas las posibles repercusiones. Tenía los ojos puestos en el premio, no en el camino. Ése fue su error, y lastimó a Freya… quizá demasiado como para que ella pueda perdonarla.

¿Cómo voy a explicarle esto? Un miedo completamente nuevo, uno que tuvo que ignorar por la preocupación por Prescott, empieza a surgir. No sólo la ha traicionado, sino que desapareció sin dar explicación alguna durante casi dos semanas.

Ivy sale del baño, se pone la bata y se sienta junto al fuego para que su cabello húmedo se seque más rápido. Mira las llamas, ignorando el dolor del agotamiento que aún la atormenta. Ya no puede postergarlo. Aunque no tenga las palabras, debe encontrarlas.

Recupera el pequeño escritorio portátil que encontró en la biblioteca la primera vez que se alojó en esta casa. Se acomoda junto al fuego y saca papel y pluma. La luz de las llamas proyecta sombras sobre la página, mientras comienza a escribir.

Querida Freya:

Lo lamento. Por tantas cosas. Sé que estás herida, y que soy yo quien te ha herido. Nunca fue mi intención, pero sé que las intenciones son sólo una parte de todo esto.

Debo pedirte perdón por el tiempo que ha transcurrido sin tener noticias mías. La mañana después de nuestra confrontación, recibí la noticia de que Prescott había caído gravemente enfermo. Cuando llegué a la ciudad, encontré a mi hermano al borde de la muerte. Por suerte, su fiebre finalmente cedió, pero hasta hoy, todo mi tiempo ha estado dedicado a cuidarlo.

No quería que pensaras que te he estado ignorando. No quiero hacer eso. Nunca quiero hacer eso. Nunca quiero estar sin ti.

No puedo perderte así, Freya.

Estaba enfocada en intentar ayudar a todos —en complacer a todos—, sin darme cuenta de cómo algunas consecuencias podían repercutir negativamente y herirte justo a ti, la persona que más me importa. Nunca quiero que te sientas herida, ni traicionada. Y mucho menos, que yo sea la causa.

Lo único que quiero es estar a tu lado. Apoyarte en todos tus momentos, buenos y malos. Y me mata saber que me he convertido en cómplice de uno de los malos.

Por favor, habla conmigo. Escríbeme. No puedo salir de Londres en este momento, pero, por favor, debes saber que lo lamento. Por todo.

Tuya,
Ivy
(Soy tuya, Freya. Completamente tuya.)



Freya

Cuando Freya despierta en la cama de la casa de Angelica, casi olvida dónde está. Han pasado semanas, pero cada mañana se sorprende un poco al comprobar que no se encuentra en su habitación.

Casi.

Al girarse en la cama, y encontrarse con las fundas de almohada rosa pálido en lugar del azul de su propio lecho, acaricia la almohada de repuesto y recuerda cómo Ivy acomodó su cabeza justo en el hueco de su cuello cuando estuvieron juntas aquella noche junto al lago. No pudieron quedarse a dormir juntas después del encuentro en la cabaña, así que regresaron al festival del May Day.

El recuerdo le provoca ahora una oleada de tristeza, no de alegría.

Debes levantarte, se dice, mirando la rendija de luz que se cuela por las cortinas del dosel. *Te lo dijiste ayer. Hay que enfrentar el día*.

Piensa en la risa ronca de Ivy. En cómo persiguió a Marigold con la raqueta de bádminton, decidida a ayudarla a ganar. En cómo la traicionó.

Freya se rueda en la cama y sube las mantas para cubrir su cabeza.

Mañana enfrentaré el día.

Angelica entra apresurada en la habitación y abre las cortinas de golpe; es de lo más inoportuno y nada bienvenido.

—Muy bien, querida, me temo que ya he tolerado suficiente —dice Angelica—. Sé que estás con el corazón roto… y con razón. Pero debo insistir en que te bañes y te pongas al menos una bata limpia. Y que desayunes algo saludable —toma la campanilla que lleva enganchada al *chatelaine* en su cintura y la hace sonar. Al instante, las doncellas comienzan a entrar en la habitación con precisión militar. Una de ellas corre al baño para preparar el agua; otra, lleva las toallas y sábanas limpias en brazos. Dos más traen bandejas de desayuno, que colocan sobre la cama de Freya. Apenas aparecen, desaparecen, dejando tras de sí comida aromática, un baño humeante y… ¿son ésas sus ropas de casa?

—¿Mandaste traer mi ropa?

—Le pedí a mamá que me la enviara —responde Angelica—. No podía permitir que siguieras usando mis vestidos. Después de todo, tengo mucho mejor sentido de la moda que tú, y tu costumbre de caminar largas distancias hace que siempre termines con los dobladillos llenos de barro.

Es la primera vez desde aquella noche horrible que Freya siente ganas de sonreír. Se incorpora lentamente, apoyándose en suficientes almohadas. Angelica se apresura a quitar las tapas de las bandejas, para revelar salchichas, huevos y pan tostado.

—Un poco de té también —insiste Angelica, mientras Freya se prepara un plato.

Angelica le sirve el té —jamás permitiría que Freya hiciera tal cosa siendo la invitada y ella la señora de la casa—, le añade dos terrones de azúcar sin preguntar, y se lo entrega.

—¿Dijo algo mamá? —pregunta Freya después de tomar un sorbo reconfortante.

—Me habló de su sorpresa —contesta Angelica con cautela—. Y de su preocupación por cómo esto podría afectar el cortejo de lord Montgomery.

El estómago de Freya se hunde. Había olvidado por completo a lord Montgomery.

—No tienes que decidir nada por ahora —la tranquiliza Angelica —. Tomarte este tiempo para ti es importante. Rupert y yo estamos felices de que te quedes con nosotros el tiempo que necesites.

—Gracias —expresa Freya, aunque sabe que no puede vivir con su hermana para siempre. Tiene que resolver algunas cosas. Y saber por dónde empezar parece labor imposible.

Toma un bocado de pan tostado, luego otro.

—Creo que después del desayuno daré un paseo —afirma—. Tus tierras junto al río son tan hermosas.

—¿Quieres compañía? —pregunta Angelica.

—Hoy no —responde Freya—. Pero pronto, creo.



Freya no ha tenido oportunidad de pasar mucho tiempo en la casa de Angelica desde que su hermana se casó, salvo por visitas breves. Las tierras que rodean la Casa Kincaid son hermosas. Se extienden a lo largo del río, salpicadas de sauces cuyas ramas flotan sobre el paisaje con el viento como bailarinas de ballet.

Freya se ajusta el mantón con más fuerza y se dirige al norte, sabiendo que si camina lo suficiente, lo encontrará.

El puente Ridings. El puente en forma de medialuna aparece frente a ella y se obliga a seguir caminando, aunque el recuerdo de haberse encontrado con Ivy en medio de él todavía siga fresco en su memoria.

¿Cómo ha sido tan fácil para ella tirar todo por la borda? ¿Deshacerse de Freya por sus decisiones? ¿Cambiar una ley es en verdad más importante que todo el futuro de Freya? ¿Que su relación con su padre?

Papá está enfadado por la persona que amas por razones que no tienen que ver con las acciones políticas de Ivy, susurra una vocecita dentro de ella.

Freya odia esa voz, pero es verdad. Papá no sabe nada sobre Ivy y su vínculo con la Sociedad Ridings. La detesta por su descaro, por ser estadounidense, por su independencia y por no haberse retractado en la cena cuando se habló de la idea de una doctora mujer. Papá no tolera que lo desafíen, y menos sin titubeos. Ivy hizo justo eso.

Ivy la "corrompió", como él dijo. Qué absurdo. Como si ella no tuviera voluntad propia.

Pero quizá no la tenías, hasta que empezaste a pensar en lo que tú querías.

Las manos de Freya se aferran al mantón y los flecos se enroscan entre sus dedos mientras alcanza el extremo norte del Puente Ridings. La posada está justo más allá. Alcanza a ver cubetas de flores dispuestas frente a la entrada y un cartel colgando sobre la puerta que dice todos son bienvenidos. Debajo, una gallina blanca con manchas negras mueve la cabeza hacia Freya, haciéndola sonreír.

—¡Ése es mío, Finley! —grita una voz—. ¡Devuélvemelo!

Alguien pasa corriendo detrás de Freya, casi haciéndola tambalear por la velocidad. Luego, un niño con pantalones raídos aparece detrás de una de las cubetas de flores, huyendo de la niña que lo persigue.

La niña se lanza sobre él y lo derriba al suelo, forcejeando para recuperar el libro que él tiene en las manos.

—¡No puedes tenerlo! —exclama ella.

—Ni siquiera sabes leerlo —responde Finley, poniéndose de pie y haciendo una mueca—. ¡Lottie, rompiste mis pantalones! Sabes que es el único que tengo.

—Lo siento —dice Lottie—. ¡Pero no debiste robar mi libro!

—No conoces las palabras —murmura él—. Ni siquiera sé por qué lo intentas.

Ahora que Freya los observa bien —ambos rubios y de ojos castaños—, está casi segura de que son mellizos.

—Hola —los saluda, agachándose para quedar a la altura de la niña—. ¿Puedo verlo?

La niña la mira con recelo.

—¿Lo va a devolver? —le pregunta.

—Lo prometo —asegura Freya.

Lottie se lo entrega lentamente. Freya mira la portada. *Cuentos de los hermanos Grimm*.

—Es una excelente elección —asevera al devolvérselo.

—Me gusta el dibujo de adentro —afirma Lottie, abriendo el libro para mostrar la litografía de Cenicienta bailando con el príncipe—. Pero las historias… —se queda en silencio—. Desearía que tuviera más dibujos.

—¿Van a la escuela del pueblo? —pregunta Freya.

Los dos intercambian una mirada que sólo puede describirse como "nerviosa".

—¡Tenemos que irnos! —expresa Finley—. ¡Adiós, señorita!

Toma la mano de su hermana y se aleja antes de que Freya pueda detenerlos. Ella se incorpora, observándolos dirigirse a la parte trasera de la posada, hacia el grupo de botes atracados en el muelle.

Mira hacia el edificio, sintiendo cómo su resolución empieza a desvanecerse. Había pensado entrar y tomar una copa como cualquier mujer con el corazón destrozado. Pero ahora esa idea le parece absurda. ¿Y si alguien la reconoce?

¿A quién le importa?

Endereza los hombros. Tiene razón. ¿A quién le importa? Su padre no quiere verla. Su madre está de su lado. Sus hermanas la aman. Tiene eso, al menos. Las tiene a ellas y sabe lo afortunada que es. Angelica ha sido un ángel para ella. Un ángel severo que insiste en que desayune, sí, pero un ángel al fin.

Eso tienen sus hermanas. Siempre están ahí para ella. Pase lo que pase.

Le duele más de lo que puede comprender el no poder decir lo mismo de su padre. Y siendo franca, su madre tampoco es inocente.

—¿Lady Freya?

Mira por encima del hombro y ve a le anfitrione de The Bridge, resplandeciente en rojo una vez más. Empieza a preguntarse si nunca usa otro color.

—Así es, está en lo correcto —responde elle con una sonrisa.

—Oh, cielos, lo siento. No quise decirlo en voz alta.

—Una pregunta honesta merece una respuesta honesta —replica le anfitrione—. Siempre he amado el rojo. El color de la pasión y la vida. Veo que usted prefiere el azul. Lo llevaba también la noche en que nos conocimos.

—Me recuerda a la cascada cerca de casa —comenta Freya.

—Llevamos todo tipo de talismanes para protegernos del mundo —argumenta le anfitrione—. Entre. Tome una copa conmigo. Y por favor, llámeme TK, como hacen sus hermanas.

—Es muy amable, TK. Me encantaría tomar algo —acepta Freya, dejando atrás la cautela—. ¿Conoce a los dos niños que estaban aquí afuera? —pregunta mientras sigue a TK al interior de la taberna. El aroma de salvia y cítricos llena el aire, algo delicioso burbujea sobre el fuego.

La posada es cálida y acogedora, con alfombras dispersas sobre el suelo de madera y mesas y sillas sencillas en el comedor, hacia donde TK la conduce.

—Lottie y Finley —contesta TK—. Sí.

—¿Sus padres están cerca?

—Ya no, me temo —responde TK, señalando un par de sillas junto al fuego—. Su padre murió hace muchos años y su madre falleció por la fiebre que recorrió la aldea el pasado diciembre.

—Oh, no —se lamenta Freya—. Qué terrible. Pensé que conocía a todos los niños de la aldea. Pero a ellos no los reconozco.

—Su madre viajaba con The Bridge —explica elle—. Era parte de la barcaza de espectáculos. La comunidad se ha encargado de los niños. No queríamos que vivieran en un orfanato. Esos lugares pueden ser tan terribles.

Freya frunce el ceño.

—No entiendo —replica—. Los orfanatos son lugares buenos.

—Algunos lo son —afirma TK—. Pero muchas personas adoptan niños mayores para ponerlos a trabajar. Un sirviente gratuito, por así decirlo.

—Eso es horrible —susurra Freya. Nunca imaginó que alguien pudiera ser tan cruel—. ¿Los niños… han asistido a la escuela?

TK se acomoda ligeramente en su asiento.

—Desafortunadamente, si asistieran a la escuela de la aldea, llamarían la atención.

—Y sus circunstancias harían que los demás se fijaran en ellos —asevera Freya, comprendiendo—. Están intentando mantenerlos con la única familia que han conocido.

—Al menos hasta que podamos encontrar una familia amorosa que los cuide de forma permanente —expresa TK.

—¿Han recibido alguna educación? —pregunta Freya, preocupada —. Me refiero a lectura y matemáticas. Cuando estaba afuera, peleaban por un libro y el niño dijo que Lottie no podía leerlo. Parecía tener ocho o nueve años, así que me sorprendió.

—Creo que cuando su madre vivía, se enfocaba en enseñarles música por encima de todo —explica TK—. Era el oficio de la familia.

—Lo entiendo —dice Freya. Vacila, preguntándose si está invadiendo terreno ajeno—. ¿Cree que… quizá si regreso mañana, si me ofreciera a ayudarles a aprender sus letras y números, sería algo bueno?

TK sonríe.

—Freya, eso sería *maravilloso*. La pequeña Lottie me pide todo el tiempo que le lea historias de su libro de cuentos, pero a veces la posada está tan ocupada que tengo que decirle que no.

Freya le devuelve la sonrisa, sintiendo cómo el alivio inunda su pecho. Por primera vez en días, se siente más ligera. Como si tuviera algo en qué enfocarse, algo *bueno*.

—Entonces, vendré mañana —afirma.

—¿Que vas a hacer *qué*? —pregunta Angelica mientras Freya se prepara para su lección de lectura al día siguiente.

—Voy a dar unas clases de lectura —responde Freya—. ¿Puedes imaginar tener casi diez años y no saber leer, Angelica?

—Muchas personas pobres no reciben educación, Freya —añade Angelica con paciencia.

—¡Pues no tienen por qué seguir así! —responde Freya—. La niña de la posada estaba tan entusiasmada. Se le veía en los ojos cuánto deseaba entender esos cuentos por sí misma. Y tú y yo sabemos que, si una persona recibe educación, aunque sean sólo letras y números, tiene muchas más posibilidades de mejorar su situación en la vida.

—Supongo —manifiesta Angelica, observándola mientras guarda papeles en su valija—. Querida, subí a hablar contigo por una razón.

Freya levanta la vista de sus preparativos por primera vez, dándose cuenta de que su hermana parece nerviosa.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—He recibido noticias de Dani y Marigold —contesta Angelica—. Interceptaron una carta en la casa antes de que papá pudiera verla. La mandó Ivy, dirigida a ti. La enviaron junto con su mensaje.

Angelica se la entrega.

Freya la mira. Siente un pequeño aleteo de advertencia en el estómago. Quiere tomarla. Romper el sobre y devorar todas las palabras y explicaciones de Ivy con avidez. Pero no puede ser tan débil. No cuando Ivy estuvo dispuesta a herirla tanto.

—Puedes dejarla sobre la mesa —le pide—. Puede esperar hasta después de mis lecciones.

Angelica duda.

—¿Estás segura? —le pregunta a su hermana.

Freya asiente.

—Sí. Estoy avanzando con mi vida y enfocándome en cosas nuevas. Cosas que me dan alegría y me ayudan a conocer el mundo y a mí misma. A partir de hoy.

37

Ivy

—¡Lo estás haciendo muy bien! —le dice Ivy a Prescott mientras regresan a la casa, tras un paseo por el pequeño parque de la cuadra.

Ha sido un mes largo de recuperación para Prescott, pero Ivy ha estado con él en cada paso. Cada día, el color parece volver poco a poco a su rostro, aunque todavía no ha recuperado todo el peso ni la fuerza que perdió durante la fiebre. Caminar largas distancias sigue siendo difícil; Ivy lo ayuda a subir la escalera de la casa, y él se deja ayudar. Aprendieron por las malas que su orgullo tendrá que quedar de lado durante la convalecencia.

—¿Te apetece un poco de té? —pregunta Prescott al entrar.

—Suena bien —responde Ivy, dejándose conducir al salón, donde llama para pedir el té.

—La señora Jennings parece estar perfeccionando su arte con el matcha —comenta Prescott mientras se acomoda en el mullido diván, y se quita los zapatos con la ayuda de sus pies.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ivy, sacando una manta de uno de los armarios de madera que bordean las paredes del salón y colocándola sobre sus piernas.

—Odio sentirme así —menciona él—. Ni siquiera tengo a Nadine refrescándome la frente.

—Ha estado bastante ocupada —dice Ivy.

Una vez que Nadine estuvo segura de que Prescott estaba fuera de peligro, volvió a su labor médica en las zonas más empobrecidas de Londres.

—… ¿La extrañas? —cuestiona Prescott.

—¿Perdón? —pregunta Ivy.

—¿La extrañas? Me refiero a Freya. Lamento tanto haberte mantenido alejada de ella.

Ivy se concentra de pronto en el té. Toma su taza y le da un sorbo.

—¿Qué pasa? —inquiere Prescott. Y elige justo ese momento para ser perspicaz en lugar de pensar en él mismo, maldita sea.

—Se ha complicado un poco —responde Ivy finalmente.

—Oh, oh —expresa Prescott.

—Lo arruiné todo —confiesa Ivy, con una voz tan rota que ni siquiera logra sonar valiente.

—¿Qué pasó?

Ivy no puede contarlo. Parte de ello no le corresponde.

—Traicioné su confianza y la herí profundamente —comenta Ivy —. Temo que no me perdone, y la idea de no volver a hablar con ella… —su voz se quiebra, las lágrimas se acumulan en sus ojos—. No sé qué hacer, Prescott.

—¿Le escribiste, supongo? ¿Le rogaste que te perdone?

Ivy asiente.

—Mi primera carta no tuvo respuesta, así que envié otra. La tercera fue devuelta. No sabía si debía seguir escribiendo.

—No —le aconseja Prescott con tono reflexivo—. Eso parece un mensaje claro.

Justo eso es lo que Ivy teme.

—Dale tiempo —añade Prescott—. Te conozco, sé que tu disculpa habrá sido sincera. Pero a veces necesitamos tiempo antes de poder

perdonar.

Toma un sorbo de su matcha.

—¿Quieres volver a Silverthorne?

—No voy a dejarte —asevera Ivy con firmeza—. Y tú aún no estás en condiciones de viajar tan lejos.

—Estoy seguro de que podría arreglármelas —argumenta Prescott.

—Ni siquiera vamos a hablar de eso —lo interrumpe Ivy—. Debería pedirle a Nadine que revise tu cerebro. Quizá la fiebre te haya causado daños.

Prescott pone los ojos en blanco.

—Eres muy dramática, hermana mía.

—Soy protectora —replica Ivy—. No tienes idea de lo cerca que estuve de perderte… —su garganta se cierra. Se detiene de nuevo, intentando contener la emoción—. Me recordó a papá —dice al fin.

—Oh, Ivy —la voz de Prescott está cargada de simpatía y comprensión—. Has pasado por mucho últimamente.

Eso es quedarse corto. Todo su mundo se ha transformado desde que conoció y se enamoró de Freya. Y luego, ese nuevo mundo se hizo añicos cuando Ivy la traicionó. No sabe si hay forma de reunir los pedazos… pero tiene que intentarlo.

Le dedica una sonrisa verdadera, aunque tensa.

—Somos Yada-Lovell. Lo superaremos, ¿no es así?

—Siempre —afirma él—. Mientras estemos juntos.



A la mañana siguiente, Ivy se despierta temprano. Le prometió a la señora Jennings que iría a la pescadería por ella, para que la cocinera pudiera concentrarse en sus pudines. Ivy necesita despejar la cabeza, así que se pone su traje de paseo color canela, prende el broche de jade de su abuela en el cuello de su blusa y se asegura el sombrero con pasadores. Se mira al espejo y suspira.

Tiene el corazón roto, y se le nota: sin dormir, triste, derrotada por sus propias acciones.

Ivy tenía esperanzas cuando envió la primera carta. Aún las tenía al enviar la segunda. Pero cuando la tercera fue devuelta, la ilusión se desvaneció.

—Voy a acompañarla, señorita —le dice Adeline cuando Ivy baja las escaleras. La joven lleva dos cestas grandes.

—Tendrá que ayudarme a escoger el mejor pescado, Adeline. La señora Jennings mencionó que usted tiene buen ojo para los ingredientes cuando hace las compras por ella.

Adeline sonríe ante el cumplido y abre la puerta principal para Ivy. Ambas salen al aire brumoso de la mañana londinense, pero cuando Ivy ve quién está al pie de los escalones, se queda paralizada.

—¿Dani?

Lady Dani Tallon está allí, con una mano en la cadera y una mirada de evaluación en el rostro.

—Tenemos que hablar —dice Dani.

Ivy no se mueve del último escalón. Mira nerviosa hacia la calle.

—¿Sus hermanas vinieron con usted?

—Vine sola. Bueno, con la tía Mildred —explica Dani—. Pero le gusta dormir siestas largas y jugar solitario los pocos momentos en que está despierta, así que no presta atención a dónde voy. Cree que estoy aquí para comprar un vestido de final de temporada.

—¿Lo está?

Los ojos de Dani se deslizan hacia Adeline, que observa la escena con gran interés.

—¿Sabe qué, Adeline? —menciona Ivy con tacto—. ¿Por qué no va a ayudar a la señora Jennings con sus pudines? Lady Dani puede acompañarme a la pescadería.

—Sí, señorita.

Adeline le entrega la cesta a Ivy, hace una genuflexión y desaparece en la casa.

Ivy baja a la acera y le pasa la cesta a Dani. Las calles ya comienzan a cobrar vida, incluso en ese tranquilo barrio residencial, mientras los repartidores de periódicos corren por los portales y ofrecen ejemplares a los transeúntes que se dirigen al trabajo.

—Tengo curiosidad por saber por qué ha venido aquí —dice Ivy.

—¿Porque ahora es usted enemiga jurada de mi familia? —responde Dani con sarcasmo—. Oí que su hermano estaba enfermo. Quería saber si ustedes dos se encontraban bien. Somos amigas y vecinas, después de todo.

Ivy comienza a caminar hacia la pescadería. Son cinco minutos a pie, lo cual no parecía mucho al despertar, pero ahora le resulta una distancia extenuante bajo la mirada de la hermana de la mujer que ama.

—Prescott mejora cada día —le confía Ivy—. ¿Eso significa que, si usted sabe de Prescott, entonces Freya al menos leyó mi primera carta y se la compartió?

Dani guarda silencio unos pasos, hasta que Ivy se detiene, desesperada por respuestas.

—Las cosas no están bien en mi casa, Ivy —afirma Dani—. Freya está alojada en casa de Angelica.

—¿Con Angelica? —repite Ivy, sorprendida. Si iba a quedarse en algún sitio habría esperado que fuera con Marigold y Ros.

—Papá está muy molesto —agrega Dani—. Usted y Freya… han causado una gran discordia.

—Yo no… —Ivy vuelve a caminar, porque si no se mueve, siente que va a estallar—. No entiendo por qué se enfadó tanto aquella noche en que nos encontró —confiesa—. Sé que fue una sorpresa y estaba conmocionado. Pero su hermana está casada con una mujer. Usted podría terminar casada con una mujer algún día. Parece aceptar esas cosas fácilmente en ustedes dos, pero con Freya… —sacude la cabeza—. Fue como si yo la hubiera mancillado ante sus ojos, en lugar de amarla.

—Freya siempre ha tenido una relación muy estrecha con papá —comenta Dani con cautela—. Si yo tuviera que ser menos diplomática, diría que ella es su consentida. Sé que los padres no deberían tenerlas, pero ella lo es. Y sospecho… bueno, papá sólo tiene hijas. Es un hombre de la nobleza. Un hombre de tradiciones. Dos de sus hijas ya no encajan en el molde que quería para ellas. Y ahora que cree que Angelica es como mamá, lo que significa que sólo puede tener hijas, ha depositado muchas de sus esperanzas en Freya.

—Y yo la ayudé a destrozar esas esperanzas —se lamenta Ivy—. Justo antes de destrozarla a ella.

—Usted es muy distinta a nosotras —opina Dani—. Lo cual no es algo malo —se apresura a añadir—. Pero para papá… Freya se supone que debe casarse con un gran hombre, ¿entiende? Debe continuar el linaje familiar si Angelica no puede tener un hijo. Dios sabe que nadie espera que yo esté a la altura.

—Su matrimonio se supone que debe elevarla. Y yo no sería una buena herramienta para conseguirlo —añade Ivy.

—Papá está muy apegado a sus ideas —argumenta Dani, apartándose del camino de un repartidor que, con una sonrisa de oreja a oreja, ya casi ha agotado su pila de periódicos—. Por eso, Marigold y yo interceptamos sus dos primeras cartas a Freya y nos aseguramos de enviárselas a Angelica para que le llegaran a ella.

—¿Eso hicieron? —pregunta Ivy sorprendida—. Yo… gracias.

—No pude interceptar la tercera antes de que se la entregaran a papá —le cuenta Dani.

—Entonces, ¿Freya no fue quien la devolvió? —Ivy siente que un tenue hilo de esperanza surge en ella.

—No —contesta Dani—. Pero, Ivy, cuando le envié su primera carta, Freya le dijo a Angelica que tenía que seguir adelante con su vida. Angelica no está segura de que siquiera la haya leído.

Ivy casi tropieza, el dolor en el estómago es tan agudo que siente que podría desplomarse ahí mismo. Se siente… vacía. Como si alguien le hubiera arrancado el corazón y jamás fuera a devolvérselo.

—Ya veo —logra enunciar Ivy—. Yo… lo entiendo.

—Le dije a Angelica que Freya estaba siendo ridícula —comenta Dani—. No me permitió decírselo en persona, lo cual comprendo. Está desolada, según mi hermana. Pero nunca he visto a Freya más feliz que cuando estaba con usted. Era como si hubiera descubierto una parte completamente nueva de sí misma.

—Es amable de su parte defenderme, Dani —le agradece Ivy, deseando ya no estar en la calle y subir a su habitación para llorar. Están casi frente a la pescadería, y la idea de tener que regatear precios y luego caminar de regreso a casa le parece insoportable.

No se le ocurre ninguna excusa para marcharse, así que parpadea para contener las lágrimas e intenta ignorar el vacío que sigue creciendo en su interior.

Siente como si todo lo que alguna vez había temido, todas las heridas secretas que guarda en su interior, se hubiese hecho realidad. Una pesadilla de la que no puede liberarse. La idea de estar para siempre afuera, mirando la vida de Freya a lo lejos, le provoca un dolor que no se desvanece. Y lo peor es que lo merece. Ivy ha sido descuidada.

Tiene que seguir adelante con su vida. ¿Cómo es siquiera posible? Ivy ha cambiado para siempre por Freya. No puede seguir adelante. Apenas puede respirar sin ella.

—Aquí estamos —afirma, señalando la tienda frente a ellas.

—Aquí la dejo —se despide Dani, con una mirada que lo sabe todo, como si pudiera ver que Ivy está a segundos de romperse—. Lo siento, Ivy. Estaré en la ciudad unas semanas más, en caso de que usted quiera hablar.

—Gracias —dice Ivy.

Espera hasta que Dani desaparece calle abajo. La alegre pluma púrpura en su sombrero es lo último que ve girar en la esquina.

Camina directo a casa sin comprar el pescado, ignorando que tal vez habrá arruinado todo el menú de la señora Jennings. Arroja las cestas del mercado en el vestíbulo, sin responder a las preguntas sorprendidas de Adeline mientras corre escaleras arriba y por el pasillo, al tiempo que sus lágrimas silenciosas amenazan con convertirse en sollozos antes de alcanzar la privacidad de su habitación.

Cierra la puerta de golpe, se arrastra hasta la cama, se cubre con la colcha y presiona la mano contra su corazón roto.

Se acabó. *Ellas* acabaron. Terminaron antes de poder aferrarse con suficiente fuerza como para resistir cualquier cosa.

Tú hiciste esto, piensa Ivy. *Es tu culpa*.

No puede escapar de la amarga verdad: si estuviera en el lugar de Freya, si la hubieran traicionado así, quizá tampoco sería capaz de perdonar.



Freya

—Gong —dice Lottie—. G-O-N-G. Y hace este sonido —emite un estruendoso sonido grave con la voz. Es bastante impresionante, en realidad.

—¡Muy bien, Lottie! —exclama Freya, inclinándose sobre su hombro para ver la pizarra donde ha escrito la palabra con tiza—. ¿Cómo vas tú, Finley?

—C-O-L-B-E-R-T —señala cada letra que ha escrito en su pizarra —. Todavía no entiendo por qué está ahí la T.

—El primero de muchos misterios del idioma inglés —afirma Freya—. Muy bien hecho, Finley. Un apellido fuerte para un niño fuerte.

Le da una palmadita en el hombro y se acerca a la pizarra grande que ha colocado como si fuera una especie de tablero. La limpia con un pañuelo y se vuelve hacia los niños.

—Eso es todo por hoy —les anuncia.

—¿Volverá el miércoles? —pregunta Lottie, como siempre lo hace.

Freya lleva tres semanas dándoles clases, y Lottie aún no logra sacudirse la idea de que un día Freya no aparecerá. Ella sospecha

que tiene que ver con haber perdido a su madre, la pobre.

—Por supuesto que sí —asegura Freya—. Todos los lunes, miércoles y viernes, como prometí. Ahora entren para el té. Creo que TK prometió sándwiches.

Los niños aceleran el paso al escucharla y entran corriendo a la posada, hasta desaparecer en la cocina. Prefieren comer con la cocinera del lugar, una mujer alegre que siempre les da galletas de más a escondidas.

Freya va directo a la pila de periódicos que están sobre una mesa frente a la chimenea. TK hace que le entreguen todos los diarios importantes desde Londres, aunque siempre llegan con uno o dos días de retraso. También reciben noticias del continente, aunque casi siempre con varios meses de antigüedad. Aun así, Freya ha devorado los periódicos de Italia y Francia. Incluso está intentando aprender un poco de español mientras revisa los diarios. Su latín sirve de poco en esta nueva búsqueda de noticias del mundo, pero ya no puede hacer nada al respecto.

Siempre ha leído, pero sobre todo ficción. Ahora está llenando su mente con tanto mundo real como puede, preguntándose en cada página: *¿Qué pienso yo?*

Cada vez que aparece un artículo sobre la inminente votación de la enmienda de herencia, siente una punzada amarga en el estómago. Sobre todo, al darse cuenta de lo sesgada que es la cobertura. Está empezando a notar que, en otros países, las mujeres periodistas tienen más participación que en Inglaterra. Lo que significa que no se cubren tantos temas que afectan a las mujeres. ¡Hay toda una columna en el periódico francés sobre el parto! Freya tuvo ganas de meterse bajo las mantas al leerla porque, *Dios mío*, ¿eso es realmente lo que ocurre? ¿Por qué nadie se lo había contado?

Ésa es una pregunta que se repite una y otra vez. *¿Por qué?*

Sabía que su padre la protegía a ella y a sus hermanas por lo que él consideraba su bienestar. Ésa era su intención. Pero está empezando a darse cuenta de que, a pesar de sus buenas intenciones, mantenerla en un pedestal, intacta e ignorante del mundo, no sirve de nada. Llenar su mente de información es mucho

mejor. Sin embargo, cuanto más lo hace, más se arraiga en ella una certeza profunda.

Que no está de acuerdo con su padre en muchas cosas. Y que él le ha demostrado que sólo siguiendo el camino que quiere para ella le dará el amor que una hija merece de su progenitor.

Freya alisa el periódico francés, intentando apartar el apagado destello de dolor que atraviesa su pecho cada vez que piensa en su padre. No ha recibido noticias de él. No puede evitar sentir que lo ha decepcionado. Cada vez que lo piensa, tiene que recordarse que su vida le pertenece a ella, no a él. Y que nada de lo que ha hecho debería ser motivo de decepción. Se ha enamorado y, en el proceso, ha descubierto más sobre sí misma de lo que jamás imaginó. El juicio de su padre es su error, no el de ella. Ivy puede haber traicionado su confianza y su corazón, y Freya aún se vuelve loca cada noche preguntándose por sus motivos, pero ella ha actuado por amor y sólo por amor.

Freya leyó las dos cartas que Ivy le envió una y otra vez. Quiere creer cada palabra que contienen, pero no sabe si es su corazón quien habla o su cabeza. Freya permitió que su corazón la condujera, y eso la dejó destrozada. Esta vez debe actuar con la cabeza.

Por eso no ha respondido. Necesita tiempo para pensar. Para crecer.

Por eso, ama darles clases a Finley y a Lottie. Han vivido circunstancias trágicas, pero sus espíritus son fuertes. Absorben como esponjas ansiosas cada lección que Freya les da. Le preocupaba que Finley no quisiera aprender a leer —o que ni siquiera quisiera intentarlo, considerando lo desdeñoso que fue con el libro de cuentos de su hermana—, pero el niño la sorprendió al llegar temprano a su clase. Para la segunda clase, incluso empezó a peinarse antes de entrar.

Freya está sumida en el periódico italiano, dos tazas de té después, cuando alguien la llama por su nombre y la saca de golpe de su concentración. Levanta la vista por un instante y enseguida la baja otra vez al periódico, con lentitud.

—June —saluda Freya con cautela.

La mujer mayor sonríe.

—Se rumorea en la aldea que está pasando tiempo aquí. ¿Puedo sentarme?

—Si insiste —asevera Freya, guardando el periódico con rapidez —. ¿Té? Aunque me temo que está algo frío.

—No hace falta —responde June—. Estoy aquí para disculparme.

—¿Por sus ilustraciones? —pregunta Freya con tono gélido y cortante.

—No —contesta June—. No puedo disculparme por creer que la ley que su padre lucha por mantener perjudica a muchas mujeres sáficas, incluidas sus propias hijas. Tengo derecho a expresarme. Pero tenía la sospecha de que usted e Ivy habían formado algún tipo de vínculo, aunque ella nunca lo expresó abiertamente. No debí haberle pedido que me ayudara a contratar a los repartidores. Necesitaba un intermediario y yo la usé para eso. Y ella confió en mí lo suficiente como para no preguntar demasiado cuando le dije que el contenido de los paquetes debía permanecer en secreto por el momento.

—Lo hizo por algo más que ayudarla como familia —replica Freya —. Cree en su causa.

—Es cierto —asiente June.

—Cree que hombres como mi padre no deberían crear leyes que no les incumben a ellos —continúa Freya—. Ella lucharía hasta el final por conservar su independencia y abrir ese camino para otras, yo creo.

—Yo también lo creo —opina June en voz baja.

Freya se muerde el interior del labio, dudando sobre si la pregunta que quiere hacer cruza una línea.

—June, ¿usted odia a su padre? —pregunta al fin—. Sé que no pudo dejarle el título ni las tierras por la ley, pero pudo haberle dejado una herencia económica. Y no lo hizo.

June guarda silencio, mirando el fuego.

—No es algo fácil de sobrellevar. Pero no debo dejar que eso marchite mi corazón. Porque, entonces, sería como él. Y no quiero eso.

El corazón de Freya se contrae con fuerza en su pecho. Siempre pensó que su padre era el hombre más valiente y firme. Habría estado orgullosa de parecerse a él.

Pero ahora, se encuentra teniendo algo en común con June y sus creencias radicales. Ahora, no está segura de querer pensar o querer ser como su padre. Él ignora demasiado.

—Quiero que sepa, si tiene alguna duda, cuánto la ama Ivy —menciona June.

—¿Ha hablado con ella? —Freya se odia por preguntar, pero no puede evitarlo.

—Le ha escrito a Deepti, pero está muy molesta conmigo —admite June.

—También me ha escrito a mí. Pero no le he respondido.

—¿Por qué no? —pregunta June—. ¿Ha terminado con ella para siempre?

El corazón de Freya se contrae ante la idea de no volver a ver a Ivy. No volver a sostener su rostro entre las manos, no verla sonreír bajo la luz brillante de la tarde, no escucharla hablar sin parar de sus nuevos poemas, con su entusiasmo encendiéndose como llama sobre papel.

—Alguien que me traiciona, que hiere a mi familia… es duro para mí —comenta Freya con cautela, muy consciente de que aún no confía del todo en June.

—Lo entiendo —afirma June—. Su confianza fue rota.

Freya asiente.

—¿Está de acuerdo con ella, Freya?

—¿Que si estoy…?

—Sobre la ley. ¿Cree que mujeres como nosotras deberíamos poder heredar nuestros derechos de nacimiento y títulos a nuestros hijos?

—Sí —responde simplemente Freya.

No se le ocurre ninguna razón por la cual *no* debería ser posible. Sobre todo, porque los hombres aristócratas que se casan entre sí pueden heredar *sus* títulos a sus hijos. Sólo las mujeres están excluidas. Y sólo a las mujeres se les impide votar para aprobar esas leyes.

No está bien. No hay justicia sin que haya una voz para todos.

—La primera vez que Ivy entendió cómo este país trata a mujeres como ella fue al conocer a mi familia —comenta June—. Y ver cuán indefensas nos habían dejado. Si Prescott hubiera sido otro tipo de hombre, Deepti y yo podríamos haber terminado en la calle con nuestro hijo.

Si Angelica no hubiese corrido tras de mí cuando papá me desterró, yo estaría en la calle, piensa Freya. Es aterrador pensar en el poder que su padre ejerce sobre ella. Siempre le había confiado eso… hasta que ya no pudo.

—Hay mujeres en todo el país que son destituidas y quedan en la miseria, luchando por sobrevivir, y mientras a sus hijos se les niegan cosas, otros niños de la familia las reciben sin problema. Los títulos son poder. Y si podemos dar voz a las mujeres de las clases altas, entonces ganaremos independencia para las clases bajas también. Esto es sólo el primer paso, Freya.

El corazón de Freya se sobresalta al pensar en todo lo que ha leído en las últimas semanas.

—Está hablando del voto —comenta.

June la mira con solemnidad.

—Así es.

Un escalofrío recorre la piel de Freya.

—¿Cree que es posible? —pregunta Freya—. Sé que en Estados Unidos eso está en camino, pero ¿aquí?

—Es absolutamente posible. Pero no si no luchamos en cada paso —dice June. Sonríe—. Ya he tomado suficiente de su tiempo —añade —. Sólo quería… bueno, quería defender a Ivy, supongo. Sé que ha tomado decisiones que usted no aprueba. Pero sí me disculpo por haberos herido a usted y a vuestras hermanas. Y por hacer que Ivy eligiera entre la lealtad familiar y el amor. Pero la caricatura fue mía, las palabras fueron de la Sociedad. Ivy sólo fue la intermediaria.

—Aun así, duele.

—Ella la ama profundamente —afirma June—. Espero… bueno, no lo diré. Sólo lo desearé.

—Adiós —se despide Freya, mientras June le hace una breve genuflexión y sale de la posada.

Freya se pierde en sus pensamientos mientras camina hacia la Casa Kincaid. Su trayecto desde The Bridge hasta el hogar de Angelica es uno de sus momentos favoritos del día; el paisaje y las vistas no podrían ser capturados ni por el artista más hábil. Pero hoy se le escapan, centrada todavía en la conversación con June.

No le agrada June, así que le molesta que tenga razón: su padre defiende creencias que perjudican a personas como sus propias hijas, tan sólo por mantener la tradición. Se dice a sí mismo que está bien porque nunca dejaría a los hijos de sus hijas sáficas en la miseria. Y sabe que eso es cierto: su padre adorará a los hijos de Marigold y Ros tanto como a Julia y a la pequeña Abigail. Y establecerá fideicomisos para ellos, como lo ha hecho con los hijos de Angelica.

Pero votaría por leyes que los hacen desiguales ante la reina y el país.

La abandonaría sólo porque ella no está dispuesta a seguir sus planes y el camino que él ha trazado para ella.

¿Cómo puede su padre vivir a sabiendas de todo eso?

—Es un hipócrita —susurra.

Ya lo sabía, pero darle voz lo hace más real. Su padre se dice que, si hace lo correcto por sus hijas, no tiene que hacerlo por nadie más. Pero amar a sus hijas… eso debería hacerlo más sensible a las causas que alteran sus vidas, no menos.

¿Cómo hacer que lo vea? Esas otras mujeres merecen leyes que las protejan.

Pero Freya ha descubierto que el apoyo también es condicional. Como hija consentida, le fue arrebatado en cuanto salió de la caja en la que él la había encerrado, con la esperanza de que nunca escapara. Pero el amor de Ivy la liberó.

¿Puede perdonar a Ivy por su parte en todo este lío? Eso es más complejo. Freya no lo sabe. Pero sí sabe que han pasado semanas y su amor no se ha desvanecido, sino que ha crecido hasta convertirse en un dolor tan intenso en el pecho que siente que tendría que arrancarse el maldito corazón para librarse de ella.

¿Eso desaparecería si contesta sus cartas? Cada vez que relee las cartas de Ivy quiere responderle más que cualquier otra cosa, pero

algo la detiene.

Una parte de ella piensa que las cartas no son lugar para una conversación de esa naturaleza, pero otra parte cree que quizá sea el único medio posible. Se siente dividida cada vez que lo piensa, así que no hace nada.

Ella se mantiene a flote, sin saber si debe salir del lago. Y el agua se vuelve más fría a cada minuto. Y no está Ivy esperándola en la orilla para hacerla entrar en calor.

Nunca se había sentido tan perdida.

39

Ivy

—Fue muy amable de su parte venir —comenta Ivy, haciéndose a un lado para dejar entrar a Dani.

—Escuché que una dama necesitaba ser rescatada de ser la tercera en discordia otra vez —dice Dani.

Ivy ríe. Prescott ha mejorado mucho con sus caminatas, sobre todo desde que Nadine empezó a acompañarlo. Pero siempre insisten en que Ivy vaya también con ellos, lo cual se vuelve difícil porque esos dos se pierden en su propio mundo en cuanto empiezan a hablar, y cada pocos minutos se dan cuenta de que se han olvidado de ella y se disculpan con tanto fervor… sólo para volver a hacerlo unos minutos después.

Fue un ciclo divertido las primeras veces, pero después de eso, Ivy tuvo que encontrar la forma de asegurarse de que su hermano siguiera con sus caminatas diarias sin tener que soportar la incomodidad de ser claramente la hermana que sobra.

Así que solicitó los servicios de Dani, quien bromeó diciendo que ella también es la tercera en discordia últimamente. Eso hizo sonreír

a Ivy, algo que no había pasado en mucho tiempo.

Dani empezó a unirse a las caminatas cuando podía, acompañando a Ivy mientras Prescott y Nadine charlaban sin parar, guiando el camino por los senderos del parque. Ivy mentiría si no admitiera que también disfruta de sus paseos con Dani, porque a veces se le escapan pequeñas noticias sobre Freya. Ivy bebe esos sorbos de información como una mujer perdida en el desierto, desesperada por un poco de agua. Es lo único que tiene. Todas sus cartas han quedado sin respuesta. Incluso después de que empezó a enviarlas a casa de Angelica.

—¿Cómo están los tortolitos hoy? —pregunta Dani con una sonrisa—. ¿Cree que notarán si nos escapamos otra vez por unos helados de limón?

—Estoy contando con su distracción —responde Ivy—. ¡Muero por otro helado!

—Estaban tan buenos —dice Dani con un suspiro ensoñador—. Entonces, ¿lo ha pensado? —pregunta en tono conspirativo.

—¡Dani! —ríe Ivy—. No puedo creer que siga con eso.

—Le dije que apostaría cincuenta libras a que su hermano y la buena doctora estarán comprometidos antes de que termine el verano.

—Siento que sería injusto apostar *en contra* de que Prescott se case con Nadine —argumenta Ivy, sacando su sombrilla del perchero.

—¡No lo sería! Estaría apostando a cuándo cree que eso ocurrirá —afirma Dani, tomando la sombrilla que Ivy le entrega—. Odio estas cosas.

—Y yo odio tener el sol en los ojos —añade Ivy—. Creo que son muy útiles. Además, si algún ladrón me llegase a atacar, podría usarlo como lanza.

Empuja la sombrilla hacia delante para demostrarlo, haciendo que Dani estalle en carcajadas.

—Si mis hermanas me hubiesen permitido tener peleas con sombrillas cuando era niña, creo que me habrían gustado más —dice Dani.

—Pero sí ustedes tenían sus bates de *rounders* —expresa Ivy.

—Y he perseguido a mis hermanas con ellos —admite Dani sin rastro de vergüenza.

Ivy sonríe. Dani realmente es una buena compañía. Está agradecida por el tiempo que han compartido, y no sólo por las pequeñas noticias sobre Freya. Dani es encantadora y de buen carácter, una chica que siempre está dispuesta a todo. Su energía contagiosa es inspiradora. Sin duda, ha logrado sacar a Ivy de casa más de lo que esperaba mientras Prescott sigue recuperándose.

—¿Ha tenido noticias de ellas? —pregunta Ivy con cautela—. Pensé que su familia ya la habría llamado.

—Estoy evitando ir a casa —menciona Dani, como si fuera obvio —. Papá está siendo un verdadero cabeza dura, ¿sabe?

Ivy no esperaba que la conversación tomara ese rumbo.

—Oh —exclama—. No lo sabía… Lo siento, Dani.

—No es su culpa —declara Dani con firmeza.

—Lo es, en muchos sentidos —sostiene Ivy.

—Quizá sea a causa suya que algunas cosas ocurrieron —comenta Dani con cuidado—. Pero papá está siendo terriblemente terco y bastante cruel. Nunca pensé que lo vería volverse contra Freya de esa manera. Siempre ha sido la joya de su corona. Pero supongo que por eso le cuesta tanto. Tenía tantos planes para ella, y entonces llegó usted —Dani sacude la cabeza—. El peor enemigo del gran lord Tallon: una mujer hermosa con mente independiente y un corazón lo bastante grande como para ganarse el de su hija consentida. Es muy gracioso si lo ve desde cierta perspectiva.

—Creeré en sus palabras, porque yo no consigo encontrar nada gracioso en todo esto —aclara Ivy—. ¿Ella está…? ¿Sabe si ella está bien? —pregunta con cierta vacilación. No quiere poner a Dani en una posición incómoda, dividida entre su hermana y ella.

—Freya está probando muchas cosas nuevas —responde Dani, eligiendo sus palabras con cuidado—. Me ha escrito sobre cómo está enseñando a leer a unos niños huérfanos. Mellizos, creo. Un niño y una niña. Marigold también me ha escrito sobre ellos. Son un par muy vivaz. Freya los llevó a tomar el té a casa de Angelica y ¡pusieron tinta en la tetera!

A Ivy se le escapa una sonrisa. ¿Las hermanas Tallon víctimas de una broma infantil? Habría dado lo que fuera por verlo.

—¿A alguien se le tiñeron los dientes de negro?

—A Angelica —dice Dani entre risas—. Estaba tan molesta. Pero en venganza, convenció a los niños de que uno de sus gansos pone huevos de oro, pero deben limpiar los corrales todos los días para encontrarlo.

—No —exclama Ivy, riendo.

—La última vez que escribieron, Marigold estaba consultando con Ros si existía una pintura dorada especial que aplicaran en los marcos de las ventanas de la fábrica de vidrio para pintar un huevo de ganso y jugarles una broma. Ése era el plan actual.

—¿Está segura Angelica de querer renunciar a la limpieza gratuita de los corrales?

—Todos parecen muy encariñados con los mellizos —comenta Dani—. Yo ya quiero conocerlos.

—¿Volverá pronto a casa? —pregunta Ivy mientras caminan hacia el salón.

—Papá insiste —responde Dani, justo cuando llegan a la puerta.

Cuando la puerta se abre, quedan expuestos Prescott y Nadine en un apasionado abrazo. Dani deja escapar una risita mientras los dos se separan, sorprendidos.

—Oh, cielos, perdón por interrumpir —se disculpa Ivy rápidamente.

—No, no —sonríe Prescott, estrechando aún más a una radiante Nadine entre sus brazos—. Ustedes dos pueden ser las primeras en saberlo: Nadine ha aceptado casarse conmigo.

—¡Gané nuestra apuesta! —grita Dani triunfante, mientras Ivy corre hacia ellos, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, para abrazar a Prescott y a Nadine.

—¡Estoy tan feliz por ustedes!

—Felicidades —añade Dani—. Son una pareja encantadora.

—Tienen que ayudarme a planear la boda —les pide Prescott—. Nadine estará ocupada instalando su nuevo consultorio en la aldea.

—Nunca he sido muy de bodas —confiesa Nadine alegremente—. Tú haz lo que quieras, cariño.

—Yo les ayudaré a planear la boda perfecta —promete Ivy—. ¿Te imaginas cómo reaccionará todo el mundo en casa? Estás llevando a nuestra nueva doctora y a la futura vizcondesa.

—Tal vez usted sea la primera mujer en combinar esas dos cosas —le dice Dani a Nadine—. Eso sí que es abrir camino.

—Mientras Prescott esté conmigo como mi compañero, podremos hacer cualquier cosa —responde Nadine, sonriendo a Prescott, con los ojos llenos de amor.

Ivy sonríe tanto que casi le duele. Su corazón está lleno de felicidad por su hermano, pero en lo más profundo, hay una chispa de envidia.

Porque él ha encontrado su final feliz.

Y ella ha perdido el suyo.



Freya

Dos meses después

—Míralos —dice Marigold con cariño, observando a los mellizos correr hacia el gallinero donde están los gansos, emocionados por buscar una vez más el huevo dorado.

Ella y Ros se han encariñado con Lottie y Finley, y han empezado a visitar a Angelica todos los días y asistir a las clases de Freya.

—Son adorables —añade.

—Son unos bromistas incorregibles —comenta Freya—. ¿Sabías que los sorprendí con un balde lleno de renacuajos que planeaban criar como un ejército de sapos?

—¿Y qué pensaban hacer con semejante cosa? —pregunta Marigold.

—Comentaron algo sobre la oficina de Rupert y fabricarles sombreritos, igual que el suyo.

Marigold tiene que taparse la boca para esconder la carcajada, y Freya no puede evitar unirse. El esposo de Angelica es muy devoto de su sombrero de cazador. La idea de un grupo de sapos saltando sobre el escritorio de Rupert con sombreros idénticos al suyo es, francamente, hilarante.

—Te lo dije, son adorables —afirma Marigold—. ¡Yo no era tan lista a esa edad!

—Han tenido que arreglárselas solos —menciona Freya—. Me preocupa pensar que intenten pasar el invierno sólo con la ayuda de The Bridge. Deberían estar con una familia, pero nadie tiene espacio en su barca y ellos se niegan a abandonar la barcaza de su madre.

—He estado pensando en eso también —confiesa Marigold—. Y me he preguntado si tal vez Ros y yo deberíamos acogerlos.

—¿En serio? —pregunta Freya—. ¿Quieres decir… adoptarlos?

Marigold asiente.

—Los queremos —expresa simplemente, porque a veces es así de sencillo, ¿no es así?—. Por supuesto, queremos hablar con ellos primero. Asegurarnos de que es lo que ellos también desean. Has sido una bendición en sus vidas, Freya. Y estoy tan agradecida de que los hayas traído a las nuestras. A nuestra familia.

—Ellos también están haciendo mucho por mí —admite Freya.

TK tuvo la amabilidad de despejar el cuarto trasero para que Freya pudiera instalar una pizarra adecuada para los niños. Incluso mencionaron que cuando The Bridge atraque en el campo para el invierno, en octubre, algunos padres querrían enviar a sus hijos para que Freya también les dé clases. La idea la emociona y la intimida por partes iguales, pero al menos aún tiene varias semanas para preparar un plan de estudios antes de comenzar las clases oficiales con un grupo más grande. Y la posibilidad de quedarse en el campo siempre es reconfortante.

Cada día, su mundo se expande. Pasa la mayoría de las mañanas en el jardín de Angelica con los mellizos. Caminan juntos hasta la posada y en ocasiones llevan el almuerzo para hacer un pícnic después de las lecciones; otras veces, comen en la posada, rodeados de personas que rápidamente se están convirtiendo en sus amigos.

Su vida se está desplegando hacia algo nuevo, y descubre que, al despertar cada mañana, el dolor no ha disminuido, pero también tiene cosas que espera con ilusión.

Enseñar está ayudando a otros a alcanzar vidas y oportunidades por completo distintas. Es una sensación buena. Una que no quiere perder jamás.

—Oh, mira, llegó el correo —anuncia Marigold, asomándose por la ventana—. Angelica dijo que había pedido unos dulces de Francia. Me pregunto si podré robarle algunos.

—Eso suena como una excelente misión para los mellizos —sugiere Freya con picardía.

—Me encanta cómo piensas, hermanita —ríe Marigold.

—¡Marigold! ¡Marigold! —la voz emocionada de Angelica llega desde el pasillo.

—Por Dios, Angelica, no hace falta gritar —responde Marigold—. Estamos aquí.

Angelica entra corriendo en la habitación, con los ojos brillantes como si acabara de recibir el chisme más jugoso.

—¡El vizconde!

—¿Qué pasa con él? —pregunta Freya, con una punzada de preocupación. ¿Prescott se ha recuperado del todo?

—¡Se casa! Miren.

Le entrega la invitación a Freya. Es una hoja gruesa de papel morado, con las palabras en inglés y luego en japonés:

La señora SUMIKO YADA-LOVELL
invita a las hermanas Tallon a celebrar
el matrimonio de su hijo Prescott, el vizconde Yada-Lovell,
con la doctora Nadine Nesbitt,
el 3 de septiembre de 1880.

—Vaya, vaya, el vizconde no pierde tiempo —opina Marigold, impresionada—. Se dice en el pueblo que la doctora llegó la semana pasada para instalar la clínica, pero nadie sabía que estaba comprometida con el vizconde hasta hoy, que han enviado las invitaciones.

—Debieron conocerse en Londres —comenta Freya, mirando la invitación, preguntándose qué significa. ¿Ivy quiere que vaya a la boda? ¿Está detrás de la invitación? ¿O simplemente Prescott está siendo un buen vecino? ¿Estará su padre allí? Las preguntas giran en su cabeza, sus dedos se aferran al papel.

—No tenemos que ir —menciona Marigold con suavidad—. Papá estará allí y sé que ustedes no han hablado desde…

Freya respira hondo.

—No —dice—. Está bien. Por supuesto que iremos.

Si tiene que afrontar una desilusión amorosa, lo hará de frente.

Tiene que hacerlo, por ella misma. Por lo que ha aprendido. Por quien es ahora.



Freya

Es una boda hermosa. Los novios irradian felicidad al salir de la iglesia de la aldea cubierta de hiedra. La multitud lanza pétalos de rosa mientras avanzan por el sendero empedrado hacia la Mansión Silverthorne, donde los espera la recepción.

Freya se alegra tanto por sus hermanas mientras entran al salón de recepciones. Todo su pecho revolotea de nervios mientras revisa entre la multitud, buscando a Ivy.

Ivy estuvo sentada al frente de la iglesia durante la ceremonia, y Freya en la parte de atrás, así que lo único que pudo ver fue la caída de su cabello mientras se mantenía erguida como la principal dama de honor de Prescott.

Incluso desde tan lejos, le recorrió un escalofrío al estar en el mismo lugar que ella, respirando el mismo aire. ¿Han pasado en verdad cuatro meses desde que se hablaron y se tocaron por última vez?

Nerviosa, Freya se concentra en su vaso de ponche, sujetándolo con tanta fuerza que teme romper el cristal.

—Por Dios, Freya, parece como si te hubieras tragado una abeja —murmura Dani, quitándole el vaso con suavidad justo cuando la música comienza, señalando que las parejas deben alinearse para el baile—. ¡Vamos! Bailar te distraerá.

—Oh, no, Dani… —empieza a protestar Freya, pero su hermana menor no acepta un no por respuesta, y ya está tirando de ella hacia la pista.

Lo último que quiere Freya es hacer una escena, así que toma su lugar al final de la fila mientras Dani se coloca frente a ella. Dani le saca la lengua cuando Freya le lanza una mirada de advertencia.

La música se intensifica y Freya retoma los pasos familiares del baile, intercambiando pasos con Dani, luego girando a su derecha, donde la novia sonríe y da un paso al frente.

—Felicidades —le dice Freya cuando sus manos se encuentran y se separan, y giran en el centro de la pista antes de regresar a su lugar frente a Dani.

Las líneas de bailarines giran y se desplazan, y cuando gira a su izquierda para intercambiar pasos con la siguiente pareja, su corazón se detiene al sentir las manos de Ivy deslizarse entre las suyas.

—Mi lady —murmura Ivy mientras hacen una genuflexión.

Sus pies se mueven, pero sus ojos se mantienen fijos en el rostro de la otra. Ese aroma familiar y añorado de flor de loto flota en el aire. El rostro de Ivy franco y curioso, no aparta la mirada de Freya, cuyas sus manos acarician las suyas. Por el rabillo del ojo, Freya ve a Dani sonriendo con suficiencia, como si hubiese planeado todo esto desde el principio.

Ivy guía a Freya por la fila de bailarines mientras la música se anima y las parejas dan pequeñas palmadas para acompañar los pasos. No hay palabras, sólo sus cuerpos y manos separándose y encontrándose en roces breves e íntimos. Los ojos de Ivy arden en los suyos hasta que Freya se siente abrumada por el amor y la pérdida.

Cuando la música se detiene y las parejas comienzan a dispersarse, Freya nota que sus manos se aferran a las de Ivy en lugar de soltarlas, y el brillo de esperanza en el rostro de Ivy la hace sentir como si estuviese parada al borde de un precipicio… sobre

todo, cuando ve a su padre entre la multitud, observándolas pensativo.

Sus ojos se cruzan por primera vez en meses, y se sorprende al ver que él no aparta la mirada de inmediato. Sus labios se curvan en la más leve sonrisa, quizás aliviado de ver a su hija viva y bien, o tal vez con culpa. Se da la vuelta antes de poder decir algo más, pero de algún modo, al menos por ahora, eso basta. Es difícil olvidar las palabras hirientes que su padre pronunció. Aún no se ha disculpado, y quizá nunca lo haga. Es importante que Freya priorice sus propias necesidades. Y ahora mismo, ésas son tiempo y espacio. La puerta puede no estar abierta, pero sin duda está entreabierta, y aunque él no esté listo para admitirlo, ella lo ve.

—¿Estás bien? —pregunta Ivy, notando la interacción silenciosa.

Freya le sonríe, y casi se sorprende al escucharse decir que sí.

Ivy le devuelve la sonrisa, traga saliva.

—¿Podemos hablar? ¿En un lugar más tranquilo? —inquiere Ivy.

Freya asiente, e Ivy la conduce fuera del bullicio del salón, hacia los sauces junto al río. Sus sombras fantasmales se proyectan sobre el agua mientras cae la noche. La luz de la luna permite ver cada uno de los rasgos de Ivy.

—Te he extrañado —dice Ivy.

—Yo también —responde Freya.

—Me sorprendió ver que tu padre vino —dice Ivy con cautela—. ¿Ustedes dos ya han…?

—¿Hablado? No —completa Freya su pregunta—. Es terriblemente terco.

—Lo es —coincide Ivy—. Pero…

—¿Pero?

—Digamos que él y Prescott han estado intercambiando cartas sobre la ley de herencia. Y no en todas tu padre ha rechazado cada una de sus ideas, o las sugerencias de la Sociedad Ridings.

Una pequeña chispa de esperanza se enciende en el interior de Freya.

—Gracias por decirme eso —expresa.

—Haría cualquier cosa por ti —declara Ivy—. Sé que eso no significa nada después de haberte traicionado —añade

apresuradamente.

—Oh, Ivy —exclama Freya—. June me explicó lo que pasó con los panfletos. Entiendo que sólo querías hacerle un favor.

—Si hubiera sabido que la caricatura te involucraba a ti y a tus hermanas, habría ido con June y le habría dicho que no podía participar. Te lo juro.

—Te creo —comenta Freya—. Pero eso es sólo el comienzo para reparar esto.

—Lo sé —admite Ivy—. Traicioné tu confianza y lo lamento mucho.

Freya guarda silencio por un largo rato, mirando el agua. Las ramas de los sauces se mecen suavemente con la brisa. Puede escuchar las risas y la música que llegan desde los barcos a lo lejos.

—Me heriste —afirma Freya—. Pero también sé que yo te he herido a ti.

—Eso no importa… —empieza Ivy.

—Sí importa —dice Freya—. Ambas hemos estado equivocadas. Pero… quiero estar en lo correcto. Quiero construir nuestra confianza. Sólo que… es difícil, Ivy.

Piensa en la noche en que la conoció y en tantas noches después. En cómo cada momento a su lado ha grabado su nombre más profundamente en el corazón de Freya. Nunca será la misma.

Y no quiere serlo. Sólo quiere ser amada por ella.

—¿Crees que sea posible recuperar tu confianza? —pregunta Ivy —. Quiero estar contigo.

Freya se vuelve hacia Ivy, toma su mano, rodea su cintura. Se inclina hacia Ivy, el calor y el peso de su cuerpo se sienten como un consuelo tan añorado que está a punto de llorar.

—Creo que cuando se trata de ti y de mí, todo es posible.

42

Ivy

Un año después

—¡Ya llegó! Ay, gracias al cielo, estaba preocupada por la hora —dice Angelica—. ¿Y si Freya llegaba antes que Marigold? Los niños prometieron mantenerla ocupada, pero ya sabes cómo es ella. ¡Entonces, todo el plan se habría arruinado!

—¿La tienes? —pregunta Ivy, intentando ignorar los nervios que le burbujean por dentro. ¡No puede creer que se le haya olvidado justo hoy al salir de casa! Es una de las partes más importantes de todo el plan. Marigold fue muy dulce al ofrecerse a volver a la Mansión Silverthorne para ir a buscarla.

Algún día esto será una historia que contar, se recuerda Ivy, tratando de calmarse.

—Creo que sí —contesta Angelica, asomándose por la ventana de la Casa Kincaid.

—No puedo creer que se te haya olvidado —comenta Dani.

—¡Estaba nerviosa! —protesta Ivy, mientras Dani pone los ojos en blanco.

—¡Marigold! —grita Dani por la ventana, saludando a su hermana —. ¿Estaba donde Ivy dijo?

—¡Sí! —responde Marigold—. ¡Ya la tengo! ¡Subo enseguida!

Corre hacia la puerta principal mientras Dani da un chillido y salta hacia Ivy.

—¡La tiene! ¡Vamos! —Dani tira de Ivy hacia el centro del dormitorio, girando en círculos con alegría.

Ivy ríe.

—Cualquiera pensaría que el plan es tuyo, y no mío —expresa.

Ahora que sabe que está en camino, se siente extrañamente tranquila. Como si el futuro ya estuviera escrito y la respuesta a su pregunta ya hubiera sido dada. Pero eso es lo hermoso del amor: te da la libertad de volar sabiendo que estará ahí para atraparte.

—Es muy romántico —concede Angelica—. Aunque, ¿cuándo no lo sois vosotras dos?

Lanza una mirada significativa al libro sobre la mesa. El último volumen de poesía de Ivy, *Donde haya un lugar para nosotras*, salió hace apenas unas semanas y ya ha sido declarado una sensación literaria. Ivy sonríe al ver el título en letras doradas, inspirado en aquella conversación con Freya junto a la cascada. Freya la vio por lo que es: decidida y apasionada, en lugar de huir como tantas otras.

—No puedo creer que escribieras un libro entero sobre mi hermana —menciona Dani—. Es dulcemente empalagoso.

—El libro trata de muchas cosas —argumenta Ivy, aunque Dani tiene razón: es un libro en honor a Freya—. Enamorarse. La familia. Descubrirse a una misma.

Durante la promoción del libro, ha habido mucho interés y rumores sobre ellas dos. Pero todo desaparece cuando están juntas. Sobre todo, porque ambas están siempre ocupadas.

Muchos críticos consideran que es el mejor trabajo de Ivy hasta ahora. Tener a Freya a su lado mientras escribía hasta altas horas de la noche, compartiendo los primeros borradores —algo que nunca había hecho con nadie— fue muy especial. Freya la atraía de vuelta a la cama incluso cuando ella insistía en que no necesitaba descansar, brindándole inspiración de todo tipo mientras Ivy

convertía su vida en tinta. Un testimonio creciente y eterno de su amor, que perdurará mucho más que ellas, como el puente de lady Violet Ridings.

—¡Ya la tengo! —exclama Marigold al entrar en la habitación—. Estaba justo donde dijiste.

El corazón de Ivy se acelera con la expectativa cuando Marigold saca la pequeña caja del anillo de su bolso y se la entrega.

—Gracias. Mi madre la envió desde Japón y me mataría si la pierdo —comenta Ivy—. Era de mi bisabuela.

Abre la caja, revelando el ópalo facetado en forma de marquesa. No puede esperar a verlo en la mano de Freya. Una declaración al mundo de su amor.

—¿Creen que le gustará? —pregunta.

Sus hermanas deben saberlo.

—Podrías darle un anillo hecho de espinas y lo amaría porque viene de ti —afirma Dani—. Anticipo inspiración para otro volumen de poesía en breve.

—Le encantará —le asegura Marigold.

Ivy guarda la caja en la manga acampanada de su vestido.

—Gracias por ir a buscarlo —expresa.

—Recuérdame contarte algún día sobre Ros, mi anillo y el incidente en el lago —menciona Marigold con un guiño.

El sonido de las risas infantiles flota por la ventana justo cuando lo dice.

—¡Ya volvió con los niños! ¡Ya volvió! —chilla Dani—. Por favor, Ivy, ¡proponle matrimonio en la entrada para que podamos verlo todas!

—Una propuesta es privada —argumenta Ivy, firme en su plan cuidadosamente trazado—. Quiero que resulte perfecta. ¿Cómo me veo?

—Hermosa —opina Angelica.

—Radiante —añade Marigold.

—Como la prometida de Freya —bromea Dani.

Ivy sonríe a sus futuras hermanas.

—Debo ir a su encuentro.

—Ve —la animan todas.

Y así lo hace. Con el anillo en el bolsillo y el plan danzando en su mente, se encuentra con Freya en la entrada, y tras enviar a los niños con Marigold, caminan del brazo hacia el puente Ridings.

—¿Ha sido un buen día? —pregunta Ivy.

—El mejor —responde Freya—. Estamos considerando añadir otra maestra a la escuela.

—Te has vuelto toda una atracción —comenta Ivy—. ¿Tienes…? ¿Cuántos, dieciséis alumnos ahora?

—Con tres familias más interesadas para el próximo año —contesta Freya.

—Definitivamente, necesitarás ayuda entonces —asegura Ivy, mientras el puente aparece ante ellas.

La caja del anillo, metida en su manga, no pesa, pero es un recordatorio ardiente: éste es el momento. Su momento perfecto.

—Creo que pondré un anuncio en el periódico, como hiciste para encontrar a la doctora Nesbitt —le dice Freya—. ¿Me ayudarías a escribirlo?

—Estaré feliz de continuar nuestra pequeña tradición —menciona Ivy.

Caminan del brazo hacia el puente Ridings, y ese aleteo de nervios va creciendo a cada paso. Cuando se detienen en el centro del puente, Freya suspira, feliz. Observa el agua, que brilla como diamantes bajo el sol. Mañana, los barcos de la comunidad estarán de regreso. Pero lo que Freya ignora es que Ivy ha planeado una fiesta con todos sus amigos en The Bridge… si logra reunir el valor para proponerle matrimonio.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta Freya, mirándola con una sonrisa.

—Angustiante —responde Ivy.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Olvidé en casa algo que necesitaba. Y Marigold tuvo que ir a buscarlo. Todas estaban muy alborotadas.

—¿Olvidaste tu escritorio portátil otra vez? —cuestiona Freya—. Te lo he dicho mil veces, Ivy, no puedes dejarlo por ahí. ¡Está lleno de escritos personales! Las doncellas van a husmear y terminarán leyendo tus poemas y escandalizándose.

Éste es el momento, Ivy. Puedes hacerlo.

—No, no olvidé mi escritorio —expresa Ivy—. Olvidé esto.

Saca la caja con el anillo de su manga y la abre, para revelar su interior.

Freya se queda quieta, con los ojos abiertos de par en par.

—Ivy —susurra—. No estás…

—Oh, sí que lo estoy —afirma Ivy.

Freya deja escapar un sonido, mitad sorpresa, mitad sollozo feliz.

—Cuando te conocí, no quería dejar entrar a nadie —comenta Ivy —. Había construido tantos muros, y tú apareciste y los derribaste como si fueran de papel en lugar de piedra. Me hiciste creer que podíamos resistir cualquier tormenta juntas… y hemos resistido tantas.

—Así es —asegura Freya.

Los ojos de Ivy se llenan de emoción.

—Tu corazón es el más verdadero que he conocido, Freya. Das todo de ti con tanta generosidad, para ayudar, para aprender, para crecer. Haces que quienes te rodean se sientan como la persona más importante del mundo. Tu luz me enciende.

Una brisa suave agita los árboles a su alrededor como si estuvieran a punto de alzar el vuelo. Ivy se endereza.

—Sé que esto puede ser distinto al "felices para siempre" que imaginaste de niña. Aún queda mucho por hacer en nuestra comunidad, con tu padre, entre nosotras… pero juntas, podemos con todo. Podemos escribir nuestro propio cuento de hadas, y quiero seguir escribiéndolo hasta que no queden más palabras por contar.

Freya sonríe, sus ojos brillan con lágrimas de felicidad.

—Me di cuenta de por qué nunca tuve un sueño de niña. Porque mi camino debía ser inesperado y sin plan. Si hubiera soñado algo, se habría quedado corto. Estar contigo y amarte, Ivy, es mejor que cualquier cosa que jamás podría haber imaginado.

Ivy sonríe. Éste es el momento más feliz de su vida.

—¿Quieres casarte conmigo? —grita Ivy, con todo el corazón.

—¡Sí —responde Freya.

Ivy toma el anillo y lo desliza en el dedo de Freya.

Se abrazan, Freya la sostiene con fuerza mientras todo su futuro se despliega ante ellas. Sus labios se encuentran en un beso, y el mundo alrededor parece desvanecerse mientras sellan esa promesa.

—Para *siempre* —susurra Freya en su oído, una palabra más profunda que cualquier promesa o anillo.

—Para siempre —responde Ivy, con un voto que es todo corazón.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todos mis lectores y seguidores por estar siempre presentes a lo largo de mis proyectos creativos. Mi sueño es crear narrativas esperanzadoras y ampliar la representación *queer* a través de la música, el cine y la literatura durante toda mi vida. Gracias por apoyarme en cada medio y por darme la confianza para compartir mi verdad. Los quiero muchísimo.

Gracias a mis editoras, Sara y Vanessa, por impulsar y alentar la construcción de este mundo. A Olga, Kerri y Cassie por la hermosa portada. A todo el equipo de Wednesday Books por llevar este libro a las manos de los lectores. A mi agente literaria, Katelyn, por respetar mi proceso y defender siempre mi visión. A mis representantes, Fabienne y Quincie, por apoyar todas mis aspiraciones creativas. A Tess, por las horas de colaboración y creación de universo. A Sami, por equilibrar mis ideas más salvajes y ayudar a hacerlas realidad. A Marla, por su aliento constante y su amistad. Y a Hink, Kine y Arden, gracias por estar presentes de la forma en que lo hacen.

Gracias a todos mis amigos y familia, quienes han apoyado mis ambiciones desde el principio. Su fe en mí y su compañía durante los momentos difíciles de esta labor han significado todo. Estoy profundamente agradecida. Becca, gracias por ser mi mayor animadora y por hacerme sentir vista. Te amo.

Finalmente, a todas las personas en nuestras vidas que nos hacen sentir vistas, celebradas y, lo más importante, escuchadas: gracias. Sin importar la oscuridad que hayamos atravesado, encontraremos formas de proteger nuestra paz y vivir la alegría *queer*.



Hayley Kiyoko, es una galardonada cantante, bailarina y actriz estadounidense que, según la revista *Rolling Stone*, se halla «a la vanguardia de un movimiento pop queer sin cortapisas». Hayley es una apasionada defensora de los derechos LGBT y su novela debut, *A las chicas les gustan las chicas*, está basada en su exitosa canción homónima («Girls Like Girls»). *Un lugar para nosotras* es su nueva novela, y la confirmación del gran talento de una artista multidisciplinar.

Web: www.hayleykiyokoofficial.com
YouTube: @TheHayleyKiyokoVEVO
Instagram y TikTok: @hayleykiyoko

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

UN LUGAR PARA NOSOTRAS

Título original: *Where There's Room for Us*

© 2025, Hayley Kiyoko

Publicado según acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con International Editors & Yáñez Co. Barcelona.
Todos los derechos reservados

Traducción: Táibele Ha'

Ornamento de rosas © tbs graphics/Shutterstock
Ornamento de hiedra (Ivy), estampado de portada e ilustración de guardas del arte de portada: Mia Carnevale

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.
C/Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª 08015
Barcelona, España
www.oceano.com

D. R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
info@oceano.com.mx

Primera edición en libro electrónico: febrero, 2026

eISBN: 978-607-584-203-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S. A. de C. V.

OCEANO GRANTRAVESÍA

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

www.facebook.com/oceanograntravesia

www.twitter.com/oceanoGTravesia

www.youtube.com/user/oceanotravesia

www.instagram.com/grantravesia

Índice

Portada
Página de título
Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Agradecimientos

Datos de la autora
Página de créditos

Table of Contents

Portada
Página de título
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Agradecimientos
Datos de la autora
Página de créditos